Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

STAR WARS

CONSECUENCIAS
DEUDA DE VIDA

CHUCK WENDIG



SON TIEMPOS OSCUROS PARA EL IMPERIO…

El Emperador ha muerto, y los restos de su antiguo Imperio están en desbandada. Mientras la Nueva República lucha por restaurar una paz duradera para la galaxia, algunos se atreven a imaginar nuevos comienzos y nuevos destinos. Para Han Solo, eso significa liquidar su última deuda pendiente: ayudar a Chewbacca a liberar Kashyyyk, el planeta natal del wookiee.

Mientras tanto, Norra Wexley y su equipo de cazadores de imperiales persiguen a la Gran Almirante Rae Sloane y al resto de líderes del Imperio por toda la galaxia. Cada vez más oficiales comparecen ante la justicia, pero Sloane sigue eludiendo la Nueva República. Norra teme que Sloane esté buscando la forma de salvar del olvido al Imperio moribundo. Pero la persecución de Sloane se interrumpe cuando Norra recibe una petición urgente de la Princesa Leia Organa. En su intento de liberar Kashyyyk, Han Solo, Chewbacca y una banda de contrabandistas han caído en una emboscada. Chewie ha sido capturado y Han Solo ha desaparecido.

El equipo de Norra deja a un lado su misión oficial y se dirige a toda prisa a la última ubicación conocida del Halcón Milenario, preparándose para cualquier desafío que aparezca entre ellos y sus camaradas desaparecidos.

Pero no pueden ni imaginarse la verdadera magnitud del peligro que les aguarda, ni la crueldad del enemigo que los tiene en su punto de mira.



Consecuencias

Deuda de vida

Segundo libro de la trilogía Consecuencias

Chuck Wendig



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Aftermath: Life Debt*

Autor: Chuck Wendig

Arte de portada: Scott Biel

Traducción: Jaume Muñoz Cunill

Edición española

Publicación del original: setiembre 2015

 4 años después de la batalla de Yavin

Digitalización: cnmcleod

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

08.04.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

CRITICAS DE LA NOVELA ANTERIOR DE CHUCK WENDIG, CONSECUENCIAS

—«*Star Wars: Consecuencias* desvela lo ocurrido tras los acontecimientos de *El retorno del Jedi*, de 1983. Parece ser que los buenos tendrán muchas más preocupaciones aparte del Imperio».

—The Hollywood Repórter

—«La Fuerza es intensa en *Star Wars: Consecuencias*».

—Alternative Nation

—«El universo de Star Wars sigue tan lleno de sorpresas, tan sugerente y tan misterioso como siempre».

—Den of Geek

Para todos los que sienten un aleteo en el corazón cada vez que Han Solo aparece en pantalla o en la página…

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

El caos se ha apoderado del Imperio. Mientras el viejo orden se derrumba, la incipiente Nueva República busca la forma de acabar de una vez por todas con el conflicto galáctico. Muchos líderes imperiales han abandonado sus cargos, con la esperanza de huir de la justicia en los rincones más remotos del espacio conocido.

Norra Wexley y su singular equipo se dedican a perseguir a estos desertores imperiales. Con el arresto masivo de oficiales, muchos planetas que en su día quedaron aplastados bajo la bota del Imperio ahora albergan esperanzas para el futuro. Y nadie tiene más esperanzas que los wookiees de Kashyyyk. Los héroes rebeldes Han Solo y Chewbacca han reunido a un equipo de contrabandistas y buscavidas para liberar a Kashyyyk de los esclavistas imperiales de una vez por todas.

Mientras tanto, los restos del Imperio (ahora bajo el control de la Gran Almirante Rae Sloane y su poderoso consejero secreto) se preparan para desencadenar un contraataque sin piedad. Si tienen éxito, quizá la Nueva República no se recupere jamás y se desate la anarquía en la galaxia en el momento de mayor necesidad…

PRELUDIO

JAKKU, HACE TRES DÉCADAS

El chico corre. Sus pasos resuenan en ese suelo duro e implacable. Va sin zapatos, con los pies envueltos en unas vendas raídas. El tipo de vendas que utiliza la sanadora ermitaña Mersa Topol para curar los pies de los mineros y carroñeros que vienen a pedirle ayuda. El suelo es áspero bajo sus pies, atraviesa la fina tela de las vendas y le corroe la piel. Pero él no sangra porque sus pies son resistentes, aunque mucha gente lo considere débil.

A cada paso va levantando nubes de polvo, hace saltar grava contra las rocas.

Está persiguiendo algo: un par de estelas de fuego atraviesan el cielo muerto. Provienen de una nave que acaba de sobrevolarles, una nave extraña. Nunca ha visto nada igual. Era negra, resplandeciente como un cristal pulido. Estaban recogiendo restos de placas solares cuando la han visto pasar.

—Mira esa nave tan bonita, Galli —le ha dicho otro de los huérfanos, Brev.

Narawal, la niña que tiene un ojo muerto, ha abierto sus labios agrietados y castigados para responder:

—No será bonita durante mucho tiempo. Aquí todo se vuelve feo —ha afirmado con cierta autoridad.

Galli tiene que verla. Tiene que ver esa nave tan bonita antes de que Jakku acabe con ella. Antes de que los guijarros que arrastra el viento hagan añicos el casco y pierda el color bajo un sol inclemente. El ermitaño Kolob le ha dicho que no se aleje, que termine sus quehaceres, pero Galli no le hace caso. Siente un impulso muy fuerte, como si fuera su destino.

Corre. Un kilómetro, luego otro, hasta que le duelen tanto las piernas que parece que lleve dos patas de embutido curado colgando de la cintura. Pero aquí está, subido al altiplano de la Mano Quejumbrosa, un afloramiento de roca llana que según los ermitaños es un lugar sagrado. Aquí vivió el Eremita Consagrado hace miles de años, cuando se dice que Jakku era un planeta verde lleno de vida.

Ahí fuera, en el valle, ve la nave. El sol se refleja en su superficie impoluta de acero, pero conserva su oscuridad implacable en pleno día.

«Debería detenerme aquí», piensa.

De hecho, es cierto. Debería detenerse ahí. Sabe que debería dar media vuelta y volver a casa, al orfanato, a su trabajo, a sus contemplaciones, a los demás huérfanos.

Pero se siente como obligado a seguir adelante. Como si lo arrastrara una fuerza incorpórea, como si un hilo invisible tirara de su garganta como una correa.

«Me acercaré un poco más. No me van a echar de menos».

Galli se arrastra por el estrecho camino en zigzag que lleva hasta el valle. Ahí abajo ve que tan solo lo separan de la nave unos cuantos afloramientos rocosos, unas agujas de piedra roja tortuosa que salen de la arena como dientes rotos y ensangrentados. Va escondiéndose de piedra en piedra. Intenta ir en silencio, como los ratones de las arenas que recorren el desierto cuando cae la noche y el suelo se enfría.

Al ver la nave, comprende que no pertenece aquí. Es como un gigantesco espejo oscuro, largo y esbelto, con alas en flecha y ventanas de color carmesí. Está posada sobre la arena, silenciosa y paciente como un ave rapaz. Como los despiadados vworkkas, que caen en picado y cazan los pequeños ratones de las arenas.

Galli se va acercando de piedra en piedra. Llega un punto en que está tan cerca que puede oler el ozono que desprende la nave. Tan cerca que siente el calor que irradia el casco de la nave. Por encima de la ella, una neblina hace ondular el aire del desierto.

No se mueve nada. No se oye ni un sonido desde el interior.

«Ya he visto suficiente. Tendría que irme».

Pero a pesar de estos pensamientos, no puede moverse de ahí.

Finalmente se escucha una sacudida y un siseo mecánico. Una rampa desciende del fino vientre de la nave, soltando gases vaporosos en el aire ardiente.

Una figura desciende por la rampa. A Galli casi se le escapa la risa. A juzgar por su vestimenta, seguro que se ha perdido. El hombre lleva una larga toga púrpura y un sombrero alto. Galli piensa:

«Algunos ermitaños también llevan ropajes pesados, ¿no? Dicen que les pone a prueba. Es esencial para aprender a soportar el calor. Dicen que es necesario para apartar el dolor, para aprender a vivir evitándolo».

Quizá este hombre sea un ermitaño. Pero los ermitaños evitan las cosas atractivas y elegantes, ¿no? «Hay que desvincularse de las posesiones materiales», dicen. Y a Galli le parece que esta nave es una posesión material importante.

Al igual que los droides que salen a continuación. Seis droides. Caminan sobre unas piernas negras reflectantes como el cristal. De sus cabezas insectoides salen pequeñas antenas. El hombre de la vestimenta púrpura les hace una señal para que le sigan, sin mediar palabra. Sus pequeños altavoces incorporados emiten una serie de tonos y chasquidos antes de llegar a la dura roca erosionada por la arena. Galli los observa mientras van descargando unas cajas negras, conectadas entre ellas mediante un haz de luz verde, tan brillante que se ve incluso a plena luz del día. El haz de luz va de una caja a la otra y acaba formando una especie de marco.

El hombre desciende lentamente por la rampa, rozando el metal con la capa.

—Aquí es. Este es el lugar. Marcadlo y empezad la excavación. Volveré.

—Sí, Consejero Tashu —responde uno de los droides.

En ese momento Galli comprende que se le ha presentado una oportunidad. Odia este mundo, no pertenece aquí. Cuando el hombre de la vestimenta púrpura vuelve a subir por la rampa, piensa:

«Esta es mi oportunidad. Mi oportunidad de salir de aquí y no volver jamás».

Se queda congelado durante un instante, paralizado por la indecisión. Dominado por el miedo de la indecisión. Desconoce completamente adonde se dirige esta nave, o quién es este hombre, o qué le harán si lo encuentran. Pero sabe que este lugar está muerto.

La rampa empieza a subir y Galli piensa:

«Tengo que apresurarme».

Y lo hace. Rápido y silencioso como los ratones de las arenas. Salta por las rocas y sus pies vendados alcanzan el borde de la rampa al cerrarse. Galli se introduce en el interior oscuro, se agazapa en un rincón y espera mientras la nave empieza a despegar.

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO UNO

Leia camina de un lado para otro.

El sol chandrilano dibuja una línea brillante sobre su sombra. En el centro de la sala hay una holoplataforma de cristal azul. Apagada. Viene aquí cada día a la misma hora, esperando una transmisión. A estas horas ya debería tener noticias de Han. Hace días que tenían que haber hablado y…

De repente, la plataforma cobra vida.

—Leia —dice un holograma reluciente, que al principio es una masa indefinida de vóxeles pero que acaba convirtiéndose en su marido.

—Han —responde Leia, acercándose al radio de transmisión—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

Pero por la forma en que lo dice… es que algo va mal. Su voz tiene un toque de oscuridad. Leia detecta desesperación.

No, no es solo eso: también hay enfado. Pero no hacia ella. Incluso desde aquí, Leia puede sentir cómo está Han. Siente una ira enfocada hacia su interior, como un cuchillo apuntado a su propia barriga.

«Está enfadado consigo mismo».

Leia ya sabe lo que le va a decir.

—Todavía no le he encontrado —explica Han.

Chewbacca ha desaparecido. Hace dos meses Han le dijo que tenía la oportunidad de hacer algo que la Nueva República no podía hacer: liberar de las garras del Imperio el planeta natal de Chewie, Kashyyyk. Leia le pidió que esperara, que reflexionara, pero

Han dijo que aquel era el momento y que tenía información de una vieja amiga contrabandista, una mujer llamada Imra, en la que Leia no confía.

Y con razón.

—¿Todavía estás en el Borde Exterior? —pregunta Leia.

—En los márgenes del Espacio Salvaje. Tengo algunas pistas, pero la cosa no tiene buena pinta.

—Vuelve a casa, Han —le suplica Leia—. Estoy trabajando en el Senado. Si podemos conseguir que voten, podremos rescatar Kashyyyk, y quizá también a Chewbacca y los demás. El testimonio de un general como tú ayudará a convencerlos…

—Ya lo intentamos y no les convencí.

—Pues lo volveremos a intentar.

La figura del holograma niega con la cabeza.

—No soy ningún general. Soy un simple pirata.

—No digas eso. Aquí todo el mundo sabe que lideraste al equipo de la Alianza en Endor. Te conocen como general, no como…

—Leia, he abandonado mi cargo.

—¿Qué?

—Tenía que hacer esto a mi manera. Esto es cosa mía, Leia. Yo tengo que hacer mi trabajo y tú el tuyo. Tú cuida de la República. Yo encontraré a Chewie.

—No, no, no, no lo hagas. Iré contigo. Dime dónde estás. Dime qué necesitas.

Una leve sonrisa triste se forma en el rostro del holograma parpadeante.

—Leia, te necesitan ahí. Yo también te necesito ahí. No me pasará nada. Voy a encontrar a Chewie, y entonces volveré a casa.

—¿Me lo prometes?

—Te lo pro…

Pero el holograma parpadea. Han vuelve la cabeza, sorprendido.

—¡Han! —grita Leia.

—Hijo de… —empieza a decir Han, pero la imagen parpadea de nuevo—. Nos ata… —pero las palabras quedan interrumpidas, y entonces el holograma parpadea y desaparece.

Leia se siente invadida por una tensión terrible. «No». Leia vuelve a caminar de un lado para otro, esperando que regrese la imagen, esperando que se restablezca la transmisión y que Han le diga que ha sido una falsa alarma. Espera unos minutos, unas horas… hasta que cae la noche. La holoplataforma sigue apagada.

Su marido está ahí fuera, no sabe dónde. Y está en apuros. Tiene que encontrarle.

Lo bueno es que al menos sabe a quién preguntar.



CAPÍTULO DOS

La balsa gravitacional atraviesa la neblina entre enormes agujas de roca, negras como la noche y afiladas como lanzas. Son como centinelas silenciosos, con puntas esculpidas que parecen caras aullantes. Por debajo de ellos fluyen unos ríos de color verde brillante, que recorren el interior cavernoso de Vorlag como venas resplandecientes.

Jom Barell alarga la mano hasta una cadena para tirar de la balsa. Las cadenas, fijadas a unos pernos octogonales que sobresalen de la roca, conectan entre ellos a estos centinelas oscuros. La balsa no tiene motores y se mueve por la neblina prácticamente en silencio, con la excepción del leve zumbido de los paneles repulsores.

—Esto no me gusta nada —dice Jom en voz baja.

—Ni a ti ni a nadie —replica Sinjir Rath Velus, tumbado en el suelo de la balsa con los brazos cruzados sobre el pecho—. Esta neblina es muy fría. Hace un día terrible. Estoy más sobrio que un droide de protocolo —de repente, se reincorpora—. ¿Sabías que en la Estrella de la Muerte había un bar? Un agujero feo y austero, como toda la arquitectura imperial. Y la oferta de licores no era para tirar cohetes. Pero si conocías a Pilkey, el camarero, te daba un poco de su «selección especial»…

Norra Wexley lo interrumpe.

—Todo va bien. Todo va según lo planeado.

Esencialmente, el plan es el mismo de siempre: entrar a hurtadillas, capturar a su presa imperial y llevarlo ante la justicia de Chandrila. Claro que normalmente el plan no implica colarse en la fortaleza montañosa de un esclavista galáctico…

—Sí, claro —responde Jom con un gruñido sarcástico—. Pero es como jugar al sabacc con la Mano del Idiota. Espero que nuestra chica esté haciendo su trabajo.

—No es nuestra chica —le replica Sinjir—. No es una chica, Barell. Jas es una mujer, fuerte e independiente. No dudaría ni un minuto en echarte a patadas de esta balsa si te viera acariciándote el bigote con esa arrogancia.

—Lo que es Jas es una cazarrecompensas —refunfuña Jom mientras tira de la balsa para acercarse al siguiente pilar de piedra—. Y no me fío de los cazarrecompensas.

Inconscientemente se lleva la mano al bigote y se lo acaricia.

—Sí, ya lo sabemos. También sabemos que no te fías de los eximperiales. Lo sabemos porque nos lo has dicho. Y nos lo recuerdas constantemente.

Jom mira por encima de su hombro y hace una mueca.

—¿Debería fiarme de ti?

—¿Después de todo este tiempo? Podrías empezar a fiarte.

—Quizá no has entendido lo que significaba el Imperio para la gente como yo, y por qué la Rebelión…

—Ya lo hemos pillado, Jom —los interrumpe Norra—. Estamos en el mismo barco. En este caso, en la misma balsa. Mirad.

Norra señala a estribor. Una forma gigantesca y montañosa emerge de la neblina. Por el contorno, deducen que es un palacio: torres en espiral y murallas protuberantes. Si siguen la cadena atornillada a la roca empezarán a subir lentamente hasta llegar a las puertas delanteras de este enorme complejo tallado en la cima de un volcán durmiente. Aquí vive Slussen Canker, alias Canker el Rojo, alias Su Majestad Venenosa, Custodio de Hombres y Exterminador de Enemigos, Príncipe y Primogénito de Vorlag, Maestro Vástago Slussen Urla-fir Kal Kethin-wa Canker.

Asesino. Esclavista. Basura.

Pero él no es su objetivo. Su objetivo es un exvicealmirante imperial. Un hombre llamado Perwin Gedde. Se fugó del Imperio con una cantidad considerable de créditos, suficiente para comer bien y vivir tranquilo, protegido por un señor del crimen como Slussen Canker. Colgado de especia. Con esclavos a su servicio. Viviendo la buena vida, escondido en una fortaleza bien defendida a lo alto de un volcán. Tan bien defendida que sería poco recomendable presentarse en la puerta delantera, que está protegida por dos hroths babeantes. Y dos torretas láser. Y un par de guardias de los hroths. Y un rastrillo hecho de rayos láser entrecruzados.

Todo esto no importa, porque no van a ir por allí. No van a subir: van a bajar.

Jom hace avanzar la balsa por un par de pilares de piedra más. Entonces se vuelve hacia Norra haciéndole un gesto con el dedo para que guarde silencio. Una petición que ella no respeta.

—Yo me encargo de esto. No tienes que hacerlo todo tú.

Norra acopla el gancho con cable en la punta de la pistola lanzadora. Jom la observa, entrecerrando los ojos, mientras Norra apunta a esa roca enorme.

—Espero tu señal —dice Norra.

Sinjir levanta la baliza de emergencia que venía con su nave, la *Halo*. Le da tres pulsaciones rápidas. Se ven tres parpadeos de luz roja en sucesión.

Pasados unos momentos, a través de la neblina ven tres parpadeos rojos en señal de respuesta. Provienen de la base de la montaña de roca sobre la que se alza la fortaleza.

—Jas, eres una cabeza-pincho maravillosa —dice Sinjir, riéndose a carcajadas y aplaudiendo.

Norra le manda callar y dispara el gancho con cable hacia el espacio de donde han venido los tres parpadeos a través de la neblina. La pistola es bastante silenciosa. Solo se oye un sonido amortiguado al dispararla. *¡Paff!* El cable, que tiene un extremo atado por debajo de la balsa, ondula por el aire con un siseo.

Se oye un ruido a lo lejos. *Clac*. Diana.

Jom agarra el cable y empieza a tirar de la balsa en otra dirección. Ya no van hacia las puertas de la fortaleza, sino a su parte inferior. Debería haber una fisura en la montaña, donde según su informador se encuentra la sala donde comen los hroths de Slussen Canker. Esas horribles bestias aladas salen a cazar varias veces al día, y luego vuelven aquí. La brecha es una gran abertura en la montaña con un saliente de piedra. Un segundo rastrillo láser mantiene a los hroths en el interior. Solo que ahora el rastrillo está apagado gracias a Jas, que vino aquí hace varios días. La señal que han visto en la oscuridad estaba clara. Vía libre.

—Te dije que Jas lo lograría —le susurra Sinjir al oído a Jom.

Jom responde con un gruñido dubitativo.

La balsa atraviesa la neblina. Allá delante ven claramente la abertura en la montaña. Es como una boca abierta, con dientes de estalactitas y estalagmitas a punto de masticarlos, pero sin el fulgor energético del rastrillo. Tienen vía libre de verdad. Jom sigue tirando del cable para hacer avanzar la balsa, hasta que llegan a la abertura y ata el cable a una de las rocas. Uno a uno, bajan de la balsa y se adentran en el espacio cavernoso.

Lo primero que notan es un olor penetrante. Por toda la pared ven unos receptáculos de metal llenos hasta arriba de cuerpos muertos: aves desplumadas sin cabeza, pedazos de carne podrida de quién sabe qué animal, patas unguladas, visceras escuálidas. El aire está lleno de verdaderas nubes de mosquitos hambrientos.

«Esto debe de ser comida de los hroths», piensa Norra. Viendo las salpicaduras rojas que hay por el suelo seco y rocoso, supone que alguien lanza pedazos de carne al aire y las bestias vuelan para atraparlos.

—Me estoy planteando seriamente la idea de vomitar —suelta Sinjir.

—El olor es insoportable —añade Jom con una mueca—. Tumbaría a un mono-lagarto. —Entonces frunce el ceño—. ¿Dónde está Jas?

—Seguro que está más adentro —dice Norra—. Vamos.

El plan es bastante sencillo: Jas Emari vino hace unos días diciendo ser una cazarrecompensas en busca de trabajo. Lo cual es verdad, y su reputación la ha precedido hasta ahora. Los señores del crimen atraen a cazarrecompensas como estas montañas de

carne a los insectos. Los cazadores están ávidos de trabajo y los señores del crimen están encantados de proporcionárselo.

Les ha abierto la puerta y ahora empieza el trabajo. Ya tienen un plano de la fortaleza, gracias al holocrón que consiguieron (más bien dicho, que robaron) de Surat Nuat, el mafioso de Akiva que recopilaba información sobre las conexiones entre imperiales y el bajo mundo criminal por si algún día la necesitaba. Han estando extrayendo mucha información de ese cubo de datos. De hecho, les ha servido para poner en marcha este pequeño equipo.

Pronto dejan atrás el comedor de las bestias, cosa que las fosas nasales de Norra agradecen. Desde aquí, deberían recorrer un largo túnel hasta un conducto de lava que recorre toda la fortaleza. Este conducto lleva hasta las entrañas del volcán, que siempre está hirviendo a fuego lento, así que tienen que ir con cuidado para no caer. De ahí subirán a la torre sur y esperarán a que salga Gedde, o bien se dirigirán a sus aposentos. Lo apresarán y se lo llevarán. El objetivo es llevarlo a la balsa y sacarlo del palacio sin que nadie se dé cuenta. Entonces Temmin llegará con la nave y, con suerte, saldrán a la atmósfera antes de que se den cuenta de que Gedde ha desaparecido. Finalmente, lo llevarán ante un tribunal de la República. Uno a uno, todos los criminales de guerra imperiales se están enfrentando a la justicia.

«Temmin».

Norra se pone a pensar en su hijo. Pobre chico, sin padre. No pasa ni un día sin que Norra piense que Temmin no debería formar parte de este equipo. «Es demasiado joven», se dice a sí misma. Pero cada día Temmin demuestra lo capaz que es. «Es demasiado valioso», piensa. Esto es más apropiado que lo primero. Ahora que se ha reencontrado con su hijo, se da cuenta de lo vulnerable que es. De lo vulnerables que son todos. Haberlo arrastrado a todo esto le parece totalmente irresponsable como madre. No obstante, una parte egoísta y ambiciosa de ella le recuerda que la única alternativa sería volver a abandonarlo. No podría soportar volver a alejarse de Temmin. ¿Qué otra opción tiene? ¿Retirarse? ¿Renunciar a esta vida?

«¿Por qué no es una opción para mí?», se pregunta.

Pero ahora no es el momento de reflexionar sobre todo esto. Tienen trabajo.

Se adentra en el túnel, seguida de cerca por Jom y Sinjir…

De repente, a sus espaldas oyen un chisporroteo de energía y advierten un fulgor rojizo.

El rastrillo se ha vuelto a encender: una cuadrícula de rayos láser entrecruzados.

Los rayos sesgan el cable que amarraba la balsa a la roca, y la balsa se pierde en la neblina.

—¡No! —chilla Jom.

Por el túnel llega el sonido de pasos.

Varias siluetas les bloquean la salida. Son los guardias de la fortaleza, matones de varias razas y tamaños, con cascos herrumbrosos en la cabeza. Aparecen cuatro de ellos,

apuntándoles con sus blásteres. Jom desenfunda, Sinjir lo imita. Norra está a punto de llevarse la mano a la pistola…

Desde detrás de los guardias, oyen un sonoro carraspeo.

Aparece un vorlaggn. Tiene una piel que parece un trozo de carne chamuscada. Entre las fisuras de su piel le va supurando un fluido que él se limpia con un trapo marrón mugriento. Parpadea con sus tres ojos.

Es Slussen Canker.

Con la lengua emite una serie de chasquidos y cloqueos. Habla con una voz húmeda y lagañosa, como si las palabras salieran de una charca burbujeante.

—Pensabais que podríais penetrar en la pacífica morada de Su Majestad Venenosa, Slussen Canker. A Slussen no le gusta vuestra presencia. A Slussen, esta violación de la propiedad le parece de muy mal gusto.

Al principio, Norra piensa que este no es Slussen. Pero de repente, como si apareciese un punto luminoso en el radar de la memoria, recuerda algo que dijo Jas: los vorlaggn hablan en tercera persona, ¿no? Una costumbre curiosa.

—No estamos aquí por ti —dice Jom sin bajar la pistola.

—Estamos aquí por Gedde —añade Sinjir—. Dánoslo y desapareceremos inmediatamente de esta montaña de estiércol a la que llamas palacio. ¿De acuerdo?

El vorlaggn gorgotea.

—Slussen no os dará nada. ¿Gedde?

Su objetivo aparece por una esquina. El vicealmirante en persona, un hombre que, según se dice, fue responsable de uno de los programas de armamento biológico más brutales de la historia del Imperio. Estuvo experimentando con virus antiguos, haciendo llover enfermedades desde las naves sobre planetas cautivos.

Es de complexión delgada, con la excepción de una barriga pálida que sobresale de su camisa gris, que lleva desabotonada y muy sucia. Tiene la piel amarillenta y picada, rasgo típico de los adictos a la especia. Un hombre abandonado a su adicción.

Gedde no está solo.

Hace entrar a alguien de un tirón. Es Jas. La tiene agarrada por la nuca, con una pistola en la sien. Jas intenta apartar la cabeza, pero Gedde la fuerza a estarse quieta.

—Slussen ha capturado a vuestra cazarrecompensas. Si no soltáis las armas, Slussen agujereará la cabeza de vuestra cazarrecompensas con su bláster y su cerebro servirá de alimento para los hroths.

—Mierda —suspira Sinjir, dejando caer la pistola al suelo.

Norra se desabrocha lentamente la cartuchera y la deja caer.

Jom no baja la pistola.

—No voy a entregar mi arma. En las Fuerzas Especiales aprendemos que nuestra arma es nuestra identidad. No puedo entregarla, como tampoco podría entregar mi propio brazo o mi…

Con un movimiento muy rápido de la mano, Sinjir le agarra la pistola por el cañón, se la arrebata y la arroja contra la pared.

—Tienen a Jas, estúpido.

Los guardias se acercan y recogen las armas.

Gedde se lame el labio y sonríe.

—Idiotas rebeldes. Os venderemos al Imperio y así conseguiré la absolución…

Irritada, Jas se aparta de él y de su pistola.

—Creo que ya puedes dejar de apuntarme al cráneo.

Al principio, Norra piensa: «Esta es nuestra oportunidad». Jas se ha liberado. Pero ha sido demasiado fácil. Demasiado. No ha habido resistencia. Solo una expresión de irritación en su rostro.

La invade una conclusión, repentina como una turbulencia inesperada: Jas les ha traicionado.

Jas se aleja de Perwin Gedde, con las manos en los bolsillos.

—Lo siento, equipo —dice Jas, pronunciando la última palabra con un tono especialmente sarcástico—. No puedo cambiar mis cuernos, ni mis tatuajes, ni quién soy —se encoge de hombros—. Me han ofrecido una recompensa mejor. De hecho, me han hecho una oferta muy buena… —saca una tableta de datos y se la lanza a Norra.

Norra la atrapa. Con dedos temblorosos, enciende la pantalla. Ve una cifra. Una recompensa.

Es su recompensa. Están las fotografías de todos ellos, incluido su hijo.

—Maldita traidora de cloaca —exclama Barell—. Confiaba en ti.

—Yo creo que no —replica Jas—. Y hacías bien en no fiarte de mí. Me irá muy bien este trabajo. Gedde me pagará por informarle del intento de secuestro, y el vorlaggn me va a pagar un veinte por ciento de comisión…

—Slussen dijo quince.

—Bueno. Tenía que intentarlo. Una comisión del quince por ciento por vuestra recompensa.

—Jas, no lo hagas —le suplica Norra.

La tristeza invade el rostro de Jas Emari.

—Lo siento. Pero tengo que pagar facturas acumuladas. Y con la República no tengo mucho trabajo —entonces hace un pequeño gesto con la mano y añade—. Fue bonito mientras duró.

Jas sale de la sala. Gedde se echa a reír.

—Vamos a buscar unas jaulas para vosotros.

A Sinjir no le gustan las jaulas, especialmente las que cuelgan sobre un precipicio, ya sea aquí en Vorlag o en la mazmorra de Surat Nuat, en Akiva. En este caso, las jaulas son una especie de ataúdes colgados de unos salientes de roca negra, cerca de la entrada del comedor de los hroths. Por debajo de las jaulas, a través de la neblina, se percibe el fulgor de los ríos verdosos.

—¿Sigue gustándote tu amiga? —pregunta Jom. Su jaula está en otro saliente, a unos diez metros de la suya—. ¿Sigues pensando que debería confiar en ella?

—Sí —responde Sinjir, levantando el mentón con aire desafiante.

Él mismo se sorprende con este gesto. No se fía de nadie, y aquí está, convencido como la vida misma de que todo esto forma parte de un plan secreto, un plan que los demás todavía no ven.

Una vocecita le dice que es porque se le da muy bien interpretar el lenguaje corporal. Su trabajo era diseccionar a la gente con tan solo una mirada, llegar hasta el último átomo de la traición. Otra vocecita compite con la primera, advirtiéndole que quizá haya algo de Jas Emari que se le ha pasado por alto.

Pero esa duda se ahoga en su propia autoconfianza. Se siente extrañamente seguro acerca de Jas, y así se lo dice a los demás:

—Nos sacará de esta, ya lo veréis.

Jom gruñe.

—Sigue soñando, Imperial.

—No sé si nos la ha jugado a nosotros o a ellos, pero en todo caso dudo que vaya a salvarnos —afirma Norra. Su jaula está al otro lado de la de Sinjir. Norra agarra los barrotes con las manos—. Tenemos que encontrar la forma de salir de aquí. Van a vendernos al Imperio. No podemos permitirlo.

—Creo que ya hemos dejado que esto pasara —refunfuña Jom. Entonces se inclina contra los barrotes, mirando hacia fuera—. ¿Qué queda del Imperio? ¿Quién lo controla? ¿Quién pagará por nosotros?

Últimamente, Sinjir se ha estado haciendo la misma pregunta. Al principio le sorprendió lo rápidamente que se desmoronó el ejército imperial, pero a medida que pasa el tiempo, le choca cada vez menos. El Imperio era una unidad porque todas sus cadenas y sus hilos confluían en un puño firme que los sostenía: la mano del Emperador. Con la desaparición del Emperador, ¿quién quedaba para cumplir ese papel? Los rumores decían que también habían eliminado a Vader. ¿Quién, entonces? ¿Los almirantes? ¿Los moffs? Siempre habían sido como ratas controladas por los gatos. Y ahora ya no quedaban gatos.

No había una línea de sucesión evidente. Palpatine no tenía familia alguna, al menos que se supiera. Vader tampoco tenía familia (de hecho, según Sinjir, ya no era ni humano). Y con la desaparición de las dos Estrellas de la Muerte, el personal más efectivo del Imperio también había sido erradicado. La Nueva República aprovechó esta oportunidad. La Rebelión ya no estaba, y en lugar de ello se estaba consolidando un nuevo gobierno a toda velocidad… y no sin cierta torpeza.

En este panorama el Imperio estaba en desbandada, en modo de supervivencia. No había un líder claro. Probablemente estuvieran peleándose por el puesto. Además, día a día las naves imperiales se iban desvaneciendo: derrotadas, destruidas, abandonadas o robadas.

Sinjir cree que el Imperio se encuentra en un estado no muy diferente a como se sintió él aquel día fatídico en la luna boscosa de Endor: mareado, ensangrentado y rodeado de cadáveres. Sin saber adonde ir, qué hacer o incluso en qué creer.

Una crisis de fe y de propósito, de eso se trata.

Sinjir todavía sufre esa crisis. La Nueva República no ha supuesto para él una respuesta. De algún modo, su equipo sí que le había dado esa respuesta, pero con la traición de su amiga vuelve a estar bastante perdido. La cuestión de la fe y el propósito sigue pendiendo de un hilo, y no hay ninguna respuesta a la vista.

El Imperio también necesitará sus respuestas, y si no encuentra una respuesta a tiempo, será destruido. Y Sinjir cree que se lo merecerá.

«Necesito un trago», piensa.

Cerca de ellos se detiene el zumbido familiar de la reja láser. Un silencio siniestro domina el ambiente, pero solo durante unos momentos.

Al cabo de nada, se escucha un nuevo sonido: unos resoplidos apagados y gorgoteos húmedos. Desde la abertura en la montaña ven salir volando unos pedazos de carne a través de la neblina.

No tardan en aparecer los hroths, unas criaturas rojas y curtidas con largas alas y una docena de patas que saltan al vacío en busca de las visceras. Se retuercen, caen en picado. Su rostro apenas puede llamarse rostro. Es una aglomeración de pólipos y túbulos retorcidos, sin ojos. Una masa carnosa que parece más propia de un hongo que de un animal. Tres de estas criaturas se abalanzan hacia la carne, luchando en el aire por los trozos. Y muy pronto, deja de aparecer carne.

Pero nadie hace entrar a las bestias.

Los hroths dan vueltas por el aire, por lo alto. Quizá todavía tengan hambre.

«O algo peor», piensa Sinjir. «Se aburren. Y nosotros somos los juguetes perfectos».

Como si le leyera la mente, uno de los hroths se dirige rápidamente hacia su jaula. Y en unos segundos se abalanza sobre ella, que se estremece como si le hubieran arrojado el motor de un carguero. La bestia se agarra a los barrotes de un lado de la jaula, apretando sus tentáculos desordenados a través de los barrotes. Sinjir apenas tiene espacio para pegarle unas patadas. Pero las extremidades de la bestia lo agarran por la bota, y en cuestión de segundos se la arrancan del pie. La bestia emite unos sonidos frenéticos, como si estuviera intentando comerse la bota. La criatura gorgotea, visiblemente contrariada, y agita la cabeza hacia un lado. La bota se pierde en la neblina.

Jom ahueca las manos y grita:

—No dejes que te toque. Eso que tiene en la cara está lleno de aguijones. Si te pica, te dejará insensible.

«Mierda». Sinjir se aplasta contra el otro extremo de la jaula mientras la criatura forcejea con los barrotes y golpea el metal con la cabeza y las garras delanteras.

Mientras esa masa de tentáculos intenta sortear caóticamente los barrotes como una masa de gusanos enloquecidos, Sinjir se fija que algo brillante bajo el cuello de la bestia. Lleva algo colgado de una cadena. Parece…

Una llave. Una llave octogonal, de metal oscuro. Como la que han utilizado para encerrarlos aquí.

Qué casualidad.

De repente, la criatura se aleja volando, perdiéndose en la neblina.

«¡No, no, no!»

Esa llave… Está claro que no la han puesto ahí los hombres de Slussen, ¿no? No parecen lo suficientemente listos como para proponer un juego tan cruel. Quien la haya puesto ahí, lo ha hecho en secreto y con toda la intención. Lo cual significa que la ha puesto alguien que quiere que sean libres.

—Jas —susurra Sinjir, atónito. Otra vez como en la mazmorra de Surat Nuat. Él atrapado y ella responsable de liberarlo. Un patrón de comportamiento curiosamente reconfortante. ¡Un movimiento clásico! Sinjir vuelve a la parte frontal de la jaula y pasa las manos por entre la cuadrícula de barrotes. Puede pasar hasta los codos, y empieza a agitar los brazos como un animal en peligro—. ¡Eh! ¡Eh! ¡Babosas voladoras! ¡Aquí, aquí! ¿No os parezco delicioso? Mmmh. ¿No os parezco un bocado…?

Bonnnng. La misma bestia aparece desde abajo, de improviso. Sus túbulos se enroscan en el brazo izquierdo de Sinjir. Parece que lo estén electrocutando. Al principio nota un hormigueo, y de repente es como si se le clavaran mil agujas de golpe. Sinjir grita, pero se mantiene firme. Lanza la mano libre hacia el cuello de la criatura, alargando al máximo los dedos, le arranca la llave y logra sacar la mano de esa masa retorcida de tentáculos.

Gimoteando con la mandíbula apretada, Sinjir saca rápidamente el brazo izquierdo. La camisa está hecha jirones y tiene la piel roja, ardiendo, hinchada.

Tal y como había pronosticado Jom, tiene el brazo entumecido. Empieza a sacudirlo para intentar devolverlo a la vida.

Sinjir siente la tentación de abrir inmediatamente la jaula, pero se resiste. ¿Qué hará exactamente una vez abierta? ¿Saltar al vacío? ¿Saltar sobre una de esas bestias e intentar montarla? Parecen dos buenas formas de morir al momento. Y el objetivo vital de Sinjir es no morir. No está muy convencido de para qué vive, todavía no, pero no morir le parece una buena forma de empezar. Se susurra a sí mismo:

—Paciencia, chico. Paciencia.

Espera. Las bestias zarandean las jaulas de Norra y Jom, y se escucha el repiqueteo del metal contra la roca de la montaña. Sinjir quiere gritarles a los demás que busquen las llaves, pero no lo hace. Es posible que estén cerca los guardias de Slussen, los cuidadores de las bestias.

Al final, los hroths se cansan de intentar comer esos pedazos de carne escuálida escondidos dentro de los exoesqueletos de metal. Al cabo de un rato, se escucha el silbato estridente de los cuidadores y las bestias se precipitan hacia la cueva de la que han salido.

A continuación, vuelve el zumbido familiar del rastrillo láser.

Ahora es el momento.

Sinjir saca el brazo bueno fuera de la jaula, sosteniendo firmemente la llave entre sus dedos. Tiene que hacer contorsionismos, pero consigue hacer girar la llave e introducirla en la cerradura. Con un giro rápido abre la cerradura.

Los goznes chirrían y la puerta de la jaula se abre en medio del aire. ¿Y ahora qué?

—Esto… —dice, aclarándose la garganta—. ¿Un poco de ayuda, por favor?

Jom y Norra se vuelven hacia él, boquiabiertos.

—¿Tu jaula está abierta? —pregunta Jom.

—Está claro que sí —le replica Sinjir con tono sarcástico—. No es una alucinación —y añade en voz baja—. O eso espero.

—¿Cómo? —pregunta Norra.

—Una llave. Jas me ha dejado una llave colgada del cuello de una de esas… horribles bestias voladoras. Ha sido de gran ayuda, pero… —saca medio cuerpo fuera de la jaula, aguantándose con el brazo bueno. El otro sigue totalmente insensible, como una rama rota colgando de un árbol—. Digamos que ahora mi plan está en el aire.

—No sabemos si ha sido ella —grita Jom—. Podría haber sido uno de los esclavos, que tienen un interés particular en ser libres.

«Sí», piensa Sinjir, «pero esta no es exactamente nuestra misión aquí, ¿verdad?»

Quizá debería serlo, pero no lo es.

Saca la llave de la cerradura, se la pone entre los dientes y muerde con fuerza. Entonces levanta el brazo y se agarra a la parte de arriba de la jaula.

Utiliza los barrotes horizontales como escalones y sube hasta arriba. La jaula se agita en el aire, y casi da un paso en falso… pero logra recuperar el equilibrio apoyando el pie en la roca de la que cuelga la jaula. En lo alto de la roca hay un saliente estrecho por el que solo se puede pasar de uno en uno. Por esa repisa es por donde le han traído: dos de los guardias de Slussen han arrastrado la jaula, la han enganchado a la cadena y la han soltado al vacío. Al caer, Sinjir ha tenido la sensación que le estallaban los dientes y que se le salían las entrañas por la boca.

Inspirar, espirar.

Antes, gracias a los entrenamientos estándar del Imperio, estaba en muy buena forma física. Pero en los últimos tiempos… reconoce que se ha dejado bastante. Ha adelgazado, sus músculos están flácidos, y tampoco es que la Nueva República le pida demasiado. No han instaurado ningún plan de entrenamiento. De hecho, de momento no han instaurado demasiadas cosas.

—Puedes hacerlo —le grita Norra. Siempre animándoles. Siempre comportándose como la madre colectiva del grupo.

Lo divertido es que funciona. Sinjir cree en sus palabras.

«Puedo hacerlo».

Levanta el brazo hasta la roca y tantea con la mano hasta encontrar un asidero viable. Ahí lo tiene. Agita el brazo inerte, intentando devolverle la vida, pero no logra moverlo. Lo bueno es que poco a poco está empezando a recuperar los sentidos en ese brazo. Lo malo es que lo que siente es un dolor punzante muy intenso.

Tendrá que subir con un solo brazo. Sinjir se agarra a la cadena con el bueno e intenta izarse agitando desesperadamente los pies alrededor de la cadena. Le duele mucho el brazo, le arde como si estuviera a punto de desprenderse. Se siente como un muñeco en manos de un niño demasiado efusivo.

Ya ha levantado la mitad de su torso. Logra subir lentamente, resollando.

El saliente ya está cerca, solo necesita subir un poco más. No debería ser difícil para alguien de brazos largos como él.

—¡Venga, venga! —grita Jom.

Si Sinjir no estuviera resoplando con dificultad y con una llave entre los dientes, diría: «Si vuelves a abrir la boca, maldito impertinente, te dejo aquí para el Imperio». En lugar de ello, logra ofrecerle un gesto de tres dedos, que le han asegurado que resulta ofensivo en muchos planetas del Borde Exterior. Tiene algo que ver con la madre de uno y con un pozo de gravedad.

Para fastidiar a Jom, y porque es lo más lógico, va a liberar a Norra primero. Corre agachado hacia su jaula, se tumba en el suelo y alarga el brazo, con la llave en la mano.

Norra levanta el brazo y la agarra.

En cuestión de minutos, Norra ha abierto la jaula y está en el saliente de roca con Sinjir. Entonces le toca a Jom. Pronto liberan también al hombre que Sinjir menos soporta de toda la galaxia. Los tres se reúnen en el mismo saliente de roca.

—¿Y ahora qué? —pregunta Sinjir, tocándose con la mano el brazo, que ya se está desentumeciendo y le duele mucho—. Si no recuerdo mal, hay un rastrillo láser que nos va a convertir en picadillo humano.

Jom comienza a pensar.

—A ver… Allí —recorre el saliente y va hasta el borde del rastrillo de energía—. Normalmente estas cosas funcionan con un sistema cerrado. Los rayos salen de estos emisores… —explica, señalando los emisores herrumbrosos que están atornillados a la roca oscura. Casi parecen cañones bláster—. Necesito una piedra grande.

Norra busca con la mirada y encuentra una a sus pies.

—Aquí tienes.

Jom la agarra, alarga el brazo y golpea el emisor con la piedra. No ocurre nada. La golpea una y otra vez. Pone todo su empeño, golpeando con fuerza y gritando… hasta que la roca rebota contra el metal, se le escapa de las manos y se pierde en el vacío.

Parece que no ha tenido éxito. Sinjir suspira y se pone a buscar otra piedra con Norra. No encuentran ninguna… Y de repente, el emisor empieza a soltar chispas, se desprende y queda colgado de un tornillo.

La cuadrícula de rayos láser chisporrotea y se apaga.

Tienen vía libre.

En fila de uno, caminan hacia la única sala de la fortaleza que han logrado ver: el comedor de los hroths. Otra vez los invade ese hedor. Sinjir tiene que contenerse las arcadas.

—¿Y ahora qué? —pregunta Sinjir con voz nasal, al tener la nariz tapada con el reverso de su mano buena—. ¿Tenemos un plan? Jas sigue aquí, en algún lugar, y eso significa…

—No significa nada —replica Jom—. No sabemos si ha sido ella, así que seguiremos el plan original: subimos por el conducto de lava, capturamos a Gedde y…

—No puedo subir por ese conducto. Tengo el brazo muerto. Estoy cansado.

—Tendrías que estar más en forma, Rath Velus.

—Perdona un momento… ¿vivimos o no en un universo en el que acabo de salvarte el pellejo? Porque por un momento he pensado que ahora mismo podrías estarme besando el pie descalzo. Pero aquí estás, fastidiándome.

Norra interviene entre los dos.

—Sinjir, busca un comunicador por aquí. Se han llevado los nuestros, así que no tenemos forma de llamar a Temmin, a Jas… a nadie. Iremos por aquí y…

Desde fuera de la sala les llegan ruidos de voces y pasos.

—Viene alguien —advierte Jom—. Y no tenemos armas…

Junto con las voces, oyen unos gruñidos y unos gorgoteos que les resultan familiares.

Los hroths. Maldita sea.

Las bestias van seguidas de los guardias de Slussen. Seguramente han venido atraídos por el ruido. O quizá han descubierto de algún modo que se había desconectado el rastrillo. Sea como sea, vienen a la carga, con los blásteres preparados y los hroths atados a unas largas correas de piel. Las bestias van buscando en el aire con los tentáculos.

Norra es de mente rápida. Y de movimientos. Corre hacia los receptáculos de metal llenos de carne podrida. Sinjir se queda atónito, con una mezcla de sorpresa y repugnancia, al ver que Norra empieza a lanzar pedazos de visceras y carne podrida hacia los guardias, que empiezan a disparar sin poder apuntar por culpa de los trozos de carne rancia que les van cayendo sobre la cara, el pecho y los brazos.

El olor de la carne es demasiado irresistible para las bestias.

«Brillante», piensa Sinjir al ver que las bestias se vuelven contra sus propietarios. Los hroths se abalanzan sobre sus cuidadores, que gritan desesperados mientras las bestias empiezan a recorrerles la piel en busca de trozos de carne de primera.

—¡Moveos! —grita Jom, mientras se apresuran por dejar atrás la carnicería.

El conducto de lava es estrecho, pero no tanto como para no tener espacio para moverse. El conducto en sí es escarpado y lleno de protuberancias, de modo que tienen muchos puntos de apoyo para los pies y salientes para agarrarse con las manos. Norra y Jom respiran hondo y empiezan a subir por el largo conducto vertical. Lentos pero seguros.

Allá abajo, muy abajo, perciben un punto de luz anaranjada.

«No te caigas, no te caigas, no te caigas», se repite Norra una y otra vez, como un mantra. No sería una caída agradable. Si resbala y cae por ese conducto, la piedra

volcánica porosa podría arrancarle media piel antes de caer en un baño de magma ardiente que la cocería viva. Moriría chamuscada en cuestión de segundos.

Estos conductos parecen ser la calefacción de la fortaleza de Slussen. El aire que sube es como el aliento ardiente de un monstruo infernal. A veces encuentran conductos adyacentes que salen del principal en ángulos perpendiculares, y al pasar de largo, oyen gritos por todo el palacio de Slussen Canker, indicios de que han dado la alarma.

«Tenemos poco tiempo».

Siguen subiendo. Les duelen los brazos y las piernas. Jom le dice que no se detenga. Norra tiene ganas de responderle que no está hecha para esto… pero tiene que estarlo. Es demasiado tarde para ser de otro modo. Se fuerza a continuar. Cuando por fin sus manos llegan al último de los conductos secundarios, parece que ha pasado una eternidad. Se tumba sobre la repisa y se arrastra por la roca, que le abrasa el estómago. Está tumbada en el suelo de una sala espléndida a la vez que espantosa, resollando.

Norra levanta la mirada. Las paredes son negras y están decoradas con elementos dorados muy estridentes y con espejos de bórzita. En una esquina hay una estatua de Slussen tallada en cuarcita de color rojo fuego. La cama es octogonal, al igual que la llave de las jaulas, y está cubierta de pieles de animales y almohadas de piel roja.

A Norra, tanto lujo le resulta muy extraño. Y le parece que está desperdiciado en un lugar como este.

—Qué bien que estéis aquí.

A Norra casi se le sale el corazón por la boca al oír la voz de Jas desde un rincón de la habitación. Se vuelve hacia allí y ve a la cazarrecompensas sentada en una butaca alta, cruzada de brazos y piernas, con el vicealmirante imperial tumbado a sus pies. Gedde tiene las manos atadas con cable en la espalda y la boca amordazada con lo que parece una funda de almohada, atada con un nudo a la altura de la nuca.

Jom aparece por el conducto de lava. Ve instantáneamente a la zabrak. Tan pronto como se pone en pie, se dirige hacia ella, rugiendo de rabia.

—Por tu culpa casi nos matan…

—He conseguido salvarnos a todos, cobrar y acabar el trabajo. Podemos hablar sobre esto más tarde… —coge el comunicador del cinturón y habla por él—. Temmin, necesitamos que nos saques de aquí. Todavía estamos en la torre. Reconocerás la señal —se guarda el comunicador en el cinturón y pregunta—. ¿Dónde está Sinjir?

—Abajo, buscando un comunicador —responde Norra.

La mueca de Jas deja claro que eso no le ha sentado bien.

—Esto… es una complicación. Iré a buscarlo. Nos encontraremos en el comedor de las bestias.

Desde fuera de la habitación llega el sonido de pasos. La puerta de la habitación es redonda y dorada, y está sellada con un panel eléctrico. El panel está destruido, con los cables colgando y echando chispas.

Empiezan a aporrear la puerta. Se oye una voz amortiguada desde el otro lado:

—Slussen quiere saber si Gedde está ahí.

Gedde ni si quiera parece oírlo. Tiene los ojos inyectados en sangre, con las pupilas hinchadas. Ni siquiera parpadea. Desde detrás de la mordaza, el imperial emite unos sonidos incomprensibles. Norra se da cuenta de que Gedde está colocado. Cerca de él hay una pequeña lata de especia negra. La forma de la lata, una vez más, es octogonal.

Desde el otro lado de la puerta, oyen:

—Slussen ordena que abráis esta puerta.

Entonces se oye el chirrido de un taladro.

«Van a desatornillar la puerta».

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —pregunta Norra—. ¿Por el conducto?

—Yo iré por ahí —responde Jas—. Pero vosotros dos iréis por ahí —explica, señalando el enorme ventanal que hay al otro lado de la habitación.

Norra está a punto de protestar, pero Barell la sorprende diciendo:

—Me gusta la idea. Vamos a abrir la ventana.

—La *Halo* debe de estar al caer —dice Jas—. Nos vemos pronto —añade, y a continuación desaparece por el conducto de lava.

Barell y Norra van hacia la ventana. Jom recorre los bordes con los dedos buscando los goznes, un pestillo, algo, lo que sea. Norra le dice que no encuentra nada y él asiente con la cabeza. Jom va hasta la butaca en la que antes estaba sentada Jas. Sin decir nada, la arroja hacia la ventana.

¡Crash! La butaca atraviesa el cristal y desaparece en el vacío. Jom retira los restos del cristal golpeando con la bota.

En el exterior, por encima de la niebla y cerca de los picos de otras montañas oscuras, Norra advierte una nave, una cañonera SS-54. La *Halo*.

Temmin.

—Dile al Vicealmirante Gedde que ha llegado su transporte —ordena Norra. Entonces comete el error de mirar hacia abajo. La invade el vértigo—. Y dile que espero que no le den miedo las alturas.

La *Halo* se agita y tiembla mientras cruza las neblinas de Vorlag. Es una cañonera, aunque al fabricarla los astilleros Botajef la clasificaron como carguero ligero para evitar problemas de regulaciones. Los motores de iones de los lados están en posición horizontal, zumbando mientras la nave avanza. Entre la niebla aparece la fortaleza volcánica de Slussen Canker. Sus torres retorcidas parecen dedos chamuscados intentando arrastrar el cielo hacia abajo.

Temmin está a los mandos de la nave, empujando la palanca de mando completamente hacia delante. Esta nave no es tan rápida como un Ala-X, pero no le falta potencia, especialmente tras las modificaciones que Temmin hizo en los motores. La nave se mueve con solemnidad y decisión. A Temmin le retumba la sien como un desfile

de percusión akivana. Se cruje los nudillos y chasquea los dedos, un hábito nervioso que heredó de su padre.

—¿Estás listo? —le pregunta a su copiloto.

—ENTENDIDO. A LA ORDEN —responde el Señor Huesos, su guardaespaldas y compañero, un droide de batalla B1 que ha pasado por unas cuantas modificaciones especiales. El droide tiene aspecto de esqueleto humano, pintado de rojo y negro y coronado por un cráneo de buitre de las rocas. Con el tiempo, Temmin ha ido trabajando en el droide para darle un aire cada vez más amenazador. Incluso le ha recortado el metal de la cara para que parezcan dientes. Le ha afilado las manos para que parezcan garras. Además, ha añadido a la estructura media docena de articulaciones adicionales para dar al droide un grado de flexibilidad inaudito en los Bl, que ya de por sí son plegables. Han desaparecido los huesecitos que antes llevaba como decoración. Actualmente la naturaleza de su misión requiere sigilo, y Jas le advirtió que el repiqueteo de los huesos acabaría siendo un problema. Temmin tenía sus reticencias, pero le hizo caso. Le gusta Jas. Confía en ella. Si Jas cree que el sigilo es importante, entonces es que el sigilo es importante.

Claro que, ahora mismo, el sigilo no es la prioridad principal.

—ESTOY IMPACIENTE POR ERRADICAR A NUESTROS ADVERSARIOS —dice Huesos con su voz metálica y seca—. LISTO PARA REDUCIRLOS A UNA NUBE ROJA. DA LA ORDEN, AMO TEMMIN.

El droide tiene los controles de artillería fijamente sujetos con sus garras. La *Halo* va bien equipada: unos cañones láser gemelos ZX7 debajo de la carlinga frontal acorazada y, en la parte superior, un cañón cuádruple lanza-proyectiles montado en una torreta añadida. No obstante, ahora mismo están en misión de rescate y no se trata de arrasar el paisaje. Temmin le pide a su compañero que se relaje.

Huesos asiente y canturrea para sus adentros, moviendo el cráneo al ritmo de la música.

—Allá vamos —dice Temmin, reduciendo la velocidad de los motores y colocándolos en posición vertical, en modo repulsor. Entonces advierte la segunda torre más alta de la fortaleza, que tiene una ventana rota.

Su madre le hace señas con la mano, nerviosa y agitada.

Temmin le hace una señal de aprobación con el pulgar. La nave se desliza de lado, de modo que la rampa de acceso quede encarada hacia la torre.

—Huesos, ve a ayudarles. Yo mantendré la nave en esta posición.

El droide se pone en pie de un salto, da una voltereta sobre el asiento, sale corriendo de la carlinga y desaparece en el interior de la *Halo*.

Temmin pone en pantalla la cámara al acceso principal y extiende la rampa. Un lateral de la nave se desliza hacia arriba y aparece una compuerta de acceso. Huesos ayuda a Norra a subir el prisionero a bordo. Jom coge carrerilla y salta hacia la rampa.

Pero entonces, la nave entera se estremece por un golpe en el lateral.

«¿Pero qué…?» Temmin vuelve a mirar hacia la pantalla y detecta un elemento de caos: una forma corriendo por la rampa de acceso. Una especie de criatura, con una cara informe que parece una masa de dedos en movimiento. Huesos hace una pirueta, una de sus garras se retrae y despliega la vibrocuchilla que lleva escondida a lo largo del hueso metálico de su antebrazo. Levanta el brazo y lo descarga para cortar la maraña de apéndices en movimiento. Entonces le pega una patada a la criatura para apartarla de la rampa.

Cuando la criatura sale volando, aparecen dos más.

Y entonces el escáner de la *Halo* empieza a parpadear. Cuatro puntos rojos procedentes de popa.

Comprueba su identificación: se trata de una lanzadera imperial y tres cazas TIE.

—¿Quién ha invitado al Imperio a la fiesta? —grita Temmin.

—Slussen Canker —le responde su madre, que justo en ese momento entra corriendo en la carlinga—. Y Gedde, esperando librarse del castigo que le espera a un vicealmirante desertor —y entonces, Norra le explica dónde están Jas y Sinjir—. Tenemos que ir a recogerlos.

—¿Y si no están ahí?

—Entonces esperaremos.

La cabeza de Jom aparece por la puerta, frunciendo el ceño con aire burlesco. Temmin ya sabe lo que va a decir. Va a decir: «Los dejamos atrás, ellos no son la misión», porque él es así. Solo le importa la misión. Y no le gustan nada Jas y Sinjir. Así que resulta toda una sorpresa que diga:

—No dejamos atrás a nadie.

Temmin sonríe.

—¿Ni siquiera a un imperial y una cazarrecompensas?

—No si son nuestro imperial y nuestra cazarrecompensas. Vamos.

Temmin aparta la nave de la fortaleza. En el escáner se ve la lanzadera y los cazas TIE cada vez más cerca.

A Temmin se le ocurre una idea. Lanza la nave hacia adelante con un fuerte impulso de los motores e inmediatamente después vuelve a poner los motores en posición vertical. La *Halo* se queda flotando.

—Temmin, no te detengas —protesta su madre—. ¡Sigue adelante!

—Sé lo que me hago —replica él, haciendo girar la nave ciento ochenta grados.

—Temmin. ¡Temmin!

Los cazas TIE se abalanzan sobre ellos, aullando, cortando el aire como navajas. Empiezan un picado sobre la fortaleza de Slussen. El aire se llena de disparos láser, que impactan en el morro de la *Halo*.

«Ahora», piensa Temmin.

Temmin toma el control de la artillería pulsando un interruptor. Apunta los lanza-proyectiles hacia arriba y sus dedos aprietan el gatillo. El cañón empieza a escupir unos

proyectiles tubulares de nanofibra, a razón de cientos por segundo. Los proyectiles agujerean la torre de roca negra, haciendo saltar trozos de piedra por el aire.

Como si fuera un árbol acribillado a hachazos, la torre empieza a caer.

Y cae justo encima de dos de los cazas TIE. Uno de ellos queda aplastado a medio vuelo y desaparece en una explosión de llamas. El otro recibe un impacto en uno de los paneles laterales, y sale despedido en espiral como un pájaro con un ala sesgada.

Jom le da una palmada a Temmin en el hombro.

—Has reaccionado muy rápido, chico. Ahora vamos a recoger a los demás y luego nos largamos de aquí.

«¿En qué se ha convertido mi hijo?»

La pregunta se le clava en las entrañas como un cuchillo. Los pensamientos y la consciencia de Norra están totalmente separados de sus acciones, como si fueran dos personas distintas. Una de ellas es la versión interior, llena de miedo y preocupación. La otra es Norra la combatiente, Norra la piloto, la que toma el control de artillería y descarga una ráfaga de disparos láser sobre la fortaleza.

Por dentro, es un alboroto de sentimientos que luchan por dominar a los demás, como un sistema planetario entero desesperado por imponerse sobre los otros. Su hijo está haciendo exactamente lo que se supone que tiene que hacer. Está luchando por la Nueva República. El Imperio es su enemigo. Lo que ha hecho ha sido inteligente y preciso, todo un ejemplo del potencial que tiene. Ha demostrado que también es piloto y soldado.

¿Es esto lo que quería para él?

Temmin es muy joven, solo tiene quince años, aunque Norra acaba de recordar que pronto será su cumpleaños. El tiempo avanza rápido, y todavía más cuando tienes hijos. Acaba de derrotar a dos cazas TIE. No… acaba de matar a dos pilotos. Dos vidas se han apagado. El problema no es si se merecían o no su destino; esos pilotos se alistaron en el ejército y sabían lo que ello conlleva. El problema es lo que implica para Temmin. Esta idea le resulta perturbadora. ¿Lo acecharán los remordimientos? ¿Es demasiado joven para comprender lo que está pasando? ¿Algún día se despertará con fantasmas en la cabeza? ¿O se endurecerá demasiado rápido, perdiendo toda la bondad de su interior y convirtiéndose en un hombre frío como Jom Barell? Todos estos pensamientos la persiguen mientras hace su trabajo: disparar los cañones de la nave. Mientras Temmin los hace sobrevolar la entrada del comedor de las bestias, Norra dispara fuego a discreción sobre los guardias que acuden a defender el palacio de Canker.

—Ahí —dice Jom, poniéndole la mano en el antebrazo. Su voz suena distante. Todo parece distante.

Norra se nota el pulso en el pecho, en el cuello, en las muñecas. La adrenalina la asalta como los proyectiles que Temmin ha descargado sobre la torre del palacio. Norra parpadea, intentando dejarlo todo atrás.

En el comedor de las bestias, dos guardias corren hacia el saliente de roca. Pero antes de que puedan hacer nada, ambos se estremecen y caen de bruces al vacío. En el vacío que dejan aparecen Jas y Sinjir. Jas tiene el bláster en una mano, y con la otra ayuda a su compañero a tenerse en pie. Sinjir va cojeando, con el brazo inerte a un lado.

Uno de los cazas TIE cae en picado, y Norra hace girar rápidamente el lanza-proyectiles mientras Temmin desliza la *Hab* hacia la abertura de la montaña. Una ráfaga rápida hace que el caza TIE tenga que hacer una maniobra evasiva y subir hacia el cielo momentáneamente.

Cuando Jas y Sinjir ya están a bordo, Jom le dice al chico:

—Sácanos de aquí.

Norra siente que la sangre le baja del cerebro a los pies cuando la *Halo* acelera al máximo, cruzando la atmósfera de Vorlag, con el caza TIE pegado a su estela.



CAPÍTULO TRES

Sloane está de pie en el centro de un círculo azul brillante, hablándole a la galaxia.

—Aquí la Gran Almirante Rae Sloane, comandante de la flota imperial y líder de facto del Imperio Galáctico. El Imperio sigue combatiendo al gobierno anarquista criminal conocido como la Nueva República. El sueño de una galaxia unificada, segura y sana no murió con el glorioso Emperador Palpatine. El Imperio Galáctico sigue adelante, incansable y diligente, en su misión de devolver el orden y la estabilidad a la galaxia. Mientras tanto, la Nueva República sigue con su misión de destruir lo que hemos construido juntos. El crimen se ha multiplicado por diez en toda la galaxia, ya que las dinastías criminales del bajo mundo han vuelto a apoderarse de planetas que estaban libres de sus influencias tóxicas gracias a la acción del Imperio. Se han interrumpido las rutas de abastecimiento y muchos planetas pasan hambre debido a la escasez de comida. La influencia corrosiva de la Nueva República ha causado una pérdida insalvable de empleos, ingresos e incluso de vidas.

«Ahora es el momento», piensa. Sloane intenta hablar como si tuviera acero en la espina dorsal y… ¿qué es lo que le dijo su nuevo consejero? Bronce en la voz.

Sigue hablando:

—Pero no temáis. El Imperio sigue aquí, firme como una montaña, cierto como las estrellas que vemos por toda la galaxia. Vamos a derrotar la insurgencia. Haremos que este falso gobierno pague por sus crímenes contra todos vosotros. Estamos construyendo nuevas naves, fundando nuevas bases e investigando nuevas tecnologías para protegeros.

El Imperio viene a ayudaros. Os protegeremos y lucharemos contra nuestros enemigos. Mantened la calma, la lealtad y la honestidad, y pronto obtendremos la victoria. Para nosotros, para toda la galaxia.

Asiente ligeramente, y el círculo de resplandor azul que la rodea desaparece. Durante un momento permanece a oscuras en medio de la sala, escuchando los murmullos y los pasos lejanos. Es uno de los pocos momentos de paz que tiene, y se aferra a él como una niña a una muñeca.

Entonces vuelven a encenderse las luces y su nueva vida sigue.

Esta sala es la Oficina de Promoción Imperial, Verdad Galáctica y Corrección de Hechos. Mucha gente la llama sencillamente OPI. Surgió de las cenizas de la COMPNOR para contrarrestar la influencia de la Nueva República en varios sistemas y sectores.

Sloane pasa mucho tiempo aquí, muy a su pesar.

Se le acerca Ferric Obdur con su asistente, una joven preciosa. Es tan pálida que Sloane puede verle las venas oscuras debajo de la piel. Entre los dos ayudan a Sloane a bajar de la plataforma de proyección. Obdur es mayor que Sloane. Es un sinvergüenza irascible con mechones de pelo blanco que le salen de las mejillas, los carrillos y el mentón. Es como una reliquia del pasado: Obdur era un joven soldado cuando se produjo el proceso tumultuoso de transformación de la República en Imperio. Ayudó a diseñar el asalto informativo con el que se mitigaron los ánimos de la galaxia durante la transición. Y por eso actualmente Ferric Obdur es el primer oficial de información, un cargo que le asignó la propia Sloane, pero sin haberlo decidido ella. Alguien lo decidió por ella.

Obdur está sonriendo, como siempre. En la mirada tiene un centelleo, como si supiera más que el resto de la gente de la sala.

—Gran Almirante Sloane, buen trabajo. Aunque un poco… rígida.

—Me dijeron que hablara como si tuviera acero en la espina dorsal. Y lo he hecho.

—Por supuesto, evidentemente. Lo ha hecho bien, sin duda. Por aquí, quiero enseñarle unas imágenes —la conduce hasta una larga mesa metálica que hay junto a la pared del fondo. Es una mesa luminosa. Ferric la enciende, abre una carpeta y empieza a mostrarle una serie de páginas translúcidas; la luz de la mesa hace resaltar las líneas y los colores—. Como puede ver, son carteles. Los colgaremos en planetas que tengamos asegurados y en mundos en disputa.

En un cartel se ve a dos soldados de asalto dándole un cesto de fruta a una familia de humanos necesitados. En otro se ve un pequeño batallón de soldados de la Nueva República, representados como hombres desaliñados, sucios, sin afeitar y con cascos que no les quedan bien. Llevan lanzallamas y están atacando las puertas de una academia imperial. Se ven niños en las ventanas, gritando detrás de los cristales. Una tercera imagen muestra a un grupo de soldados ceñudos de la República, dominados por la sombra de una cría de hutt. Obdur se acerca a esta imagen.

—Esta no me gusta mucho. Demasiado sutil. Evidentemente, el objetivo es sugerir la conexión entre los rebeldes y las organizaciones criminales. Pero con sugerir no basta.

Necesitamos que la conexión sea clara y concisa, que sea como un bofetón en la cara. Una dosis de realidad.

«Realidad», piensa Sloane. Qué ironía más grande. Nada de esto es real. Entonces verbaliza lo que está pensando:

—¿Por qué estamos recurriendo a estas… exageraciones si se sabrá la verdad? Tenemos los hechos de nuestro lado. El Imperio es estabilidad. La galaxia es demasiado grande para abandonarla a sus propios mecanismos. Si de la Nueva República dependiera, dejarían que cada planeta se gobernara a sí mismo, lo cual suena bien en teoría…

—En esta guerra, mi Almirante, sus armas son las naves, los blásteres, el blindaje. Las mías son las palabras y las imágenes, que son todavía más importantes. Estas imágenes son una representación artística de la realidad. Los hechos son flexibles, y estas imágenes señalan en dirección a la verdad de la que usted habla, aunque no la ilustren literalmente —Obdur le apoya la mano en el antebrazo. Seguramente lo hace con la intención de consolarla, pero el efecto es muy distinto. Rae aparta el brazo, lo agarra por la muñeca y se la retuerce.

—Soy la Gran Almirante Sloane. No soy una chiquilla ni una asistente a la que usted pueda manosear, consolar o engatusar. Si me toca otra vez, no solo haré que le arranquen el brazo. Además, ordenaré que le anulen todos los nervios del muñón para que no pueda ni instalarse una mano robótica.

Obdur empalidece, pero sin perder la sonrisa. En lugar de ello, suelta una risita entre dientes:

—Un error por mi parte, Almirante. Tiene razón. Le pido mil disculpas —se lame el labio—. ¿Tenemos su aprobación para utilizar estas imágenes? ¿O tenemos que revisarlas?

Sloane vacila antes de responder. Siente una punzada ácida en la garganta, como si estuviera tragando veneno. A pesar de sus reticencias, finalmente acepta:

—Déjelas como están. Tiene mi aprobación.

Entonces lo entiende. El pensamiento es como un disparo certero de bláster en la frente.

«Ya no soy almirante. Soy una política».

No puede contener un escalofrío, que le recorre toda la columna vertebral. El único apoyo que tiene en momentos como este es su asistente personal, Adea Rite. Una joven brillante. Fuerte y determinada. Además de claramente leal. Sloane creía que la había perdido, pero el Almirante de la Flota Gallius Rax tiene muchos recursos. Tiene gente dentro de la Nueva República. La sacó de Chandrila antes de que la encerraran en una celda como favor personal a Sloane. Un favor por el que ella le está enormemente agradecida. El Imperio necesita a más gente como Adea Rite y a menos como Ferric Obdur.

—Mi Almirante —dice Adea.

—Esto debería estar haciéndolo usted —comenta Sloane en voz baja—. Usted debería estar al mando de nuestras tareas de propaganda.

—Estoy segura de que se les da muy bien su trabajo. A mí se me da bien ser su asistenta.

Sloane reacciona con una sonrisa. Una visión poco habitual.

—¿Qué tengo ahora en la agenda?

—Una reunión imprevista.

—¿Sí?

—Ha solicitado su presencia.

—Ah —Rae sabe que se trata de él. Gallius Rax. Su… consejero—. ¿Cuándo?

—Ahora mismo, Almirante.

Con acero en la espina dorsal y bronce en la voz, Rae le dice:

—¿Vamos?

En realidad, Rae Sloane sabe muy poco acerca del Almirante de la Flota Gallius Rax. Lo que sabe es que apareció en el registro de la flota hace dos décadas. Rax debutó a la edad de veinte años en un cargo inusualmente alto para alguien con poca o ninguna historia. Casi inmediatamente después de alistarse, fue asignado a la AIN, la Agencia de Inteligencia Naval. Con el rango de comandante.

Sus informes no iban a sus superiores. Incluso se saltaban a los Vicealmirantes Rancit y Screed. Iban directamente a Wullf Yularen, caído en la primera Estrella de la Muerte durante el asalto de los terroristas rebeldes.

Con la desaparición de Yularen, los informes de Rax iban directamente a lo más alto: al propio Emperador Palpatine.

Y lo peor de todo es que casi todos los informes están considerados material confidencial. El noventa por ciento de los registros está tachado, de modo que resultan incomprensibles. Rae conoce las fechas en las que sirvió en la NIA a órdenes de Yularen y luego de Palpatine y poco más. Eso es prácticamente todo lo que Adea pudo extraer de los registros.

Leer los fragmentos no tachados de los informes no le aportó demasiada información interesante. Ha podido saber que Gallius Rax sirvió mayormente en el Borde Exterior. No obstante, ella también estuvo sirviendo ahí y nunca escuchó hablar de él hasta los últimos años.

¿Y después? La información sobre él es mínima. Se lo considera un Héroe del Imperio Galáctico y ha recibido numerosas condecoraciones: la Estrella Nova, la Medalla del Servicio, la Medalla de la Guerra Galáctica contra la Insurgencia, el Sol Dorado y la célebre y polémica Voluntad del Emperador. Pero a pesar de todos estos honores, no hay registros sobre cómo o cuándo los obtuvo.

Rax es un espectro. Al principio era tan solo un nombre, y de repente se hizo manifiesto. Cuando se encuentran, Rae tiene la sensación de estar con el holograma de un muerto que se hace pasar por una persona real.

Ahora mismo, tiene exactamente esa sensación.

Rae entra en los aposentos de Gallius Rax. Prefiere recibirla aquí que en el puente. «Ese es su territorio», le dijo una vez Gallius, «yo no controlo la flota, ese es su trabajo». En esa ocasión, Rae completó mentalmente el resto de la afirmación: «Pero la controlo a usted, Gran Almirante Sloane».

Sus aposentos son mucho menos austeros que la estética imperial dominante. Además de los tonos grises y negros, ha añadido varios toques de color: un extraño tapiz rojo en la pared, con un motivo laberíntico que resulta irritante si se observa demasiado rato; un acuario cilindrico por donde se mueven unas criaturas acuáticas vaporosas, que tienen órganos brillantes de distintos colores; una vitrina que contiene dos vibrocuchillas con forma de hoz unidas por una cadena dorada, con una iluminación intensa que permite ver sus ornamentadas tallas en espiral.

En estos momentos, la sala está dominada por el resplandor azul de un mapa galáctico. Sloane puede ver las divisiones territoriales, que ilustran el estado actual de inestabilidad política. La galaxia ha quedado reducida a un mosaico desordenado. Algunos sistemas se han pasado a la Nueva República, y otros tantos se han organizado en sus propios feudos. Los territorios de la galaxia que todavía controla el Imperio siguen mermando. La Nueva República ha tenido un efecto mortífero gracias a un ataque incesante y efectivo. Al observar el mapa, Rae se siente superada por los acontecimientos. La ansiedad se apodera de ella.

Gallius ni se inmuta. Rae piensa que la impasibilidad de Gallius debería consolarla, pero en cambio la hace sentir todavía más sola.

Está ahí de pie, impasible. Ya no lleva uniforme de almirante, sino que va ataviado con una túnica que llega hasta el suelo. Una túnica roja como la sangre. Cuando se encuentra con otra gente, suele llevar el uniforme de almirante de la flota, su rango formal como consejero de Sloane. Pero aquí, en sus aposentos, va vestido con ropa más cómoda. Gallius se vuelve hacia ella y le clava esa mirada confiada y salvaje. Casi de desdén. Arquea una ceja y abre los brazos.

—Almirante Sloane. Gracias por venir.

«Como si tuviera alguna alternativa», piensa Rae. Cuando el titiritero tira del hilo…

—Por supuesto —es su única respuesta.

—¿Cómo le va a nuestro Imperio? —pregunta Gallius, con un tono de sarcasmo tan sutil que resultaría imperceptible para mucha gente. Pero Rae lo detecta. Entonces recuerda las palabras que el almirante de la flota le dijo una noche, hace meses: «Esta ya no es nuestra galaxia». En ese momento, Gallius le explicó que habían perdido. Que el Imperio al que ella servía era… ¿Cómo lo dijo? «Una maquinaria fea y poco elegante. Cruda».

«Acero en la espina dorsal. Bronce en la voz», piensa Rae antes de decir:

—Nos estamos centrando demasiado en la batalla de la propaganda. Ganaremos los corazones y los cerebros de los habitantes de la galaxia mediante victorias militares sobre la Nueva República, no colgando pósteres en las paredes de las cantinas.

—Hum —murmura Gallius, caminando entre las imágenes flotantes del mapa galáctico, con paso dramático y gesticulando ostentosamente con la mano—. No le falta razón. Todavía no hemos tratado el tema de la acción militar. Pídale a Obdur que busque imágenes de archivo donde se nos vea derrotando a esos traidores de la República. Imágenes de batallas. Que sean violentas, pero no demasiado. Tenemos que quedar como héroes y conquistadores, no como matones. ¿Eso serviría para calmar sus preocupaciones, Almirante Sloane?

«No», piensa, mientras asiente fríamente con la cabeza.

—Es un principio. Pero me siento cada vez más incómoda con todo este artificio… —y se detiene a media frase.

—Rae, ¿sabe algo sobre ópera?

—¿Qué?

—Ópera. ¿El Ciclo de Nonagon? *¿La Esdritia y el Tholothiano? ¿La Obra Maestra de Llure Beelthrak?* Incluso los hutts tienen su propia ópera… unas narraciones bastante desagradables sobre traición y crianza. *La Lah'chispa Kah Soh-na* —dice este último título haciendo una mueca—. La galaxia podría vivir sin los cánticos de esas babosas.

—Sé algo de ópera, pero no soy una entusiasta.

Gallius junta las palmas de las manos.

—Debería serlo. Así nuestra colaboración será más provechosa para usted. La ópera me emociona. Y nada de ello es real. Ahí reside lo más importante que debe comprender: para que algo tenga efecto, no siempre es necesario que sea real. Los instrumentos y las canciones, el drama y el melodrama, la tragedia y la compasión. Es todo mentira. Es ficción. Y, sin embargo, lo que ocurre en el escenario comunica una especie de verdad. Los hechos y la verdad son entidades separadas. A mí me interesa más la verdad que los hechos. Me siento cómodo con el artificio cuando se ajusta a nuestras necesidades. Y en este caso es así.

—Pero…

De repente, Gallius parece impacientarse. Le aletean las fosas nasales y aprieta los puños.

—Estamos de acuerdo en que la Nueva República es peligrosa, ¿no es así?

—Sí. Evidentemente.

—Lo podemos comprender porque somos mentes elevadas. Pero la mayoría de la gente es ignorante. Sé que está de acuerdo conmigo. Siempre que usted y yo conozcamos la realidad, no veo nada malo en empujar a las mentes más débiles a llegar a una conclusión a la que nosotros ya hemos llegado. Necesitan ese tipo de drama y melodrama para comprender algo que para usted y para mí fue muy fácil de entender. Llegamos a la conclusión de forma natural. Pero a otros hay que ayudarles, incluso hay que empujarles. ¿Está claro?

Sloane traga saliva. Aunque la voz de Gallius es serena, en su cara se percibe claramente la ira. Su expresión es de intensidad contenida. A Rae la asalta un recuerdo de hace muchísimos años. Se había detenido en un depósito flotante para repostar con su barco, la Estrella Temible. Era en el Mar de Carawak, en la novena luna de Tilth. Se acercaba una tormenta y el mar había cambiado de aspecto. Las olas todavía no eran muy altas, pero se agitaban y se arremolinaban. Además, se volvieron de un color gris metal. Cuando llegó finalmente la tormenta, el mar se transformó en un monstruo.

Gallius le recuerda ese momento.

«¿Cuándo llegará el momento de la tormenta? ¿Se convertirá en un monstruo?»

Quizá se está volviendo paranoica.

—Eso está claro —dice Rae por fin—. Lo que no tengo tan claro es nuestro objetivo.

—Nuestro objetivo —responde Gallius, sonriendo— es el resurgir del Imperio. Un Imperio más fuerte, más efectivo.

—Sí, pero… ¿cómo? No le hemos hecho ninguna propuesta a Mas Amedda, que sigue atrincherado en Coruscant. ¿Acaso elegirá a otro Emperador? Nuestra reunión en Akiva fue… —aquí duda cómo terminar la frase. «Una artimaña peligrosa y desafortunada», piensa. Pero en lugar de ello, dice— …un ardid necesario. No obstante, no elimina nuestra necesidad de unidad. Muchos moffs se han rebelado, asegurando que Palpatine sigue vivo. El Gran General Loring está escondido en Malastare. Además…

—Tenga fe en mí, Rae. La fe guiará nuestros pasos. Deje que yo me preocupe por todos estos problemas. Eso son preocupaciones para el futuro. En cuanto al presente, tengo tareas para usted. De momento una, pero pronto vendrán otras.

«Tareas». Como si fuera una chica de los recados con una lista de cuestiones pendientes. Rae tiene una sensación extraña. ¿Será porque, a pesar de su cargo, en realidad no es ella quien controla el Imperio? ¿Será porque no tiene ni idea de quién es realmente Gallius ni si se merece el honor de darle órdenes? ¿Será porque simplemente no confía en él?

Gallius empieza a caminar de un lado a otro de la sala, con las manos detrás de la espalda.

—Necesito que vaya a buscar a alguien.

Otra vez ese tono condescendiente. Como si ella fuera un perro persiguiendo un palo o una pelota.

—¿A quién?

—A Brendol Hux.

Ese nombre le suena. ¿Le conoce? Hux, Hux, Hux…

—¿El Comandante Hux? —pregunta Rae abruptamente—. ¿De la Academia Arkanis?

Un miedo indescriptible vuelve a apoderarse de ella. Hux entrena a niños, los mejores y más brillantes del Imperio.

—El mismo.

—Actualmente Arkanis está asediado por el ejército de la Nueva República.

«De hecho, estamos perdiendo todo ese sistema», piensa Rae.

—Sí. Y quiero que le rescate personalmente.

—¿Rescatarle? ¿Literalmente, o es una metáfora?

No sería la primera vez que Gallius Rax le encarga erradicar a miembros del Imperio a los que considera ineptos o sus competidores. En ese sentido, la cumbre de Akiva fue tan solo el principio. La lista de gente desaparecida o muerta a manos de Rax ha aumentado considerablemente desde entonces. Rax siempre habla de pulir el Imperio como se afila un cuchillo. A Rae la idea le resulta preocupante. Incluso perturbadora.

Rax sonríe, dejando entrever los dientes.

—De momento, rescatarle. Espero que él sepa apreciar nuestros esfuerzos y se una a nosotros voluntariamente. Tiene un hijo, un hijo bastardo, según tengo entendido. No es de su esposa Maratelle, sino de una sirvienta de la cocina. No me importa la madre, ni tampoco su esposa, pero un hijo es un hijo, la sangre es sangre. Asegúrese de rescatar también al niño.

—¿Es una buena idea dedicar tantos recursos para rescatar a su hijo?

—El Imperio debe ser joven y fértil. Los niños son cruciales si queremos tener éxito. Muchos de nuestros oficiales son ya viejos. Necesitamos esa vitalidad. Esa energía de los jóvenes. El Imperio necesita niños.

«El Imperio necesita niños». Rae se repite la frase mentalmente una y otra vez. Cada vez le resulta más aterradora.

No obstante, no le falta razón. La Nueva República la lideran los jóvenes. Por muy ingenuos que sean, los rebeldes son fieles a la causa. Tienen energía y, aunque no siempre sean eficaces, están motivados.

—Podríamos restablecer los antiguos programas de reproducción del Imperio —añade Rae—. Para animar a la gente a empezar una familia o a ampliarla. Podemos recompensarles.

Rax junta las palmas de las manos, sonriente.

—Sí. Sabía que haríamos un buen equipo. Cuando terminemos, en la galaxia no quedarán mundos por conquistar. Serán todos nuestros. Gracias.

—De nada —Rae asiente, reticente.

—Una vez terminada esta operación, cuando Hux esté con nosotros, creo que ya tendremos nuestro Consejo en la Sombra. Entonces el futuro del Imperio estará claro.

¿Consejo en la Sombra? Rae ni siquiera necesita preguntarlo. Su expresión es suficiente para que el Almirante Rax se lo explique:

—¿Ah, no se lo había contado? Estoy formando un Consejo en la Sombra para gobernar el Imperio desde un segundo plano. Solo los mejores, los más brillantes, las mentes imperiales más destacadas. Cuando Hux esté a bordo, celebraremos la reunión inaugural. Evidentemente, usted formará parte del consejo. Le informaré más cuando regrese. Buen viaje, Almirante Sloane. Espero que las estrellas le acompañen y tenga éxito.

Rae está esperando algún tipo de comentario condescendiente. Pero lo único que hace Gallius es darse la vuelta e introducirse de nuevo en el resplandor azul del mapa estelar.

Las palabras de Gallius Rax se le quedan pegadas como un mal olor. «La fe guiará nuestros pasos. El Imperio necesita niños. Estoy formando un Consejo en la Sombra…»

Así no es como se lidera un Imperio. Ese hombre no quiere un gobierno; quiere una secta. Los rumores acerca de Palpatine siempre se movieron entre lo extraño y lo siniestro. Se contaban muchas historias oscuras sobre él: que si sacrificaba animales, que si cazaba niños, que si desaparecía durante meses… Mucha gente compartía la idea de que era eterno y no había vivido una sola vida, sino varias. Independientemente de si estos rumores eran ciertos o falsos, una cosa estaba clara: Palpatine nunca permitió que el Imperio se desestabilizara. No gobernaba como un político, sino como un teócrata encapuchado. En los planetas controlados por el Imperio nunca se pasaba hambre. Nunca reinaba la anarquía. Si el Impero gobernaba la galaxia con mano firme era siempre por el bien de la propia galaxia, una masa demasiado extensa para dejarla sola, demasiado imprevisible y dispersa para sobrevivir sin un poder central fuerte y una visión clara para unificarla. Y si a Palpatine se le daba bien algo, era emplear a la gente adecuada para hacer funcionar la máquina. Confiaba en ellos. Les dejaba hacer su trabajo. El Emperador sabía delegar cuando era necesario.

Rax, en cambio, quiere controlarlo todo. Quiere tener las manos en todos los mandos.

Sloane no sabe cuál es su juego, su estrategia global. Eso la preocupa. A Gallius Rax le gusta tanto el artificio… ¿Qué estará escondiendo?

Sloane llega al turboascensor, donde la espera Adea con la espalda erguida y los ojos intensos y claros. La considera la viva imagen del ideal imperial. Adea Rite es el tipo de persona que deberían hacer prosperar. Es una administradora leal y dedicada. Le encantan los datos. La logística. Causa y efecto, hecho y consecuencia. Es una imperial mucho más eficiente que alguien como Brendol Hux, un ser escurridizo que percibe a la gente como herramientas, como atrezo.

«No me extraña», piensa Rae «que a Rax le interese tanto mantenerlo con vida».

Durante un momento Sloane se deja llevar por la fantasía. Piensa en un mundo en el que Adea Rite es mucho más que su asistente. Adea sería perfecta como hija. Sloane nunca eligió ese camino, claro está. Nunca pensó en crear una familia. Hubiera sido una excusa más para que los hombres de las altas esferas le impidieran subir de rango. No obstante, ahora mismo piensa en cómo hubiera sido su vida si hubiera elegido ese camino. Una familia, un marido, una hija como Adea …

Sloane entra en el turboascensor seguida por Adea, que le entrega una tableta de datos con un horario muy ajustado. La puerta se cierra a sus espaldas al mismo tiempo que se desvanece la fantasía de Sloane de tener familia. Piensa que es un sueño que ha llegado demasiado tarde.

Sloane recibe la tableta de datos pero ni siquiera la mira. Tiene la vista perdida en un punto indeterminado, a mil kilómetros de distancia.

—¿Pasa algo? —le pregunta Adea.

El turboascensor empieza a moverse para llevarlas a los niveles inferiores del *Devastador,* el último superdestructor estelar del Imperio. De repente, a Rae la asalta una pregunta que la acecha recientemente: ¿es realmente el último? Lo ha aceptado como hecho, pero Rax ha dejado claro que los hechos y la verdad son entidades separadas. Sloane piensa que es hora de hacer un nuevo recuento de todas las naves de la flota. De hecho…

Rae detiene el turboascensor.

—Adea, necesito su ayuda.

La joven se vuelve hacia ella, confundida.

—¿Por qué nos hemos…?

—Porque esta es una conversación privada y no quiero que escuche gente en quien no confío —«Y la lista de la gente en la que confío es más corta de lo que me gustaría»—. Admiro al Almirante Rax, pero es un misterio para mí. No estoy segura de pueda gobernar el Imperio con mano firme. Todavía no.

Adea es consciente de que Sloane ocupa una posición de poder inferior a la de Rax. Muchos oficiales de esta nave lo saben, de modo que no tardará en saberlo todo el Imperio. Pero Sloane no puede preocuparse por esto ahora mismo.

—Llevaré a cabo otra búsqueda de su historial —propone Adea.

—No. Esta vez lo haré yo misma. No es que no me fíe de usted, es que la necesito haciendo otras cosas. Primero necesito un recuento preciso de todas las naves al servicio imperial cuando Palpatine todavía vivía. En segundo lugar, necesito que me ponga en contacto otra vez con el cazarrecompensas. Busque a Mercurial Swift y prepare un encuentro. Ah, y también necesitaré un esbozo de una nueva iniciativa, un programa de reproducción. Por cada hijo que tenga un imperial, recibirá una recompensa: créditos, o bien un permiso remunerado. ¿Puede hacerlo por mí?

—Por supuesto.

Dos palabras preciosas, perfectas. «Por supuesto». Sin discusión. Sin preguntas. Una afirmación rotunda.

—Perfecto.

—¿Qué va a hacer, Almirante?

—Aquí todo está embrollado en un gran nudo, Adea, un nudo que no puedo deshacer. ¿Sabe cuál es la mejor forma de deshacer un nudo así? —pregunta, sonriendo—. Cortándolo.

INTERLUDIO

VELUSIA

El atolón de Kolo-ha: la entrada a un volcán submarino extinguido que emergió del agua y se convirtió en una isla. Una isla con forma de garra, con una tierra fértil y negra como el hollín. En su pequeña jungla crecen un sinfín de plantas enredadas entre ellas, con flores de colores vivos cuyos pétalos muerden el aire cuando pasan insectos. Más allá de la isla hay un anillo de sedimentos resplandecientes bajo la superficie del mar. Es una acumulación de materia cristalina que, en realidad, está compuesta por cadáveres fosilizados de chomong, unas criaturas marinas gelatinosas que son como masas elásticas de piel brillante.

«Los velusianos se las comen», les explicó Mon Mothma, y al final añadió… «crudas».

Leia se estremece ante esa idea. En los años que ha pasado como princesa, embajadora y general, ha vivido un sinfín de retos culinarios indescriptibles: huevas de coodler en conserva en Goliath Mal (el recuerdo de esa textura la persiguió durante tiempo), frutos doorangos medio rancios (que tenían un sabor que recordaba al olor de la muerte), brochetas de mandlertok en una hoguera (tiene que reconocer que esas pequeñas lagartijas estaban bastante buenas, pasando por alto el hecho de que explotaban al morderlas). Curiosamente, el peor recuerdo de todos sigue siendo la pasta de proteínas que a veces tenían que comer en los primeros días de la Alianza. El aspecto y el sabor recordaban a la sustancia que se utiliza para calafatear el casco de las naves. De hecho, llegó a pensar que se trataba realmente de eso.

Comer cosas extrañas es lo normal en presencia de otros ciudadanos de la galaxia. Leia lo sabe. Es un honor, un detalle de bienvenida… aunque no siempre sea agradable. Por suerte, hoy no tendrá que hacerlo. Los nativos velusianos no viven en la isla de Kolo-ha. Aquí no vive nadie.

Se encuentra en la cubierta de un crucero flotante. En su día fue un crucero de lujo, aunque ha vivido tiempos mucho mejores. Buena parte del material que posee la Nueva República está abollado, dañado, lleno de marcas de bláster o simplemente anticuado. Esto está cambiando lentamente, a medida que su maquinaria política va echando al Imperio de sistema en sistema. Pero por ahora, tendrán que conformarse con esta vieja carraca, que se adapta bien al mar, al cielo y a las estrellas.

Se le acerca una mujer de blanco, con el cabello de color rojo intenso que contrasta con su sonrisa plácida y conciliadora. Mon Mothma tiene ese efecto. Es serena incluso cuando está preocupada o enfadada.

—Pareces indecisa —comenta Mon.

—Todo esto es preocupante, por no decir otra cosa —le responde Leia—. ¿Qué estamos haciendo aquí? No puede ser una petición de verdad.

—Quizá no, pero lo parece. Además, llevamos protección —la canciller levanta la mirada al cielo. Ahí, más allá de la atmósfera, hay una flota de la Nueva República. Y aquí abajo, en el atolón, les acompaña un pelotón de sus mejores soldados de élite. Por lo que pueda pasar—. Ya han peinado la isla. Relájate, Leia. Estamos seguros.

—Podría ser una trampa.

—Pareces paranoica.

—Tengo que serlo —le responde Leia—. Es como si todo lo bueno de esta galaxia se retorciera en nuestras manos como una serpiente. Cuando crees que la tienes bien agarrada por la cola, gira la cabeza y te muerde.

—¿Dónde está la idealista a la que conocí en Alderaan? —pregunta Mon con una extraña sonrisa en los labios—. No nos vemos lo suficiente, Leia. Te echo de menos. ¿Cómo está tu marido?

—Está bien —miente Leia, añadiendo otra mentira al montón. Una vez has instalado los cimientos, ¿por qué no construir una casa y vivir ahí?—. Su misión va bien. Es un hombre nuevo.

La canciller se la queda mirando. ¿Es un atisbo de sospecha lo que aprecia en su mirada? ¿O es paranoia por parte de Leia?

—Supongo que tiene que ser difícil estar casado en medio de todo esto. Pero esta transición terminará pronto, lo prometo. Pronto volverá la paz, la prosperidad y, si las estrellas se alinean, la normalidad —afirma la canciller, volviendo a levantar la mirada hacia el cielo.

Leia también lo ve: una nave está entrando en la atmósfera. Una discreta nave minera: una Kinro 9747. Desde donde están, Leia puede ver las marcas de plasma y de impactos con escombros.

A sus espaldas resuena la voz del Sargento Hern Kaveen, un pantorano barbudo que se encarga de las medidas de protección de la canciller. A Leia le han dicho que ella también necesita medidas de protección; su respuesta siempre es que ella misma se sabe defender muy bien.

—Ya está aquí, canciller —anuncia Kaveen. La nave minera va seguida por dos cazas Ala-Y que la flanquean. Con las armas listas, por si acaso.

—¿Está solo? —pregunta Leia.

—Solo hay una nave, y en su interior solo se detecta una forma de vida.

Han habilitado un espacio en una playa del atolón. La Kinro 9747 desciende verticalmente sobre la plataforma de aterrizaje improvisada. Los conductos de escape expulsan una nube de arena al mar, y finalmente la nave toma tierra.

La nave queda inmediatamente rodeada por un gran número de soldados de la Nueva República, con las armas a punto. Tan pronto como la rampa de aterrizaje desciende, los soldados entran en la nave.

A pesar del aire marítimo cálido y agradable, de repente Leia siente frío. Sabe lo que podría ocurrir a continuación: la nave podría detonar y eliminar a todos esos hombres. O podría contener algo todavía peor: un agente biológico, armas químicas, un rancor mejorado cibernéticamente o cualquier otra criatura hambrienta… Llegados a este punto, ni siquiera se sorprendería si de la nave saliera la silueta negra letal del propio Vader.

Kaveen habla con los soldados a través del comunicador.

—Canciller —anuncia Kaveen—, han dado la señal. Todo despejado.

Mon asiente con la cabeza. Con ese gesto basta. Los soldados escoltan al piloto de la nave minera hasta la playa.

Mas Amedda es una figura imponente. Su piel chagriana tiene el color azul grisáceo de un mar agitado, nada que ver con el tono aguamarina del océano de Velusia. Sus largos tentáculos laterales y los cuernos que los culminan le dan aspecto de criatura peligrosa y venenosa. A Leia esto le parece bastante adecuado. Se trata de un hombre que en su día fue el líder administrativo del emperador Sheev Palpatine y que más tarde se convirtió en su apoderado, a nivel personal y político.

Amedda las observa desde la playa. No aparta la mirada de ellas, incluso cuando los soldados le atan las manos a la espalda y lo ayudan a subir al repulsor marítimo. La embarcación vuela hacia el viejo crucero de lujo, balanceándose suavemente y dejando a su paso dos estelas paralelas de espuma en el agua.

—Allá vamos —dice Leia.

A medida que la embarcación se acerca, Leia advierte que la figura de Mas Amedda le parece menos imponente. Tiene aspecto desgastado, envejecido. Los tentáculos superiores han languidecido. Tiene la mirada vacía, Leia incluso diría que desesperada.

El repulsor marítimo se detiene debajo de la plataforma exterior del crucero. Leia y Mon Mothma se acercan a la barandilla y lo observan desde arriba.

—¿Puedo subir? —pregunta Amedda, ofreciéndoles una sonrisa inerte.

—No —responde Mon Mothma—. Hablará con nosotros desde donde está.

Amedda no pierde el tiempo.

—Me ofrezco a ustedes como prisionero. Yo, el Gran Visir Mas Amedda, líder del Consejo Rector Imperial, me entrego a la canciller Mon Mothma y a la princesa Leia Organa de la Nueva República. Llévenme.

Leia es la encargada de responder:

—No.

Amedda se queda petrificado.

—¿Qu… qué?

—No aceptamos su «rendición».

Amedda se vuelve hacia los soldados, en pánico aterrado.

—¿Vais a matarme? ¿Aquí, ahora? No es propio de vosotros. Esto… esto no puede…

—Cálmese, Amedda —le dice Mon Mothma—. Nosotros no ejecutamos a nuestros prisioneros… o a alguien que intenta ser nuestro prisionero.

—Simplemente no lo aceptamos como prisionero —añade Leia.

—P… pero… —tartamudea Mas—, soy el líder en funciones del Imperio Galáctico. Estoy en la cumbre del gobierno. No hay objetivo mayor. ¡Soy un premio!

—Es un hombre de paja —replica Mon.

—¡Sé muchas cosas! Nombres, detalles… Puedo ayudar. He… he venido hasta aquí, he huido de la capital —su voz sube de volumen, pero sigue dominada por la desesperación—. No permitiré que nieguen mi rendición, va en contra del Acuerdo galáctico de Sistemas firmado el decimoquinto año de…

—Hace tiempo que el Imperio ignoró ese acuerdo —replica Leia—. Se invalidó gracias a sus esfuerzos. Y estoy segura de que los nombres y detalles que dice saber resultarán mucho menos impresionantes de lo que pretende, Amedda —Leia sonríe—. Pero todavía podemos hacer un pacto, si está dispuesto, Gran Visir.

—Lo que sea. Cualquier cosa.

—Firme un tratado de rendición.

Al principio se echa a reír, pero pronto la risa se congela en sus labios.

—No… no está hablando en serio. ¿Quiere que firme la rendición… de todo el Imperio Galáctico?

—Eso es.

—Pero yo no… —empieza a responder, pero se queda sin voz.

Leia sospecha qué es lo que iba a decir y le ayuda a terminar la frase:

—No tiene el poder necesario, ¿verdad?

—Yo…

—Entonces tendrá que recuperarlo. Vuelva aquí con un tratado.

—Ese —añade la canciller— es el único pacto que haremos. Es lo único que le permitirá tener una vida. Si no, le espera un juicio por sus crímenes de guerra y una condena terrible. Eso, si su propia gente no lo lanza antes por la compuerta esclusa de aire.

—¿Pero cómo lo voy a hacer?

Mon se encoge de hombros.

—Usted se dedica a la administración. Pues administre.

Acto seguido, la canciller hace un leve gesto con la cabeza. Los soldados le dan media vuelta a Amedda, que queda de cara a la isla. Los motores del repulsor marítimo se ponen en marcha y la pequeña comitiva regresa al atolón. Durante todo el trayecto, Mas Amedda no deja de protestar y suplicar, hasta que el sonido del mar se traga su voz. A lo lejos, Leia y Mon observan cómo lo hacen bajar del repulsor. Una vez en la arena, cortan sus ataduras. Amedda se queda ahí como un pasmarote, boquiabierto.

—Solo teníamos esa opción —concluye Mon.

—Lo sé. Para ser un pez gordo, es sorprendentemente pequeño. Pero me da miedo que hayamos cometido un error terrible. Podría haber sido un gran golpe. Hubiéramos podido atribuirnos una victoria para la Nueva República.

—Sí, eso es cierto. Pero no pareces del tipo de persona que busca atribuirse victorias. A menos que la guerra te haya cambiado…

Leia suspira.

—No. Prefiero tener paciencia y asegurarnos una victoria real, no una ceremonial.

—Muy bien. Ahora volvamos a Chandrila. La guerra sigue.



CAPÍTULO CUATRO

Se esperaban una lucha, pero el TIE que perseguía a la *Halo* ha dado la vuelta antes de salir de la atmósfera y ha regresado a la superficie de Vorlag. Norra cree que esos cazas siempre son como sabandijas que se te quedan pegadas a la espalda. Quizá hay algo que se les escapa. Quizá se dirigen a una trampa. O están a punto de entrar en un campo de asteroides en el que el TIE nunca sobreviviría. Incluso así, seguramente el caza los seguiría. La cuestión es que el caza imperial ha dado media vuelta y se ha ido, lanzando unos disparos imprecisos antes de separarse de ellos y desaparecer.

Temmin se sienta ante los controles y dice:

—Eso ha sido bastante raro.

—En efecto —le responde su madre mientras empieza a darle vueltas a una teoría—. Quizá el Imperio está tan mal que no pueden permitirse perder ni un solo TIE. O quizá es que ya les da igual.

—Quieres decir… ¿que quizá vamos ganando? —pregunta Temmin.

—A lo mejor, Tem. A lo mejor.

Ese arranque de confianza y optimismo no dura mucho. Desde fuera de la carlinga, en el interior de la *Halo,* escuchan gritos.

«Oh, oh».

—Quédate aquí y empieza a hacer los cálculos para el salto al hiperespacio —le dice Norra a su hijo antes de levantarse y dirigirse al interior de la cañonera.

La *Halo* no es muy grande. La carlinga es muy reducida y en la bodega principal apenas hay espacio para todos a la vez. Detrás está el calabozo, con capacidad para dos personas, y luego hay dos dormitorios con literas. En la parte delantera inferior está la sala de ingeniería, que es más bien un conducto donde cabe una persona agachada para hacer las reparaciones necesarias. Es una nave pensada para viajes relámpago, no para largos recorridos. No hay mucha privacidad. En una nave así, las discusiones no se pueden contener. Se magnifican.

Jas está en la bodega principal, acuclillada junto a Sinjir, que tiene el brazo hinchado como una babosa vampiro. Tiene una mueca constante de dolor y la frente húmeda: se está aplicando una especie de ungüento viscoso que han encontrado en el medipac medio vacío de la carlinga. Cerca de ellos está Huesos, observando a uno y otro con su cabeza picuda. Jom Barell está de pie junto a Jas, regañándola a gritos y agitando un dedo encallecido en el aire con cada palabra.

—Uno no puede… cambiar de plan sin avisarnos de algún modo. Nos podrían haber matado, Emari. Nos podrían haber…

La cazarrecompensas se pone en pie de golpe como si fuera a golpearle. Pero en lugar de ello, lo que hace es sonreír y darle una palmadita en la mejilla como una madre a su hijito.

—No he cambiado de plan, Barell. Ese era el plan desde el principio.

Jom se queda mudo de asombro. Se vuelve hacia Norra y se la queda mirando en silencio, como si la pregunta fuera obvia: «¿Qué está diciendo?».

Pero Norra no lo sabe.

—Jas, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir… —responde Jas, destapando cubos y abriendo cajones como si estuviera buscando algo— que ese era mi plan desde el principio.

—¿Y no nos has dicho nada? —pregunta Jom, agarrándola por los hombros y zarandeándola con fuerza. Pero Emari se zafa de él y lo empuja contra la pared—. ¡Ey! —protesta Jom.

—Ve con cuidado —le advierte ella.

—O sea que tenías pensado traicionarnos desde el principio, ¿no? —exclama Jom.

Ella niega con la cabeza.

—Traicionarlos a ellos. En serio, Barell, eres más denso que esa mata de pelo de yark que te cubre la cara.

—¿Por qué? —pregunta Norra—. ¿Por qué lo has hecho?

Jas enseña los dientes.

—¿Habéis visto el cartel de la recompensa? Salimos todos. Yo también. Soy una cazarrecompensas y ofrecen recompensa por mí. Eso me quita credibilidad. Era imposible que Slussen y Gedde me dejaran entrar y campar a mis anchas por ese palacio hediondo como un insecto más. Tenía que jugar un papel. Por eso hice ver que os traicionaba. Entonces, cuando estaban distraídos con vosotros, me colé en los aposentos de Gedde para esperarlo. Pagué a uno de los esclavos de los establos para que les

pusieran llaves a los hroths en el cuello. Entonces solo tenía que esperar. Además… —añade, con un resplandor en la mirada y haciendo resonar los bolsillos—. Así me han pagado dos veces. Eso nunca viene mal, ¿no? Tengo que pagar facturas de verdad.

—Tendrías que habernos contado tus intenciones —le reprende Norra.

—No lo entendéis, ¿verdad? Este es mi trabajo, pero no el vuestro —Jas dibuja con el dedo un perímetro invisible en el aire que contiene a Norra y Jom—. Vosotros sois dos rebeldes bonachones luchando por el bien de la galaxia. No sois cazarrecompensas, no sois de los malos. Yo sí. Puedo mentir, engañar y embaucar sin perder la sonrisa. Pero vosotros no. No podía confiar en vosotros. Hubierais echado a perder el plan.

Sinjir, medio atontado, levanta el brazo enrojecido.

—Eh, ¿hola? Alguien me ha dicho que me iba a poner una inyección de bacta, ¿no?

—¿Él lo sabía? —gruñe Jom, señalando al eximperial. Entonces acusa directamente a Sinjir—. ¿Tú lo sabías?

—No —responde Sinjir, malhumorado.

—Yo sí.

Todos vuelven la cabeza. Ahí está Temmin, rebosante de alegría.

—¿Qué? —exclama Temmin, mostrando las palmas de las manos defensivamente. Norra percibe un destello de su padre en los ojos de Temmin. Un brillo travieso—. Jas confió en mí. Me dijo que hacíamos lo correcto. Me dijo que tenía que estar preparado.

Norra se le queda mirando, boquiabierta. Su hijo le ha mentido. «Otra vez», piensa. Hace lo posible por controlar el ataque de ira que se está formando en su interior, pero de repente está fuera de sí, como si todo se le escapara de las manos y saltara por los aires. Su hijo. Su equipo. Su misión.

—Controla a tu hijo —ordena Jom, señalándola con el dedo.

Automáticamente Jom se convierte en el receptáculo de su rabia, que desata como un vibrolátigo.

—La líder de este equipo soy yo —grita Norra con los dientes apretados—. No vosotros. Voy a tratarlo como me parezca.

—Pues quizá no deberías ser líder —replica Jom, encogiéndose de hombros de un modo que logra ser agresivo.

—Pues las cosas son así. Nuestro líder es ella —concluye Jas, abriéndose paso—. Si no te gusta, quizá deberías encontrar otra nave con la que remolcar tu balsa gravitacional. Estoy segura de que en las Fuerzas Especiales estarían encantados de tenerte de nuevo entre sus filas, llenando su oxígeno con tu ego. Y ahora apártate de mi camino, Barell. Necesito ir a buscar una inyección de bacta y un poco de gasa para nuestro amigo del brazo a lo mon calamari.

—Eso me ha dolido —replica Sinjir haciendo una mueca—. Un poco demasiado.

Norra se planta delante de su hijo y le hunde el dedo índice en el pecho.

—Tú —le murmura—. Tú y yo vamos a tener una conversación sobre esto.

—Oh, oh —responde Temmin.

—Exacto. Oh, oh.

Norra confía en haber puesto fin a la discusión, pero ni de lejos. Cuando Jas se despide y se va al dormitorio a buscar otro medipac («Preferiblemente uno que tenga inyecciones de bacta»), Barell la sigue, enfurecido.

—Espera aquí —le ordena Norra a su hijo, y va a terminar la discusión de una vez por todas.

—Sabía que no debería haber confiado en ti —grita Jom, de pie en la puerta mientras Jas registra una de las literas inferiores—. ¿A quién se le ocurre llevar a una cazarrecompensas a bordo? Antilles debió de recibir un golpe muy fuerte en la cabeza mientras estaba prisionero del Imperio…

Jas se echa a reír justo cuando encuentra la inyección de bacta.

—Tú sí que te has dado un buen golpe en la cabeza, Barell. Este equipo necesita a alguien como yo. De nada les sirve un cabeza hueca bonachón con la imaginación de un carro minero. Necesitamos flexibilidad moral.

—Soy flexible. Tengo imaginación —entonces entra bruscamente en la habitación, apretando los puños—. Yo no soy como una de tus presas. Puedo valerme por mí mismo.

Pías. Jas le da un bofetón con la mano abierta.

—¿Sí? ¿En serio?

Jom se tambalea un momento, frotándose la mejilla con la mano. La mandíbula cruje cuando la mueve de un lado a otro. El momento pasa rápido.

—Pero… serás… —gruñe Jom, poniéndose en posición de combate, con los puños levantados delante de la cara y las piernas separadas. Jas empieza a rodearlo con los brazos relajados. Él le lanza un golpe que ella bloquea. Ella le lanza una patada y él se vuelve para esquivarla, pero recibe un golpe en la parte trasera de la rodilla. Ahora mismo parecen un par de bestias enfurecidas enfrentadas dentro de una jaula.

—¡Basta! ¡Los dos! —grita Norra—. Parecéis una pareja de murrálopes haciendo chocar los cuernos antes del apareamiento…

El sargento de las Fuerzas Especiales le va a dar un bofetón a Jas con la palma abierta, pero ella se agacha a tiempo y la mano golpea el aire. Con un movimiento de piernas muy rápido, la cazarrecompensas se le pone detrás, pasa los brazos por debajo de los de él y entrecuza los dedos de ambas manos tras su nuca.

Jom protesta con un gruñido. Se inclina hacia atrás y lanza un pie al aire, que golpea los controles de la puerta. La puerta se cierra de golpe.

Norra intenta abrirla, pero está bloqueada. Escucha la pelea al otro lado de la puerto. Algo cae. Un golpe. Ruidos. Gruñidos.

De repente hay más público junto a la puerta: Temmin a su izquierda, Sinjir a su derecha. Y detrás el droide, Huesos, canturreando una melodía imposible.

—¿Hay alguien que pueda abrir esta puerta? —pregunta Norra. Intenta darle otra vez al botón, pero la puerta no se mueve.

—Es una pelea en toda regla —exclama Temmin.

Sinjir acerca el oído a la puerta y entrecierra los ojos.

—Bueno, *era* una pelea.

—Pero suena como si estuvieran… —de repente, Temmin abre los ojos como platos—. ¡Guau!

Incluso Huesos lanza un silbido robótico, extraño y discordante.

De modo que Norra es oficialmente la última en entender lo que está pasando. Ya no están peleando. Al otro lado de la puerta se oye un golpe. Ruidos. Gruñidos. Jom gruñe. Jas ríe. Se oyen besos. Eso son besos.

—Creo que prefiero no escuchar el resto —concluye Norra, respirando profundamente—. Tem, prepara el salto al hiperespacio. Llévanos a Chandrila. Y… llévatelo contigo —añade, refiriéndose a Huesos.

El chico y el droide se alejan. Norra y Sinjir se quedan delante de la puerta.

—Yo sigo esperando mi inyección de bacta —dice Sinjir.

—Creo que tendrás que seguir esperando.

—Si espero mucho más, el brazo me va a reventar como una babosa globo. Duele mucho —exclama, haciendo una mueca—. Es realmente terrible.

Norra suspira.

—Vale. Vamos a ver si hay otro medipac en el otro dormitorio.

—Gracias, mamá —responde él con voz infantil.

—No me llames así.

—No eres nada divertida.

—Creo que eso ha quedado clarísimo, Sinjir.

La *Halo* sale del hiperespacio.

Ahí delante, Chandrila, un pequeño planeta verde azulado que actualmente alberga la emergente Nueva República. A Norra le parece un planeta casi idílico, con sus mares tranquilos y sus colinas ondulantes. El tiempo es agradable. El clima cambia con las estaciones, pero sin alcanzar extremos. Sus habitantes son pacíficos, aunque un poco altivos y pedantes. Además, les interesan demasiado todas y cada una de las maniobras políticas que tienen lugar en el Senado Galáctico.

«Este sería un buen lugar para vivir», piensa Norra. Entonces observa a su hijo.

—¿Estás bien? —le pregunta.

—De fábula —responde Temmin, arqueando una ceja.

No parece que esté mintiendo. Claro que ella no es tan buena interpretando a la gente como Sinjir, que puede diseccionar el alma de cualquiera en medio segundo.

—Necesito que confíes en mí —le pide Norra.

—Confío en ti —responde, agudizando la mirada—. Lo dices por el tema de Jas, ¿no? Mamá, ella ya te lo ha contado…

—La vida es una sucesión de momentos… —de repente, Norra se detiene a media frase, se pellizca la nariz y suspira—. Madre mía, parece que estoy a punto de darte una de esas charlas, ¿no? Yo no soportaba cuando mi madre me sermoneaba. Normalmente

hacía lo contrario de lo que me decía. Y eso es exactamente lo que vas a hacer tú porque eres mi hijo. Qué tonta soy.

—Venga —responde él, mirándola de reojo—. No eres tonta. Adelante con la charla. Prometo no vomitarme encima ni nada por el estilo.

Norra vacila.

—Solo quiero… solo quiero que seas bueno. Que seas bueno contigo mismo y que sepas cuál es tu lugar. No cuál es el lugar que los demás quieren para ti, sino cuál es tu lugar de verdad. Aquí —se pone la mano en el pecho. Temmin pone cara de bobo porque todo esto es muy sentimental y empalagoso, y los dos lo saben—. El hecho de que estés cerca de Jas… tú no eres un cazarrecompensas. No tienes que ser como ella. Puedes ser un soldado pero… —Norra vuelve a morderse la lengua y lo deja correr—. ¿Sabes qué? Ni siquiera tienes que ser soldado. Lo único que quiero es que seas tú mismo y que no te preocupes por lo que el resto de la galaxia piense que deberías ser.

—Creo que la galaxia quiere que sea un fabricante de droides forradísimo viviendo en un palacio del Borde Exterior.

Vuelven a aparecer esos ojos traviesos de su padre.

—Pues entonces, adelante con el plan —responde Norra, riendo.

—O quizá la galaxia —añade Temmin, con la mano ahuecada junto a la oreja— dice que debería ser un cantante melódico en la cantina de una estación espacial. Puedo cantar a todo pulmón.

—Mira, sobre eso no estoy tan segura.

—¡Ah! ¡No, espera! Creo que voy a ser un Jedi.

—Ahora veo que estás mal de la cabeza —entonces señala a la pantalla integrada en la ventana—. Llévanos a Ciudad Hanna. Suavemente esta vez, o Wedge te cortará la cabeza. Y quizá a mí también.

El brazo tiene mejor aspecto, aunque no mucho. La virulencia rojiza ha dado paso a una hinchazón rosada. Las ampollas se han convertido en cráteres de piel arrugada y seca. El brazo de Sinjir parece un trozo de carne colgada en el gancho de un carnicero durante demasiado tiempo.

Al menos ha recuperado la sensibilidad y puede mover los dedos. Tiene una incómoda sensación de tensión por toda la piel pero por suerte, Norra ha encontrado unos analgésicos.

—Hola, mano —le dice a su propia mano.

—Hola, Sinjir —se responde a sí mismo, como si la mano le hablara.

Desde la bodega principal le llega el sonido de una puerta abriéndose, por la que aparece ni más ni menos que Jom Barell.

—Tienes el pelo hecho un desastre —comenta Sinjir.

—¿Mmh? —murmura Jom, alzando la mirada hacia un mechón rebelde—. Ah.

—Espera, deja que te ayude —Sinjir se pone en pie. En un abrir y cerrar de ojos está frente a Jom y empieza a peinarlo suavemente con la mano.

—Qué romántico.

—Ah. Sí. Y hablando de romanticismo… Gracias por sacar el tema, Jomby. ¿Ha ido bien la pelea con nuestra cazarrecompensas residente?

—La verdad es que sabe… sabe luchar.

—Estoy seguro de ello —Sinjir sigue peinándolo, de mechón en mechón. Jom empieza a sentirse un poco incomodo, y una sonrisa perversa se dibuja en los labios de Sinjir—. Te contaré un dato curioso. Como sabrás, cuando servía en el Imperio, tenía el cargo de oficial de lealtad. A veces tenía que trabajar mucho para asegurar la lealtad de mis compañeros. Aprendí que el cuerpo humano tiene cuatrocientos treinta y cuatro puntos que pueden causar dolor. Sé que no es muy humilde por mi parte, pero de hecho yo mismo descubrí tres puntos adicionales. Claro que hacer enmiendas en un manual de entrenamiento imperial es como intentar mover una roca con una cucharilla. Pero esto no es más que un rodeo para llegar a algo muy sencillo: se me da muy bien infligir dolor.

Jom aparta la cabeza de Sinjir.

—¿Me estás amenazando, Rath Velus? Al menos, eso parece.

—En efecto. Y por una buena razón: quiero que sepas que si le haces daño de algún modo a Jas Emari… emocionalmente, físicamente, aunque solo sea pisarle el pie sin querer… me aseguraré personalmente de encontrar esos cuatrocientos treinta y cuatro puntos. Perdón, quiero decir los cuatrocientos treinta y siete puntos de dolor en tu cuerpo. ¿Queda claro?

Una calma extraña se apodera de Jom, algo inesperado para Sinjir. Suponía que este pequeño discurso lo provocaría, lo azuzaría de algún modo. Al fin y al cabo, Barell es bastante impetuoso. Pero no ocurre lo que él se esperaba. En lugar de ello, Jom se cruza de brazos y asiente con la cabeza.

—Tu lealtad hacia ella es admirable —comenta el soldado—. Tendré en cuenta tu… sabio consejo. Aunque si tengo que serte sincero, si alguien va a salir herido de todo esto seguramente seré yo.

—Probablemente.

—¿Y eso no te molestaría en absoluto? —le pregunta Jom a Sinjir. Sinjir se encoge ligeramente de hombros—. De acuerdo. Vale. Deja que te pregunte algo: ¿qué tienes con ella? Me dijeron que tú y ella no erais… ¿románticamente compatibles?

—No se trata de esto. La aprecio enormemente, me siento conectado a ella. Creo que es una «amiga» o algo muy parecido —ha pronunciado la palabra «amiga» como si fuera un término desconocido en un idioma alienígena cuyo significado no llegara a comprender.

—Durante un tiempo, pensé que me tenías el ojo echado.

Sinjir sabe que Jom le está provocando, pero decide seguirle el juego.

—Así era. Es ese vello facial que tienes… Pero ahora ya estoy con alguien.

Jom sonríe con superioridad.

—¿En serio?

—En serio.

—Bien por ti, compañero.

—Diviértete con Jas —concluye Sinjir, arreglándole el último mechón de pelo—. Y no olvides el número: cuatrocientos treinta y siete —mientras dice esto, la *Halo* empieza a temblar. A pesar del blindaje de la nave, notan un calor súbito que les hace deducir que están atravesando las nubes como una piedra arrojada a un lago—. Parece que estamos a punto de aterrizar. Será mejor que vayas a asegurar al prisionero, Jomby.

Plataforma de aterrizaje OB-99. A un lado, las colinas ondulantes y anchas llanuras de Chandrila. La suave hierba bálsamo y los orcantos espinosos están mutando de color rojo a verde con la llegada de la primavera, y el sol y las nubes proyecten unas sombras relucientes. En la otra dirección está el Mar de Plata, cuyas aguas son plácidas y grises como una losa. Por encima del agua hay una masa de nubes negras que están dejando caer lluvia y relámpagos. Otro síntoma de la llegada de la primavera.

A un lado de la plataforma, apoyado en una montaña de cajas, está Wedge Antilles. Temmin es el primero en bajar por la rampa y corre hacia Antilles. Los dos se dan un apretón de manos y un abrazo.

—¡Ey, Chas! —exclama Wedge, usando el apodo que le ha dado a Temmin por su hábito de chasquear los dedos.

Huesos le sigue corriendo, abriendo sus brazos esqueléticos.

—YO TAMBIÉN COMPARTIRÉ UN ABRAZO CON EL AMO ANTILLES PARA SIMULAR ALEGRÍA.

Wedge intenta zafarse del «abrazo» del droide, que está desplegando sus brazos articulados alrededor del capitán. Más que un humano demostrando camaradería, parece un insecto intentando devorarle el rostro.

—DE ACUERDO —dice el droide, aparentemente satisfecho. Suelta al capitán y empieza a bailar por la plataforma de aterrizaje con sus particulares flexiones y piruetas.

—Lo siento —se excusa Temmin—. Está intentando aprender a ser más humano y menos…

—¿Robot asesino bailarín y cantarín? —sugiere Wedge.

—Exacto —hace tiempo que Huesos es el guardaespaldas y el amigo de Temmin. Cuando Temmin lo reconstruyó utilizando piezas de recambio (una vez que los soldados de la Nueva República rescataron su cerebro computerizado del palacio de Altiva), el droide lo sorprendió declarándole que quería encajar mejor con el equipo. Parece ser que tuvo algo que ver el hecho de que Sinjir le dijera al droide que le daba miedo a todo el mundo. Temmin tiene la sensación de que estos intentos del droide lo hacen todavía más terrorífico—. Tío, Wedge, tendrías que haberme visto ahí fuera. Iba a los mandos de la *Halo*, ¿vale? Y estábamos volando a ras de la fortaleza en la montaña de Slussen Canker cuando…

—Un momento, Chas —lo interrumpe Wedge, riendo—. Baja de marcha un minuto. Necesito hablar con tu madre. Podrás contármelo todo cuando estemos sentados en la cabina de mi Ala-X mañana por la mañana. ¿Trato hecho?

—¡Ya ves! ¡Sí, claro! Trato hecho.

Wedge le está dejando a Temmin pasar tiempo con el Ala-X. Vio que Temmin tenía un talento innato para pilotar un caza, como su madre, aunque a Norra no le entusiasmó la idea de que su hijo siguiera sus pasos como piloto. Wedge deja que el chico salga a realizar ejercicios de entrenamiento por encima del Mar de Plata. La última vez le dijo: «Estoy preparando algo llamado Escuadrón Espectro. Quizá cuando estés preparado para salir al espacio te interese unirte a nosotros». Temmin tampoco le ha contado nada a su madre sobre el tema.

Tampoco está seguro de que eso sea lo que quiere hacer. A veces, Temmin se deja llevar por sus fantasías. De acuerdo, realmente no quiere ser un cantante melódico en una cantina andrajosa, pero la vida del cazarrecompensas le parece bastante atractiva. Ir adonde quieres, perseguir a los malos y que te paguen por ello. Pero pilotar naves le da más emoción que cualquier otra cosa: atravesar las nubes con las alas en forma de tijera del viejo Ala-X de Wedge es la cosa más terrorífica y apasionante que ha probado jamás. No obstante, echa de menos todas sus actividades en el mercado negro de Akiva. El peligro de los tratos, la diversión de la venta, la emoción de vender piezas, armas y droides ilícitos a matones y criminales que pueden matarte si los miras mal. Temmin no sabe lo que quiere ser.

Se lo comentó a Sinjir unas semanas antes y el eximperial se encogió de hombros, tras varias copas de vino de savia corelliano, y le dijo: «Nadie sabe quién es o qué quiere. La mayoría de la gente espera a que se lo digan los demás. Entonces hacen lo que les dicen. El único consejo que puedo darte, chico…», pero entonces eructó y se quedó dormido sin llegar a darle el consejo. Algún día.

Por ahora, Temmin solo sabe que está emocionadísimo con la idea de volver a montarse en esa carlinga.

—Capitán Antilles.

—Teniente Wexley.

Una brisa fresca se levanta por encima de la plataforma de aterrizaje a medida que se van acercando las nubes de lluvia. Temmin rodea a su droide y le pega una patada en la parte trasera de su esqueleto metálico. Entonces espera a que Huesos lo persiga. Y el droide lo hace, como se espera de un buen amigo.

Wedge sonríe, coge su bastón y camina hacia Norra. Cuando se encuentran, se abrazan.

—Mucho mejor que el abrazo de ese droide —bromea Wedge, alargando un poco más el abrazo antes de dejarla ir.

—¿Huesos? —pregunta Norra, riendo—. Pero si es inofensivo. Bueno, inofensivo tampoco…

—Sí, sí, ya lo entiendo. ¿Cómo ha ido la misión?

—Capturamos a Gedde —explica Norra, mirando por encima del hombro.

Todavía no han sacado al prisionero de la nave. Ahora mismo, Sinjir está bajando por la rampa. Con el mentón alto y los labios fruncidos como si estuviera orgulloso de sí mismo por algo.

—Voy a tomarme una pinta de… de algo —explica Sinjir, y se dirige directamente a las escaleras—. Hasta luego.

Norra está a punto de llamarlo y dedicarle algún tipo de reprimenda maternal, pero se muerde la lengua y mira a Wedge, ligeramente avergonzada.

—Es una tripulación particular, pero funciona. ¿Cómo va tu tratamiento?

—La terapia física va bien. Ahora me están dando inyecciones de serolina. Dicen que a finales de año podré volver a entrar en una carlinga. Pero está bien. Me gusta esto. También me gusta… dar órdenes —no hace falta tener la percepción de Sinjir para detectar la mentira de Wedge. Haría lo que fuera para volver a estar a los mandos de su Ala-X. Parece que todo su cuerpo lo necesita—. Bueno, da igual. Norra, hay alguien que quiere…

—¡Tenemos un problema! —grita Jom Barell a medio bajar la rampa. Norra le clava una mirada entre resignada e irritada, como diciendo: «Suéltalo»—. Es Gedde. Está muerto.

El cuerpo del vicealmirante imperial está tumbado sobre la mesa de la bodega principal de la *Halo*. Tiene restos de espuma en las comisuras de los labios. Su piel ya ha empezado a palidecer. Tiene unas estriaciones oscuras sobre las cejas, alrededor de la boca y de los ojos, que siguen abiertos. Al verlo, Norra piensa que realmente algo desaparece cuando alguien muere. No solo los micromovimientos del cuerpo, o que el pecho ya no sube y baja. Es algo más profundo, algo menos tangible, menos sustancial. Ultimamente tiene poco tiempo para pensar mucho en la naturaleza del alma, pero…

Quizá la Fuerza exista de verdad.

Y si existe, se ha ido de este cuerpo. Está claro. Ya nada lo conecta con el mundo. Es un trozo de carne sobre una mesa metálica.

—Es muy sencillo —explica Barell, resolviendo el misterio—. Era adicto a la especia. Acababa de tomar una dosis cuando lo capturamos. No sería el primer adicto en pasarse de la dosis y estirar la pata, ¿no?

—Jas —dice Norra—. ¿Le has golpeado muy fuerte?

—Por favor. Soy una profesional, no cometo ese tipo de errores.

Wedge se rasca la cabeza.

—Tendremos que hacer una investigación. Haré que un par de droides le lleven el cuerpo al Doctor Slikartha para que le eche un vistazo y confirme que no ha habido ninguna actividad ilícita…

—Puedes llevarle el cuerpo a quien quieras —replica Jas—, pero te aseguro que lo han asesinado —entonces se agacha y acerca su cara a la del cadáver. Ahuecando las manos, se hace llegar aire a la boca y respira profundamente—. Conozco ese olor. Citrina amarga. Como un fruto demasiado maduro del kakadú. ¿Y habéis visto los restos de fluido en la boca? —y mientras lo pregunta le levanta los labios al muerto, que ya están rígidos. Se ha acumulado saliva, pero no es ni blanca ni transparente: es oscura como un moratón—. Lo han envenenado. Kytrogorgia. Es decir, hongo de cieno cerúleo. Se seca, se machaca y entonces… bueno, apuesto a que alguien lo espolvoreó sobre su lata de especia. Así se mataría a sí mismo sin dejar rastro.

Wedge y Norra se miran.

—Se lo diré al médico —concluye Wedge—. Muchas gracias.

—Al menos no tenemos que gastar tiempo o dinero en un juicio —comenta Jom—. Este tipo mató a muchísima gente. A veces llegó a envenenar planetas enteros. Quienquiera que haya hecho esto, tiene un buen sentido de la ironía.

Al salir de la nave, Norra le dice a Wedge:

—Lo siento, Wedge. Nuestro trabajo es traer a esta gente viva, no muerta. Te aseguro que no ha sido uno de nosotros. Ya sé que he dicho que era una tripulación particular, pero ninguno de nosotros…

—Tranquila. Ya lo sé. No sospecho nada parecido.

—Vale. De acuerdo —Norra ve que Wedge está a punto de decirle algo—. ¿Qué pasa?

—Alguien quiere conocerte.

—¿A mí o al equipo?

—A ti sola.

—¿Quién? ¿Y… cuándo?

—La princesa Leia. Y quiere verte inmediatamente.



CAPÍTULO CINCO

—Mi marido, Han Solo, ha desaparecido.

Norra parpadea. «¿Marido?» Sus labios se mueven para formar palabras, pero no sale ningún sonido. Se queda ahí de pie, atónita, mirando boquiabierta a la mujer que representa la voz de la Nueva República en toda la galaxia. Leia Organa es princesa, general del ejército y, lo más importante, una fuente innegable de inspiración. Lleva unos ropajes blancos anchos, de estilo bastante tradicional, y tiene las manos entrelazadas a la altura de la cintura. No ha habido ninguna presentación por su parte. Norra ha entrado en el amplio despacho de Leia, que tiene vistas a la costa del Mar de Plata, y ha tratado de controlar el temblor de su voz al presentarse:

—Teniente Norra Wexley. ¿Quería verme?

Y la única respuesta de Leia ha sido esa: «Mi marido, Han Solo, ha desaparecido».

—¿Disculpe? —exclama Norra—. No lo entiendo. Si el General Solo…

—Ya no es general. Ha renunciado a su cargo militar.

—Ah. Yo…

Leia levanta el mentón, cierra los ojos y respira profundamente. El aire chandrilano le debe de sentar bien, porque tiene la piel brillante. Es como una piedra preciosa, perfecta y resplandeciente. Después de exhalar lentamente, Leia dice:

—Mi hermano me enseñó a centrarme, a concentrarme en lo que estoy sintiendo. Como una taza que vas a llenar, eso decía —Leia hace una mueca—. Acabo de darme

cuenta de que todo esto es muy repentino para usted. Bienvenida, Teniente Wexley, soy Leia Organa.

—Y yo Norra —responde, vacilante—. Es un honor conocerla, Su Alteza. Todo lo que ha hecho por nosotros…

Es algo que resulta extraño, pero Leia tiene una fachada, una capa exterior. No es exactamente arrogante. Pero es un poco gélida y desprende una confianza que raya en la arrogancia. No es que mire por encima del hombro, pero es como si estuviera al mando. Algo tan natural como la órbita elíptica de un planeta alrededor de su estrella, tan obvio y tan eterno como el fluir del tiempo o la presencia de la gravedad.

En estos momentos, Norra ve que esa capa de hielo se parte. La fachada se desmorona. La tensión se concentra en los hombros de Leia cuando se apoya en su mesa.

—Por favor, Norra, no me llames «Alteza». Ya hay demasiada gente que no logra deshacerse de esa costumbre.

—Es que… me siento extraña tuteándote, llamándola Leia.

—Puedo ordenarte que me llames Leia, si eso te ayuda.

—De hecho, me ayudaría.

Leia se pone muy erguida, como para crear una formalidad especial.

—Teniente Norra Wexley, por el poder que me ha sido concedido como la Última Princesa de Alderaan y Suprema Nosequé del ejército de la Nueva República… —anuncia, haciendo gestos impacientes con las manos—. A partir de ahora, le ordeno que me tutee y me llame Leia.

Norra hace una pequeña reverencia.

—Gracias… Leia.

—Te he hecho venir porque he oído cosas muy buenas sobre tu equipo. Conseguís resultados. En tan solo unos meses habéis capturado media docena de criminales imperiales destacados…

—Hoy hemos traído al número siete, el Vicealmirante Gedde. Pero… ha ocurrido algo. Lamentablemente, no ha sobrevivido al viaje.

—Lo he oído. Estoy segura de que pronto tendremos respuestas a ese misterio —Leia se acerca a Norra y le coge la mano—. Vuestro trabajo es importante, le envía un mensaje a una galaxia descompuesta. Un mensaje que dice que la Nueva República es capaz de ofrecer su propia versión de ley y orden. Y nos ayuda a entender cómo ha ocurrido todo esto. Y así, con ese conocimiento, podemos trabajar juntos para asegurarnos de que la historia no vuelva a repetirse.

—Gracias. Pero no comprendo qué tiene que ver todo esto con el General… quiero decir… el Capitán Solo…

Leia hace una pausa. Su cara es como una ola a punto de romper. En sus ojos se está librando una batalla por el control, como si ella supiera que su trabajo es mantener la calma, pero lo que quisiera en realidad es dar rienda suelta a todos sus sentimientos reprimidos, todas las frustraciones de liderar un gobierno, todos sus temores y sus deseos.

Cuando por fin habla, lo hace lentamente, con cuidado:

—Han ha desaparecido. Necesito encontrarle, y tu equipo se dedica a encontrar gente.

—¿Quieres… que lo encontremos?

—No tenéis que desviaros de vuestra misión —dice Leia, repentinamente agitada—. Sinceramente, nada de esto es precisamente legítimo. Puedes decirme que no. No te estoy dando una orden, te estoy pidiendo ayuda —entonces le explica todo lo que sabe—. Han y Chewbacca, su copiloto, se fueron en una misión improvisada para liberar Kashyyyk, el planeta de los wookiees. Pero era una trampa del Imperio. Capturaron a Chewie y Han Solo logró escapar por los pelos. Ahora está ahí fuera, totalmente solo. Su última transmisión se interrumpió abruptamente y no he vuelto a saber nada de él desde entonces. Me temo que está en peligro…

Leia deja de hablar. La pena se ha apoderado de su rostro. Pero una vez más hace una pausa, respira profundamente y parece tragarse su aflicción.

—No tenía ni idea de que estuvierais casados —dice Norra.

—Nos casamos en la luna de Endor, después de todo aquello. Hicimos una pequeña ceremonia, con la gente más cercana. No es que fuera un secreto, pero tampoco lo hicimos público.

—Tiene que ser muy duro… que haya desaparecido.

—Lo es. Tú has vivido algo parecido, ¿no?

Se refiere a Brentin. Al pensar en ello la invaden los recuerdos, como la oleada de calor que se expande cuando se estrella una nave. Los soldados de asalto derribando la puerta de su casa, el oficial imperial con una orden de arresto… Los soldados arrastrando a Brentin en plena noche, y ella consolando a Temmin durante horas, asegurándole que lo devolverían por la mañana, que todo era un error, que todo iría bien. Eso fue hace años. No han vuelto a ver a Brentin. Desgraciadamente, Norra se ha hecho a la idea de que su marido, el padre de Temmin, probablemente esté muerto.

—Sí. Sé lo que es —responde Norra, forzándose a sonreír—. ¿Tienes detalles sobre dónde está el Capitán Solo?

—Estaba buscando por el Borde Exterior. Dijo que estaba cerca del Espacio Salvaje. Puedo enviarte un mapa de los movimientos del *Halcón Milenario*. Está tan lejos que nuestros sensores ya no pueden hacer un seguimiento de ese pedazo de chatarra al que llama carguero. Haré llegar el mapa a tus aposentos.

—Puedes enviarlo directamente a la nave. Plataforma de aterrizaje OB-99 —Norra hace una pequeña pausa, y entonces añade—. Vamos a encontrarlo.

Es una promesa demasiado atrevida. Justo después de hacerla se siente invadida por la carga enorme de la misión. Una carga aplastante. Pero… ¿qué puede decir? ¿Qué puede hacer? Ahí está. Su promesa está viva.

Leia sonríe con calidez, de verdad, como si se hubiera fundido todo el hielo. Y asiente con la cabeza.

—Te creo. Gracias, Norra Wexley. Que la Fuerza os acompañe.



CAPÍTULO SEIS

No resulta fácil escabullirse cuando se está al mando.

Han hecho falta bastantes esfuerzos. Al principio se planteó fingir una enfermedad. Pero hoy en día atrae a todas las miradas como líder visible del Imperio Galáctico, de modo que al menor estornudo vendría un ejército de droides enfermeros y especialistas médicos. No. Rae Sloane tuvo que recurrir a una treta. Se benefició de tener una agenda muy apretada: le dijo a Ferric Obdur que necesitaba dedicarle un tiempo al Vicealmirante Gaelan para hablar sobre movimientos de flotas, cosa que de hecho era cierta. Gaelan llevaba semanas pidiéndole una reunión para hablar precisamente de eso. Envió un mensaje a la oficina de Gaelan diciendo que no podrían verse hoy porque tenía una reunión con el General De Vores para planear movimientos de tropas. Eso podría haber causado la irritación de Gaelan, pero se lo tomó con calma. Se tragó su impaciencia y se puso a la cola, como siempre hacía. Entonces le envió un mensaje a De Vores para comunicarle que quería reunirse con él pero que tenía que dedicarle tiempo a Ferric Obdur para hablar sobre propaganda…

Y así construyó su triángulo de engaño. Tres puntas conectadas entre ellas. A menos que alguien se esforzara de verdad por conocer su paradero, entre ellos todos tendrían la sensación que había tenido que cambiar la reunión en favor de otro.

Y nadie querrá molestarla, y mucho menos hacerla enfadar. Sloane tiene ya una reputación por tomarse las cosas a pecho. No dejaba pasar ni una. Todo el mundo lo sabía y nadie se atrevía a hacerla enfadar. Excepto su misterioso almirante de la flota, claro.

El siguiente paso de su ardid requería de la ayuda de Adea. Sloane no puede simplemente subirse a una nave y partir hacia una región desconocida. Tenía controlados los movimientos de las naves. La transparencia era importantísima. La desaparición de una sola nave implicaba una violación de la estructura burocrática. Y la burocracia, aunque mucha gente la considere nefasta, constituye los cimientos sobre los que está construida la galaxia. La burocracia los salvará a todos. Saltarse el procedimiento burocrático supondría un desajuste de todos los controles…

A menos, claro, que Sloane le pidiera a Adea que cambiara la designación y destino de una pequeña nave de suministros.

Y así fue como una lanzadera imperial de clase Lambda programada para ir a Questal fue reasignada para transportar una carga de baterías de naamita y matrices de transpondedores a la capital, Coruscant.

El piloto iba a ser una joven recluta llamada Dasha Bowen. O eso consta en el registro. En realidad se trataba de una identidad creada por Adea.

—Aquí la lanzadera imperial CS-831 —dice Sloane por el comunicador—. Habla la piloto, Dasha Bowen. Estoy transmitiendo el código de autorización y las credenciales.

A través del cristal ve el resplandor de Coruscant. Un planeta cubierto por las líneas de luz y los patrones geométricos de una ciudad gigantesca. Una urbe que abarca el planeta entero, tan rebosante de actividad que a veces parece que podría hincharse hasta estallar.

«Esto podría pasar», piensa Rae. La capital del Imperio está a punto de estallar. No literalmente, la ciudad-planeta no va a saltar por los aires. Pero su población está viviendo unos agitados movimientos tectónicos. Los ciudadanos de algunos sectores se han alzado en contra del Imperio, mientras que otros han luchado contra sus vecinos insurgentes en una verdadera guerra civil. Una guerra avivada por los luchadores de la resistencia de la Nueva República, atrincherados en la superficie, generando desconfianza y sembrando el caos.

Alrededor de la pequeña nave de carga se extiende una flota de defensa que forma un escudo protector sobre el planeta. No naves de la flota, sino de la Agencia de Seguridad Imperial, ASI. El Almirante Rax fue muy específico en este aspecto. Dijo que no podían dedicar recursos a proteger la capital. La ASI controla el planeta, y la flota imperial no tiene nada que ver. Esto demuestra las fracturas del Imperio, como un mar de escombros a la deriva.

—Es un símbolo —le dijo Rax a Sloane— de nuestra indolencia y torpeza. Es como el hueso pasado de una fruta demasiado madura. Hay que eliminar lo podrido para preservar lo que todavía está dulce. Y, de paso, salvar las semillas.

Ella defendía la idea de que salvar Coruscant sería mucho mejor como símbolo, a lo que él respondió:

—Es muchísimo más importante demostrar cuánto estamos dispuestos a perder para conservar la fuerza de nuestro Imperio.

Esto le hizo pensar en las palabras del Conde Vidian: «Olvídate de las viejas formas». ¿Era deliberado este eco? ¿Cómo podría saber él lo que le había dicho Vidian? «Tenemos que descartar las opciones obvias, Almirante Sloane. Tenemos que forjar nuestro propio camino a través de las estrellas si queremos sobrevivir».

Y con estas palabras terminó la discusión.

Ahora está sobrevolando este planeta, un planeta que han olvidado deliberadamente a manos de la ASI, bajo las órdenes del antiguo administrador de Palpatine, el Gran Visir Mas Amedda.

Sloane reflexiona sobre lo que haría falta para retomar el planeta. Para la Nueva República sería fácil derrotar la flota defensiva de la ASI. Tardarían un tiempo, pero cada día llegan informes del poder militar creciente de la República. No obstante, la presencia del Imperio en la superficie del planeta está muy arraigada. No bastaría con una campaña aérea…

Finalmente, su comunicador recibe una respuesta:

—Código correcto. Permiso para aterrizar, CS-831.

«Claro que es correcto», piensa. Adea sabe lo que se hace.

A continuación, *Dasha Bowen* traza el itinerario de aterrizaje de la lanzadera.

Sloane deja la nave de carga en la plataforma de aterrizaje. Unos cuantos droides empiezan a descargar las cajas de recambios que realmente lleva en la bodega. Mientras ellos están ocupados, Rae se baja el visor. Esto le sirve para cubrirse la cara y, además, pulsando un botón lateral del casco aparece una pantalla integrada en el visor de plastocristal. En este caso, es un mapa de Coruscant.

Su destino es una estrella roja parpadeante en el mapa: el viejo edificio del Registro Imperial, conocido despectivamente como «el Pozo». Es un almacén de hechos, registros y volcados de datos.

Para mucha gente es un conglomerado inútil de burocracia imperial. Todos los datos y registros generados en naves, transportes, ordenadores de navegación, oficinas, academias y almacenes se descargan para hacer copias de seguridad. Y se almacenan aquí, sin conexión (a menudo, la operación la llevan a cargo droides). Poca gente viene hasta aquí, ya que buscar información es como intentar encontrar un grano de arena en concreto en una playa azotada por el viento. Además, la información almacenada aquí no tiene prácticamente valor alguno. Cálculos de trayectoria, listados de inventario, registros de personal y una infinidad de datos llenan este almacén gigantesco.

Concretamente, a ella le interesan los registros de personal. Si hay algo sobre Gallius Rax, estará aquí. Es decir, si logra encontrarlo.

Por suerte, Sloane se sabe mover por un sitio como este. Para mucha gente es un Pozo. Para ella es un templo.

El Pozo se encuentra en el linde del Distrito de la Verdad, una zona imperial fortificada que alberga también el Salón de la Adjudicación, el Instituto de Conservación de Historia Imperial y la Academia y Oficina de la ASI.

Las calles de este distrito siempre han estado limpias, bien mantenidas y concurridas, pero ahora ya no tanto. Pasa por delante de un par de soldados de asalto, que están sentados sobre una barricada de acero, con los cascos en el regazo. Dos hombres sudados, cansados y con la mirada perdida en la nada. La calle está llena de marcas de disparos y explosiones. El plastocemento está quebrado y levantado, como por obra de un detonador termal.

Además, todo está muy tranquilo. Normalmente se escucharía el bullicio inagotable del tráfico de la ciudad por encima de las calles: una miríada de repulsores y motos deslizadoras cruzándose frenéticamente como minúsculas mirmiditas en sus colonias subterráneas. Pero ahora, el cielo está totalmente vacío. Ni un solo deslizador. No hay ni droides, ni pájaros. Nada. El espacio aéreo está cerrado, ¿no? En su momento le llegaron historias de ciudadanos que cargaban sus deslizadores con explosivos y los lanzaban contra los edificios imperiales.

Como si la ciudad le leyera el pensamiento, el suelo tiembla repentinamente. En algún lugar, a lo lejos, se ha producido una explosión. Nota la vibración que le sube desde los talones hasta los dientes. Sloane no ve nada de momento, pero no tarda en aparecer a lo lejos una columna de humo rojo, que sube hacia el cielo como una serpiente voladora.

Suenan unos cláxones. Un par de deslizadores de la ASI pasan a toda velocidad.

«Qué horror», piensa. Pero Rae no tiene tiempo para todo esto. El suyo es muy limitado. Será mejor que se apresure.

Delante de ella se alza el Pozo. Desde la superficie parece un sencillo búnker fortificado de una sola planta. Tiene una única puerta y una ventana con la persiana cerrada.

Cuando Sloane se acerca, la persiana se levanta con un repiqueteo metálico. A través de la ventana, ve la mitad superior de un droide administrativo, con una cabeza en forma de cápsula inclinada hacia delante. El altavoz instalado en la boca emite una voz metalizada:

—NO SE MUEVA. PREPARANDO ESCÁNER OCULAR.

Sloane no se puede esconder de esto. Adea se ha esforzado mucho en crear el personaje de Dasha Bowen, pero no le podía crear globos oculares nuevos. Aquí no podrá engañar a nadie. Así que se levanta el visor del casco.

Del ojo del droide sale un haz de luz roja resplandeciente. Rae parpadea y hace una mueca cuando el haz de luz le pasa por encima de la cara.

—GRAN ALMIRANTE RAE SLOANE —dice el droide—. ES UN PLACER RECIBIR SU VISITA. BIENVENIDA AL REGISTRO IMPERIAL. CUIDADO AL ENTRAR. LA CAÍDA ES PELIGROSA.

El droide tiene razón. El Pozo tiene cincuenta pisos de profundidad, un orificio descomunal en las entrañas de Coruscant. Tiene forma circular, y baja en una espiral

aparentemente infinita. A Sloane le da la impresión de estar cayendo por un desagüe. De repente piensa que, al fondo de todo, el Registro Imperial se te traga como un sarlacc que se alimenta de administrativos descarriados.

A ella no se la van a tragar. Hoy no.

Pero se volverá loca si no se pone en marcha. La inercia es como una maldición, combatirla ha sido siempre el objetivo de Sloane durante toda su carrera, durante toda su vida. Así que se instala en una pequeña hornacina. Pasan las horas. Los droides administrativos de asistencia, que están acoplados a unos raíles para desplazarse por los estantes de registros, carretean datos digitales o archivos físicos. En este caso le traen a Rae viejos cartuchos de datos. Les ha dicho que necesitaba un recuento de todas las naves de la flota imperial que estaban en activo cuando se produjo la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte. Va por el último cartucho, el octavo.

Empieza por los acorazados, los superdestructores estelares.

Había trece de ellos en servicio cuando la segunda Estrella de la Muerte fue destruida sobre Endor. Uno de ellos era el *Devastador*, el superdestructor estelar desde el que Sloane gobierna el Imperio (estrictamente hablando, ahora es Gaelan quien está al mando). Otro de ellos es el *Ejecutor*, la nave insignia de Vader. El *Ejecutor* fue destruido ese día, al colisionar con la superficie de la Estrella de la Muerte causando la muerte de miles de soldados y oficiales. Lo mejor del Imperio.

Sloane se estremece al pensar en ello.

Quedan once.

Tres de ellos están en manos de Nueva República. Dos de ellos eran de almirantes que se rindieron voluntariamente. El tercero lo arrebataron por la fuerza cuando estaba siendo reparado por encima del planeta Kuat.

Cinco de ellos fueron destruidos en batallas contra la Nueva República por toda la galaxia. Quedaron mermados de personal, desprotegidos, intentando huir. Los acorazados llevan unas baterías láser enormes y letales, pero como contrapartida son unas bestias lentas y poco manejables, como ladrillos gigantescos en medio del espacio. Sin la protección adecuada era inevitable que el ejército enemigo las acabara obliterando. Una de ellas cayó en manos de piratas: el *Aniquilador,* la antigua nave de Tagge. Pero, ¿quién controla actualmente el *Aniquilador*? Los registros no lo dicen.

Otro de ellos, el *Arbitrador*, hizo mal los cálculos para el salto al hiperespacio al huir de la flota de la Nueva República. Se evaporó al ser engullido por un pozo gravitatorio.

Solo queda la nave insignia de Palpatine: el *Eclipse*.

Según los registros, también fue destruido por una flota de la Nueva República. El toque de gracia se lo dio la fragata personal de Ackbar, el *Hogar Uno*.

Ah, pero aquí está el quid de la cuestión, por esto Sloane ha venido hasta aquí. Las naves enviaban datos a través de toda la galaxia, transmitiendo oleadas de información hasta aquí. Algo así como una caja negra para poder saber lo que ocurrió exactamente antes de que una nave se rindiera, fuera destruida o cayera en manos del enemigo. Todos

los datos de seguimiento concuerdan con la historia conocida de todos los superdestructores estelares. Excepto en un caso.

En el caso del *Eclipse*, los datos terminan un ciclo diario antes de la hora registrada de destrucción de la nave. No hay indicios de asedio por parte del ejército de la Nueva República. Sencillamente… desaparece del mapa galáctico. Se desvanece.

Sloane reconoce que es posible que la nave dejara de enviar información debido a un mal funcionamiento en el registro de datos. Aunque se supone que, si esto ocurre, el mando de la nave recibe una notificación. Una vez más, la burocracia y los mecanismos de seguridad tendrían que haber funcionado.

Pero no lo hicieron.

¿Es posible que el *Eclipse* siga ahí fuera? ¿Puede ser que el *Devastador* no sea el último superdestructor estelar del arsenal imperial? Con el inventario de destructores estelares ocurre algo parecido, pero a una escala mayor. El setenta y cinco por ciento de los destructores estelares en servicio antes de Endor siguieron destinos similares: fueron destruidos, capturados o perdidos de las formas más curiosas pero confirmables. No obstante, la desaparición de una cuarta parte de esas naves no está justificada. Los registros muestran unos motivos de desaparición que no concuerdan con lo recogido en sus cajas negras.

¿Acaso el Imperio tiene más naves de las que ella conoce? ¿Una flota fantasma ahí fuera, en algún lugar? ¿Están operando de forma independiente? ¿Han sido capturadas o abandonadas? Quizá esté ocurriendo alguna otra cosa.

¿Lo sabe Rax? ¿O el también actúa en la sombra? Y hablando de Gallius Rax …

Peinar todos los registros en busca de información sobre este veterano almirante de la flota será como encontrar una piedra preciosa en un bidón lleno de cristales rotos. Será una búsqueda lenta y extenuante. Pero por esto está aquí. Así que pide la ayuda de un droide y lo envía a trabajar.

—VERÉ QUÉ DATOS PUEDO DESENTERRAR—responde el droide, hace una pequeña reverencia y sus servomotores se lo llevan a toda velocidad.

«Desenterrar», piensa Rae. La palabra perfecta. No deja de ser irónico, sobre todo viniendo de un droide.

Rae pasa página tras página del lector de cartuchos. Con la palma de la mano sobre el orbe de control, va moviendo los dedos a la izquierda, pasando innumerables páginas administrativas. Al igual que pasaba con los archivos navales, la presencia de Rax es poco más que un rastro vaporoso. Está persiguiendo sombras.

Ahora se dedica a buscar los registros de todos los que se asociaron con él: Yularen, Rancit, Screed y el propio Palpatine. Compara los registros de personal, los registros genealógicos, las listas de inventario… todo, lo que sea. Pasan las horas. Tiene los ojos

nublados. Se siente abrumada y sola. El único sonido que acompaña su frustración y su ansiedad es el repiqueteo de los droides a su alrededor.

Se pone en pie. La búsqueda ha terminado.

Rax apenas existe.

Pero intentar descubrir quién es o quién era… es como intentar coger la niebla con las manos. Se deshace en tus manos y sigues sin ver lo que hay más allá.

Es hora de irse. Recoge todas sus notas y las guarda en un pequeño bolso que se cuelga al hombro.

De repente detecta movimiento a sus espaldas. Se da la vuelta, llevándose la mano al bláster.

Es el droide. Evidentemente. ¿Quién iba a ser? Se justifica por la reacción. «Estoy cansada y enfadada».

—UN CRISTAL DE IMAGEN —le comunica el droide. Entonces extiende un brazo telescópico que contiene un pequeño cristal de color gris humo. El Imperio ya no los utiliza porque están anticuados. Décadas antes, estos cristales de imagen de un solo uso eran un formato extendido. Ahora el Imperio tiene la capacidad de almacenar información textual y visual en cartuchos o tarjetas de datos.

Está a punto de devolverlo. ¿Qué importancia podría tener una imagen? Pero bueno. El lector está aquí mismo. Deja el bolso sobre la mesa y, sin sentarse, coloca el cristal en la superficie de lectura del escritorio. Al pulsar el botón que hay debajo, la superficie se ilumina.

Se forma una imagen tridimensional sobre el escritorio.

Parece una plataforma de aterrizaje imperial. Al fondo hay una lanzadera de clase Lambda. En los márgenes de la imagen holográfica hay varios soldados de asalto de armadura blanca y un par de Guardias Reales imperiales, de armadura roja.

En el centro de la foto se encuentran Wullf Yularen, Dodd Rancit, Terrinald Screed y tres más: el Gran Visir Mas Amedda, el Emperador Palpatine y…

Un niño.

Más bien un adolescente, a punto de convertirse en hombre.

Parece un pueblerino de mejillas sucias, con un uniforme de la academia que no le queda bien. Tiene el pelo oscuro y la piel pálida. Pero esos ojos… brillan con una arrogancia que resulta familiar. Como dos agujeros negros que se tragan la luz.

Hay un detalle importante: el niño tiene una de las manos abiertas, y Sloane ve algo en su palma: una marca de algún tipo. ¿Un tatuaje? ¿Un distintivo? Esta imagen holográfica por sí misma no basta para saber quién es Rax. No obstante, le da a Rae una extraña sensación de esperanza. Ha *desenterrado* un fósil bastante curioso, ¿no? Si este niño es él, si es Gallius Rax, entonces Rae puede resolver el misterio de su presencia. Rax se convierte en una presa a la que puede dar caza.

Metafóricamente hablando, claro. Rae espera no tener que llegar a eso.

¿Cuál es entonces el siguiente paso en este misterio? Tiene un trozo de hilo en su mano. ¿Cómo puede tirar de él? Cuatro de los hombres de la imagen holográfica ahora

están muertos. Palpatine desapareció. Yularen murió en la Estrella de la Muerte, Rancit cayó en un ataque rebelde (aunque corren rumores de que Vader lo ejecutó por traición) y Screed murió a manos de piratas en el Círculo de Iktari.

Solo queda uno vivo.

«Ha llegado el momento», piensa Rae «de hacerle una visita a Mas Amedda».

INTERLUDIO

CORONA, CORELLIA

Erno no le quita ojo de encima al chico, que no es consciente de que lo están observando. Se acerca a la pared como una arañita furtiva al amparo de la oscuridad de la noche y coloca la plantilla sobre la pared pálida de ladrillo y saca el espray. Lo agita unas cuantas veces y entonces estampa una imagen en una pared de la comisaría de la P&S, Paz & Seguridad.

Una imagen icónica de un hombre malo, muy malo.

Quizá ni siquiera sea un hombre. Quizá sea una máquina.

Debajo de la imagen del casco del villano, reinterpretada por el artista, está escrito: VADER VIVE.

El chico se vuelve, sonriendo, pensando que nadie le ha visto. Se equivoca.

Erno camina hacia la zona de luz que proyecta la esfera lumínica de la calle y se aclara la garganta. El chico de capa y capucha negra levanta la cabeza.

Otro de esos idiotas acólitos. Erno silba.

—Qué artista. Una obra de arte original.

El chico no dice nada. Se queda ahí de pie, temblando sobre sus pies descalzos. Es un joven insensato y está asustado. Erno suspira y levanta el bláster.

—Venga, cucaracha, date la vuelta ahora mismo. Es hora de ponerte las esposas.

Haciendo una mueca, el chico se da la vuelta. Erno le pone las esposas aturdidoras y lo lleva hasta la puerta de la comisaría.

—Hola, Detective —le dice la nueva incorporación de recepción, una bella joven pantorana llamada Kiza. Él asiente con la cabeza y le guiña el ojo, aunque es consciente de que a la joven nunca le va a interesar un tipo tan impresentable y descuidado como él.

Erno arrastra al chico por toda la comisaría, pasando por escritorios, holopantallas y oficiales pacificadores, hasta llegar a una de las salas traseras.

Le da un empujón para sentarlo en una silla. El chico le replica, murmurando en un idioma desconocido. Erno ni se molesta en preguntar.

—Sí, claro, claro. Lo que tú digas, chaval.

Erno se sienta al otro lado de la mesa. Se pone en la boca un trozo cuadrado de raíz elástica y empieza a masticar. Sabe peor que el talón de una bota vieja, pero al menos su boca se entretiene con algo. Mejor esto que los estimupalos que fumaba antes.

No tarda nada en formarse una imagen del chico. Un gamberro humano, de unos catorce años, quizá quince. Pálido como los demás (dicen ser criaturas nocturnas). Capucha negra, capa negra. Esta no lleva máscara. Muchos de estos acólitos llevan unas

máscaras, que se hacen ellos mismos uniendo plastoide, metal, madera, gafas, ventiladores, lo que sea… Las llevan para soltar discursos a la gente. Una historia muy insignificante, muy patética. Básicamente, vandalismo.

—Vader vive —dice Erno, masticando la raíz elástica—. Dices que Vader vive. Lo último que sé es que desapareció con la Estrella de la Muerte. *Bum*. Muerto. Si es que alguna vez llegó a estar vivo. El Imperio está en declive otra vez, y esto no sería así si él viviera, ¿no crees?

—La muerte no es el final.

—Pues que yo sepa, es la última parada, chaval.

El chico sonríe. Tiene los dientes blancos, demasiado blancos. Se los lame con la lengua. Durante un momento, a Erno se le remueven las tripas. Su instinto le dice que algo va mal, pero no sabe qué es.

«El chaval solo te está provocando. Es tarde. Llevas demasiadas horas de servicio. Ficha a este chiflado y vete a casa».

—¿Cómo te llamas?

—Olvido.

—Un nombre precioso —replica Erno, sarcástico—. ¿Es tu nombre de familia? —el chico está ahí sentado, sin decir nada. El pecho le sube y le baja como si fuera una bestia arrinconada—. Mira, chaval, te he detenido por vandalismo. Puedes pasar un par de noches en el agujero, pero me siento bondadoso, me siento generoso. Eres un Acólito del Más Allá, ¿verdad? Dame los nombres de un par de compañeros acólitos y te dejaré salir habiéndote dado un sermón y poco más. ¿Mmh?

El chico sigue sin decir nada.

Erno suspira.

—¿Qué es lo que pasa con vosotros? Siempre con esa cara de infelicidad. No sois más que lameculos del Imperio.

—El Imperio no. Algo más grande que el Imperio.

—Vader.

El chico sonríe.

—¿Y Palpatine no? —pregunta Erno.

La sonrisa del chico se ensancha.

Erno piensa que tiene sentido. ¿Quién querría adorar como un héroe a ese vejestorio arrugado? Al menos, Vader tenía aspecto de tipo duro. Era imponente, peligroso, un verdadero saco de trucos.

—¿Y tú no tienes máscara? —le pregunta Erno.

—No.

—¿Por qué no? Lleváis máscara para pareceros a Vader, ¿no? Sabes que era un tipo malvado, ¿no?

—¿Y tú? ¿Eres un hombre decente? —le pregunta el chico—. ¿Eres «de los buenos»?

«No exactamente», piensa Erno. Su mujer lo ha dejado por un par de artistas del distrito de Teeno Village. Sus vecinos creen que es un guarro. Incluso los peces que tiene en el acuario de casa lo miran con desconfianza cada mañana, cuando se va a trabajar.

—Te he preguntado por la máscara.

El chico se remueve en la silla, incómodo.

—La máscara tienes que ganártela.

—Ah… ja, ja… ¿Y tú todavía no te la has ganado?

El chico se queda mirando el techo, entonces recorre con la mirada las paredes desnudas.

—Este edificio es muy viejo.

—Sí. ¿Y qué?

—Sé lo que hay abajo.

¿Lo que hay abajo…? La comisaría comparte sótano con el museo que hay al lado. Los detectives usan el sótano como almacén, para guardar pruebas. El museo lo utiliza para almacenar viejos artefactos polvorientos.

Erno no sabe si dar por acabada la conversación. Total, ¿qué le importa el museo a un gamberro como este? Pero… quizá sea una pista. Quizá los padres del chico trabajan en el museo. Podría ser una…

Pero entonces entra alguien, un oficial de seguridad, Spob Rydel, con el gorro en la mano.

—Erno, tienes que ver esto.

«Estoy ocupado, Rydel», piensa. Pero si uno de los oficiales de seguridad quiere que vea algo, pues tendrá que verlo. Agarra al chico por las muñecas y se las coloca sobre la mesa. Entonces pulsa un botón que hay debajo y la mesa entera queda magnetizada. *Bum*. Las esposas del chico golpean la mesa, atraídas por el campo magnético.

Después se pone en pie y vuelve a la parte delantera de la comisaría. Una a una, todas las holopantallas cambian al CIC, el Canal de Información de Corona.

Erno tarda unos segundos en procesar lo que está viendo. Holoimágenes en directo de toda la ciudad que muestran escenas parecidas. En la plaza Diadema del centro una horda de figuras con capas y capuchas está asaltando las tiendas y se está subiendo a lo alto de las salidas de ventilación para hacer caer los deslizadores; en la línea 1 del transporte magnético metropolitano están entrando en masa cuando el transporte llega a la estación de Calle Juni; en los casinos asaltan a la gente que entra y sale como una tormenta de capas negras en la noche.

Llevan palos pintados de rojo. Llevan máscaras. Parece un ataque planificado, una revuelta. O algo peor.

Los oficiales ya se están movilizando. Salen por la puerta o suben por las escaleras a la plataforma de deslizadores de la azotea.

—Son los malditos acólitos —exclama Rydel—. ¿No tienes a uno de ellos ahí dentro? Tráelo aquí, a ver qué nos dice.

Sí. «Sí», piensa Erno. Va corriendo hacia la sala donde lo ha dejado, abre la puerta y… el chico ya no está.

Justo entonces, las luces parpadean una vez, dos veces… y finalmente se apagan.

Erno está a oscuras. Por suerte, en cuestión de segundos se encienden las luces de emergencia a lo largo del suelo y del techo. El ambiente queda cubierto por un resplandor rojo. Maldice para sus adentros y vuelve a la sala principal. Casi todo el mundo ha salido del edificio. Solo quedan él, Rydel, un par de detectives más como Shreen y Mursey y…

Un momento. ¿Kiza no estaba aquí? ¿Dónde diablos se ha metido?

Está a punto de decirle algo a Rydel cuando, de repente, un disparo de bláster atraviesa el aire y le da al oficial justo en la frente. Rydel cae de espaldas.

Hay dos disparos más. Caen Shreen y Mursey. Shreen cae sobre su escritorio, y Mursey se desploma hacia adelante, sobre un hidro-refrigerador.

Erno se lleva la mano a la espalda para desenfundar el bláster… pero es demasiado lento.

Ahí está Kiza. Precisamente Kiza. Lo apunta con un bláster estándar de seguridad. El chico de negro no está por ninguna parte.

—Kiza, cariño… no entiendo lo que está pasando aquí.

—No soy tu cariño —replica ella con voz temblorosa.

—¿Qué… qué está pasando?

Ella se le acerca en silencio recorriendo el mar de escritorios en una semipenumbra teñida de rojo.

—Esto es una revolución. Es la venganza de la oscuridad. Es el olvido.

—Maldita sea —exclama Erno—. Estás… estás con ellos.

Deduce que ella no está entrenada. Tiene miedo, se lo nota en la voz, así que se lleva la mano al bláster. Él está viejo, pero ella no es policía. Erno empuña el bláster y extiende el brazo. El aire se ilumina y un rayo de luz roja se precipita sobre él. Tiembla al recibir un doloroso impacto en la muñeca. La mano entera sale volando y cae sobre uno de los escritorios, agarrando todavía el bláster. Ve cómo la mano se queda inerte. Es algo absurdo ver tu propia mano salir volando.

A su lado está el chico de la capa. Empuña una espada de luz roja.

—Ya te he dicho que sabía lo que había en el sótano —afirma el chico, furioso.

—¿Esa es la espada que andábamos buscando? —le pregunta Kiza.

El acólito asiente con la cabeza con expresión de confianza.

Y entonces… *Bum*.

Kiza golpea a Erno en un lado de la cabeza. El mundo empieza a dar vueltas y se desploma sobre el suelo. Kiza se agacha y le susurra al oído:

—Vader vive. Y tú también. Dile a todo el mundo que los acólitos se acercan, cariño.



CAPÍTULO SIETE

El bar es un pequeño local junto al mar cerca de punta Junari, unos kilómetros a las afueras de Ciudad Hanna. No es gran cosa: una barra circular de madera negra bajo una carpa azotada por el viento. Hay aves bula picoteando entre la arena y las piedras con sus picos estrellados, en busca de su próxima comida. El océano va y viene, pero no tanto con el clamor de un oleaje vigoroso sino con el susurro de las aguas de un lago acariciando la orilla. Es una noche fresca. Ha pasado la tormenta, dejando atrás una agradable brisa.

Sinjir está sentado a la barra, observando un tazón blanco de líquido negro humeante que le calienta la barbilla.

Esta noche en el bar hay pocos clientes. A su lado hay algunos chandrilanos más, además de una pescadora de mentón marcado con la mirada perdida en una jarra de algo burbujeante. Al otro, un joven con una camisa ancha y elegante, observando su holopantalla con aparente indiferencia. La camarera es una mujer alta con una melena rubia clara recogida en una elaborada trenza que le baja por el cuello como un collar.

—¿Todo bien? —le pregunta la camarera a Sinjir al pasar a su lado.

Él responde asintiendo ligeramente con la cabeza. Sinjir advierte de que la camarera levanta la mirada al pasar. Ha visto a alguien acercándose, alguien que se detiene detrás de Sinjir. Está a punto de tensar todos los músculos…

Y entonces, medio segundo más tarde, un brazo lo agarra por el cuello desde la derecha, y por el lado izquierdo ve aparecer una cara familiar: un hombre de aspecto descuidado con una barba rubia.

—Vaya, vaya. Hola —dice Sinjir arqueando una ceja.

El hombre pasa la mano libre por encima del hombro de Sinjir y agarra el tazón para olerlo.

—¿Estás bebiendo caf? —exclama el hombre, frunciendo el ceño.

—¿Qué? —pregunta Sinjir, simulando sorpresa—. ¿Caf? Yo no he pedido eso. Tendré que quemar este local en señal de protesta, es la única solución.

El hombre, llamado Conder Kyl, le mira de reojo.

—Qué dramático eres. Pero me sorprende que estés bebiendo esto en lugar de ron kowakiano o, no sé, *decapante de casco*.

—Quería mantenerme despierto para esperarte. Por eso tomo caf—levanta el tazón y se lo acerca a los labios—. Ah, y te recuerdo que Decapante de Casco era mi apodo en la academia imperial de oficiales.

—No lo dudo —añade Conder, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

En su cabeza se disparan todas las alarmas. Como acto reflejo, aparta la cara y desplaza el taburete hacia un lado.

—No puede ser —dice Conder—. ¿Ya te has cansado de mí?

—¿Ahora quién está siendo dramático?

—¿Entonces por qué?

—Ya te lo dije. No me gusta… esto.

—¿Esto?

—¡Esto! Esto. En público.

Conder se sienta en un taburete junto a Sinjir. Planta el codo en la barra y apoya la cara en la mano, con una expresión de ambigüedad y confusión.

—Sabes dónde estamos, ¿no? Aquí estás seguro, Rath Velus. Aquí estamos seguros. Chandrila es… bastante abierto.

Conder es coqueto y atractivo, sin dejar de ser masculino. Tiene un pecho amplio, brazos fuertes, un cráneo esculpido con láser y una barba puntiaguda. Pero también tiene unas pestañas largas y teatrales, unos labios carnosos y una piel fina y bronceada como una estatua de korabastro nimariano. Su voz es áspera pero con cierto deje, como una música dura pero preciosa.

Además, es uno de los mejores cortacódigos de la Nueva República. Hay pocos sistemas en los que Kyl no pueda entrar si se lo propone. Así se conocieron él y Sinjir. Hace un par de misiones, persiguiendo al Moff Gorgon, el equipo necesitaba a alguien que pudiera introducirse en el cerebro de un droide de interrogación y Temmin no estaba por la tarea, así que recurrieron a Conder Kyl.

Conder, al que Sinjir acaba de rechazar públicamente.

—No es eso —responde Sinjir—. No exactamente. El Imperio… —Sinjir ya se lo ha explicado varias veces antes. Conder lo sabe. El Imperio no se preocupaba por las

relaciones sentimentales o sexuales, siempre y cuando no estuvieran a la vista. El manual de decoro establecía que cada uno era libre de tener sus pecados veniales, siempre y cuando fuera a puerta cerrada y no violaran las iniciativas familiares del Imperio. El Imperio estaba muy interesado en la reproducción. Lo peor de todo es que Sinjir siempre ha sabido que el afecto es una debilidad. Las relaciones son como una cuerda atada al cuello: es fácil tirar de ella y ahogarte. Cuando investigaba a alguien en búsqueda de deslealtades, lo primero que hacía era descubrir con quién se acostaba. Siempre era un punto débil vital, como clavar el pulgar en la tráquea o pegar un puñetazo en los riñones. Saber quién amaba a quién siempre era un camino hacia el control y la manipulación.

—Estas muestras de afecto son un riesgo, y yo no quiero riesgos. Nos están mirando.

La pescadora sigue con la vista perdida en su bebida. El joven de la camisa elegante no aparta la mirada de su tableta de datos. La camarera está a un lado, limpiando vasos.

—Sí, claro —ironiza Conder—. Me siento observado hasta la médula.

—¿Qué vas a saber tú? —concluye Sinjir entre sorbos sonoros de su caf.

A sus espaldas se oyen unos pasos sobre las piedras. Unas bulatardas trinan y salen volando cuando entran dos clientes más en el bar. Sinjir les ha visto antes, son pilotos de la Nueva República. Primero entra un chandrilano de nariz larga, con una pequeña cicatriz sobre la ceja. Lo sigue una mujer de hombros bajos con las mejillas marcadas y un ceño fruncido permanente.

El Sr. Cicatriz se detiene junto a Sinjir, golpea con los nudillos en la barra y le grita a la camarera:

—Un balmgruyt. Ahora mismo.

—Dos —añade la Srta. Ceñofruncido, golpeando en la barra con la palma de la mano.

Cuando la camarera les trae las bebidas, el Sr. Cicatriz mira por encima del hombro y le clava la mirada a Sinjir.

—No me gustan los de tu clase.

Sinjir empieza a aplaudir.

—Gracias, señor. Muchísimas gracias por aportar un ejemplo práctico a mi argumento. ¿Lo ves, Conder? A estos pilotos no les parece bien nuestro estilo de vida.

La Srta. Ceñofruncido asoma la cabeza por encima del hombro del Sr. Cicatriz y entorna los ojos.

—No nos gusta ver a imperiales por aquí —sentencia, alzando el mentón.

Qué decepcionantes.

—¿Es ese vuestro problema? —pregunta Sinjir con tono fanfarrón.

—No es un imperial —le defiende Conder, poniéndose en pie—. Está de nuestro lado.

—Bueno —le corrige Sinjir—, no vayamos tan lejos…

—Es un sucio imperial, eso es lo que es —ladra el Sr. Cicatriz, inclinándose hacia delante y enseñando los dientes. Sinjir huele el licor en su aliento; el hombre va más cargado que una batería láser—. Es un traidor chaquetero de armadura negra que nos

cortará el cuello si le damos la oportunidad. No nos gusta la gente como él. Y tampoco nos gustan los amantes de los imperiales.

—Ya lo pillo —responde Sinjir, haciendo ver que sorbe el tazón de caf, un tazón que tiene intención de estampar en la cabeza de este imbécil—. En serio. Durante mucho tiempo, el Imperio Galáctico ha pisoteado planetas y sistemas, desde el corazón viscoso del Núcleo hasta los flecos más gélidos del Borde Exterior. Pero el Imperio se está desmoronando y ahora todos los malos estamos llamando a vuestra puerta con cara de pena, pidiendo perdón. Y probablemente no nos lo merezcamos, pero aquí estamos. Esto supone un problema para vosotros, porque ahora la pregunta es: ¿demostraréis que sois los verdaderos campeones de la galaxia? ¿Sois gente buena con capacidad para perdonar, o sois tan malos como…

¡Zas! La cabeza de Sinjir cae hacia atrás a causa del puñetazo. Ha sido un golpe fuerte, pero menos elegante y preciso que una estampida de nerfs. La cabeza le da vueltas, pero no nota sangre. Se lame el labio para estar seguro. Nada.

Aprieta la mano que sujeta el tazón. El caf todavía está caliente. La quemadura dejará una bonita marca en la cabeza del hombre.

Pero entonces Conder le agarra la mano y le impide reaccionar.

—Vámonos de aquí —le susurra el cortacódigos al oído. Un susurro firme, sin miedo. Con seguridad.

El Sr. Cicatriz está junto a Sinjir, con los puños apretados, preparado para la pelea. Lo está pidiendo a gritos. Sinjir también siente esa necesidad, que lo recorre por dentro como una descarga eléctrica por toda su sangre.

Sin embargo, lo único que hace Sinjir es asentir con la cabeza.

—Buenas noches, caballeros.

El Sr. Cicatriz y la Srta. Ceñofruncido se quedan atónitos cuando Sinjir y Conder se alejan, abrazados. El tazón de caf se queda en la barra, humeante.

Por la mañana. La misma playa, el mismo mar, el mismo bar.

Sinjir se fue, pero volvió más tarde, dejando atrás a Conder y una cama caliente. «Una buena forma de acabar la noche», pensó entonces. Hasta que perdió el conocimiento.

La luz manchada del amanecer intenta abrirse paso a través de sus pestañas cerradas. Sinjir chasquea los labios y logra levantar la cabeza de la barra. Era como si alguien estuviera arrancando una venda de una herida pegajosa.

Tiene un sabor en la boca… ¿Qué es? Ah. Sí. Tsiraki. Un licor hecho con bayas salak fermentadas y especias avinagradas. Dulce y agrio. Totalmente terrible, a la vez que maravilloso.

Parpadea varias veces para despertarse. Tiene la cabeza embotada, pero aún no se ha apoderado de él la resaca. Si se toma un chupito de Pelo de Garral para empezar…

¿Dónde se ha metido esa camarera tan escurridiza? Qué contrariedad.

Entonces se da cuenta de que hay alguien sentado a su lado.

—Hola —dice Sinjir.

—Has logrado acabar bastante perjudicado —replica Jas Emari. Está sentada en el taburete adyacente, mondándose los dientes con un pequeño cuchillo.

—¿Mmh? Sí. Tsiraki —murmura él. Jas hace una mueca—. No puedes juzgar sin haberlo probado.

—Lo he probado. Sabe a bilis de babosa.

—Tú no bebes, no eres una entendida —entonces bosteza y estira los brazos—. Por eso somos buenos amigos. Tú eres la cazarrecompensas sensata y efectiva, yo soy el agente provocador, borrachuzo pero entrañable. Deberían hacer una serie sobre nosotros en HoloRed, ahora que el Imperio ya no tiene el control absoluto sobre los medios.

—Estás enfadado conmigo —dice Jas.

—¿Qué? No —miente él.

—¿Es por Jom? ¿Estás enfadado por él?

—¿Vamos a hablar de esto ahora? ¿En serio? —pregunta Sinjir. Pero viendo su mirada gélida, entiende que la zabrak va en serio—. *Pffff*— vale. No, no es por Jom. Haz lo que quieras cuando estés desnuda. Solo es que… —no lo quiere decir, y durante un momento sus palabras se disuelven en una especie de gruñido gutural, hasta que logra articular—. Fue el plan. Tu plan en la fortaleza de Slussen Canker. Tiraste adelante con tu pequeño plan, y se lo dijiste al chico pero no a mí.

—Tendría que haberlo hecho, lo reconozco.

—No me gusta sentirme excluido, no contigo. Me hace sentir fatal. Y no es solo eso. Es… es que no lo sabía. No sabía que nos la habías pegado. Normalmente puedo detectar ese tipo de cosas, las veo venir desde el hiperespacio. Pero lograste mantenerlo en secreto. Y el chico también. Estoy perdiendo facultades, o…

—O es que confías en nosotros.

—Sí.

—Y eso te molesta.

—Pues sí —ahora es él quien hace una mueca—. Tengo que preguntarte algo.

—Pregunta.

—¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—Esto. El equipo. La Nueva República.

Jas limpia la punta del cuchillo en el pulgar y se encoge de hombros.

—No lo sé. Créditos. Deudas.

—No me lo creo.

—Pues no te lo creas. ¿Por qué lo haces tú?

—Porque me aburro.

—Ahora soy yo la que no se lo cree.

—Quizá los dos tengamos deudas que no se pueden pagar con créditos.

—Quizá —responde Jas, encogiéndose de hombros.

Sinjir resopla y hace una mueca. Esta conversación se ha vuelto demasiado seria, demasiado triste.

—Por cierto, ¿cómo me has encontrado?

—Por Conder.

—¿Y cómo le has encontrado a él? No sabía que supieras lo nuestro.

Jas sonríe.

—Lo sé todo. Soy buena en mi trabajo —hace girar el cuchillo con los dedos y lo guarda en la funda del cinturón—. Lo cual me recuerda que tenemos trabajo. Me ha llamado Norra.

—Pensaba que teníamos unos días de descanso.

—¿Esta es tu idea de descansar? —pregunta Jas, señalando a las dos figuras que hay al final de la barra.

Uno de ellos es el Sr. Cicatriz. Está tumbado sobre la barra como un pez muerto. Cerca de la cabeza están los restos de un tazón roto y un charco de líquido. La otra es la Srta. Ceñofruncido. Está tumbada de espaldas sobre la arena, con una toalla pegada a la nariz ensangrentada, quejándose de dolor.

—Al menos todavía respiran —comenta Jas.

—No soy un asesino.

—¿Qué te han hecho?

Sinjir suspira.

—Han sido maleducados.

—Vamos, Sin. Tenemos trabajo.



CAPÍTULO OCHO

Sloane sube la rampa en espiral del Pozo y sale a la calle. Una vez fuera estira el cuello y hace rotar los hombros para librarse de la tensión. ¿Cuánto tiempo se ha pasado ahí dentro? La respuesta precisa no importa mucho. Demasiado tiempo. Alguien se habrá dado cuenta de su ausencia a bordo del *Devastador*. Lo que más le sorprende es que está todo oscuro.

Esto tendría sentido en cualquier otro planeta, porque es tarde… o muy, muy, muy temprano. Pero lo curioso de Coruscant es que es un planeta que no duerme nunca. Nunca se apaga la energía. Cuando llega la oscuridad, el planeta entero se ilumina. Pero aquí, en el Distrito de la Verdad, está completamente oscuro.

También reina el silencio.

Se le eriza la piel del cuello. Algo va mal.

Tiene que moverse. Pero, ¿hacia dónde? Su plan era tomar uno de los transportes magnéticos metropolitanos, por ejemplo la línea negra, que la llevaría directamente al Distrito Federal. Pero si no hay energía aquí, quizá tampoco la haya allí. Y buscar un taxi no es una opción…

Al final de la manzana ve tres figuras. Corren de un edificio a otro, se agachan y se esconden. Pero no son soldados de asalto, porque no se oye el ruido característico de las botas y la armadura.

«Nos atacan». Los insurgentes están aquí. Ahora mismo.

La única opción es volver a su nave.

Hace tiempo que Rae no entra en acción, pero sus instintos siguen ahí. De repente tiene la sensación de ser consciente de todo. Su mente empieza a hacer cálculos fríos e imperturbables: «Mantente alejada de las calles abiertas, muévete entre edificios, baja la cabeza, saca el bláster». Entonces la asalta un pensamiento sombrío: así es ahora la vida en la capital.

Sloane se mueve rápidamente. Cruza la calle, se escurre por un callejón entre una comisaría y un edificio del RCB, Realineamiento y Cierre de Bases.

Se agacha detrás de una compactadora de basura y comprueba el bláster, y entonces sigue corriendo. Pasa por delante de una estación médica, una plataforma de reparaciones y debajo de la sombra negra de un centro de comunicaciones.

Boom. A lo lejos, muy a lo lejos, ve una explosión. Una explosión blanca rodeada de fuego que no tarda en disiparse. Entonces empiezan a sonar alarmas. Por una calle cercana pasa un transporte de la ASI, que se dirige hacia el origen de la explosión.

«Espero que no fuera en mi plataforma de aterrizaje», piensa Sloane.

Da un paso adelante. Su visión todavía se está ajustando tras el destello blanco de la explosión. Oye un sonido a sus espaldas, se da la vuelta…

Algo la golpea en la nuca y cae en redondo. Una bota le aprieta la mano y su bláster cromado se le escapa. Otra bota aleja el arma de una patada.

«Está bien», piensa una parte de ella, irracional y derrotista. Los soldados de la Nueva República la pueden eliminar. Que todo termine ya. Será una buena presa para un joven recluta o un piloto de poca monta. La medalla está garantizada.

Pero entonces se enciende un fuego en su interior, como si tuviera una supernova en el corazón.

«Este es mi Imperio», piensa. No va a dejarlo en manos de estos salvajes. Y no va a permitir que alguien como Rax eche por los suelos todo su trabajo. No. Hoy no. No si puede evitarlo.

Sloane rueda sobre el brazo que tiene inmovilizado. Duele mucho. Logra levantar el brazo libre para agarrar a quien sea que la tiene apresada. Sus dedos encuentran el cinturón de su atacante. Tira con fuerza de él y logra derribarlo. Ni siquiera es un soldado de la Nueva República. Ve un uniforme oscuro y un trapo azul y dorado alrededor del brazo.

Resistencia local.

El hombre grita para pedir ayuda. Es prácticamente un niño. Otras formas empiezan a moverse hacia ella. Pero ahora está agachada, su cuerpo recuerda muy bien cómo se lucha. Cuando estaba en la Academia practicó y compitió con la LBF, la Liga de Boxeo de la Flota. Era buena. Nunca ganó el cinturón, pero siempre se clasificaba. Y Sloane ha seguido entrenando.

Cuando se le acerca el primer insurgente, lo hace con la elegancia de un borracho intentando conseguir un beso. Sloane lo esquiva y le asesta un puñetazo en pleno ojo. El hombre se tambalea hacia atrás, pero inmediatamente otro ocupa su lugar. Este lleva armadura y casco. Sloane le lanza una patada a la pierna y lo hace caer. Ella lo agarra del

brazo y hace palanca con el cuerpo para hacerle una llave de agarre. Le retuerce la muñeca con tanta fuerza que le disloca el hombro. El insurgente se pone a gritar de dolor. Es una voz de mujer. Sloane le pega una patada al casco, lo recoge y se lo arroja a la siguiente persona que se acerca. Le acierta en la cara; el atacante se tambalea y cae.

Pero Sloane es demasiado lenta y son demasiados. Alguien la agarra por un lado y su hombro se aplasta con fuerza contra el plastocemento. Siente una fuerte presión en la sien. Un bláster.

—No te muevas —dice una voz insegura. La misma voz grita en otra dirección—. Tenemos a otra. Imperial. Parece piloto.

Sloane se pone inmediatamente a hacer planes y cálculos. Debería contraatacar. Pero si la atrapan, ¿debería jugar el papel de Gran Almirante Rae Sloane? ¿O será mejor que sea la inofensiva piloto Dasha Bowen? La almirante tiene mucho valor, la piloto casi ninguno. ¿Qué le conviene más?

Se acerca otra persona, un hombre corpulento que lleva media cara cubierta por una tela azul y dorada. Se agacha y le da la vuelta, de modo que Sloane queda boca arriba. Sloane le enseña las manos. La mujer que lleva el bláster se pone en pie y le clava la mirada. Tiene el rostro ennegrecido y una mirada muy intensa.

—Levantadla. Nos la llevamos. Garris sabrá qué hacer con ella.

—Podríamos encargarnos de ella aquí mismo —replica el hombre corpulento. Empieza a congregarse gente a su alrededor. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Media docena.

—¿Encargarnos de ella?

—Sí. Encargarnos de ella.

—Nosotros no hacemos esas cosas.

—Quizá deberíamos hacerlo.

Desde atrás se oye una voz ronca:

—No somos soldados, solo estamos recuperando nuestro hogar.

El bláster que está apuntando a Sloane empieza a temblar.

Una nueva figura se une al grupo: un hombre alto y delgado, con los brazos extendidos y un bastón en cada mano. Se ve poco más que su silueta. Hace girar los bastones.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta la figura misteriosa.

—Hemos pescado algo —responde el hombre corpulento.

Entonces alguien pregunta:

—Espera, ¿quién eres…?

El personaje misterioso se mueve como un ciclón, agachándose, esquivando insurgentes y golpeándolos con los bastones. El ruido que hacen al golpear es como un disparo de lanzaproyectiles. Se trata de vibrobastones, y son el arma habitual de alguien con quien Sloane ha trabajado últimamente: el cazarrecompensas Mercurial Swift.

La mujer aparta el bláster de la cara de Sloane para concentrarse en el nuevo atacante. Un error. Sloane se pone en pie por detrás de ella y la agarra con fuerza por el cuello. Cada vez con más fuerza, hasta que la mujer pierde el sentido y cae al suelo.

Mientras tanto, Swift sube y baja como una marioneta tirada por hilos. Los bastones golpean costillas, barbillas… Con cada impacto los bastones sueltan una descarga, como un trueno localizado, y cae un enemigo más.

Hasta que los únicos que quedan de pie son Sloane y Swift.

—Tú —dice Sloane, furiosa—. Me has seguido.

—¿Quiere perder tiempo discutiendo sobre eso ahora? —pregunta el cazarrecompensas mientras hace girar los bastones y se los guarda en el cinturón multiusos—. Creo que no hay tiempo. Tenemos que irnos, Almirante. A menos que quiera encontrarse con más amigos como estos.

Sloane no quiere.

—¿Puedes sacarme de aquí? —pregunta Sloane.

Swift sonríe y se lame los dientes.

—Será un honor para mí.

El deslizador va rozando las azoteas de los edificios del Distrito de la Verdad, tanto, que Sloane tiene miedo de que el repulsor roce algún edificio y salten por los aires en una explosión de fuego. Mercurial la reconforta explicándole que así pasan más desparecidos. Y lo que es más importante, así resulta más difícil dispararles.

Huele a ozono, a fuego. Sloane ve humo y escucha disparos bláster a sus espaldas. Coruscant es una zona de guerra. Se pregunta si el Distrito de la Verdad ha caído en manos de la resistencia local o si se trata de un acto de violencia aislado. A lo lejos, en medio de la oscuridad, aparece el Palacio Imperial, una construcción gigantesca, dentada como una montaña. De sus torres salen focos que recorren el cielo, dibujando franjas blancas en las nubes oscuras. De repente, dos cazas TIE pasan aullando por encima de ellos.

—Puede decirle a su gente que la resistencia está utilizando los viejos túneles de carga, que van en paralelo a los túneles del transporte magnético metropolitano.

Swift se la queda mirando fijamente, esperando su respuesta.

¿Cuál podría ser su respuesta? La más incisiva, la única en la que puede pensar ahora mismo, es que esta no es su gente. La idea le congela la sangre, porque lo que significa es que el Imperio prácticamente ya no existe. Lo que queda son fragmentos de un cristal roto. Todos reflejan algo parecido, pero el conjunto está destrozado.

Y lo peor es que quizá sea imposible repararlo.

—Gracias —es lo único que puede responder Sloane. Una palabra que suena vacía. El cazarrecompensas seguramente detectará la poca intención que hay detrás.

—Parece que no le importa mucho, pero acabo de salvarle la vida.

—Sí que me importa. También me preocupa que me hayas estado siguiendo.

—Me hizo llamar, ¿no? —replica, sonriendo y enseñando los dientes.

Sloane se vuelve hacia él en un arrebato de rabia.

—Si te hago llamar, quiero que vengas inmediatamente, no que me sigas a escondidas, como un tooka en busca de un sorbo de leche.

Llegan al final del Distrito de la Verdad y entran en el Distrito Federal. Las luces siguen encendidas. Sloane está segura de que nadie se atreverá a penetrar en esta zona. Si lo hacen, se enfrentarán al grueso de la Agencia de Seguridad Imperial. Claro que en algún momento incluso las montañas más altas se desmoronan. El viento las erosiona hasta convertirlas en colinas, y luego en escombros dispersos. Las montañas suelen erosionarse lentamente, pero a veces un cambio tectónico puede acelerar su destrucción inevitable. A la galaxia le está pasando lo mismo.

—¿Tiene un trabajo para mí? —pregunta Swift—. El último fue muy bien. Nuestro amigo el vicealmirante no pudo superar su adicción. Esa especia es un hábito muy malo.

—Necesito que encuentres a alguien.

—Me lo imaginaba —parece que va a decir algo más, algún comentario sarcástico o narcisista. Pero incluso él sabe cuándo es mejor no forzar demasiado a la cabeza visible del Imperio. Se aclara la garganta—. ¿A quién? ¿Dónde?

—Brendol Hux. Está en Arkanis, en la Academia.

—Arkanis. ¿No está en manos de la Nueva República?

—Todavía no, pero pronto. Está bajo asedio.

—Necesita eliminarlo antes que ellos. Entendido.

—No, no lo has entendido. No necesito «eliminarlo». A este lo necesito vivo. Sano y salvo.

Swift se echa a reír.

—¿Me está pidiendo que saque a alguien sano y salvo de un planeta en guerra? Soy un cazarrecompensas, no una niñera.

—Entonces no te gustará lo que te voy a decir. Tiene un hijo, y tienes que traerlo también.

«El Imperio necesita niños», piensa. Entonces recuerda la imagen que ha visto en los archivos: un chico a punto de convertirse en hombre, vestido con un traje que no le queda bien, junto al mismísimo Palpatine.

—Necesitaré más créditos.

—Te puedo ofrecer el doble de la tarifa habitual —le responde Sloane.

—El triple.

—O también puedo volver en tu contra todos los recursos del Imperio. Tú corres y nosotros te perseguimos. No tendrás donde esconderte, y nadie se atreverá a contratarte por miedo a la peste negra que te rodea.

—Es una amenaza bastante vana, ¿no?

—¿En serio? ¿No te da miedo que se vuelva contra ti el Imperio, conmigo a la cabeza?

Pasan unos segundos.

—El doble, entonces —concluye Swift.

—Muy bien. Llévame al Palacio Imperial. Te pondrás en contacto conmigo cuando acabes el trabajo y procederemos a pagarte.

INTERLUDIO

EL ANIQUILADOR

Eleodie está en el puente, observando su objetivo.

«Menuda sorpresa se habrán llevado», piensa cuando la corbeta corelliana CR90 que tienen delante se estremece al quedar atrapada en el rayo tractor. Los pobres no tienen ni idea de lo que se les viene encima. Creen que es el Imperio. ¿Y por qué iban a pensar otra cosa? Un superdestructor estelar sale del espacio como la punta de una espada, y los cubre con su sombra inmensa. Tradicionalmente, esto solo puede significar una cosa: que están a punto de abordarte y que pasas a ser *invitado* del Imperio. Ya no eres libre. Eleodie conoce esa sensación. Eleodie perteneció al Imperio en su día. Por decir algo.

Pero esos días ya han pasado.

«Nosotros no pertenecemos al Imperio». Formar *un imperio* no es lo mismo que formar parte *del Imperio*.

Eleodie mira a su segundo de a bordo, un omwati llamado Shi Shu que se acaricia una corona de plumas con sus dedos larguiruchos.

—¿Me recuerdas qué nave tenemos delante? —le pide Eleodie.

—La *Calda de Estrellas* —le responde—. A bordo va un embajador del senado, Tiador Emshwa.

Eleodie empieza a canturrear.

—¿Me recuerdas también por qué empezamos tan pronto a luchar contra la Nueva República? —pregunta. Eleodie tiene la cabeza llena de detalles, datos, deudas, activos y nombres de todos los que alguna vez han traicionado su palabra. Eleodie está intentando aprovechar la oportunidad. Con la lenta muerte del Imperio y el auge de la renovada República, todos los piratas y criminales como Eleodie se disputan su posición a codazos. Pero Eleodie no quiere tan solo mantener su posición. Lo quiere todo—. No me parece una buena idea. Espero que aquí el botín valga la pena.

—Vale la pena —responde Shi Shu, asintiendo con la cabeza—. Van de misión a Ithor, con la intención de seducirlos para que se unan a la Nueva República. Para encandilarlos les traen una nave llena de maravillas: artefactos ithorianos recuperados, comida, medicamentos y una recompensa en forma de tecnología. A nuestra flotilla le iría a las mil maravillas. Logramos robar esta nave, pero todavía tenemos que equiparla…

—Muy bien, muy bien. ¿Hemos capturado la nave completamente con el rayo tractor?

—Afirmativo.

—¿Y sus comunicaciones?

—Fritas como pan de ksharra.

—No quiero errores como la última vez. El clan Rang casi nos corta la cabeza porque alguien olvidó sellar la esclusa de abordaje…

—Todo está listo.

—Entonces vamos a saquear.

El destructor atrae a la corbeta hacia su interior. Eleodie se coloca junto a los demás. Están a punto para el abordaje.

Eleodie está justo detrás de un par de piratas weequay con arco-lanzas. Mientras la tripulación va cortando el perímetro alrededor de la puerta, Eleodie hace unos ejercicios vocales y practica el discurso mentalmente. Chasquea los nudillos y hacer rodar la cabeza.

Finalmente, abren la puerta. Vía libre.

Eleodie hace un gesto con la cabeza.

Los dos piratas abordan la nave, lanzando granadas cegadoras. Al explotar, llenan el pasillo de una intensísima luz blanca. Eleodie se hace a un lado para que pasen más miembros de su tripulación. Desde el pasillo le llegan gritos, alaridos, súplicas y el sonido de otra granada cegadora estallando. Eleodie canturrea una canción con que la pone en sintonía con el universo, con las manos en la espalda y los ojos cerrados.

Esperando. Meditando.

Eleodie la pirata no sabe cuánto tiempo falta.

Finalmente, Vinthar le toca el brazo con suavidad.

—Es el momento —le dice el reptiliano—. Hemos asegurado los prisioneros. La nave está estable. Se requiere tu presencia —dice, entregándole un cayado largo y recargado. Eleodie también le coge un vocoder, que se cuelga del cuello como una gargantilla.

«Pues sí. Es el momento», piensa.

Vinthar entra en la otra nave.

Desde donde está, Eleodie escucha del discurso escrito por *ello* mismo. Eleodie no es ni él ni ella, es *ello*.

—¡Saludos! —dice Vinthar con una voz profunda y reverberante, como si estuviera en un gran escenario, dirigiéndose a un público atento—. Soy Vinthar, el sarkano de Egg-Brood Xazin'nizar. Os doy la bienvenida a este abordaje imprevisto, amigos de la nave llamada *Caída de Estrellas*. Os envidio por la bendición que vais a recibir hoy, ya que estáis a punto de conocer a su gloriosa majestad. ¡Luminosa maravilla! ¡Picaresca saqueadora! ¡Corazón de los bucaneros del Espacio Salvaje! ¡Gloria granuja! ¡Con todos vosotros, Eleodie Maracavanya!

«Empieza el espectáculo».

Vinthar se arrima a la pared del pasillo en señal de deferencia, y Eleodie entra en la nave con pasos largos, la barbilla en alto y la mirada baja. «Tienes que proyectar confianza», piensa. «Algún día dominarás la galaxia».

Eleodie lanza el hombro hacia delante y hace caer una lluvia de pequeños círculos de colores intensos. Eleodie golpea el suelo dos veces seguidas con el cayado que lleva.

Bam, bam. De un extremo sale una hoja afilada, recorrida por hilos de energía azul. Una vibroguadaña.

Eleodie observa a todo el mundo con sus ojos dorados. Están muertos de miedo. Hacen bien en temerle.

Es hora de apaciguar sus miedos. Como un ungüento para suavizar una picadura.

El vocoder transforma su voz mientras habla. La voz que emerge es fuerte, viva, intensa, aterciopelada, rica en matices y reverberarte. Tanto que a Eleodie le llega la vibración hasta la punta de los dedos. Confía en que le llegue igual a los demás.

—Soy Eleodie Maracavanya, descendiente de Nar Shaddaa y capitán del superdestructor estelar *Aniquilador*. —Aquí hace una pequeña pausa y se queda mirando el techo, como si se lo estuviera replanteando—. No voy a conservar ese nombre durante mucho tiempo. El *Aniquilador*. Demasiado absoluto. Demasiado homicida. No es mi estilo —va agitando la mano mientras habla como si fuera una mariposa—. Podéis relajaros. Si nadie intenta matarme hoy, yo no mataré a nadie. Este es nuestro trato. A partir de hoy, vuestra nave forma parte de mi flota. Nuestro estado soberano necesita naves como esta y la carga que lleva. Pero no soy ni asesino ni esclavista. Sois libres de correr hasta la cápsula de escape más cercana y desaparecer.

Vinthar da un paso adelante y levanta uno de sus dedos-garra.

—¡Pero! —anuncia.

—Pero —continúa diciendo Eleodie—. Aunque no voy a obligar a nadie, os hago una oferta: venid conmigo, subid a bordo de nuestro destructor robado, vivid la vida del pirata. Disfrutad de una vida de lujos y riquezas. Sed avariciosos. Sed egoístas. La vida es demasiado corta para todas estas… —Eleodie hace una mueca— tonterías de la Nueva República. ¿En serio pensáis que vuestro precioso gobierno salvará la galaxia? Por favor. No lo creo. Soy realista. Lo que obtienes en esta vida es resultado de lo que tomas con tus propias manos. Venid conmigo. Venid a mi nación. Formad parte de mi flota. Entrad en mi espacio soberano. Disfrutad de la libertad de tomar lo que queráis, todo lo que podáis, cada vez que surja la oportunidad. ¿Alguien?

Alguien aceptará la oferta.

Siempre hay alguien que acepta la oferta.

Esta vez, ese *alguien* sorprende a Eleodie.

Ahí, contra la pared, hay una chica muy joven. Sencilla como la tierra, sencilla como el espacio. Nada excepcional, salvo por el fuego que tiene en la mirada.

La chica se pone en pie, separándose de una mujer. Eleodie sospecha que es su madre, o al menos su tutora.

—¡Kartessa! —grita la mujer—. Siéntate…

—Odio Chandrila —replica la chica. Su voz tiembla, pero hay metal ahí dentro. Eleodie puede sentir el fuego, la confianza. El egoísmo. Perfecto—. Es muy aburrido. Yo quiero aventuras, quiero tener una vida. No quiero seguir encerrada.

«Así se habla, chica. Tienes que ser quien tú quieras ser». El imperio pirata de Eleodie, que se está expandiendo por todo el Espacio Salvaje, es el imperio del *yo*.

—No, Kartessa… —le suplica la mujer.

Pero Eleodie la hace callar.

—Chst. Déjala, mujer. ¿Eres su madre?

A regañadientes, con resentimiento en los ojos, la mujer asiente con la cabeza.

—Sí.

—La chica ha tomado una decisión. Respétala.

La mujer traga saliva.

—Entonces… entonces yo también vengo.

—¡Mamá! —protesta Kartessa.

—Deja que venga —dice Eleodie, tirando del brazo de la chica—. Pero no te dará órdenes nunca más, Kartessa. La madre irá por su lado, y la hija por el suyo. ¿Alguien más? —nadie dice nada—. ¿Nadie?

Muy bien.

Eleodie sonríe y dice:

—Entonces disfrutad de vuestro intrépido viaje en las cápsulas de escape. Gracias por la nave y por las provisiones. Os ha hablado Eleodie Maracavanya. Ha sido un placer para vosotros —y haciendo una floritura con la capa, se da la vuelta y desaparece por donde ha entrado.

La chica, Kartessa, va detrás de *ello*, con una pequeña sonrisa en los labios a pesar de los llantos de su madre.

El imperio de Eleodie no deja de crecer.



CAPÍTULO NUEVE

Mientras sale el sol por encima del Mar de Plata, los miembros del equipo salen de uno en uno de las entrañas de la *Halo* para reunirse en la bodega principal. Jas sale la última. Todos van hablando. Temmin va mascullando que no quiere perderse las prácticas de Ala-X. Jom lo corrige, diciendo que se dice *entrenamiento*, no *prácticas*. Sinjir dice que olvidó llevarse esa botella de tsiraki, y pregunta si a alguien le sobra una botella de tsiraki. Porque claro, es tsiraki.

Todo esto es ruido de fondo para la cazarrecompensas.

Y por encima de todo este ruido de fondo, se oyen sus propios pensamientos. Siente un hormigueo por toda la piel, como una especie nueva de preocupación. Una a la que no está acostumbrada, una que ha nacido como una división en su interior. Una fisura que no puede cerrar, una herida que no se cura. Por dentro, Jas se siente como si fuera dos personas distintas.

Siempre se ha dicho que todo lo que hace, lo hace para sí misma. «No he venido aquí a hacer amigos» es una frase que repite a menudo. Cada vez que un comerciante de armas, un camarero o un cliente quiere hacer algo que no sea hablar sobre el trabajo, esa es la frase que deja caer. Nada de amigos. No los necesita. Lo siento, gracias, adiós.

Y nunca ha participado en ninguna causa. Su único objetivo es pagar las deudas. Deudas que en realidad no son suyas, ¿no? Son de su tía Sugi.

Maldita seas, Sugi.

Jas adoraba a su tía, la quería más de lo que se puede describir con palabras. Y vio cómo su tía iba perdiendo todos sus trabajos. Dejaba un trabajo si violaba su código de honor. O lo hacía a su manera y acababa poniendo al cliente en su contra. O se ponía de acuerdo con su equipo para aceptar trabajos de mala muerte, mal pagados o directamente sin pagar, para proteger un grupo de oprimidos, esclavos o gente patética. O, o, o…

Al final, todo confluyó en una única conclusión: Sugi debía más de lo que cobraba.

Las deudas fueron en aumento. Y ahora le pertenecen a Jas.

Siempre se decía a sí misma: «Nunca seré como la tía Sugi». Este es un trabajo despiadado, y hay que tener un código moral extremo. Trabajas si te pagan. Eliminas a tu objetivo haciendo lo que sea necesario. Jas no tenía que ser sociable. Tenía que ser rápida, tenía que ser muy buena. Así es como se forja una reputación. Así es como se consiguen trabajos.

Incluso ahora se dice a sí misma que si está aquí es porque la Nueva República está en el bando ganador. Todavía no controlan toda la galaxia, pero las estrellas se están inclinando en esa dirección. Uno a uno, los sistemas se están liberando del yugo opresor del Imperio y están optando por la independencia. Y el caos de esa independencia los conduce inevitablemente a la Nueva República. Una única bandera. Un gobierno. Un nuevo orden galáctico.

Da igual.

¿Y si todo esto se desmorona? Podría pasar. Entonces Jas se dice a sí misma: «Me cambiaré de bando». Puede saltar de una rama a otra como un mono-lagarto. Volver de la República al Imperio, o a un sistema separatista. Quizá se ponga al servicio de algún señor del crimen acaudalado (siempre que no sean los hutts, ya que Sugi nunca tuvo suerte con esas babosas húmedas y traicioneras). Habrá un sinfín de banqueros eximperiales actuando por su cuenta. Necesitarán sicarios. Necesitarán a alguien para asegurar el pago de los préstamos: romper algunas piernas, retorcer algunos tentáculos, golpear algún ojo o el órgano sensorial oportuno.

Siempre se ha dicho a sí misma: «El pragmatismo antes que los ideales. Yo antes que los demás. El cerebro antes que el corazón». El trabajo por encima de todo. Está claro, ¿no? Pero sin embargo… sin embargo…

Aquí está, con un equipo, *puaj*. Sinjir la mira y le guiña el ojo, justo cuando ella está repitiendo para sus adentros: «no he venido aquí a hacer amigos». Al otro lado de la mesa está Jom, con esa mirada, con esa expresión hambrienta, como si quisiera saltar por encima de la mesa y devorarla. Por todas las estrellas, que alguien la ayude porque ahora mismo siente un calor creciente en su interior. Por todos los dioses del más allá, ¿qué le ha pasado? ¿Ella es esto? ¿Se ha vuelto blanda como Sugi? Quizá el fantasma de su tía está escondido en su interior. Quizá la poseyó el día en que se volvió blanda. O quizá Sugi sabía algo realmente especial, algo que Jas está empezando a comprender.

No le gusta.

«¡Sácatelo de encima!», piensa.

Norra está ahí de pie. ¡Norra! Por la que Jas siente una calidez preocupante. Piensa que quizá su cerebro está invadido por algún tipo de parásito, como la larva palo neimoidiana que te hace tener ganas de sangre…

Norra extiende sobre la mesa una baraja especial de cartas de pazaak, y Jas agradece la distracción repentina. No son cartas normales, son la gente más buscada de la Nueva República. En cada carta hay una cara y un nombre. Son los imperiales que la Nueva República quiere capturar. Algunos de ellos son peces gordos que actualmente están en activo en el Imperio conocido. Otros han desertado, como Gedde.

Hablando de Gedde, Norra toma esa carta y se la da a su hijo.

—Tem, si no te importa…

Él asiente y la lleva al panel que hay en la pared, junto al ciclador de oxígeno. Temmin pellizca un poco de masa pegajosa de una lata, lo pega al reverso de la carta y la cuelga en el panel. Ya hay casi una docena de cartas colgadas. Entre ellos los objetivos de Akiva (Pandion, Tashu, Shale, Crassus), además de los que han capturado desde entonces: el Comandante Stradd, el Prefecto Kosh, el Moff Keong, el Moff Nyall, el Vicegeneral Adambo y Venn Eowelt, exministro de la ASI.

Norra anuncia lo que Jas ya sabe:

—Gedde fue envenenado. Probablemente fue con veneno escondido en su especia.

Jas pregunta si fue el hongo, y Norra se lo confirma.

«Como si hubiera alguna duda», piensa Jas.

—Sé quién lo hizo —añade Jas. Todas las miradas se vuelven hacia ella, expectantes—. Un cazarrecompensas como yo: Mercurial Swifit. Le encantan los venenos, y la micotoxina es una de sus especialidades.

Jom gruñe, pero se la queda mirando durante un momento y sonríe. Ella intenta no devolverle la sonrisa. Pero no lo consigue. Maldita sea.

—¿Eso qué significa…? —pregunta Jom— ¿… que el Imperio ahora envía asesinos a acabar con los suyos?

—No sabemos si fue el Imperio quien ordenó su asesinato —responde Norra.

—Pero tiene sentido, ¿no? —interviene Temmin—. Quiero decir, a ver… Gedde desertó del Imperio. Si nosotros lo hubiéramos capturado, quizá se hubiera chivado de otros.

—Perfecto —añade Jom—. Entonces es fácil: descartamos todos los que hayan desertado y nos centramos en los demás. Dejamos que el Imperio tire su propia basura. Nos ahorramos un esfuerzo.

—Pero entonces perdemos los créditos —replica Jas con el ceño fruncido.

—No hacemos esto por los créditos.

—Tú no haces esto por los créditos. Para mí es la única razón.

—¿Acaso no te importa la galaxia? ¿No te importa hacer justicia y echar al Imperio a patadas?

Jas se encoge de hombros, aunque en su interior se está librando una gran batalla entre sus dos mitades.

—No, no me importa. Lo que me importa soy yo misma en esta aventura. Además, si solo te importa la gente de la galaxia, ¿por qué nuestro último trabajo se centró en sacar a Gedde? ¿Por qué no a Canker? Gedde solo estaba sentado en su butaca, colgado de especia, no le hacía daño a nadie. Pero Canker tiene una red de trabajo de esclavos. A él no nos lo llevamos. No liberamos a ningún esclavo. ¿Cuál fue nuestra aportación?

—¡Teníamos órdenes! —protesta Barell.

—Hablas como un imperial —le replica Jas. Le está provocando, es consciente de ello. Pero más allá del sarcasmo se esconde una pregunta de verdad: ¿cuál fue su aportación? O todavía mejor: ¿por qué de repente a ella le importa todo esto?

Jom se pone en pie, con las fosas nasales ensanchadas. Jas está contenta de haberlo hecho enfadar. Por algún motivo incomprensible, le divierte. Siente la tentación de llevárselo al dormitorio para, ejem, seguir el combate. Pero, de repente, Norra alza la voz:

—Nada de esto es relevante ahora mismo. Podemos hablar más tarde sobre los cómos y los porqués de lo que hacemos. Ahora mismo nos han pedido… discretamente, muy discretamente… que busquemos a alguien que ha desaparecido.

—¿Quién es? —pregunta Jas.

Temmin silba.

—Apuesto a que es Skywalker o Solo.

Al decir esto atrae varias miradas. Incluso Norra, que se queda boquiabierta. Jas lo entiende rápidamente.

—Tiene sentido —comenta la cazarrecompensas—. Dos héroes de la batalla de Endor. Hace meses que no veo a Han Solo por aquí. Y a Skywalker todavía más.

La cara que se le queda a Norra confirma la suposición. Es uno de esos dos. Norra se pellizca la nariz y asiente con la cabeza.

—Sí. Han Solo ha desaparecido.

—El General Solo —corrige Barell.

Y Norra le corrige a él.

—Ha renunciado a su cargo.

—Entonces es un simple contrabandista. No es de nuestra incumbencia.

—Yo digo que sí que es de nuestra incumbencia —replica Norra—. Además, esto viene de arriba. De las altas esferas de la Nueva República…

—Leia —añade Jas.

—Para ti es la Princesa Leia —corrige Norra—. ¿Y cómo lo has sabido? ¿Tienes pinchada mi habitación?

—No. Lo sé porque soy una profesional. Y porque los rumores dicen que esos dos tienen algo desde Endor, quizá incluso antes. Tiene sentido que si él desaparece, sea ella la que quiera recuperarlo. Es comprensible que recurra a nosotros. Apuesto a que usa a Wedge como intermediario.

—He oído que se casaron —dice Temmin.

—¿Wedge y la Princesa Leia? —pregunta Jom, incrédulo.

—Han Solo y la Princesa Leia.

—Ah.

Sinjir da una palmada con las manos.

—Un detalle de regalo: está embarazada —al decirlo, desata un coro de réplicas y contraargumentos. Sinjir se cruza de brazos y se burla de ellos—. ¿Qué? No me miréis como si fuera un droide de protocolo averiado balbuceando. Cada uno tiene su trabajo. El mío es interpretar a la gente como si fuera la carta visual de un distribuidor de comida. ¿No habéis visto la ropa que lleva? ¿Cómo se comporta? ¿El rubor rosado de sus mejillas? ¿Cómo se lleva las manos a la barriga inconscientemente? Está *em-ba-ra-za-da* —esta última palabra la pronuncia como si estuviera cantando.

—EMBARAZAAAAADA —repite el Señor Huesos, también cantando a su manera. Solo que su canción es como una balada decadente y desafinada. Todos hacen una mueca.

—¡Basta! —le dice Sinjir al droide.

—ENTENDIDO. A LA ORDEN.

«Todo esto es melodramático, insignificante», piensa Jas antes de decir:

—¿Tenemos algo sobre el paradero de Han Solo? ¿Alguna pista?

—Tenemos una pista —responde Norra—. Leia me ha enviado los últimos movimientos del *Halcón Milenario*. Han Solo estaba intentando liberar Kashyyyk, pero algo salió mal y desapareció su copiloto wookiee, Chewbacca. Tenemos un patrón gráfico de su búsqueda —Norra abre un holomapa. Se despliega una serie de orbes brillantes que representan sistemas, unidos por líneas relucientes que representan la ruta por el hiperespacio. Norra se centra en una región cerca del Espacio Salvaje—. Podría estar en una docena de sistemas distintos.

—Es un principio —dice Jom.

Sinjir señala las cartas de la mesa, una a una.

—Quizá nuestros amigos imperiales tengan algo de información. Voy a interrogar a nuestros prisioneros.

—Puedo consultar con alguno de mis contactos del bajo mundo —añade Jas—. Si Han Solo está realmente desesperado, quizá haya dado algún paso en falso y haya atraído la atención.

—Muy bien —concluye Norra—. Voy a desempolvar la *Polilla y* me voy a ir al punto donde el Imperio capturó a Chewbacca. Si podemos encontrar una pista de dónde acabó el copiloto de Solo, podremos afinar un poco la búsqueda. Jom asiente con la cabeza.

—En marcha, pues.

Todos saben lo que tienen que hacer. Jas es la primera en irse. Adelanta a Jom para asegurarse de que toda la tripulación sepa que ella no es un becerro enamorado, una princesita ilusa, una adolescente cegada de amor. Una vez más la asaltan pensamientos contradictorios: «¿Qué más te da lo que piensen? ¿No estás protestando demasiado? Reconócelo, ahora mismo te subirías a él como a una escalera de mano».

La idea la pone de mal humor.

Y fuera la está esperando Sinjir, dispuesto a irritarla todavía más.

Tiene una sonrisa inagotable, con la expresión traviesa del niño que le ha escondido a su madre la bolsa de los créditos.

—¿Qué? —pregunta Jas, a la defensiva.

—Tú —responde él.

—¿Yo qué?

—No has preguntado.

—No he preguntado… ¿el qué? Habla claro, Sin, o te saco de esta plataforma a patadas. No estoy de humor para tus acertijos.

—Cuánto se cobraba.

—He dicho que hables claro…

La mira de reojo, visiblemente impaciente por su poca perspicacia.

—No has preguntado cuánto se cobraba por ir a buscar a Han Solo, Jas. No has pedido una recompensa. Un premio. Nada.

—Yo… —se queda sin aliento. Siente en su interior un pinchazo de pánico, como el inicio de una tormenta de hielo pinchazo. Tiene razón. No ha preguntado nada. Peor todavía, ni siquiera ha pensado en ello—. Ya sabía que habría una recompensa —le miente a Sinjir y, en realidad, a sí misma—. Leia tiene muchos recursos. Está claro que rescatar a Han Solo estará muy bien pagado. Además, incluso aunque no se pagara nada… que una princesa de Alderaan te deba un favor es una gran recompensa —y se dice a sí misma que todo esto es cierto, que lo habrá dado por hecho. Por supuesto que vale la pena la recompensa.

—Mírate. Qué rápido improvisas.

—Déjame en paz, Rath Velus.

Sinjir sofoca la risa. Jas se va a toda prisa.

«No he venido aquí a hacer amigos». Lo repite mentalmente una y otra vez, hasta que las palabras quedan reducidas a un balbuceo.



CAPÍTULO DIEZ

Mas Amedda está muy preocupado. Lleva días sin dormir, apenas come nada. Está atrapado en el armazón de un gobierno que él ha contribuido a crear, un gobierno que ya no le quiere, que ya no lo necesita. Ultimamente Amedda creía tenerlo todo planeado. Se iba a entregar a la Nueva República para que hicieran con él lo que quisieran. Creía que era un plan infalible. Era un plan que le daba tranquilidad. Le daba la sensación de tener cierto control. Al menos sentía que la decisión de abandonar era suya. Porque todo el resto se le escapa, exceptuando detalles administrativos menores.

Estar al cargo de un Imperio moribundo es algo muy solitario.

Él no es más que un testaferro, o peor aún. Ni siquiera lo llaman para las apariciones oficiales. Su despacho y sus aposentos son su cárcel. Aquí pasa casi todo el tiempo, comiendo y viendo HoloRed. Pensando en su futuro, o más bien en su falta de futuro.

No se suponía que las cosas iban a ir así.

Se suponía que Palpatine iba a quedarse mucho tiempo. El Emperador era un elemento tan importante de la galaxia como el propio Núcleo. Tan fundamental como el Palacio Imperial. Atemporal, inmortal.

Pero en realidad, no lo era. El Emperador está muerto y Mas Amedda está vivo. Ahora mismo, desearía estar muerto él también.

Y ese es su plan para cuando vuelva a su despacho, ubicado en la torre más alta del palacio. En el despacho hay un balcón desde el que se puede contemplar toda la sede del trono imperial. Evidentemente hay un escudo deflector, como en todo el palacio, pero ese

escudo solo bloquea los disparos de energía. No va a bloquear un objeto físico como su cuerpo.

Irá a su oficina, saldrá al balcón y saltará.

A nadie le va a importar. ¿Por qué le iba a importar a alguien? La ilusión de un Imperio Galáctico unido y coherente no aguantará durante mucho tiempo. Ya han empezado a producirse cismas. El Imperio se está fragmentando como un postre crujiente en sus manos.

«Usted se dedica a la administración», le dijo Mon Mothma. «Pues administre».

Lo único que va a administrar hoy es su propia desaparición.

Entra en el despacho, distraído. Tarda unos segundos en advertir el brillo azulado que proviene de un rincón, un destello azul junto al enorme ventanal que permite ver todo el Distrito Federal. Es una imagen holográfica estática que captura un único momento. Amedda se acerca cautelosamente a la mesa.

Ahí, en el centro, hay un lector de imágenes con un cristal preparado.

Amedda se ve a sí mismo. Ahí está él, en la imagen, como un fantasma de sí mismo, junto a Palpatine y cuatro más. Reconoce a Screed y a Rancit, y también a Yularen.

Por último, hay un chico. Tarda un momento en reconocerle…

—¿Se acuerda? —pregunta una voz desde el rincón más lejano de la habitación.

Amedda se vuelve hacia la voz. Está muy asustado, aunque intenta que no se le note, como para demostrar su comportamiento intachable. A medida que sus ojos se adaptan a la oscuridad, ve a alguien sentado en el diván del fondo, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos sobre el regazo. Una mujer.

—Gran Almirante Sloane —dice Amedda.

Sloane se pone en pie.

Justo delante de él tiene a la líder de uno de los fragmentos del Imperio. Un fragmento considerablemente grande, quizá el más importante. Sloane controla lo que queda de la flota imperial. La flota es un elemento clave, y a Amedda le parece evidente que quien controla la flota controla el Imperio. Más o menos. No controla el grueso de las fuerzas de tierra, pero se rumorea que ya ha empezado a salvar esa brecha. Pronto compensará su déficit en cuestión de presencia militar.

También se dice que está haciendo una purga: los que no son fieles a la flota acaban en el lado equivocado de un bláster.

No tarda mucho en deducir por qué está aquí. Ha venido a matarle.

Entonces se produce un giro irónico cuando Amedda de repente piensa: «Puedo matarla yo primero». Tiene un bláster escondido en una funda debajo del escritorio. Si puede rodear la mesa, puede alcanzarlo y acabar con ella antes de que ella acabe con él. Sería un resultado inesperado, sobre todo para ella.

Amedda se dirige hacia el escritorio mientras ella se el acerca.

—Esa imagen —dice Sloane—. Sale usted.

—Por supuesto —asiente él. Ya está junto al escritorio. Sus uñas repiquetean sobre la superficie de metal mientras recorre el borde de la mesa. Ahora mismo, la imagen

holográfica se interpone entre los dos, difuminando a Sloane. No la verá bien hasta que se siente en su silla—. Permítame que me siente. Entonces podremos hablar.

—Sí, vamos a hablar.

Amedda se lleva la mano a la rodilla y la acerca al bláster.

—¿Por qué me ha traído esta imagen? —pregunta Amedda.

—Quiero saberlo todo sobre esta imagen.

—No entiendo por qué le podría interesar. Es una imagen de archivo. No tiene importancia.

Con la punta de los dedos roza la cartuchera, pero se da cuenta de que está demasiado lejos. Tendrá que ir con mucho cuidado. Sloane no es estúpida, va a ver lo que está haciendo. «Tienes que moverte rápido», piensa. Y lo hace.

Alarga la mano… y no encuentra el bláster.

—Tengo su arma —le comunica Sloane. Entonces se saca el bláster del cinturón y se lo enseña, haciendo pendular el arma entre los dedos como si fuera un fruto colgado en lo alto de un árbol—. No he venido hasta aquí para tener una conversación con blásteres. He venido a tener una conversación entre iguales.

Esta última frase la ha dicho como si no creyera en ella, aunque Amedda agradece igualmente la intención.

Amedda suspira resignado y se deja caer en la silla, encorvado.

—Muy bien. No sé en qué puedo ayudarla.

—El chico de la imagen. ¿Quién es?

—No lo sé —responde, aunque ella está bastante segura de que miente.

—Sabe algo al respecto.

—Yo no sé nada, ¿no se ha dado cuenta?

Sloane se inclina sobre él, apoyada en la mesa.

—He tenido una noche muy dura, así que ahórreme su autocompasión —las palabras de Sloane logran impresionar a Amedda, que entiende que es una mujer dura. Y ni siquiera va de uniforme. Parece que lleva un traje de piloto común. ¿Qué misterio es este?—. Dígame algo.

Amedda reflexiona. ¿Por qué iba a ayudarla? Pues porque su destino está en manos de Sloane. Entonces recuerda las palabras de Mon Mothma: «Pues administre». Si quiere restablecer la gloria del Imperio, quizá esta es la solución: aliarse con Sloane. O al menos hacerle un favor, de modo que ella le deba un favor a él.

Mientras piensa, Amedda murmura vacilante.

—Recuerdo algo. Siempre enviaba la nave con substitutos. Droides, consejeros… una vez, incluso sus inquisidores. En una ocasión, la nave volvió con un polizón. Creo que era el niño, el de la imagen.

—¿Y quién es ese niño?

—Ya sabe quién es.

—Gallius Rax.

Un extraño temblor estremece sus varios estómagos. Es como un hormigueo ácido, que lo intriga a la vez que lo emociona. Desde la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte le han llegado rumores desde todos los rincones del Imperio. Casi todos los rumores se pueden descartar… Vader no puede haber sobrevivido, a pesar de la insistencia de muchos. Y Palpatine no podría estar dando órdenes después de muerto a través de mensajes codificados suministrados por droides. ¡Qué historia más absurda! Pero uno de los rumores es que Rax sobrevivió y estaba a los mandos del *Devastador*, el último superdestructor estelar del Imperio. Entonces se hizo pública la verdad: que Rax estaba muerto y Sloane tenía el poder.

—No ha muerto —susurra Amedda.

Sloane no dice nada.

—¿De dónde salió Rax?

Pero Amedda no responde. En lugar de ello, dice:

—Si no ha muerto, entonces… ¿tiene usted verdaderamente el control, Almirante Sloane?

Sloane lo apunta con su bláster.

—Tengo el control de esta conversación, de eso puede estar seguro.

—Sí, sí, por supuesto —responde, tragando saliva. Se le presenta una oportunidad. Durante mucho tiempo se ha sentido como si resbalara por la ladera de una montaña. Un descenso aparentemente infinito por una cuesta con rocas. Pero ahí tiene un punto al que agarrarse. No lo comprende, no sabe adonde le va a llevar. No es exactamente esperanza, pero se le parece—. No sé de dónde salió Rax. Pero ahora sé cómo encontrarle.

—Dígamelo.

—Esos droides de los que le hablé… quizá ellos sepan más de la niñez de Rax. En sus bancos de memoria quizá todavía queden datos. Y si en los droides no encuentra nada, puede probar en los bancos de datos de la propia nave: el *Imperialis*.

—Un cortacódigos podría acceder a los datos de esos droides —añade Sloane—. Si supiera dónde están.

—Yo sé dónde están.

Un silencio frío se cierne sobre ellos. Finalmente, Sloane rompe el silencio:

—Dígame dónde están.

—¿Y qué obtengo a cambio?

—No morirá.

—No me sirve —responde—. Mi motivación para vivir no es muy alta últimamente, Almirante Sloane. Soy un muñeco roto colgado en la pared de un palacio vacío. Si quiere mi ayuda, entonces quiero un lugar en su Imperio. Si es que es su Imperio. ¿Y bien? ¿Lo es?

Sloane entrecierra los ojos. Sospecha de él, y hace bien.

—Lo es. O lo será. Le puedo dar un lugar. Al fin y al cabo, sabe cómo se dirige un Imperio.

«Sí», piensa. «Sé cómo se dirige un Imperio. Aunque no sé cómo se lidera».

—Rax sigue vivo, ¿verdad? —concluye Amedda—. No tiene que responder. Puedo ver el miedo en sus ojos. Usted es prisionera de su propio cargo, como yo. Quizá podamos planear juntos nuestra fuga. Quizá podemos apoderarnos de la cárcel —distraídamente, Amedda se monda un diente con la uña—. Los droides están almacenados junto con los restos del propio *Imperialis*.

—¿Dónde?

—¿Dónde iba a ser? En Quantxi, la luna-desguace de Ord Mantell.

SEGUNDA PARTE

INTERLUDIO

LA FLOTILLA DE ALDERAAN

Los asteroides van a la deriva por el espacio. A veces giran sobre sí mismos, a veces describen espirales. Cuando uno de ellos golpea el escudo del perímetro, una parte queda pulverizada y el resto sale rebotado y se une a los demás asteroides.

Cada vez que esto pasa, a Teven Gale le duele en el corazón, porque ese asteroide es un trozo de su mundo. Mejor dicho, era un trozo de su mundo. Ahí fuera se encuentra el horizonte negro infinito donde antes estaba Alderaan, que quedó reducido a polvo cósmico.

Al menos la flotilla está a salvo. Actualmente está formada por siete naves, que incluyen la fragata alderaaniana *Aguja Solar*. Otro regalo de la República naciente. O, mejor dicho, otro regalo de su princesa.

Las naves están cerca entre ellas, reunidas en círculo y protegidas por el escudo deflector para mantener a raya los asteroides y, con un poco de suerte, a los saqueadores. «La anarquía se está apoderando de la galaxia», piensa Gale. Mejor eso que morir asfixiado por el guantelete de acero negro de Darth Vader.

Ahí fuera, en la oscuridad del espacio, los droides de demolición taladran y excavan en los asteroides, uno a uno. De lejos parecen luciérnagas, revoloteando con la brillante luz anaranjada de sus láseres de corte. Esos droides buscan cualquier cosa que se pueda recuperar del planeta que perdieron los alderaanianos: artefactos, restos, fragmentos de piedras preciosas, minerales o metales. Incluso un ladrillo estaría bien. Acceder a estos restos no era una opción durante el reinado imperial; el Imperio tenía bloqueado el acceso al cementerio alderaaniano.

Detrás de él, la discusión sigue a pesar de sus intentos por apaciguarla.

Eglyn Valmor está caminando de un lado a otro, como es su costumbre.

—Este es nuestro hogar. Este trozo de cielo es nuestro. Nuestro planeta estaba aquí, y toda la población de la diáspora ha regresado aquí. Estamos en casa, y ahora no la voy a abandonar —Valmor se recoge una trenza suelta de su melena rubia blanquecina.

«Es joven», piensa Gale, no como él. «Pero tiene mucha vida en el corazón». Le gusta. Ni ella ni los demás pertenecen a la realeza (actualmente solo queda una de esas), pero son lo que queda de su planeta. Alguien tiene que gobernar Alderaan, y solo quedan los plebeyos. Valmor no es la reina, es la administradora regente.

—Bah —exclama Icar Orliss, un antiguo profesor de universidad. Está sentado en su silla, acariciándose ociosamente la barba blanca que le sale de los carrillos como una montaña de merengue—. Perdone pero aquí no hay ningún planeta, Administradora Regente. Solo hay restos miserables de rocas esparcidos por el espacio. El Imperio redujo

nuestro planeta a polvo cósmico. Y aunque yo ya soy viejo, no quiero ser el típico anciano que se agarra a los restos de lo que fue en su día. Es hora de exigir la reubicación. He preparado una lista de planetas que podríamos colonizar…

—No funciona así —interviene Argus Tanzer. Argus es un burócrata joven y apuesto. No tiene aspecto de persona con estudios; más bien parece que alguien lo ha tallado de un bloque de cuarcina. Argus levanta un dedo, haciendo gestos mientras habla—. La Nueva República no nos dejará simplemente elegir un planeta en el que instalarnos. Hay todo un proceso —entonces baja la voz—. Aunque prácticamente nadie sabe cómo funciona el proceso.

—Razón de más para aprovechar la oportunidad ahora —gruñe Orliss—. Podemos decir que la República no tenía ni las cuerdas tensadas ni los nudos apretados. Nos valemos de su ignorancia.

—Además —añade Janis Pol, una diplomática veterana. Es una mujer menuda, pálida y afilada como un diente roto. Cruza los dedos de las dos manos y los observa a todos mientras habla—. Todavía no somos miembros de la República.

—Sí lo somos —le rebate Riyana Torr.

Es joven. «Demasiado joven para estar aquí», piensa Gale. Cuando el Imperio destruyó su planeta, lo único que quedó fue la gente que estaba viviendo en otros lugares. Riyana estaba con sus padres, unos misionarios errantes que recorrían la galaxia ayudando a gente necesitada que no se podía valer por sí misma. Ahora Riyana ha vuelto, y de algún modo está llevando a cabo una misión parecida. «No podemos ayudarnos ni a nosotros mismos», piensa Teven. «No somos más que asteroides chocando entre nosotros».

Riyana sigue hablando, visiblemente nerviosa:

—¡Formamos parte de la Nueva República! Leia es uno de sus miembros más vitales.

—Y sin embargo, no tenemos senador —alega Orliss—. No tenemos representación, no tenemos voto. ¿Qué es lo que nos ha dado Leia? ¿Es nuestra princesa de verdad? Ninguno de nosotros pertenece a la realeza. ¿Por qué pensamos que debería escucharnos?

Es hora de decir lo que piensa. Gale se vuelve y habla con rotundidad:

—¡Leia ya nos ha escuchado! Nos ha dado esta flotilla. Cuatro de estas naves son suyas, las provisiones que usamos son suyas. Estamos aquí reunidos gracias a los esfuerzos de Leia, de Evaan Verlaine y del resto de alderaanianos que están trabajando en Chandrila. No permitiré que se mancille su nombre en esta sala.

Su intervención genera varios murmullos, tanto de conformidad como de discrepancia. Gale confía en que los disidentes cambien de opinión pronto.

Justo en ese momento se ilumina el centro de la mesa de korabita. Una mesa compuesta por roca alderaaniana y esquisto y hecha a partir de un fragmento de asteroide. Por encima de la mesa aparece el holograma de Rickert Beagle, uno de los oficiales de comunicación de la *Aguja Solar*.

—Se acercan naves —anuncia el oficial, visiblemente preocupado.

—¿Quiénes son? —pregunta la administradora regente, inclinándose sobre la mesa.

—No… no lo sabemos. Pero son naves de grandes dimensiones.

«Tienen que serlo», piensa Teven. Con una carga tan grande, no basta con un par de remolcadores de poca monta.

La preocupación se extiende por la sala. Susurros sobre piratas o bandidos, miedo a que resurja el Imperio. O todavía peor, miedo a los restos brutales del Imperio. Todavía circulan rumores sobre varios reductos preocupantes del ejército imperial, que se han vuelto locos por toda la galaxia.

—Un momento —dice Rickert de repente—. Hemos identificado las naves. El código de autorización confirma que son de la Nueva República.

Al otro lado del campo de asteroides empiezan a emerger naves del hiperespacio. Son cargueros de un tamaño considerable, pero incluso así la carga que llevan no cabe en su interior. Es tan grande que la llevan dentro de su propio escudo, amarrada mediante magnarayos. La carga está compuesta por piezas de medidas épicas: piezas curvilíneas descomunales que parecen la cáscara de un fruto diseñado para la mano gigantesca de un viejo dios. Teven y los demás se concentran junto a la ventana, admirando el espectáculo.

—¿Qué… qué estamos viendo exactamente? —pregunta Valmor.

—Es un regalo de nuestra princesa. Tuve que tirar de unos cuantos hilos para conseguirlo, pero resulta que nadie lo estaba utilizando. Iba a acabar en algún chatarrero. Yo puse en marcha la pelota, pero fue Leia quien lo consiguió de verdad. Con la ayuda de Evaan.

—Todavía no sé lo que es —refunfuña Orliss—, ni para qué lo queremos.

Pero Tanzer lo entiende. Sonríe, satisfecho.

—Son piezas de esa maldita Estrella de la Muerte, ¿no?

—En efecto —responde Teven, riendo y asintiendo con la cabeza—. Ellos destruyeron nuestro planeta, ahora nosotros utilizaremos sus restos. Como una especie de indemnización. Este es el primer lote de restos. Si damos la orden, llegarán más.

—Podríamos construir nuestra propia estación espacial —dice la administradora regente, radiante. Tiene las palmas de las manos apoyadas en el cristal. Lo observa con el asombro de una niña pequeña, aunque ya hace tiempo que dejó de serlo.

—Eso espero —dice Teven—. ¿Qué os parece a los demás?

Orliss da su conformidad, aunque gruñendo y a regañadientes, y luego se va. Pol, el otro inconformista, se encoge de hombros.

—Podemos intentarlo. Pero quedará pendiente el reasentamiento. Y tenemos que conseguir una voz en el Senado si tenemos que ayudar a la Nueva República en sus esfuerzos por asegurar la galaxia.

La conversación se desvanece cuando Teven mira a la administradora regente: una joven inexperta y políticamente ingenua con los ojos grandes como lunas y un corazón más brillante que diez soles juntos. El asombro en su mirada es tan palpable que Teven podría bañarse en él, empaparse de él.

—Este es nuestro futuro —dice Eglyn Valmor. Pero no se lo dice a él, ni a nadie en concreto. Se lo dice al espacio que hay más allá del cristal.

«Sí», piensa Gale. «Eso espero».



CAPÍTULO ONCE

La *Polilla* sale del hiperespacio y aparece en medio de la nada. Durante un momento, Norra se siente abrumada por el vacío del espacio, como si fuera a tragársela entera. Antes, la magnitud del espacio le resultaba reconfortante: tanto potencial, tanta libertad. Actualmente le provoca terror y tiene que luchar por calmarse.

Intenta el truco de Leia: cerrar los ojos, respirar profundamente, exhalar lentamente. Norra intenta rescatar del olvido esa antigua sensación de libertad, pero incluso eso le resulta difícil. Se limita a quedarse sentada, tranquilamente. Respirar, exhalar. Ser una con las estrellas.

Y entonces… funciona. Se siente menos… perdida, menos abrumada. Más centrada.

«Gracias, Leia», piensa. Entonces apaga los motores y la nave se queda flotando.

En su día, la *Polilla* era propiedad del contrabandista Owerto Naiucho, que perdió la vida durante la revuelta de Akiva, después de llevar a Norra hasta allí.

Ese día, el carguero MK-4 se quedó sin dueño. Norra se planteó venderlo…

Pero, sinceramente… ¿cuánto tiempo puede seguir viviendo esta vida? En su día fue piloto de la Alianza Rebelde y ahora lidera un equipo de cazadores de imperiales para la Nueva República. Norra piensa que este trabajo tiene fecha de caducidad. No obstante, sigue aceptando una misión tras otra.

En cualquier caso, le pareció una buena idea tener una nave propia por primera vez. Algo que le pertenezca al apellido Wexley. Si un día muere, o mejor dicho *cuando muera* (la inmortalidad no parece una opción), al menos Temmin tendrá algo suyo. Se está

convirtiendo en un buen piloto. Se lo merece, especialmente teniendo en cuenta que su padre desapareció. Temmin debería tener algo que fuera suyo. No obstante, ahora mismo Temmin no está aquí.

Pero esto no significa que Norra esté sola.

—¿Ves algo? —pregunta Wedge, asomando la cabeza en la carlinga.

Norra señala al otro lado del cristal. Ahí fuera, sobre un telón de fondo de estrellas relucientes, flotan numerosos fragmentos de metal. Restos de naves.

—Voy a darnos un poco de impulso —anuncia Norra, y lo hace.

La *Polilla* se mueve suavemente hacia delante. Wedge se inclina por encima de ella y chocan sin querer. Los dos ríen, un poco incómodos. Wedge se aclara la garganta y prepara el escáner. Tras pulsar unas cuantas teclas, aparece un haz de luz verde en el vacío, resplandeciente como un puñado de piedras preciosas lanzadas sobre un manto de terciopelo negro. Primero un escaneo vertical, luego uno horizontal. El haz de luz va parpadeando a medida que busca y cataloga.

Se encuentran en las coordenadas exactas en las que se encontraba el *Halcón Milenario* cuando Han Solo y Chewie fueron atrapados por el Imperio.

—El *Halcón Milenario* no fue destruido aquí, ¿no? —pregunta Norra—. Hay muchos escombros.

—Lo dudo —responde Wedge—. Leia no dijo nada al respecto. Además, el *Halcón Milenario* se ha visto en apuros más veces que estrellas hay en la galaxia.

Norra puede dar fe de ello. Recuerda el fulgor azulado de los motores del carguero mientras recorría los estrechos conductos del interior de la segunda Estrella de la Muerte. A la nave se le partió la antena rectificadora, que salió volando cuando pasaba a su lado el caza Ala-Y de Norra.

—Ahí fuera ha pasado algo. Mira esto —dice Wedge, señalando el flujo de datos de las pantallas de navegación—. Restos de al menos… cuatro naves distintas. Ninguna de ellas es el *Halcón Milenario*. Vamos a ver qué tenemos… tres cargueros, un caza. Espera. También hay restos de naves imperiales. Fragmentos de ala de un caza TIE. Qué desastre. No sé si vamos a encontrar pistas sobre el paradero de Chewie, Norra.

—Vamos a examinar los restos, a ver si descubrimos algo.

—Pondré en marcha el rayo tractor —dice Wedge, ocupando el asiento del copiloto. Mientras hace girar los controles del rayo tractor, mira a Norra—. Gracias por dejarme venir. Sienta bien estar de nuevo en el espacio. Estar en tierra firme no está mal, pero esto… aquí estoy como en casa.

—No tardarás mucho en volver a la acción.

—Eso espero —responde, vacilante. Parece que quiere decir algo.

—¿Qué pasa?

—Después de todo esto, cuando… hayamos encontrado a Han, y estoy seguro que lo encontraremos, quieres… —se cubre la boca con la mano y tose, se lame los labios—. ¿Quieres salir a tomar algo algún día? Conozco una cantina junto a un acantilado…

Algo se mueve al otro lado del cristal. Los dos lo ven.

—¿Has visto eso? —pregunta Norra.

Algo salta de un trozo de metal a otro. Se mueve como un calamar en el agua, impulsándose con los tentáculos y cerrando las patas como los pétalos de una flor. La forma oscura se ha escondido detrás de un trozo de metal, donde el sensor no puede detectarle. Pero el brillo rojo delata su ubicación.

—Vamos a ver qué tenemos aquí —dice Wedge, disparando el rayo tractor.

—No soy tu niñera —dice Sinjir.

—Perfecto, porque no soy ningún bebé.

Temmin y Sinjir recorren el pasillo hacia una puerta vigilada por dos soldados de la Nueva República con vibrovaras, que tienen cruzadas por delante la puerta.

—Yo no he dicho nunca que fueras un bebé.

—Genial, porque no lo soy.

Antes de llegar a la puerta, Sinjir se detiene y le planta la mano a Temmin en el pecho.

—Escúchame. Todo este rollo de adolescente enfadado haciendo pucheros… empieza a cansar.

—Lo sé. ¿Eso significa que vas a dejar de hacerlo? —pregunta Temmin, cruzándose de brazos y arqueando las cejas.

Sinjir no puede contener la sonrisa.

—Ah… ja, ja. Te crees muy listo, ¿no? —pregunta, suspirando. «Al menos el chico le ha dicho a ese droide chiflado que se quede en casa cuando se lo piden», piensa Sinjir—. Créeme. Sé por experiencia que ir de listo te crea más enemigos que amigos.

—¿Y?

—Pues que te relajes un poco. Tenemos trabajo.

—Solo es que… —empieza a decir Temmin, pero al final se calla.

Sinjir sabe que se va arrepentir, como uno se arrepiente de introducir la mano en una colmena de avispas chaqueta roja esperando encontrar miel (un secreto: no hacen miel), pero le pregunta igualmente:

—Venga, va… ¿qué pasa?

—No sé qué estoy haciendo aquí.

—Hemos venido a visitar a nuestros estimables prisioneros.

—No quiero decir aquí… quiero decir *aquí* —Temmin acompaña esta palabra con una gesticulación frenética. El movimiento describe perfectamente una sensación muy concreta. Sinjir entiende inmediatamente de qué se trata.

—Ah. El *aquí* existencial.

—No sé qué significa eso.

—Significa que estás pasando por una crisis de identidad.

Temmin no para de moverse.

—Sí, supongo.

—Felicidades, compañero. Significa que ya eres un adulto de verdad.

—¿Y tú lo tienes claro?

—Para nada. Yo me quedo perplejo nueve de cada diez veces. Es solo que hago que no parezca tan mala la cosa. Yo tampoco sé lo que hago aquí. Tengo la sospecha de que moriré medio segundo después de descubrirlo, porque si hay una energía mística que hace funcionar la galaxia, no es la Fuerza: es ironía pura. Ahora vamos a hablar con la General Shale. Vamos a ver si puede ayudarnos en nuestra misión insensata de localizar al contrabandista errante.

—No soporto este lugar —dice Jom, siguiendo a Jas por un callejón estrecho e irregular de Nar Shaddaa. A sus espaldas tienen la entrada de uno de los incontables mercados negros de la luna. Este lo gobierna Nyarla, la hutt limosa que lamía especia burbujeante con su lengua roja mientras les decía que no sabía absolutamente nada sobre Han Solo, su wookiee o la presencia de cárceles imperiales en el Espacio Salvaje.

—Si quieres seguir cerca de mí —le responde Jas—, tendrás que acostumbrarte a sitios como este, Barell.

Al oírlo, a Jom se le desata un conflicto interior. Tiene ganas de seguir cerca de ella.

La atracción que siente por ella está en un nivel nuevo, desconocido. Es algo prácticamente animal. Su mayor deseo ahora mismo es arrastrarla a algún recoveco oscuro y volver a hacerlo. Sin embargo… ¿por qué? No se parecen en nada. Él es un hombre de principios, le gusta el orden. Ella es una maldita cazarrecompensas. Un antro de criminales como este es como su segunda casa. Mientras que él se siente como un mon calamari fuera del agua. Como si estuviera ahogándose al aire libre, totalmente expuesto.

—Este es un lugar extraño para una cita —dice Jom.

—-Muy gracioso. Esto no es una cita. No vayas a pensar que lo que hemos tenido va a repetirse. Nos divertimos un poco y ya está.

Pasan por delante de un puesto callejero lleno de alienígenas de boca ancha y dientes abundantes vociferando sobre una mesa llena de ungüentos y aceites extraños. Jom aparta sus manos cuando intentan tocarlo y le dice a Jas:

—No veo por qué la diversión tendría que acabar.

—La diversión siempre se acaba, Barell.

Se dirigen al espaciopuerto, que no es más que un receptáculo para naves en medio del bullicio urbano. Jas le ha pagado demasiados créditos a un weequay de cabeza arrugada para que escondiera la nave, y la mantuviera alejada de todos los registros del sindicato. Jas le ha explicado a Jom que aquí opera el Sol Negro, y que lo último que quiere es aparecer en su radar. O en el de Crymorah. «Tengo deudas», le ha dicho. Él le ha preguntado de qué tipo, pero ella no se ha prodigado en detalles.

Mientras se agachan por debajo de un tapiz maltrecho que cuelga de una cuerda para entrar en el espaciopuerto, Jom le dice:

—Es la tercera vez que volvemos con las manos vacías, Emari. Quizá sea hora de aceptar que tus conexiones en el bajo mundo están desapareciendo. Podemos volver a Chandrila y…

Se escucha un ruido y algo golpea a Jom por la espalda, dejándolo inconsciente. Cae hacia delante, golpea el suelo con la barbilla y se muerde la lengua con el impacto. Se le llena la boca de sangre. Intenta mover las extremidades, pero ya no le responden. Lo han aturdido. Apenas logra levantar un poco el mentón del suelo sucio… Y ve a Jas cubierta de una serie de puntos de luz roja. Mirillas láser. Docenas de ellas. Todas ellas de armas que están a punto de disparar. Jas sube los brazos en señal de rendición cuando los enemigos salen de las sombras.

«Mierda».

La esclusa de aire se estremece cuando los cicladores de oxígeno de la *Polilla* hacen entrar aire del otro lado.

Wedge da un paso adelante y se apoya con firmeza en su bastón. Él y Norra se miran fijamente, y entonces golpea el gran botón rojo con la palma de la mano. La puerta se abre con un sonoro repiqueteo metálico.

Ahí dentro se encuentran los trozos de metal que han atraído con el rayo tractor. Norra se fija en las marcas de plasma y los trozos chamuscados.

Pero no ve nada que se mueva.

—Estoy segura de que he visto algo ahí fuera —afirma Norra.

—Los dos lo hemos visto —responde Wedge, asintiendo con la cabeza.

Justo entonces… un trozo de metal se mueve y cae al suelo con estruendo. Y todo vuelve a quedar en silencio. Los dos desenfundan los blásteres.

Oyen un leve movimiento.

Y, de nuevo, silencio.

Pasan unos segundos. Wedge empieza a decir:

—Quizá entre los dos podríamos levantar…

Una pieza de metal se levanta repentinamente y golpea la pared con un ruido ensordecedor. Una forma negra tan grande como un droide astromecánico salta sobre Wedge, que cae al suelo, gritando.

—¡Cómo está el té de aquí! —exclama Sinjir, levantando la taza humeante con las manos para ilustrar lo que está diciendo. Sorbe el té sonoramente mientras Temmin observa su

propia taza, decepcionado—. Es muchísimo mejor que el que tomábamos en la comisaría imperial, eso te lo aseguro.

En su día, Jylia Shale fue general del ejército imperial, además de una estratega legendaria. Desgraciadamente, a menudo sus superiores ignoraban su leyenda. Ahora mismo está sentada delante de ellos, sosteniendo su taza de té con sus manos pequeñas.

—No está mal. Yo tenía mi propio suministro en tiempos del Imperio.

El apartamento es básico pero funcional. Es más de lo que tendría en la celda de una cárcel. Tiene una máquina de preparación de comida en lugar de un reciclador de proteínas, un baño completo en lugar de un agujero de vacío y no hay droides interrogadores dando vueltas. Todo esto porque ha cooperado y ha respondido honestamente a las preguntas que le ha hecho la Nueva República.

«El arresto domiciliario es bastante agradable», piensa Sinjir. «Me tendrían que haber arrestado». Podría vivir cómodamente en un lugar así. Siempre y cuando sirvieran alcohol. ¿Lo sirven? Se apunta mentalmente que tiene que preguntarlo.

Entonces deja la taza de té, porque en realidad el té es asqueroso.

—Entonces… ¿nada? —pregunta, golpeando suavemente con los nudillos en la mesa baja que los separa. Señala con la mano el mapa estelar holográfico que se alza delante de ellos—. ¿No sabe nada sobre este espacio? Estamos buscando imperiales que crea que pueden estar en esta zona.

Si no obtienen respuestas, quizá signifique que Han Solo ha estado investigando la zona por sus propios intereses. Quizá sea verdad que ha vuelto a su vida de contrabandista. No ha soportado la presión de la vida adulta y ha dejado a su mujer y al niño que espera. Quizá se ha despedido de su vida de ciudadano ejemplar y se ha ido a vivir sus aventuras ilícitas.

Es lo que haría Sinjir.

Al menos, es lo que hacía Sinjir.

Mmh.

No obstante, Shale miente. Sabe que no está diciendo todo lo que sabe.

Resulta extraño estar aquí, interrogando a una figura tan destacada como Shale. Está seguro de que su importancia se ha reducido considerablemente, pero no su cerebro. El hecho de interrogarla, porque de esto se trata, aunque sea en modo educado, lo incomoda bastante.

Sinjir intenta que no se note.

—¿Lo echa de menos? —pregunta Shale de repente.

—¿El qué?

—El cálido abrazo del Imperio.

—Ah, tan cálido como el abrazo de un cadáver diseccionado —dice él, golpeando la taza con la uña. Tin, tin, tin—. No, no lo echo de menos. No echo de menos a la persona que era ni lo que hacía al servicio del Imperio. A quien echo de menos es a la persona que yo era antes de que el Imperio me convirtiera en mí. Tampoco es que me acuerde mucho

de esa versión de mí mismo, pero estoy seguro de que existió. Quizá incluso fue una buena persona.

—Yo tampoco lo echo de menos. Lo que hicimos dejó una cicatriz en esta galaxia, y no estoy segura de que vaya a desaparecer —dice, y suspira—. Debería ir a preguntarle a Tashu. Yo no sé nada, pero él y todos sus consejeros aduladores parecían estar enamorados de esa región. Mucha suerte encontrando lo que sea que busca, Oficial de Lealtad Rath Velus.

Así termina su encuentro.

Wedge se retuerce y forcejea debajo de las extremidades articuladas de un droide sonda imperial. No es un modelo Víbora sino uno de los modelos más pequeños, un Merodeador. Tiene un cuerpo plano y circular. De repente, sus bordes se iluminan con un brillo rojo y emite un sonido muy agudo. Norra da unos pasos atrás, abrumada por el sonido. Es como escuchar un taladro intentando agujerearte el cráneo.

Lo único que puede hacer es estabilizar la mano, apuntar con el bláster y…

El disparo acierta en el droide sonda. La tapa superior sale volando y sus piernas arácnidas quedan inertes sobre las manos de Wedge, que deja caer el droide y lo chuta con la pierna buena.

Wedge está totalmente despeinado y le sangra la mejilla. Norra se le acerca corriendo, se saca un pañuelo del bolsillo y le limpia la sangre.

—No te muevas —le dice.

Por suerte, no es grave. Solo una rascada de una de las patas del droide, que se ha quedado tirado en un rincón, humeando y soltando chispas. La luz roja se enciende una vez más, y luego se apaga completamente. Al menos el ruido ha desaparecido. ¿Qué era ese sonido? ¿Un mecanismo de autodefensa? Los dos se quedan ahí sentados, observando el droide.

—¿Qué hacía un droide sonda ahí fuera? —pregunta Wedge, resoplando.

Norra lo ayuda a ponerse en pie.

—Quizá buscaba entre los escombros, como nosotros.

—Podría ser. Pero, ¿por qué permanecer aquí? Es un droide Merodeador. No recorren grandes distancias. Son de corto alcance.

—Se lo han olvidado —sugiere Norra—. Es bastante fácil que alguien se lo haya dejado. Sobre todo si las cosas se han puesto violentas.

—No parece propio del Imperio.

—Quizá no del antiguo. Pero… ¿en su estado actual? Ahora son distintos. Menos eficientes —se le arruga la frente—. Oye… estos droides no viajan lejos, pero… ¿qué alcance de transmisión tienen? ¿Podría ser que…?

Wedge coge su bastón y se acerca al droide. Lo levanta con la punta de la bota. Efectivamente, en la parte inferior hay un módulo de comunicaciones: un pequeño transceptor que quedaba escondido entre las patas.

En el transceptor hay una luz verde parpadeante.

—Todavía está transmitiendo —dice Norra.

—¿Qué podrían estar…?

Desde la carlinga les llega una alarma de proximidad que solo puede significar una cosa: se acercan naves. Norra corre de la bodega a la carlinga, hace girar la silla y se sienta a tiempo de ver un destructor estelar, que aparece cortando el espacio como la punta de una lanza.

A Jom todavía le caen babas por la barbilla cuando intenta ponerse en pie, gruñendo. Los brazos le fallan y vuelve a caer. Siente un pinchazo de dolor en la antigua herida del hombro. Con una mano, se tantea la espalda en busca del rifle bláster que lleva allí… Pero la punta de una bota le aparta la mano y se apoya sobre él.

Es la bota de Jas. Todavía tiene las manos en alto. Lo mira y niega con la cabeza, chasqueando la lengua.

—Ahora no. No te muevas.

—Jas… —murmura.

—¡Chst!

Están rodeados.

Aparecen varios niktos de frente rugosa, con los cañones de mano y las mirillas láser centradas en Jas. Sus orificios olfativos aletean, como si estuvieran olfateándola. Varios de ellos abren y cierran sus bocas de dientes toscos.

Se apartan un poco para dejar pasar a alguien. Una mujer, a juzgar por su aspecto. Lleva la cara oculta tras una máscara de metal curvilínea marcada por el óxido, decorada en la parte superior por dos cuernos de metal. Se escucha el zumbido de unas lentes de trilio centrándose en Jas. La mujer ladea la cabeza y dice:

—Hola, Emari.

—Subjefe Rynscar —responde Jas—. Cuánto tiempo.

—Eso es porque me has estado evitando. Jugando a ser la niña buena con la Nueva República, o eso he oído.

—Un trabajo es un trabajo. Y yo necesito créditos.

La mujer enmascarada se pone rígida.

—Los necesitas. Para pagarme. Tienes deudas.

—Mí tía tiene deudas.

—¡Y ahora son tuyas! —grita Rynscar, repentinamente furiosa—. Pero como no parece que puedas pagar, la única alternativa que me queda es llevarle tu cabeza al Jefe

Gyuti. El Sol Negro pide dinero o sangre. ¿Será sangre? Hay una recompensa por tu cabeza.

«No lo voy a permitir», piensa Jom. Una vez más intenta levantarse… Pero Jas hace presión con la pierna para impedírselo, a la vez que le susurra:

—¡Basta! Te matarán a ti y me matarán a mí. ¿Y entonces, qué? Ya me encargo yo —entonces le dice a Rynscar—. ¿Quién me ha delatado? Ha sido la hutt, ¿no?

—Entre los hutts reina el caos. Nyarla ha regresado al Sol Negro.

—Te pagaré lo que te debo.

—Eso lo hemos oído todos alguna vez.

—Te ofrezco un trato.

Rynscar ríe desde detrás de la máscara. Los Niktos se miran entre ellos y se echan a reír.

—¿Qué trato podrías ofrecerme tú?

—Te pagaré el doble de lo que te debo. Y si no lo logro, me entregaré a misma… y al grupo con el que trabajo.

«¿Nos va a traicionar de verdad?», piensa Jom. Entonces intenta levantarse, protestando, pero Jas le clava el talón en la nuca.

—Interesante —susurra Rynscar, ladeando la cabeza con curiosidad—. Y lo único que tengo que hacer es dejarte ir, ¿no?

—De hecho —responde Jas, riendo nerviosa—, hay algo más. Necesito información.

—¿Y quién no? —responde Rynscar, vacilante—. ¿De qué se trata?

—Necesito localizar a alguien: al contrabandista Han Solo.

El consejero imperial Yupe Tashu ha sido, es y siempre será un fanático religioso. Su captura en Akiva hizo poco por enfriar su fervor. Al contrario, parece que su mente está todavía más infectada.

Para Sinjir, esto supone dos problemas.

En primer lugar, la devoción de Tashu hacia el Imperio, y más concretamente, hacia el propio Palpatine, es tan intensa que apenas se preocupa por sí mismo.

En segundo lugar, que está más chiflado que un mynock borracho de chispas.

Resulta muy difícil interrogar a alguien que sufre una de las condiciones anteriores, mucho más si son las dos. Los locos solo ofrecen respuestas crípticas o desprovistas de sentido, mientras que los devotos están dispuestos a inmolarse con tal de mantener la boca cerrada.

Sinjir no ha avanzado nada con Tashu desde que lo capturaron, y a juzgar por el aspecto de su celda, las cosas solo pueden ir a peor.

Tashu está de pie detrás del escudo de rayos láser. Va de un lado a otro de la celda como un peregrino que ha perdido el camino, recorriendo el mundo con un ligero reducto de motivación y de fe, pero sin destino alguno. Ha hecho incisiones en las paredes

utilizando restos de comida. Ha dibujado símbolos extraños, mapas y otros galimatías indescifrables. Temmin lo observa todo fijamente. Sinjir nota que esto está afectando al chico.

Es interesante. Tashu tiene algo que ha logrado atravesar la fachada de falsa confianza de Temmin.

—No creo que pueda hacerlo —dice Temmin.

—No tienes que hacerlo —responde Sinjir—. Vete.

—Pero…

—Temmin, no pasa nada. Vete.

Es como si Temmin no pudiera apartar la mirada, así que Sinjir le da la vuelta en dirección contraria y le da un pequeño empujón para hacerlo avanzar. Con eso basta. Temmin se va.

El único que queda aparte de él es el guardia: un chandrilano con una mata de pelo rubio y una pequeña cicatriz en la barbilla.

—¿Tashu siempre es así? —pregunta Sinjir.

El guardia mira a Sinjir con unos ojos grises y fríos, y entonces asiente a regañadientes. Nota la incomodidad del guardia, y Sinjir se pregunta por qué. Quizá el guardia no confía en él. Hace bien. No debería.

—Abre la celda.

—Yo…

—Tienes una orden, ¿no?

Pero el guardia sigue vacilando.

Y en ese momento Sinjir se da cuenta de que este es el gran problema de la Nueva República: no es un gobierno en toda regla, pero tampoco es un ejército.

En el Imperio no desobedecías una orden, no vacilabas. Si vacilabas, te llevabas una reprimenda. Si fallabas, Vader entraba en tu despacho con tres zancadas y te aplastaba la tráquea con el poder de su mente.

En el Imperio, la cadena de mando lo era todo. Si un superior te ordenaba bajarte los pantalones y dar tres vueltas sobre ti mismo, lo hacías, sin preguntas. Sin embargo, aquí reina el individualismo. Sobre el papel esto es algo bueno. ¿No? Tienes derecho a pensar lo que quieras, a hacer el bien por ti mismo. Si algo no te suena bien o no te huele bien, dices lo que piensas.

Pero cuando esto ocurre, el orden se rompe.

Hay un refrán que dice: *demasiados almirantes, demasiado pocos alféreces*. Pero ni siquiera esto es aplicable, porque en la Nueva República no hay ni suficientes almirantes. Y ahora que Mon Mothma ha empezado a pensar cómo desmilitarizar la galaxia…

¿Cuándo se desequilibrará todo esto? ¿Cuánto tardará en desmoronarse? No puede faltar mucho. El Imperio no pudo mantener la unidad total. En un pequeño resquicio se formó la enfermedad llamada Alianza Rebelde, una enfermedad que actualmente está matando al portador. ¿Cuánto tardará la Nueva República en pasar por lo mismo?

¿Cuánto tardará el Imperio en contraatacar con la misma infección? El Imperio apretaba demasiado fuerte. Quizá la Nueva República no apriete lo suficiente.

Ahora mismo, Sinjir necesita una bebida.

Sinjir le da a su voz un gruñido a lo Jom Barell y dice:

—Guardia, o abres esa celda o te abro la cabeza.

—Vale —responde el guardia con mirada amenazante, y a continuación abre la celda.

—Gracias —dice Sinjir. Entonces entra en la celda y le dice al guardia que vuelva a activar el escudo de energía. Cosa que hace, a regañadientes. Con un gesto elegante, Sinjir cruza las manos por detrás de la espalda. Aquí será mejor jugar la carta de la autoridad. Si adopta postura de oficial, quizá consiga transportar a Tashu a su vida pasada, recordarle lo que era servir en el Imperio de Palpatine. Y quizá así logre hacerlo asentir, sonreír o incluso responder a las preguntas que le hace Sinjir.

—Hola, Consejero Tashu.

—Me acuerdo de usted.

—Sí, lo suponía. Ahora me gustaría hacerle algunas preguntas sobre las cárceles imperiales.

—No sé nada al respecto.

—Eso ya lo veremos, Consejero.

Así empieza el interrogatorio. Sinjir intenta empatizar con el consejero, esperando que le confiese, de eximperial a eximperial, dónde podría haberse llevado el Imperio a un hipotético prisionero de alto nivel. O si hay algo ahí fuera que Han Solo pueda estar investigando. Y durante todo el rato, el consejero se va desmoronando mentalmente hasta quedar acurrucado, reducido a pellejo humano desprovisto de relleno. Sus hombros se estremecen mientras se ríe para sus adentros, hasta que la risa se convierte en llanto. Se aprieta sus propias manos. Se muerde las puntas de las uñas hasta hacerse sangre.

Sinjir está de pie, observándolo con parsimonia.

No ha tenido que hacer nada, no ha tenido ni que poner un dedo en esa cabeza sudada y descuidada. Tashu ha entrado en un extraño estado de confusión, balbuceando, explicando que está intentando… «abrirse» a algo, porque estamos todos «atrapados en su red», pero no puede «escuchar su voz», no puede «sentir sus temblores». Y ahora lo único que puede hacer es confiar en su instinto y en las «instrucciones» que recibió.

«Eso es todo», piensa Sinjir. Fin de la partida. No sacará nada de valor del parloteo de este loco.

Sinjir recibe una llamada por el comunicador.

—Disculpe —le dice a Tashu, y a continuación sale de la celda. El guardia de la mata de pelo rubio observa a Sinjir hablando por el comunicador.

Le llama Jas.

—Tengo información —dice la cazarrecompensas.

—Perfecto, porque no voy a sacarle nada a esta estufa de metano humana. Obtendría más respuestas hablando con un charco un día de lluvia.

—No tengo información completa. Pregúntale a Tashu por Irudiru.

—¿Qué es eso? ¿Una especie de delicatessen?

—Es un sistema que hay cerca del Espacio Salvaje.

—Irudiru, dices. Muy bien.

Así que vuelve a entrar en la celda.

Un destructor estelar lleva un buen repertorio de armas en la parte delantera. Ya solo los múltiples turboláseres de la batería principal podrían hacer añicos una estación espacial. Pero ir en una nave pequeña tiene sus ventajas. Si es difícil cazar una mosca con la mano, es igual de difícil para un destructor estelar eliminar una nave de tamaño tan reducido.

Pero para ello, la nave tiene que comportarse igual que una mosca, no puede quedarse quieta o retirarse en línea recta.

Norra hace girar violentamente la *Polilla*, trazando tirabuzones por el espacio abierto mientras la gigantesca nave capital dispara con toda su artillería. El vacío oscuro del espacio se llena de lanzas letales de fuego láser que los pasan de largo. Wedge se apoya en el tablero de mandos mientras se abrocha el cinturón y prepara los controles de artillería.

Es hora de hacer un *tobogán inverso*. Es una maniobra que Norra aprendió en los días en los que transportaba material de guerra para la Alianza. Algunos pilotos lo llaman un Giro de Eimalgan, porque se dice que su creador fue Cargin Eimalgan, uno de los primeros héroes de la Alianza Rebelde. Ahora está muerto, como la mayoría.

Norra acelera hacia delante y entonces tira con fuerza de la palanca de mando. La *Polilla* empieza a subir a través del vacío, perseguida por los láseres, que pasan por donde estaba la nave tan solo medio segundo antes. Describe una curva hacia atrás, hasta quedar boca abajo. Entonces, con un giro rápido, la nave recupera la posición, solo que ahora va en dirección opuesta.

Es decir, va de cabeza hacia el destructor estelar. Es como enfrentarse a una bestia monstruosa que está preparada para devorarte entero y, en lugar de huir, lanzarse a toda velocidad hacia sus fauces abiertas.

—Esto es una locura —exclama Wedge, con una sonrisa de admiración.

—Espero que sea una locura de las que acaban bien —añade ella, justo antes de acelerar al máximo…

Y entonces el destructor estelar lanza al espacio un enjambre de cazas TIE.

En la *Halo*, Jom agita la cabeza, intentando despejarse del aturdimiento. A pesar de que todavía ve borroso, ve que Jas acaba su comunicación con Sinjir. Entonces se vuelve hacia él.

Está visiblemente alterada. En estos momentos su sangre tiene que estar al rojo vivo.

Abre y cierra los puños constantemente. Jom no acierta a saber si Jas está enfadada, excitada o ambas cosas.

—Nos acabas de traicionar a todos —protesta Jom.

—Relájate, Barell. No voy a abandonaros. Solo necesitaba conseguir algo más de tiempo para el equipo.

—Conseguir más tiempo para ti, querrás decir.

Pero a eso no le responde, sino que dice:

—¿Crees que lo que nos ha dicho es verdad? ¿Nos llevará hasta Han Solo?

—Y yo qué sé. El tema es que no sé si puedo confiar…

Jas le pega un empujón. Jom está a punto de protestar, y entonces Jas estampa los labios sobre los suyos. La lengua de Jas se cuela en su boca.

—Ey —gruñe Jom—. ¿Qué está pasando aquí?

—No veo por qué la diversión se tendría que acabar —responde Jas.

«Suena lógico», piensa Jom, justo cuando Jas reanuda el ataque sobre sus labios.

Sinjir solo tiene que decir el nombre:

—Irudiru.

Al oír esa palabra, Tashu se queda congelado. Deja de reír y de lloriquear. Deja de morderse las uñas.

—Irudiru —repite Sinjir—. ¿Lo conoce?

—Sí.

—¿Hay una cárcel en Irudiru?

—No.

—¿Qué hay, entonces?

—No hay una cárcel —responde Tashu—. Hay un fabricante de cárceles.

El enjambre aullante de cazas TIE los sigue de cerca, escupiendo disparos láser. La *Polilla* sufre una sacudida tras otra con los impactos que va recibiendo en la popa. Wedge empieza a teclear en la computadora de navegación, trazando una ruta por el hiperespacio mientras Norra se acerca cada vez más al destructor estelar. Esto significa que los disparos de los cazas TIE acaban impactando en su propia nave capital. Pasa rozando una torreta, esquivando sus disparos dobles, y da la vuelta precipitadamente. Tan rápido que la torreta no tiene tiempo de seguirle.

—Ya casi estamos —dice Wedge.

—Tenemos que ir más rápido —comenta ella con la mandíbula apretada.

El carguero va rozando la superficie del destructor.

—Ahí. Solo necesitamos vía libre.

A estribor, las torres y los generadores de escudos del destructor estelar se alzan sobre ellos como gigantescos acantilados escarpados, y justo delante tienen el extremo de la nave colosal: los motores. Lo que quiere hacer Norra es apartarse del destructor, girar pronunciadamente para evitar la estela que dejan los motores, y entonces…

¡Vía libre!

—¡Dale! —grita Norra.

Bam. La nave empieza a oscilar, dando vueltas violentamente hasta que Norra vuelve a alinear los estabilizadores y vuelven a estar en posición.

—El hiperimpulsor —dice Wedge—. Ha caído. Impacto directo. Estamos acabados, Norra.

—No es mi primera vez, ni la tuya —responde Norra, tirando con fuerza de la palanca para iniciar otra maniobra de *tobogán inverso*. Seguro que no esperan que lo repita tan rápido. Aunque el elemento sorpresa se agotará pronto—. Allá vamos —eleva a la *Polilla* por encima de la nube de cazas TIE, haciendo todas las maniobras evasivas que puede. La maniobra funciona. Dos de los cazas TIE intentan predecir el movimiento de la *Polilla y acaban* chocando entre ellos, dejando un rastro de llamas azules que se traga el vacío del espacio.

Wedge sabe lo que hay que hacer. Ha estado antes dentro de un caza, y sabe cómo lo hacen los cazas para sobrevolar una nave tan grande como esta. Vuelan rápido pero son lentos girando. Cuando el sistema automático de defensa de la *Polilla* ha desviado a los cazas TIE, Wedge le cuenta el plan:

—Muy bien. Tenemos que ir en vertical. Perpendiculares, ¿lo pillas?

—Lo pillo.

Irán al vientre del destructor. Norra puede deslizar la nave hasta el extremo del destructor y entonces hacer un picado pronunciado. Los cazas TIE los seguirán de cerca como un mal olor, pero al menos tendrán una oportunidad de librarse del destructor.

Suenan más alarmas. Algo más está saliendo del hiperespacio. Refuerzos. Dos señales parpadeantes se acercan, cada vez más grandes. Dos naves enormes, no, no, no…

Cuando los refuerzos salen del hiperespacio, Wedge grita de alegría, repentinamente aliviado. Porque las dos naves no son imperiales. Son de la Nueva República. Una de ellas es una fragata escolta alderaaniana, la *Aguja Solar*. La acompaña uno de los acorazados nuevos, un Starhawk Nadiri Mark One, una de las pocas naves capitales construidas en los astilleros de Nadiri, en las profundidades del sector Bormea.

Al igual que todas las naves construidas ahí, está hecha con partes de naves imperiales que la Nueva República ha ido capturando desde la Batalla de Endor. Su botín de guerra. Unas armas que se vuelven contra sus antiguos dueños.

Norra reconoce este Starhawk. Es el *Concordia*, que ahora está a los mandos de la recién nombrada Comodora Kyrsta Agate, que en el pasado dirigía la fragata que la acompaña.

El morro del Starhawk es como la hoja de un hacha cortando el espacio en dos. Es una nave temible, a la vez que majestuosa.

Suena el comunicador. ¿Quién iba a ser? Agate en persona:

—Llamando a la nave *Polilla* de la Nueva República. Aquí la Comodora Agate. Es hora de que subáis a bordo. Ya nos encargamos nosotros.

Dicho esto, el *Concordia* empieza la descarga de artillería.



CAPÍTULO DOCE

Ya han pasado varios días desde que estuvo en Coruscant, pero la Gran Almirante Rae Sloane parece atascada en una vida de esperas. La presión de liderar el Imperio no le ha permitido encontrar un momento para viajar a Quantxi, y de momento no ve salidas a este lodazal. Su último viaje no ha pasado desapercibido.

Ha podido desviar fácilmente unas cuantas preguntas y críticas. Al fin y al cabo, es la líder militar operativa del Imperio Galáctico, y mucha gente tiene miedo de su poder.

No obstante, los hombres que están sentados alrededor de esta mesa no parecen tenerle ningún miedo, y esto le resulta bastante molesto, porque deberían tenerle miedo.

Este es el famoso Consejo en la Sombra del Almirante Rax. Rae está sentada en un extremo de la mesa estrecha, preparada para la cena. Al otro lado de la mesa hay una silla vacía, donde ha prometido sentarse Rax, aunque todavía no ha hecho acto de presencia. Los demás comen, observándose entre ellos, sin saber muy bien de qué se trata todo esto. Sospechan los unos de los otros, dudan de la situación.

A decir verdad, probablemente todos ellos tienen miedo. Miedo de que en algún momento se abra el suelo bajo sus sillas y sean expulsados al espacio exterior, o de que los suelten entre las paredes aplastantes de un compactador de basura, o de que los devore alguna criatura babeante.

La cuestión es que ninguno de ellos sabe que es a ella a quien deberían tenerle miedo. Apenas la miran. En cambio, la silla vacía que hay al otro lado de la mesa… No le quitan el ojo de encima. Cretinos.

El Consejo en la Sombra está dispuesto alrededor de esta mesa, y está formado por cinco altos cargos imperiales, Sloane incluida. A la izquierda de Rae está sentado Brendol Hux, que en su día dirigió la Academia Arkanis. Mercurial Swift ha hecho su trabajo y lo ha rescatado. Sloane se dice a sí misma que tiene que acordarse de pagar al cazarrecompensas por su trabajo.

Hux es un hombre grande e iracundo. Es como un cerdo alimentado de su propio ego, que ya ha visto sus mejores días. Los botones del uniforme sufren por la presión de la barriga, tiene el cuello grueso y una mandíbula que antaño fue rígida pero que se ha reblandecido y está cubierta por un manto de vello facial. En general tiene un aspecto macilento, perdido, iracundo. De vez en cuando parece que de repente recuerda que está en una cena y se entrega a su comida con entusiasmo, poniéndose comida en la boca una vez más.

A su derecha está sentado el Gran Moff Randd, gobernador especial de la zona conocida como El Exterior, una franja remota del Borde Exterior. Se trata del único sector del Borde Exterior que ha llegado a estar realmente bajo control imperial. La enorme distancia que lo separa de todo explica su supervivencia. La guerra afectó toda la galaxia, y se cobró las vidas de numerosos miembros de élite del Imperio. Randd no fue uno de ellos. Él estaba en los márgenes, como tantos otros.

Y todos los que estaban en los márgenes son supervivientes. Sloane se cuenta entre ellos. La han alejado tanto del centro en el pasado, que esta marginalización seguramente la salvó.

Randd es rígido y afilado como una aguja. No mueve nada, salvo los ojos. Tiene las manos planas sobre la mesa, y ni ha tocado la comida. Muy prudente. Quizá cree que hay algo envenenado. O está tan nervioso que simplemente no puede plantearse la idea de comer.

Al otro lado de la mesa está el General Hodnar Borrum, aunque nadie lo llama así. Todo el mundo lo conoce por su apodo, el Anciano, debido al tiempo que lleva al servicio del Imperio. De hecho, Hod Borrum sirvió a las órdenes del canciller Palpatine en la República original. Supuestamente fue él quien lideró la carga contra la última defensa de los Jedi al final de las Guerras Clon, dirigiendo personalmente a los soldados clon contra la fortaleza de… ¿Cómo se llamaba? Ahora mismo a Sloane se le escapan estos detalles históricos. ¿Madar? ¿Morad? No importa.

Lo que importa es que es un veterano de verdad. Sloane es de las que se preguntan por qué hicieron gran general a Kenner Loring y no a Hod Borrum. Hay quien dice que era demasiado viejo, otros que era demasiado pragmático. También era sabido el poco respeto que tenía por la Fuerza, algo que seguramente irritaba mucho a Vader. Borrum es viejo y tiene la cara marcada con líneas profundas, cráteres rugosos y manchas oscuras. Pero conserva unos ojos intensos, en absoluto nublados por la edad. Son ojos de joven, con una mirada de depredador.

Por último, el favorito de Sloane: Ferric Obdur, genio de la propaganda imperial. Es el único que parece contento de estar aquí.

No habla nadie. Sloane decide que esto tiene que cambiar, así que le dice a Hux:

—Estoy contenta de que hayamos logrado sacarlo de Arkanis.

—Sí —responde, y hace una pausa. Observa el trozo de carne humeante que tiene clavado en el tenedor y lo deja caer, como si de repente no tuviera hambre—. Supongo que yo también estoy contento.

—¿Lo supone?

—La Academia era el trabajo de mi vida. Se me daba bien. La flor y nata del Imperio salía de Arkanis. La élite. ¿Y ahora qué?

—Ahora nos volvemos a levantar —responde Randd—. Ahora contraatacamos.

Ferric Obdur gesticula con los cubiertos para acompañar su respuesta.

—Ahora —dice mientras mastica—, le enseñamos al resto de la galaxia cómo se hace y por qué somos necesarios —entonces señala a Sloane con el cuchillo de sierra—. Almirante, usted tiene una buena historia al respecto. Todo el mundo debería escucharla, porque cuando Sloane era una niña… Bueno, cuéntela usted, Almirante.

Sloane siente como si le ardiera la cara con la atención repentina de toda la mesa. El propagandista tiene razón, evidentemente… pero seguro que lo hace para beneficiarse de algún modo, aunque ella no sepa todavía cómo. En cualquier caso, es cierto que ella tiene una historia. Una mala infancia en un planeta sin ley, y la aparición del Imperio para imponer el orden en el caos. Está a punto de empezar a contarla cuando la interrumpe Hux:

—Son tiempos oscuros. Tiempos oscuros para todos nosotros.

Sloane se enfurece por la interrupción. Hux la corta porque no considera importante a Sloane. Tiene que ponerle fin a esto inmediatamente. Ahora mismo lo que más le gustaría a Sloane es clavarle el tenedor en la mano a Hux como castigo por la intrusión, pero esto supondría un desafío para Rax. Sloane acaba de darse cuenta del delicado equilibrio de poderes de la situación.

Así que decide hacerlo de otra forma.

—Brendol —dice Sloane—. Me consta que tiene un hijo, pero no de su mujer… ¿un hijo ilegítimo? ¿Eso será lo mejor que puede ofrecer el Imperio? —la pregunta es como un apuñalamiento con un cuchillo de doble filo: primero el hecho de que tiene un hijo ilegítimo, y luego la inferencia de que por muy buenos que fueran los cadetes que salían de su academia, no eran lo suficientemente buenos como para salvar al Imperio de su destino.

Hux entrecierra los ojos como si lo acabaran de abofetear.

—Yo… Armitage es un chico sin fuerza de voluntad. Es delgado e inútil como una hoja de papel. Pero le enseñaré. Ya… ya lo verán. Tiene potencial.

Se oyen risas alrededor de la mesa.

«Una victoria pequeña», piensa Rae, «pero muy valiosa».

El General Borrum se limpia la boca con una servilleta.

—Desde una perspectiva militar, estamos ante un cambio muy interesante, ¿no les parece? Hemos pasado de ser la fuerza dominante de la galaxia a quedarnos en segunda

posición. Una segunda posición muy alejada de la primera, a juzgar por los números. Además, todo ha pasado muy rápido. Esto ha demostrado que la máquina de guerra se quiebra si recibe demasiados impactos. Creo que muchos de nosotros siguen viendo el Imperio como la única estructura de ley y orden de la galaxia. ¿No sería mucho mejor enfrentarnos a la realidad? Hemos perdido determinación.

—Estoy de acuerdo —responde Sloane—. Es hora de ser conscientes de nuestro lugar en la galaxia, objetivamente, sin prejuicios. Y luego actuar en consecuencia. Somos los desamparados luchando por salvar la galaxia.

—¡Sí! —exclama Obdur, aplaudiendo—. Eso es, exacto. Nosotros somos la rebelión —dice, con una risa casi de loco—. Piénsenlo así. La verdad es una entidad de dos dimensiones. Todo esto, todo lo que la gente hace, es cierto solo según las historias que contamos al respecto. La narrativa es lo más importante. Tenemos que controlar la narrativa. Podemos ser los salvadores, los que acuden al rescate de planetas en apuros, sumidos en la sombra de ignorancia de la Nueva República. El mensaje lo lanzamos nosotros. Lo controlamos a nivel político y aplicamos la narrativa a nivel militar, y no al revés. Es habitual empezar con agresión y entonces tratar de explicar la historia después. Yo digo que no. Digo que escribamos bien nuestra historia, y luego utilicemos lo que queda de nuestra maquinaria bélica para grabar a fuego esa historia en los corazones y mentes de los habitantes de toda la galaxia.

—¿Y qué historia será esa? —pregunta el Gran Moff Randd con tono nítido, cortante y profundamente reticente—. ¿Cuál es nuestra… narrativa?

—Es exactamente como ha dicho Sloane —responde Obdur con sonrisa de comediante—. Somos los desamparados. A todo el mundo le gustan los desamparados. No tenemos que escondernos de esta realidad. Tenemos que apoyarnos en ella. Jugamos el papel del animal herido, el sabueso leal al que ha echado a patadas un padre torpe, injusto y brutal.

Desde un rincón del salón llega un suave aplauso, que va subiendo de intensidad a medida que se acerca. Y a través de las sombras que rodean la mesa aparece el almirante de la flota, Gallius Rax.

A Sloane no le sorprende en absoluto que decida aparecer justo ahora. Al fin y al cabo, es el momento más dramático. Ferric está dando su discurso sobre historia y narrativa, que refleja fielmente las opiniones de Rax acerca del artificio y de la naturaleza efímera e incierta de la verdad.

—Es precisamente por esto—empieza a decir Rax— que les he seleccionado a todos. Por ideas tan buenas como estas. Por esa sabiduría impecable. La verdad del asunto es que hemos perdido esta guerra. El Imperio, tal y como lo conocíamos, ha desaparecido. Empezamos a perder el control cuando dejamos que la Alianza Rebelde creciera en recovecos invisibles, como un cáncer —alrededor de la mesa hay movimientos de incomodidad—. Para nosotros, esto representa una oportunidad de reestructurarnos. Por eso les he reunido a todos aquí, porque representan las mentes más brillantes y vitales que tenemos. Nosotros tenemos la responsabilidad de recuperar el control de la narrativa —

mientras dice esto, hace un gesto con la mano, que sostiene un pequeño controlador—. ¿Cuál será nuestra historia? ¿Qué… o quién… es el Imperio?

Hux interviene, con destellos de desesperación en los ojos.

—¿Y cómo vamos a recuperar nuestra historia? La propaganda está muy bien… ¡pero seguimos necesitando recursos! No estamos perdiendo la narrativa, estamos perdiendo gente, y naves —entonces mira al General Borrum—. Y vehículos terrestres.

Lentamente, en el rostro de Rax se forma una sonrisa escalofriante. Entonces pulsa un botón. Desde una sección central de la mesa, que hasta ahora había permanecido oculta a la vista, una holo-lente proyecta imágenes por todo el salón. Por encima de ellos, por detrás de ellos, por todas partes. Son imágenes de toda la galaxia: estrellas, sistemas, nubes y rutas hiperespaciales. No es un mapa, sino varios fragmentos de la galaxia.

—Ha llegado el momento —anuncia Rax— de revelar mi estrategia.

Pulsa otro botón y las imágenes cambian. Ahora ven densas nubes interestelares: nebulosas. Como la nebulosa en la que están escondidos ahora mismo, la Vulpinus. Sloane conoce bien los mapas galácticos; no podría ser oficial naval si desconociera las estrellas. Puede ver cinco nebulosas conocidas: las nubes rojas del Almagest, las estriaciones moradas de la Nebulosa del Ermitaño, la esfera color zafiro del Queluhán, la estructura en espiral del Triángulo de Ro-Loo y las sombrías columnas de la Inamorata.

¿Cuál será la estrategia que va a desvelar? Sloane lo entiende antes de que Rax empiece a hablar. Ellos están escondidos en una nebulosa. En otras se encuentran las otras flotas. No están solos. No son la última flota.

Rax confirma exactamente su deducción:

—Varias secciones de nuestra flota se escondieron poco después de la destrucción de nuestra gloriosa estación de combate sobre la luna de Endor. No son tan grandes como la flota que tenemos aquí actualmente en la Vulpinus, pero igualmente son significativas: cientos de destructores estelares, miles de naves más pequeñas.

Sloane siente un mareo. Siente como si le estuvieran abriendo las entrañas, como a un pez dolo eviscerado en pleno puerto, con las entrañas al aire. Ahora mismo, sus labios se mueven igual que los del pez moribundo. Intenta encontrar palabras, intenta encontrar algo. Tendría que estar contenta por el hecho de que la derrota del Imperio no esté tan clara, ¿no? Pero lo único que siente es decepción. Y una indignación ardiente, creciente.

Está a punto de entrar en erupción…

Y justo entonces interviene Rax:

—La Almirante Sloane y yo hemos creído oportuno mantener en secreto esta estrategia. No sabíamos en quién podíamos confiar.

Un segundo golpe. Rax la incluye en su conspiración… una conspiración que acaba de descubrir hace unos segundos, junto con el resto del Consejo en la Sombra. Todos la están mirando. Hay traición en sus miradas, pero también algo más. Admiración.

Esto la enfurece todavía más. Todos admiran el plan que ha tramado *él*. Y por alguna razón Rax le atribuye a ella parte del mérito, cosa que no merece. ¿Por qué? ¿Por qué le hace algo así? Lo único que puede hacer es apretar los dientes y asentir. Sería indecoroso

desafiarlo ahora mismo. Peor aún, él quedaría como alguien benévolo que le atribuye parte del mérito a una subordinada, y ella quedaría como una desagradecida. Como un perro que rechaza el hueso.

«Yo quiero mucho más que un hueso», piensa Sloane. «Quiero el animal entero». El Imperio solo será fuerte y seguro si es ella quien tiene la correa.

Pero ahora no es el momento.

En lugar de ello, se muerde la lengua y le sigue el juego. Fingiendo confianza, explica:

—Tras la muerte de Palpatine, quedó claro que algunas facciones del Imperio iban a intentar hacerse con el control. Pandion fue un ejemplo excelente de ello: un hombre ambicioso aprovechando el caos para aumentar su poder. Además, no había modo alguno de saber quién iba a intentar salvar su pellejo pasándose a la Nueva República. Hemos tenido que ir con mucho cuidado, hablando sobre esto solo a la gente en quien podemos confiar. Esos son todos ustedes.

Ahora la admiración proviene de una persona distinta, del propio Gallius Rax, que tiene una leve sonrisa traviesa mientras la observa.

«Está satisfecho conmigo», piensa Sloane.

Esta idea la reconforta y a la vez la perturba. El zorro está satisfecho de la gallina. ¿Y ella? ¿Le están empezando a gustar sus formas extrañas? ¿Lo está empezando a admirar? Puede ser. Además de odiarlo, lo admira.

—Necesitamos algo más que flotas —interviene Borrum—. Necesitamos soldados en tierra, y blindados para acompañarlos.

—Entonces tengo buenas noticias —responde Rax—. Las fábricas de Kuat han sido completamente bombardeadas, y los astilleros de Xa Fel, Anadeen y Turco Prime están bajo disputa o directamente los hemos perdido. Pero nuestra salvación está en el Borde Exterior. Será la cuerda que enroscaremos al cuello de la Nueva República para ahogarla. Ya controlamos tres planetas del sector: Zhadalene, Korrus y Belladoon. Durante mucho tiempo, el Imperio confió en terceros para producir armamento, y eso no acabó bien. Pero esto ha cambiado. Ahora la producción está en nuestras manos. En esos planetas ya hemos empezado a producir armamento: andadores todo terreno, nuevos cazas TIE, rifles E-l1 y otro armamento necesario.

Hux se ha quedado boquiabierto.

—Pero seguimos necesitando personal. Necesitamos nuevas academias…

—A su debido tiempo —responde Rax bruscamente.

Sloane está tan ocupada observando las reacciones de cada uno al escuchar estas noticias, intentando percibir en sus rostros matices opuestos como miedo o rabia, que no se da cuenta de la llegada de otra persona. Alguien que se dirige hacia ella y le pone la mano suavemente en el hombro.

Sloane se asusta cuando Adea le susurra:

—Almirante, tenemos una situación complicada.

La invade una descarga de indignación y está a punto de reprender a la pobre Adea delante de todo el mundo. Pero no puede hacerlo, no sería justo. Sloane está crispada, y si Adea dice que hay un tema que requiere su atención, tiene que creer que será verdad.

Necesita toda su fuerza de voluntad para levantarse de esa mesa. Alejándose de la reunión, aunque sea durante un segundo, Sloane se perderá algo de información. Y, en este Imperio, la información es el poder.



CAPÍTULO TRECE

Al otro lado del cristal el destructor estelar se está destruyendo a cámara lenta. Una nave capital como esta desaparece con una rapidez sorprendente. Se desangra como una gran bestia, como un purrgil atravesado una y otra vez por múltiples arpones ganchudos para subirlo a cubierta. Los misiles y los disparos láser atraviesan la oscuridad infinita del espacio, y poco a poco se van abriendo fisuras por todo el casco del destructor estelar. Y entonces…

Se acabó. La oscuridad se ilumina con un gran fogonazo luminoso cuando los motores explotan como supernovas. Una imagen que se queda grabada en las retinas de Norra. Al parpadear, ve una y otra vez el esqueleto de esa nave a punto de desaparecer.

Hasta que solo quedan escombros. Y, aunque no lo pueda ver desde aquí… cuerpos.

—En el momento álgido del Imperio, un destructor estelar llevaba unos cuarenta mil tripulantes —explica la Comodora Agate, acercándose a Norra por detrás—. Nuestros cálculos apuntan a que este de aquí, el *Guadaña*, llevaba mucha menos gente. Cerca de quince mil. En todo caso, son muchas vidas perdidas.

Agate es alta, esbelta, de hombros anchos y piernas largas. Los rizos oscuros que lleva alrededor de las orejas son su único elemento de ostentación. Habla con el mentón en alto y las manos detrás de la espalda. Norra conoce los rumores de que a Agate le tiemblan las manos. En el pasado, esto hacía que la gente la mirara con duda y desdén, pero esto ha cambiado. Kyrsta Agate ha demostrado su valía en innumerables ocasiones. Mucha gente admira su sinceridad.

Aunque, ahora mismo, Norra se pregunta adonde quiere ir a parar con todo esto.

—No lo entiendo —dice Norra—. Esto lo hemos hecho nosotros. Es la guerra.

—Tiene toda la razón, es la guerra. Es fácil dejarse llevar por otros aspectos. Las medallas, los desfiles, las guirnaldas de pétalos de loráquida que llevan los vencedores. Pero es importante recordar siempre que la guerra principalmente es esto: destrucción y muerte. Somos asesinos.

Norra apenas logra contener un escalofrío.

—¿Está… está diciendo que no estamos haciendo lo correcto? Con el debido respeto, Comodora Agate, no me lo creo.

Agate se vuelve hacia ella con una sonrisa triste.

—No. Estamos haciendo nuestro trabajo. Los tripulantes del *Guadaña* sabían quiénes eran y por qué estaban ahí, y no ignoraban cuál es el coste de la guerra. Lo único que quiero es que mi gente tampoco lo ignore.

—¿Quiere que nos arrepintamos de lo que hemos hecho?

Sorprendentemente, Agate asiente con la cabeza.

—Sí, un poco. Deberíamos. No quiero trabajar con asesinos impenitentes, Teniente Wexley. Quiero soldados que detesten lo que han hecho y que teman volver a hacerlo otra vez.

—¿Y si eso significa que perdemos la guerra?

—Entonces perdemos la guerra, pero no nos perdemos nosotros.

Esta respuesta la golpea como un puño firme. Se queda tambaleante, casi mareada.

—Gracias —dice Norra. Aunque por el modo en el que pronuncia esa palabra, Norra no sabe si ha expresado gratitud o ha hecho una pregunta.

Agate asiente con la cabeza.

—He hablado con el Capitán Antilles. Me ha explicado por qué estaban aquí —al oír esto, Norra se plantea si Wedge habrá mentido, teniendo en cuenta que su encargo de encontrar a Han Solo no es exactamente oficial. Pero entonces sus dudas se disipan y comprende que Wedge no sería capaz de mentir así—. ¿Han Solo ha desaparecido?

—Sí. Y el Imperio tiene algo que ver.

—Espero que le encuentren.

—Yo espero que sigan permitiéndonos buscarle. Ha renunciado a su cargo militar.

Agate suspira.

—Eso podría complicar las cosas.

—Estoy segura de ello.

Delante de la *Polilla*, en una de las cubiertas del *Concordia*, Wedge vuelve a encontrarse con Norra. Está nervioso. Mira a su alrededor, observando las curvas limpias y brillantes del interior del Starhawk.

—Es una nave tremenda, ¿eh?

Norra está de acuerdo y asiente. Es una sensación especial estar en una nave tan nueva. Es extraño, como si este no fuera su lugar. Incluso algo tan sencillo como el muelle: en el techo hay esquinas curvas esculpidas laboriosamente, y la iluminación global es blanca y cálida, no como la luz austera habitual. Además, los suelos están iluminados por debajo.

—Oye —dice Wedge, apoyándose en su bastón—. Se lo he contado a Agate.

No tiene que especificar qué le ha contado.

—Ya lo sé. Sabe que estamos buscando a Han Solo. Está bien.

—Ackbar va a querer tener una charla con nosotros.

—Lo acepto.

—Deberías estar enfadada.

—No lo estoy. De verdad.

—He pensado que si alguien tenía que traicionar la confianza de Leia, mejor yo que tú. Aunque eso significa que yo he traicionado tu confianza, de algún modo…

—Wedge, está bien.

—¿Me lo prometes?

—Lo juro por todas las estrellas del espacio.

Wedge arquea una ceja.

—¿Y lo que te dije de tomar algo…?

Norra lo besa. Lo hace sin ser consciente ella misma de que lo está haciendo. Cierra los ojos. Respira profundamente por la nariz mientras se besan. El corazón le late con fuerza dentro del pecho cuando, durante unos latidos, piensa en su marido. Brentin.

Cuando finalmente se aparta de él, tiene la sensación de que ha pasado una eternidad. Tanto tiempo que quizá ya ha acabado la guerra y todo el pasado ha quedado olvidado. Pero es una ilusión, y ella es consciente.

Pero es una ilusión reconfortante. Norra sonríe. Wedge también.

—Y sobre lo que dijiste de tomar algo —dice Norra, intentando imitar la voz de Sinjir—, seguro que hay un bar en algún lugar de esta nave. Propongo que vayamos a buscarlo.



CAPÍTULO CATORCE

Durante los catorce primeros años de la vida de Gallius Rax, la música fue algo que simplemente no existía. Sí, estaba la música de su entorno: el viento soplando a través de las agujas de piedra, el repiqueteo de huesos de los ermitaños, la vibración melódica de un deslizador surcando un mar de arena… Pero música de verdad, música orquestada voluntariamente por manos, por alientos, por el deseo de los seres conscientes…

Eso era algo totalmente desconocido par él.

La primera pieza de música que escuchó de niño fue la que está sonando precisamente ahora en sus aposentos: *La Cantata de Cora Vessora*, una ópera de la Vieja República sobre una bruja oscura en un planeta sin nombre que se negaba a convertirse en Jedi o a unirse a los Sith. Es una historia de nacimiento, muerte y todos los acontecimientos que se producen entre estos dos polos: amor, pasión, guerra y, por encima de todo, venganza. Venganza contra los Sith que le arrebataron a sus seres queridos. Venganza contra los Jedi por no hacer nada al respecto y por negarse a protegerla solo porque no quería unirse a sus filas. Venganza contra la galaxia entera por ser tan imperfecta e impura como ella había temido.

La historia en sí es algo que no aprendería hasta mucho más tarde. La historia es importante, claro. Pero ese niño que subió por primera vez a una nave para fugarse de un planeta adusto y polvoriento, un planeta que pensaba, o temía, fuera el centro de toda la galaxia, ese niño quedó cautivado por el sonido de la música. Y lo sigue estando tanto como entonces.

El ligero pellizco de las cuerdas de un moda-khur.

El clamor contundente de los tambores denda, que es como un cristal rompiéndose y recomponiéndose y volviéndose a romper una y otra vez.

La vibración que generan las ululaciones corales de los cantores tucari, una vibración que produce un zumbido en la sien y en la mandíbula, una vibración que puede llegar a ser embriagadora.

Se deja llevar por todo esto, se deja rodear por todo esto. Como si la música pudiera elevarlo, llevarlo más arriba.

Rax es consciente de que hay alguien en la sala con él. Probablemente sea Sloane. Ha venido a preguntarle sobre la destrucción del *Guadaña*. No lo acusará de nada. Sloane es demasiado lista para hacer algo así, aunque teme que ese momento llegará.

Pero no permitirá que interrumpan *La Cantata*. Ni ella, ni nadie. Se levanta, meciéndose delicadamente, y levanta con elegancia un dedo para pedir paciencia por encima de todo.

La melodía llega a su fin y se hace el silencio. Solo entonces Rax se da la vuelta.

Pero no es Sloane quien le espera. Es su asistente, Adea Rite.

—Señorita Rite —dice Rax—. Me sorprende encontrarla a usted y no a ella.

—Ella ha decidido no venir.

Rax levanta las cejas.

—Se ha enterado de la destrucción del *Guadaña* —especula Rax. Adea confirma asintiendo con la cabeza—. Y también ha sabido que yo envié una transmisión.

—Dos transmisiones.

Es una pena que la Almirante Sloane no haya venido a hablarlo con él. Evidentemente, puede entender por qué no lo ha hecho. Sloane siente que le han mentido. Y es normal, porque así es. Y esa situación no acabará pronto. No puede acabar porque ella no puede saberlo todo. Todavía no.

Si tan solo pudiera confiar en él… Pero Sloane no tiene más que razones para desconfiar de él. Pero a veces los líderes son así, tienes que confiar en ellos, aunque no creas que están tomando la decisión correcta.

No. No hay que confiar. Hay que tener fe.

—Rae Sloane cambiará de opinión —concluye Rax, repentinamente confiado. Alarga los brazos y toma las manos de Adea, que lo observa con veneración. Pero hay algo más en esos ojos: un conflicto. Adea también respeta y admira a Sloane. Esto es duro para ella. Muy bien, como tiene que ser—. Hacemos lo que tenemos que hacer. El sacrificio del *Guadaña* fue necesario. Además, el Comandante Valent estaba conspirando con Loring. No podemos permitir más fracturas innecesarias. Era demasiado terco, incapaz de obedecer. Por no hablar de su incompetencia.

—¿Puedo compartir esta información con la Almirante Sloane?

Rax tira de los brazos para acercarla hacia él con delicadeza, hasta que Adea tiene la barbilla sobre su pecho.

—Sí. Puede hacerlo. Pero todavía no.

—Yo… tendría que volver.

Rax siente el latido del corazón de la chica junto al suyo. Ahora más rápido, como un conejo corriendo a toda prisa. Rax le pone un dedo bajo la barbilla y la levanta hacia él con suavidad.

—¿Volverá a pasar la noche? —pregunta.

—Yo…

—Tiene que hacerlo. Insisto.

Acerca su cara a la de ella, presiona sus labios contra los suyos. Frío contra calor. Un beso de fuego contra una esquirla de hielo.

El *Guadaña* ha sido destruido. El Comandante Valent y todos los tripulantes han muerto. Y es culpa suya. O se ha hecho de modo que parezca que es culpa suya.

Ahí, en el comunicador de Sloane, hay un mensaje enviado al *Guadaña* desde su puesto y con sus códigos de autorización. Solo texto. Sin imagen. Sin sonido. El mensaje le pedía al *Guadaña* que respondiera a una señal de alarma enviada desde un droide sonda Merodeador.

Entonces alguien bloqueó todos los mensajes entrantes del *Guadaña* para que no pudieran llegar las señales de auxilio del destructor. Y por último, la última pieza de un rompecabezas perturbador: un mensaje enviado a través de canales altamente encriptados. Enviado a la Nueva República.

Ese es él. Su presunto *consejero*, el Almirante de la Flota Rax. Lleva casi tres meses hablando con la Nueva República bajo el nombre de Operador. Pero parece que le interese más manipular al Imperio para destruirse a sí mismo, dándole así el margen necesario a la incipiente República. Les está dando armas y está colocando imperiales a tiro. Antes aún lo hubiera entendido: ciertos residuos del Imperio se movían por intereses propios. No quiere ni pensar lo que hubiera ocurrido si alguien como Pandion hubiera capturado el trono imperial.

Pero… ¿esto? ¿El *Guadaña*? Esto ha sido una ejecución. Porque está claro que fue el almirante de la flota quien envió las naves de la Nueva República desde su rol de Operador. Ha sido él quien ha azuzado la correa y les ha dejado olfatear el rastro de otra gran presa imperial. Miles de soldados han muerto a causa de ello.

¿Y por qué? ¿Con qué objetivo? Sloane camina de un lado a otro de su despacho, temblando, intentando entenderlo. El Comandante Valent era leal, ¿no? Quizá eso sea decir mucho. Sloane se sienta ante su holopantalla y abre toda la información que tiene sobre el *Guadaña* y el Comandante Valent. Todo parece normal… Un momento, ahí. Valent no pasó por la academia naval. Parece ser que fue directamente a la escuela de oficiales en Uyter… junto con el Gran General Loring.

Eso es. Otra rivalidad que desaparece. Otro disidente potencial al que se le corta metafóricamente el cuello. En lugar de intentar construir puentes por encima de las

diferencias y liderar desde el centro, Rax no tiene problema en alejarse a un extremo… y eliminar como bestias a todos los que no le sigan.

Sloane lanza un grito de rabia y tira al suelo todo lo que tiene sobre el escritorio. Un vaso de agua se vierte sobre la mesa y sale rodando. El pecho le sube y le baja a toda velocidad, furiosa, mientras se visualiza a sí misma entrando en los aposentos de Rax y agujereándole la frente con su bláster por todo lo que ha hecho.

«Este no es mi Imperio», piensa.

¿Pero cómo va a recuperar *su* Imperio? Denunciar abiertamente a Rax es una opción, pero esto puede tener consecuencias muy desfavorables para ella. Primero tendría que admitir públicamente que no es ella quien controla el Imperio. Y, en segundo lugar, Rax es un héroe de guerra. Y seas quien seas, como imperial, las medallas importan. En tercer lugar, podría pasar que la reacción fuera de indiferencia generalizada. «¿Y qué?», diría la gente. «¿Qué pasa si es un manipulador?» Palpatine también lo era. En el pasado, la semilla del Imperio se hizo fuerte precisamente porque él permitió que la República y los Jedi se destruyeran entre ellos. Y entonces se apoderó de la maquinaria de guerra existente, uniendo todos los rincones de la galaxia bajo el estandarte imperial. La gente seguramente tendrá fe en las decisiones de Gallius Rax, por extrañas y sombrías que sean. Denunciarlo a él es denunciarse a sí misma. O peor, cabe la posibilidad de sumir el Imperio en una guerra civil.

Es hora de dejar de vacilar. Es hora de ir a Quantxi y buscar los restos del *Imperialis*. Si queda algún droide, aunque sean trozos de chatarra, quizá pueda encontrar algo. Algo que pueda aportar información sobre quién es Rax o cuáles pueden ser sus verdaderas intenciones.

Con este pensamiento, Sloane se levanta de su silla con un objetivo renovado. Avanza a toda prisa hacia la puerta, la abre…

Ahí está Ferric Obdur con una sonrisa servil.

—Tenemos otra reunión para hablar sobre diseminación de información. Y deberíamos preparar un escrito sobre la pérdida de Arkanis. Ah, y es crucial que establezcamos los cimientos del futuro del Imperio. Por ejemplo, podríamos hablar sobre los incentivos de reproducción y…

Mientras Obdur habla sin parar, Sloane asiente con resolución. Sloane no puede evitar sentir que tiene las botas hundidas en un lodazal y que el barro se la va tragando lentamente, hasta llenarle la boca y los pulmones. Y lo único que puede hacer es ahogarse en el barro y ver desvanecerse ese Imperio al que adora.

INTERLUDIO

TAKODANA

Solo hay una regla en el castillo de Maz Kanata.

En realidad hay docenas de reglas, incluso centenares. Si subes al escenario tienes que actuar; no puedes beberte lo que hay en la jarra marrón; no puedes ir abajo; si tu mascota hace sus necesidades en cualquier lugar, te vas; todos los tratos necesitan la aprobación de Maz para tener efecto, y si intentas hacer un trato a sus espaldas va a embargar todo lo que tengan las dos partes y venderlo al mejor postor; y por encima de todo, no hay que mencionar los ojos de Maz a menos que se quiera entrar en una conversación que va a ser muy larga.

Pero solo hay una regla explícita, escrita en cientos de idiomas distintos, muchos de ellos ya desaparecidos, por todas las paredes: TODO EL MUNDO ES BIENVENIDO (PELEAS PROHIBIDAS).

A primera vista es una regla sencilla, pero respetarla no lo es tanto, ya que el castillo de Maz Kanata es un lugar de encuentro desde tiempos inmemoriales. Aquí se han vivido incontables momentos de lealtad y oposición. Es un lugar no solo donde pueden encontrarse amigos y enemigos, sino donde los conflictos más complejos se detienen momentáneamente y todos sus implicados pueden sentarse, tomar algo y comer, escuchar una canción y cerrar todos los tratos personales o políticos que hagan falta. Por eso las banderas que hay fuera del castillo representan cientos de ciudades, civilizaciones y gremios de todos los tiempos. La galaxia no se reduce a dos polos luchando por la supremacía, ni ahora, ni nunca. Hay miles de fuerzas en juego: no es como el juego de tirar de la cuerda entre dos equipos, sino más bien como una telaraña infinita de influencia, dominio y deseo. Clanes y sectas, tribus y familias, gobiernos y anti-gobiernos. ¡Reinas, sátrapas, caudillos! ¡Diplomáticos, bucaneros, droides! ¡Cortacódigos, especieros, trotamundos y jugadores! Repetid todos a una: TODO EL MUNDO ES BIENVENIDO (PELEAS PROHIBIDAS).

Si empiezas una pelea, estás perdido.

Cómo de perdido estás depende de Kanata. Quizá solo significa que te echan de una patada en el trasero. Quizá significa que acabas encerrado el tiempo que a ella le parezca oportuno. O quizá, si le caes realmente mal, te lleva a una de sus muchas naves, como por ejemplo la *Tua-Lu* (alias la *Suerte del Desconocido)* y te obliga a salir por la esclusa de aire y conocer de cerca las estrellas.

Ahora mismo, en la barra hay un oficial imperial de la ASI. Al menos, cree que todavía está en la ASI. Pero la verdad es que el agente Romwell Krass no sabe si la ASI

todavía funciona. Trabajaba en una prisión confidencial de la luna de Hyborea. Su familia vivía en la propia luna: su esposa Yileen, su hijo Qarwell y su padre, Romwell Sénior. Sus amigos de la Agencia de Seguridad Imperial también vivían ahí. Krass trabajaba muy duro para asegurar el transporte discreto de prisioneros del Imperio. Aparte de esto, el trabajo en la luna de Hyborea era muy fácil. Era una cárcel segura. El trabajo era fácil, limpio. Vivía en una casa a orillas de uno de los lagos de aguas termales. Y al final de su servicio le esperaba una mención por el trabajo realizado, por la lealtad, por el valor demostrado.

Y entonces llegaron los rebeldes. No se atreverá a utilizar el nombre de República, ni antigua ni nueva. Son escoria anarquista que no merecen esa distinción. Su pequeña flota salió del hiperespacio y, antes de que nadie entendiera lo que estaba ocurriendo, se desató el caos. Abrieron fuego sobre los edificios que quedaban. Abrieron fuego sobre las casas.

La descarga de rayos láser arrancó del suelo la casa de Romwell. Su familia estaba dentro cuando ocurrió. Ellos están muertos y él está vivo porque cuando la escoria rebelde invadió la cárcel, corrió a la nave más cercana y huyó al hiperespacio antes de que pudieran darle caza.

Esto pasó hace meses. Se puso en contacto con Coruscant. La agencia estaba asediada. Les dijo que iría a ayudar, pero no lo hizo. En lugar de ello se puso a dar vueltas. Merodeó durante un tiempo, llorando sobre las imágenes de su familia, gritando de rabia contra los causantes de todo esto. Todavía ahora se le llenan los ojos de lágrimas al pensar en ello. Es como si un monstruo quisiera salir de su interior aullando, dando zarpazos y lanzando fuego por la boca.

Llegó aquí hace un par de días, buscando información, intentando descubrir al responsable de todo lo ocurrido. ¿Quién dio la orden de destruir su hogar? La República se enorgullece de ser una institución noble, y van todos con la nariz bien alta, una nariz llena de rectitud, virtud y otras mucosidades. Entonces, ¿cómo justifican lo que hicieron? ¿Por qué mataron a su familia? Su hijo Qarwell solo tenía cinco años. Le gustaba hacer dibujos en el polvo lunar. Tenía un droide ratón MSE como mascota. Era un niño dulce y divertido, con un vocabulario muy amplio y un corazón todavía mayor. Algún día hubiera sido un oficial excelente de la Agencia de Seguridad Imperial. Mejor que Romwell. Mejor que su abuelo.

Ahora el niño ha muerto, y es culpa de los rebeldes.

Maravillas del destino, ahora mismo, aquí mismo… Romwell ve a uno de estos rebeldes. En un rincón del bar, cerca del escenario, está sentado su enemigo.

El rebelde es un tipo esbelto con mandíbula de chico guapo y una mata de pelo oscuro. En la manga de su chaqueta de piloto lleva el emblema de la llamada Nueva República. Está con una mujer. Mueven la cabeza al ritmo de la música. Una canción disparatada de Minian Weil y los Tres de Tam-honil.

Romwell tiene cerca uno de esos carteles. Todo el mundo es bienvenido, peleas prohibidas, bla, bla, bla. Lo sabe. Lo entiende.

Pero… ha estado bebiendo.

Y ese rebelde es piloto. Los rebeldes acabaron con la luna de Hyborea. Los pilotos lo hicieron posible. Todavía se acuerda de los tres cazas Ala-Y pasándole por encima, dejando caer toda su carga. Apostaría algo a que este tipo es piloto de un caza Ala-Y.

Krass lo decide al momento. Está seguro de que ese pedazo de escoria rebelde fue uno de ellos, uno de los asesinos de su familia. ¡Anarquista! ¡Asesino! Está convencido de ello. No tiene motivo alguno para estar seguro… pero cuanto más bebe, más sólida es su certidumbre.

En un momento determinado la banda deja de tocar. Hay una pausa entre conciertos. Una vez más, el bullicio de la parroquia del castillo le impregna los oídos. Es el momento de ponerse en pie. Paga lo que debe dejando caer un puñado de créditos imperiales en la barra. Romwell se abre camino entre tres Chadra-Fan que lanzan dados en una mesa de juego mientras sueltan chillidos estridentes. A continuación choca con una mesa de comerciantes bravaisianos que tienen las manos llenas de gemas relucientes y se dedican a lamerlas. Los alienígenas le graznan, pero le da igual. Entonces pasa junto a un skrilling de cara triste que duerme sobre la mesa junto a una jarra redonda de vino burbujeante. Romwell pasa los dedos por el asa de la jarra y la levanta. Está llena. Es pesada. Es perfecta.

La mujer lo ve antes. Romwell lleva su uniforme negro de oficial. Hace tiempo que no se lo quita. La mujer abre los ojos como platos y agarra al piloto del hombro. Justo cuando el matón rebelde se da la vuelta, Romwell masculla, con la voz arrastrada del que ha estado bebiendo:

—Tú mataste a mi familia.

Entonces le da un golpe en la cabeza.

Es decir, intenta darle un golpe en la cabeza. La jarra pesa bastante y el traidor rebelde no está borracho, así que el piloto se aparta a tiempo y recibe el golpe en el hombro. Cae al suelo, y Romwell echa a reír. Una risa turbia.

Lo que le sorprende es que la mujer se pone en pie y le asesta un puñetazo en la cara. Su nariz hace un ruido como un fruto maduro cayendo del árbol. Romwell suelta un grito, tambaleándose hacia atrás.

—Ese no es un comportamiento propio de una dama —dice, pero entre la borrachera y la sangre que le cae por la cara, suena más bien a: *Esse nn ss um cmmprtamnto prrppo ddnna dma*.

Alguien lo agarra del tobillo. ¡El rebelde! Su enemigo tira de él con fuerza. El mundo entero da vueltas cuando Romwell cae sobre una silla. A su alrededor se han concentrado numerosos clientes del castillo, que los observan: gente rara con máscaras, alienígenas de aspecto repugnante, mercenarios con expresión de desdén. Criminales, todos. Está a punto de gritarles a todos que dejen de mirarle cuando el rebelde se le echa encima y empieza a pegarle puñetazos en la barriga.

—¡Maldito cerdo imperial! —grita el rebelde, golpeando sin parar.

Romwell escupe su propia sangre en la cara del rebelde y lo empuja con fuerza con las dos manos. El piloto cae de espaldas sobre una mesa. Varios vasos salen rodando y se rompen. Y entonces todo el mundo empieza a apartarse.

Romwell tarda un poco en entender por qué. Demasiado.

Un droide se alza sobre él. El droide de protocolo más extraño que ha visto jamás. Tiene un exoesqueleto que parece de broncio bruñido, y tiene pinchos por todas las piernas, los brazos y la cabeza. Primero habla en algún lenguaje de máquina y a continuación lo repite en básico, con una voz mecánica femenina:

—*Habéis transgredido la regla del Castillo. El Castillo lo es todo. Castigo inminente.*

—Y lo volvería a hacer, sucia…

La droide apunta una mano hacia él, con los dedos extendidos. De repente, las puntas de los dedos salen disparadas hacia él como pequeños cohetes que se le pegan a la camisa. Romwell ve cinco filamentos dorados que conectan la mano de la droide con las puntas de los dedos, que están clavadas en su pecho.

Las manos de la droide se iluminan. A través de los filamentos le llega una descarga eléctrica. Romwell siente como si todo el mundo se convirtiera en una supernova.

Y entonces se apaga como la noche más profunda.

Cuando recupera la consciencia, está resollando en un catre asqueroso cubierto de paja maloliente. Las cadenas que sujetan el catre a la pared de ladrillos repiquetean cuando rueda sobre sí mismo. Tiene la cabeza como una calabaza apaleada por muchos niños. Vomita en sus propias manos.

El suelo es húmedo y frío. Hay una puerta de madera antigua, sostenida por goznes de hierro ancestral. Por encima de la puerta hay una pequeña ventana. Romwell se arrastra hacia la puerta y se levanta hasta la ventana. Mientras tanto, su cerebro parece que intenta abrirle la frente para salir. Aprieta la cabeza contra los pequeños barrotes de la ventana.

—Ayuda —susurra. Entonces lo repite, más fuerte—. ¡Ayuda!

—Estamos acabados —le dice el rebelde, que está mirando por una ventana parecida, sobre una puerta parecida, al otro lado del pasillo. Del techo abovedado gotea agua—. Asúmelo, cerdo, nos hemos pasado de la raya. Ahora tenemos que pagar por ello.

—No tienes ni idea de lo que dices —replica Romwell, que va recuperando la sensibilidad en la garganta. Traga saliva y se eructa en la mano.

—Sé que hay una regla y que la hemos quebrantado. ¿Por qué te me has acercado de ese modo? Yo no maté a tu familia.

Romwell piensa: «¿Eso he dicho?». Quizá sí.

—Bueno, no tú específicamente, sino tu gente. Ellos mataron a mi familia. A mi hijo.

El rebelde frunce el ceño y baja la mirada hacia sus dedos, agarrados a los barrotes.

—Si eso es lo que pasó, entonces lo siento mucho. Pero la guerra no es un juego de precisión, por mucho que nos gustaría que lo fuera.

—Eso es lo que te dices tú para poder dormir por la noche, escoria.

—Oye, no fuimos nosotros los que destruimos un planeta entero. Fuisteis vosotros.

—¡No fui yo quien dio la orden!

—Ni yo maté a tu familia.

—Pero tu creencia en esa ridiculez de «la República» contribuyó a…

Desde un extremo del pasillo, una voz aguda da una orden:

—¡Silencio! —es una voz de mujer. Suena a mujer mayor. Sus pasos se acercan por el suelo de piedra.

Aparece una mujer menuda. Es Kanata. Tiene un aspecto marchito y apergaminado, como una fruta dejada demasiado tiempo en el árbol. Camina con las manos a la espalda, observando al rebelde y al imperial con los ojos fruncidos por debajo de unas enormes lentes redondas.

—Mmh —murmura Kanata.

—Oiga, Señorita Kanata —dice el piloto—, ¿o Señora Kanata? Sea como sea, sentimos mucho lo que hicimos. Si a ese animal no se le hubiera pasado por la cabeza atacarme…

Romwell lo interrumpe:

—¿Animal? ¿Animal? Tú y tus rebeldes sois los animales. Bombardeáis indiscriminadamente…

Maz. Kanata los hace callar con un siseo. Suena como la lengua de una serpiente. Romwell se sorprende de lo efectivo que resulta. Los dos cierran la boca al instante.

Maz se acerca a una escalenta de dos peldaños que hay junto a la pared y la arrastra hacia la puerta de la celda de Romwell. Se aclara la garganta y sube a la escalenta. Ahora puede ver a través de la ventana.

—Deja que te vea —Kanata ajusta una de sus lentes—. Ven, ven. Acércate un poco.

¿Qué está haciendo está vieja pirata loca? Romwell aparta la cabeza de ella. Kanata chasquea la lengua.

—O te acercas más o haré que baje Emmie a darte una terapia de choque. ¿Mmh?

Murmurando entre dientes, Romwell hace lo que le pide. Se acerca a ella.

Kanata entrecierra los ojos, pequeños como pasas, y se relame los labios con una lengua púrpura oscura.

—Veo dolor en tus ojos. Pérdida. Arrepentimiento. Tú también has causado dolor. Tú has causado pérdidas —entonces aprieta los labios—. Parece que la balanza está equilibrada. En cuanto a tu gente…

—¿Qué quieres decir con lo de la balanza? ¿Qué pasa con mi gente?

—El Imperio ha muerto —afirma Kanata—. Puedes pensar que todavía le queda vida y el resto de gente puede decir que está moribundo, pero yo te digo que ha muerto. Pero incluso en un cadáver aparece vida nueva: moscas, hongos y demás. Del cadáver del Imperio también surgirán nuevas vidas. Pero por ahora, está muerto —mientras dice esto, abre el cerrojo de la puerta. Baja de la escalera y deja que se abra la puerta—. Puedes irte. No vuelvas por aquí. Y te recomiendo que no compartas tu dolor con el resto de la galaxia. Será mejor que encuentres paz por ti mismo o irás de mal en peor.

Romwell no sabe qué decir. ¿Debería darle las gracias? ¿Insultarla? O mejor todavía, ¿no decir nada? Como única reacción, mira fijamente al rebelde. Kanata parece leerle la mente.

—No te preocupes por él. También lo dejaré marchar. Pero solo cuando haya visto tu nave desapareciendo en el cielo por encima de mi castillo.

Romwell asiente con la cabeza. Y se va.

Más tarde, cuando Romwell ya se ha ido y el piloto rebelde también, Kanata está sola en uno de los pequeños miradores que dan al lago Nymeve. Su cuerpo se balancea suavemente, como mecido por fuerzas invisibles de varias direcciones a la vez. Se le acerca ME-8D9. Es una droide muy vieja, lleva más tiempo en este castillo que la propia Maz. Ha visto tantas cosas en esta galaxia que hacer un vaciado de las profundidades de su banco de datos sería un esfuerzo fútil, una verdadera locura. Maz le pregunta si Minian Weil y su banda tienen las camas listas para pasar la noche. La droide le responde afirmativamente.

—Se ha restablecido la paz en el Castillo —dice 8D9.

—Muy bien, muy bien, muy bien. Pero todavía no estoy en paz. Algo va mal. Siento una perturbación en la Fuerza. Las aguas están turbias. Resulta difícil de ver, pero creo que será mejor que estemos preparadas.

—Por favor, defina el rumbo a tomar.

—Prepara la *Suerte del Desconocido* para despegar. Quiero echar un vistazo por la galaxia. A ver qué puedo *ver*.

—Aceptable.

La droide no le pertenece. ME-8D9 no le pertenece a nadie. Se pertenece a sí misma, como tendría que ser. Maz la oye alejarse, entonces cierra los ojos e intenta sentir los temblores en la galaxia, la urdimbre y la trama de la Fuerza cambiante.



CAPÍTULO QUINCE

Uno a uno, los miembros del grupo van llegando al Jardín Celeste, por encima del Distrito de la Polis de Ciudad Hanna. Aquí es donde los ciudadanos se reúnen a menudo para debatir públicamente sobre política. Parece ser que es una de las actividades preferidas de la gente de Chandrila. A Norra todo esto le parece muy aburrido. Preferiría irse a casa y hacerse la comida, o salir sin una actividad concreta. Lo que sea, menos hablar de política. Sí, reconoce que estos debates tienen su valor, participar en la democracia y todo eso. Pero preferiría estar a cien pársecs de todo esto.

Afortunadamente, hoy no se hace uno de estos debates. El Jardín Celeste ha sido sellado. Ahora mismo, solo están ellos.

—Está pasando algo —dice Jas, apoyándose en un macetero, con los brazos cruzados, mascando un palo pizo. Es una rama seca y curada de un árbol llamado suaváscaro; los chandrilanos la mascan para extraerle el jugo y mantenerse despiertos. A los pilotos les gusta especialmente, y lo mascan siempre que pueden—. Todo esto que está ocurriendo es un poco extraño. Desaparecen dos héroes de la Rebelión. Entonces el droide sonda llama a un destructor estelar. Y Tashu está involucrado de algún modo en todo esto. Me da muy mala espina.

Sinjir se pone cómodo en un banco. Desenrosca el tapón de un frasco de mercurio deslustrado y le da un trago, chasqueando los labios.

—Tashu es como un pájaro atrapado en un turboascensor, dando vueltas y aleteando como un loco. Pero en todo caso respondió a mi pregunta sin pensárselo ni un segundo.

Quería que yo lo supiera, lo cual me hace pensar que el exGeneral Solo está en apuros de verdad.

Norra asiente con la cabeza.

—O está en problemas, o lo estamos nosotros.

Espera que su hijo salga con algún comentario chocante… se le da muy bien cuando todas las fichas están sobre la mesa. Pero en lugar de ello está sentado a un lado, mirando al vacío, distraído. Taciturno. Norra piensa: «Será mejor que hable con él cuando acabemos con todo esto». Y entonces se pregunta: «¿Debería contarle lo de Wedge? ¿Qué va a pensar?»

La invade el pánico.

Mientras tanto, Jom camina de un lado a otro, moviendo el cuello y estirando los brazos.

—Esos cazarrecompensas me dejaron fatal —dice, mientras mueve las articulaciones y oye cómo crujen. Gruñe y se encoge de hombros—. Quizá sea hora de aceptar que Han Solo no es nuestra misión. Tenemos objetivos de verdad. Quizá tenga que recordaros que teníamos a la Almirante Rae Sloane en el punto de mira en Akiva… y resulta que se ha convertido nada más y nada menos que en líder militar del Imperio. Vamos a dejar en paz a Han Solo. Quiero que lo volvamos a intentar con Sloane.

Por detrás de ellos, el Señor Huesos está persiguiendo una mariposa. La encierra cautelosamente en una de sus manos afiladas… y le arranca las alas.

Norra vuelve a concentrarse en el tema e interviene:

—Te recuerdo que si no fuera por Leia y Solo, ese generador de escudos se habría mantenido activo y todavía existiría la Estrella de la Muerte —se le revuelven las entrañas al pensar cómo hubiera podido acabar todo. Estaban en inferioridad numérica y tenían menos potencia de fuego. Entonces ese rayo de la estación de combate atravesó la oscuridad del espacio y destruyó el *Libertad* y el crucero mon calamariano *Nautilio*. Tiene que concentrarse en mantener la calma, pero no puede evitar inyectar un poco de veneno en su voz al añadir—: No estaríamos aquí hablando si no fuera por él. No estaría mal un poco de lealtad, Barell…

Cerca de ellos se escucha una ligera campanilla cuando la plataforma del turboascensor que hay en el centro del parque empieza a elevarse. Llega un pequeño grupo de gente.

Ackbar va primero, avanzando con paso firme. Su cabeza inclinada hacia delante denota decisión. A su lado va Leia, que le habla con intensidad y cara de preocupación. Wedge camina junto a la Comodora Agate.

Wedge. Levanta la mirada y se encuentra con la de Norra. Y, por un momento, Norra siente que todas sus preocupaciones caen como una mochila muy pesada desprendiéndose del hombro.

Este momento termina con el sonido brusco de Ackbar aclarándose la garganta. Tiene los labios apretados y parece listo para hablar.

Sinjir suelta un silbido lento y suave. Norra se inclina hacia él y le da una patada en la espinilla. El eximperial gruñe y se sienta bien derecho mientras se limpia con la mano un resto de licor del labio. Embriagado de licor, Sinjir les susurra sonoramente a los demás:

—Estamos a punto de recibir una bronca del comandante de la academia, niños. Chsss.

—Esto no es una bronca —replica Ackbar bruscamente.

—El equipo actuó bajo mi petición —interviene Leia. Y entonces añade con amargura—. Soy yo quien debe recibir una reprimenda.

—Señor —dice Norra—, con los debidos respetos…

Pero el mon calamari hace eso que tan bien se le da: hacer callar a alguien con tan solo una mirada. Ackbar clava en Norra sus intensos ojos dorados.

—Han Solo, según tengo entendido, ha renunciado a su cargo militar. Y aunque no lo hubiera hecho… no podemos dedicar todos los recursos de la Nueva República a buscar a un hombre que se ha escondido voluntariamente. Ya estamos haciendo demasiados esfuerzos. Dominamos pocos sistemas, tenemos poca fuerza. Su equipo, Teniente Wexley, está dedicado a un solo objetivo, y encontrar a un contrabandista, por muy eficiente y buena persona que sea, no es ese objetivo. Su búsqueda de Han Solo termina ahora. Volverán a perseguir criminales de guerra imperiales con la mayor prontitud.

—No.

Una única palabra, salida como de la nada. Norra empieza a preguntarse quién la habrá pronunciado, hasta que se da cuenta…

Ha sido su propia voz.

Ackbar se queda boquiabierto. Sus orificios nasales aletean y frunce el ceño.

Norra vuelve a decirlo. Le gustaría poder atrapar las palabras antes de que salgan por su boca y hacerlas volver a su garganta, pero todo esfuerzo es en vano.

—No. No lo haremos. La Nueva República tiene una gran deuda con Leia y Solo. Él ha desaparecido y creo que está en peligro. El Imperio no quiere que le encontremos, razón de más para buscarle. Con los debidos respetos, continuaremos buscando a Han Solo.

«Oh, no. ¿Qué estoy haciendo? Cállate, Norra. ¡Cállate!»

Sus miedos se ven reflejados en los ojos de Wedge, que están abiertos como lunas. Wedge la mira y niega con la cabeza, intentando hacer que pare.

—¿Está desobedeciendo una orden? —pregunta Ackbar.

«No», piensa Norra. «No lo haría jamás. Soy piloto. Soy soldado. Soy… rebelde».

Oh.

—Sí —responde Norra. La palabra sale como una erupción—. Estoy desobedeciendo su orden. Renuncio a mi rango militar. Estamos haciendo lo correcto y tengo la intención de seguir haciéndolo, independientemente de quién se interponga en mi camino. Voy a encontrarle yo sola.

Sinjir se reincorpora, sonriendo como un loco.

—Vaya, vaya. Esto ha dejado de ser aburrido.

Jas también lo observa todo con una sonrisita en los labios, aunque Norra no sabría decir si esa sonrisa es de aprobación, de diversión o de otra cosa.

Por otro lado, Jom pone cara como si acabara de comerse un trozo de carne podrida.

¿Y Temmin? Temmin ya está a su lado.

—Estoy contigo, mamá.

Leia da un paso adelante y coge las manos de Norra.

—Teniente Wexley…

—Norra.

—Norra, por favor, piénsatelo bien. No te hagas esto. No lo hagas por mí.

—¿Por qué no? Tú lo harías por mí, por todos nosotros. Esa persona que vemos en los holovídeos… la princesa, el general… No es una creación, no es propaganda. Eres tú. Has sacrificado tanto por nosotros… Perdiste tu planeta; al menos deja que te devuelva a tu marido —entonces Norra se acerca a ella y añade en voz baja—. Y un niño necesita a sus padres. Ahora lo sé.

Leia parece quedarse sin palabras. Lo único que puede hacer es asentir suavemente con la cabeza.

—Entonces está hecho —concluye Norra con el corazón bombeando sangre a toda prisa, y un poco en estado de pánico. Se siente sobresaltada, como si estuviera al borde de un abismo. Pero sienta bien. Sabe que está haciendo lo correcto—. Supongo que en esta reunión ya no es necesaria la ciudadana Norra Wexley. Si me excusa, Almirante, tengo cuestiones urgentes.

Las cuestiones urgentes de Norra incluyen, en orden:

a) Esforzarse mucho por no vomitar.

b) Esforzarse el doble por no desmayarse.

c) Sentirse a la vez perdida y libre, que probablemente es la razón por la que está a punto de vomitar y desmayarse.

Está sentada al otro lado del Jardín Celeste, lejos de los demás, donde no la ven. No se puede ir, todavía no. Le tiemblan demasiado las piernas. Y tampoco está segura de adonde va a ir.

Ese es el problema. Durante muchos años ha avanzado por unos raíles, ha avanzado por unas vías que no eran suyas. Estuvo a punto de saltar de esas vías en Akiva, pero no tardó en llamarle el deber y una vez más se vio arrastrada por la causa de otros. Y la verdad es que era confortable. Era fácil.

Cumplir órdenes es sencillo.

Pero la galaxia no es sencilla, ¿no? En el Imperio solo había órdenes, y la Alianza Rebelde iba a cambiar todo eso. Iba a dejar la casa patas arriba y hacerle un gesto obsceno antes de salir. Al Imperio no le importaban las personas individuales, solo le importaba el propio Imperio. Y sigue siendo así. Pero Norra quiere volver a preocuparse

por la gente, no por las órdenes, ni por los gobiernos. Ahora mismo añade un punto más a la lista de *cuestiones urgentes*, esforzarse por no llorar.

No lo logra. Rompe a llorar. Siente un temblor en los hombros y lanza un sonido desesperado, casi animal. Brentin, su marido, el padre deTemmin. Brentin desapareció precisamente porque se vio arrastrado por la causa de otros. Y ahora ella ya no tiene ninguna posibilidad de recuperarlo. Porque Norra eligió un camino más grande, más noble… que no era el suyo.

Era el de él. Era la causa de Brentin. Él era el rebelde. Ella solo quería cuidar de hijo. La galaxia ya se arreglaría sola. O eso pensaba entonces.

Se inclina hacia delante, secándose las lágrimas con el antebrazo.

Una mano se posa sobre su hombro. Es su hijo. Norra lo abraza. Él se resiste un poco, pero entonces se entrega al abrazo. Cerca de ellos, junto a una arboleda de hojavuelos, están Sinjir y Jas, con Huesos tambaleándose detrás.

—Perdón por lo que acabo de hacer —les dice Norra—, ya sé que os estoy abandonando a todos, al equipo…

—Cállate —responde Jas, mirándola de reojo—. Estamos contigo.

—¿Qué?

—Te ayudaremos a encontrar a Solo.

Sinjir ríe por la nariz.

—Aquí la Señorita Cazarrecompensas incluso ha negociado una paga impresionante por el trabajo.

—Cállate, Rath Velus.

—Diez créditos. Diez. Nos van a pagar tanto que probablemente nos podamos partir un bollo humeante de kofta o comprar cuatro botellas de zumo de jogan. Botellines. Seremos más ricos de lo que hayamos soñado jamás. Eso… si lo que hemos soñado siempre es vivir en la miseria más absoluta. Te has ablandado, Emari.

—Como ha dicho Norra, tenemos deudas. Yo pago la mía.

—¿Y Jom? —pregunta Norra.

Jas frunce el ceño.

—No. El muy cobarde se queda con ellos. Antilles también.

—Está bien. Tienen que seguir su camino, y nosotros el nuestro. Vamos a trabajar —respira profundamente, preguntándose en qué se están metiendo exactamente—. Han Solo no va a rescatarse solo.

TERCERA PARTE



CAPÍTULO DIECISÉIS

Delante de ellos se extiende la pradera árida.

Los arbustos ki-a-ki se estremecen con el viento cálido; el suave temblor de sus ramas con pinchos hace pensar en un animal intentando pasar desapercibido. La yerbased conspira con la brisa, intercambiando susurros silenciosos. Unas nubes como plumas rojas atraviesan el amplio cielo rojizo. Una nave solitaria atraviesa el cielo. Probablemente una nave de carga, de las pocas que se aventuran hasta este planeta distante: Irudiru.

Ahí abajo, entre la hierba y los arbustos, hay un complejo de siete edificios. Son todos bajos y rectangulares. Están hechos de ladrillos claros y morteros color sangre. Todos tienen techos con refuerzos metálicos, claraboyas redondas y depósitos de recogida de agua.

Sin embargo, uno de los edificios es distinto: es ligeramente más grande y ostentoso que los demás. La casa está rodeada por un porche cerrado, un jardín de plantas resistentes a la sequía y una serie de holoestatuas resplandecientes, que van cambiando. Por el recinto va flotando un droide con numerosas extremidades extensibles, que cuida las plantas y ajusta las estatuas.

Aparte de esto, el complejo está totalmente quieto y en silencio. Y lleva así casi todo el día.

Este es el complejo de Golas Aram.

El equipo sabe poca cosa acerca de Aram, pero quizá lo suficiente: es un siniteeno de cabeza grande que en su día trabajó de arquitecto para el Imperio Galáctico. Más

concretamente, arquitecto de cárceles. Aram diseñó algunas de las cárceles más importantes del Imperio, entre ellas el Lemniscato que hay por debajo de Coruscant, la cárcel-asteroide flotante de Orko 9 y la Colonia Penitenciaria de Goa. Se dice que la especialidad de Aram era construir cárceles auto-sostenibles, cárceles de las que fuera imposible escapar. Lo consideraba su forma de arte.

La cuestión es que no solo trabajaba para el Imperio. También iba por libre, ayudando a diseñar y construir cárceles para el Kanjiklub, para el Cártel de Junihar, incluso para Splugorra el hutt.

Supuestamente, Aram ya está retirado.

Sea como sea, Aram es la única conexión imperial que tienen aquí, en Irudiru. Es la única pista sólida que tienen. Pero… ¿qué pasará cuando tiren de este hilo? ¿Encontrarán a Han Solo? ¿O fracasará el plan entero? ¿Podrían estar poniendo en peligro a Han Solo? Lo que saben acerca del paradero de Han Solo es más bien poco. El *Halcón Milenario* tuvo problemas cerca de la Estación de Warrin. Han hizo una transmisión poco después… sea lo que sea lo que investigaba, surgieron problemas. Teniendo en cuenta la presencia del droide Merodeador, además de la información de Sol Negro y el regodeo maníaco de Tashu al hablar de Irudiru, hay razones de sobras para preocuparse. Y si Han estaba aquí investigando sobre Aram, ¿entonces qué? Aquí se acaba su reconstrucción de la historia. ¿Por qué iba a estar investigando sobre Aram? ¿Aram sorprendió a Solo husmeando por aquí? ¿Está encarcelado Han Solo? ¿O está buscando a alguien que está encarcelado? En todo caso, es todo lo que tiene, así que aquí están.

Desde su escondite en lo alto de una pequeña colina con forma de altiplano, Norra repta un poco hacia delante, apartando las matas afiladas de yerbased como si fueran cortinas. Mira por sus macrobinoculares. Utilizando el dial lateral, busca primero firmas de calor y luego pasa a los indicadores eléctricos y electrónicos. Detecta una serie de puntos de peligro repartidos por el complejo, que brillan en rojo en el visor.

—Ya los veo —le dice a Jas, que está escondida en el manto de hierbas altas, a pesar de estar a tan solo unos metros de ella.

Los binoculares indican que el recinto está rodeado por una verja invisible: una barrera de láseres ocultos, imposibles de ver pero que te despedazarían si los atravesaras. Los alrededores del recinto están sembrados de minas, tanto por dentro como por fuera de la verja invisible. Por último, hay varios droides-torreta repartidos por el complejo. Están camuflados cerca de vaporizadores, y parecen parte de los mecanismos. Suponen un gran peligro.

—Todo el lugar está listo para la guerra —dice Jas a través de la hierba—. Aram se protege. Entiendo que esté paranoico, teniendo en cuenta los cambios que se están produciendo por toda la galaxia, pero esto es otro nivel completamente distinto. Tiene miedo. Y no ha salido desde hace días.

Detrás de ellos Norra oye a Temmin, que está trabajando en algo. Un repiqueteo metálico seguido del zumbido de una microllave al girar. Norra está a punto de preguntar qué está pasando ahí atrás, cuando la hierba se agita y aparece Sinjir, gateando.

—¡Ay! —exclama, flexionando la mano y llevándose a la boca el nudillo del pulgar—. Esta hierba me está cortando a tiras.

—Lo que hace es beberse tu sangre —le explica Jas, acercándose a él—. La yerbased se alimenta de las criaturas que pasan a través de ella. Pequeños tragos de pequeños cortes.

Sinjir frunce el ceño.

—Maravilloso. He venido a dar mi informe horario. Mi informe horario es: me aburro. Me muero de aburrimiento.

—Tu informe horario siempre es el mismo —bromea Norra.

—Porque es así cada hora.

—Yo tengo el mismo informe —interviene Temmin, gateando hasta ellos—. En serio, esto es terrible. Tengo ganas de prenderle fuego a esta hierba. Y a estos arbustos espinosos. Y a las moscas —como para ilustrarlo, se golpea con una mano el reverso de la otra—. ¿Lo veis? Ay. Tendría que haberme quedado en Chandrila.

—¿No podemos volver a Kai Pompos? —pregunta Sinjir—. Llegaríamos al anochecer. Hay un pequeño antro al final del pueblo. Tienen un destilador con el que fermentan una raíz, raíz de korva. Volvemos ahí, nos tomamos una copa o dos bajo las lunas de Irudiru, nos replanteamos nuestra estrategia…

—Esto es una misión de investigación, de recogida de datos —replica Norra, con actitud de madre diciéndole a su niño que se esté quieto—. Nos quedaremos aquí hasta que tengamos todos los hechos.

—El hecho —dice Temmin— es que este hombre no va a salir. Está enterrado como un sangríptero —habían oído rumores de que Aram era cazador, y pensaban que quizá esto les daría una oportunidad de acercársele. Pero hasta ahora, nada. No ha salido a buscar provisiones ni a respirar aire puro. No le han visto el pelo. Solo droides—. Vamos a hacer una cosa. Activamos al Señor Huesos… —el droide está escondido detrás de ellos, con su cuerpo esquelético plegado, la cabeza agachada y los brazos alrededor de las rodillas— y dejamos que baje ahí, que encuentre al tipo y lo arrastre hasta aquí arriba. Y entonces lo interrogamos. Muy fácil.

—Sí, tan fácil como cazar pájaros con un martillo —murmura Sinjir.

—Silencio, todo el mundo —ordena Jas—. Temmin, ¿me has construido lo que te he pedido o no?

—Sí, sí —busca en el bolsillo y saca un par de dispositivos que le caben en la palma de la mano. Uno es un cartucho de lanzaproyectiles modificado. En el exterior del cartucho hay una cabeza de circuitos, y en la punta de esta cabeza hay cuatro pequeñas puntas. Como mandíbulas de insecto. El segundo dispositivo es redondo, pequeño como un botón, con una pequeña antena en zigzag.

—Es un bicho espía —explica Temmin, impresionado de sí mismo.

—En este planeta ya hay suficientes bichos sin que tengamos que añadir más —protesta Sinjir—. Y antes de que alguien me corrija… sí, ya lo sé… es un micrófono espía, no un bicho de verdad y… dejémoslo. Muy bien, Jas. ¿Y ahora qué?

—No podemos verle, así que tendremos que escucharle. Voy a cargar esto en mi rifle y lo dispararé directamente a su casa. Entonces… —saca el segundo dispositivo— escucharemos por este auricular personalizado.

—Muy inteligente —comenta Sinjir—. Pero todavía no estoy seguro de lo que hago aquí.

Jas le da el auricular.

—Tú vas a escuchar.

—Tremendo —hace una mueca y se coloca el auricular en la oreja.

La cazarrecompensas se descuelga el rifle lanzaproyectiles de la espalda. Una vez más, Norra hace un barrido del complejo con los binoculares.

Un rebaño de animales ha llegado junto al perímetro invisible. Docenas de bestias de piel curtida, cuello alargado y patas largas. Algunas se paran a mordisquear las matas de arbustos ki-a-ki, mientras que otros se enfrentan entre ellos golpeándose con unas protuberancias huesudas que les salen de su estrecho morro. Norra está bastante segura de que se llaman moraks. Son grandes, pero herbívoros. Pero no le gustaría que lo aplastaran esas patas tan largas y esos pies con garras.

Con el pulgar, Jas abre un bípode que hay al final del cañón del rifle lanzaproyectiles para darle estabilidad. Se acerca el visor al ojo. Norra la observa a través de la hierba. Jas respira hondo y entonces exhala lentamente hasta que no le queda aire. Se queda inmóvil…

Es sorprendentemente parecido a lo que Luke le enseñó a Leia, ¿no? Apagar el mundo, ser consciente pero quedarse vacío. Como una taza que vas a llenar. Claro que Jas lo hace para poder matar de forma más eficiente.

El dedo de la cazarrecompensas está pegado al gatillo.

Pero entonces…

Los moraks miran hacia arriba, todos a la vez. Un gesto de alarma.

Norra alarga el brazo y toca el hombro de Jas.

—Espera.

—¿Qué? —pregunta Jas.

—Pasa algo.

Sinjir se saca el auricular de la oreja, frunciendo el ceño.

—Esta cosa está estropeada. Hace un ruido… un pitido muy agudo. Insoportable.

Allá abajo los moraks empiezan a moverse todos a la vez. Movimiento de rebaño. Empiezan andando y luego galopan, avanzando con sus piernas largas y huesudas con una agilidad que a Norra le parece sorprendente.

Los animales se dirigen hacia la colina donde está el equipo.

Cada vez se acercan más.

El suelo empieza a vibrar.

Seguramente la colina es demasiado empinada, no podrán…

Los animales llegan a los pies de la colina y empiezan a subir por una ladera. Sus patas con garras avanzan a toda velocidad. Norra acaba de comprender para qué sirven esas garras. El rebaño deja atrás una espiral de polvo.

«Vienen hacia nosotros».

—Tenemos que movernos —dice Norra—. ¡Moveos!

Todo el equipo se pone en pie y da media vuelta, corriendo a través de la hierba. Los moraks ya han subido la ladera de la colina, balando y soltando mucosidades por los hocicos. El suelo tiembla bajo la estampida del rebaño.

Norra nota que la hierba le va haciendo cortes en los brazos, pero no hay tiempo para preocuparse por eso. Todos corren a toda prisa. Todos excepto Huesos, que se ha quedado escondido, confiando en que resistirá los golpes de los moraks. Norra ni siquiera sabe adonde tienen que ir. ¿Correr en línea recta? ¿Girar a un lado? Los moraks se les acercan por detrás.

Uno pasa corriendo junto a Norra en un galope pesado y la golpea con su largo cuello. Es dos veces más alto que ella. Norra logra esquivar el golpe y lo deja pasar. Pero por detrás llegan más. Por delante de ellos, aunque todavía no se ve, está la otra ladera de la colina. ¿Qué tienen que hacer? ¿Correr hasta allí, intentando no caer? ¿Agacharse y rezar para que la estampida de moraks baje por el otro lado? La cazarrecompensas corre a su lado. Un morak se le acerca por detrás y Jas le asesta un golpe con el cañón del lanzaproyectiles. La bestia se desvía hacia Norra y la roza. Norra tropieza… pierde el equilibrio…

Ahí está Temmin, junto a ella. La agarra por el cinturón para evitar que se caiga. Lo suficiente como para que Norra recupere el equilibrio. Norra está a punto de darle las gracias a su hijo… pero no tiene la oportunidad.

Se oye un sonido. Un zumbido ensordecedor. De repente, los moraks empiezan a gruñir y a detenerse bruscamente. El rebaño se parte en dos, como atravesado por una cuña invisible.

«Gracias a las estrellas por lo que esté causando ese sonido», piensa Norra.

Pero entonces algo cae en la hierba delante de ellos. El objeto rueda como una piedra arrojada desde lejos. Lanza tres bips en sucesión y después, un sonido implosivo. *Foomp*. El aire se ilumina a su alrededor, como un latido de luz brillante. El sonido golpea a Norra como un trueno.

De repente, Norra se queda sin poder ver ni oír nada. Le pitan los oídos y su visión está inundada por un mar de blanco cegador. Tantea con la mano para desenfundar el bláster. Lo desenfunda, pero algo se lo arranca de las manos.

Aparece una forma delante de ella cuando empieza a desvanecerse la luz blanca. Una forma de persona. Norra piensa: «Aram nos ha encontrado. Pensábamos que lo estábamos vigilando a él, pero él estaba vigilándonos a nosotros».

Norra empieza a ponerse en pie.

—No te muevas —dice una voz. Serena pero apremiante.

Mientras sus ojos todavía se están ajustando, Norra pregunta:

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres?

La figura da un paso adelante. Norra ve que lleva un bláster en cada mano. Uno le está apuntando a ella.

—Soy Han Solo, capitán del *Halcón Milenario*. ¿Quién diablos sois vosotros?



CAPÍTULO DIECISIETE

Más que un bar, esta pequeña cantina es una colección heterogénea de escombros. La gente está sentada debajo de unas redes entrelazadas en un espacio delimitado por trozos de chatarra: el pie destrozado de un andador AT-AT, una montaña de neumáticos entrelazados y cajas con las tapas entreabiertas que permiten ver los ojos muertos de droides desactivados y olvidados.

El equipo se sienta en el bar y observa al hombre conocido como Han Solo.

Cuando lo han visto en esa altiplanicie apenas lo han podido reconocer. Esa barba tan descuidada dificultaba el reconocimiento, pero además iba vestido con harapos raídos. Más tarde, Jas se ha dado cuenta de que los harapos coincidían con el color de la yerbased. Muy inteligente. Además, tiene el pelo más largo. Enmarañado. Despeinado.

Aquí y ahora, Jas reconoce en él ese donaire de contrabandista. Han Solo no tiene que hacer nada para que se note, forma parte de él. Es parte del encanto genuino de Han Solo. Es muy apuesto, un picaro infantil. Si surgiera la ocasión, Jas se le echaría encima como una torreta láser. Al pensar esto se acuerda de Jom. «Ese cobarde», piensa. Intenta enfadarse todavía más con el soldado, pero no lo consigue. Echa de menos a Jom Barell.

Solo está sentado cómodamente, con un brazo apoyado en una silla vacía. Hay algo más, algo aparte de su actitud y su encanto. Jas intercambia una mirada con Sinjir y se da cuenta de que él también lo ha notado: Solo tiene los nervios a flor de piel. Es precavido, pero un contrabandista siempre es precavido. Esto es algo distinto.

Han Solo está enfadado.

«Y no solo con nosotros», piensa Jas.

Se les acerca el camarero bith. Solo tiene una pierna, que es una prótesis de metal bastante tosca. Pone un vaso delante de cada uno. Korva, el licor del que hablaba Sinjir. El olor que sale de los vasos es suficiente para freír los circuitos de un droide astromecánico. Del líquido sale un vapor que empaña el aire. El bith pone un vaso delante de Temmin, y Jas ve que Norra le arrebata el vaso antes de que pueda beber. Temmin hace una mueca.

Cuando el bith se aleja, Solo se los queda mirando.

—¿Quiénes sois, y qué queréis de Golas Aram?

Los miembros del equipo intercambian miradas incómodas.

Norra es la que responde:

—No nos interesa Aram. Te buscábamos a ti.

Pasados unos segundos, Han reacciona. Se echa a reír, aunque no hay alegría en su risa.

—Pues felicidades, señora, me habéis encontrado. Podéis recoger el premio en la puerta —se aclara la garganta—. No sé si me entiendes. Al salir.

—Nuestro premio eres tú —interviene Jas.

Han Solo ya no tiene la mano sobre la mesa. Jas sabe que va a buscar el bláster. Los demás no se dan cuenta, no entienden que su DL-44 habrá acabado con ellos antes de que ellos piensen siquiera en desenfundar. Probablemente sea buena idea anticiparse.

—No somos cazarrecompensas —explica Jas, con las manos a la vista y las palmas hacia arriba, en señal de consentimiento y rendición.

Sinjir frunce el ceño.

—Jas, tú… esto… tú eres cazarrecompensas.

—Cállate, Sinjir.

Han los recorre a todos con la mirada.

—¿Quién os envía?

—Ya sabes quién —responde Norra.

Ahí está. La cautela, la rabia, los nervios. Durante un momento, se suaviza. Como una máscara que se aparta y muestra el verdadero rostro.

Han Solo dice lo que probablemente ya sabía:

—Leia.

—Tu última transmisión acabó abruptamente. Piensa que te ocurrió algo.

—Así es. Estaba de camino hacia aquí y me crucé con una nave de esclavistas de los Saqueadores de Dodath. Sin Chewie en el asiento del copiloto, se me pasó por alto que venían a por mí a toda velocidad. Abrieron fuego y me inutilizaron las antenas de comunicaciones. Otra vez.

—Podrías haber encontrado otra forma de ponerte en contacto con ella.

Han vacila.

Norra llena el vacío:

—No querías que Leia viniera a por ti.

—Por supuesto que no. Tengo que ocuparme de mis asuntos y ella de los suyos. Cuando todo esto haya pasado, volveré.

—También tienes asuntos en casa —añade Norra. Pasan unos segundos. Norra ha tocado fibra sensible. Jas piensa que quizá Norra esté jugando demasiado fuerte. Han Solo está enfadado. El enfado es algo irracional. Es un hombre acorralado en una esquina, acosado por las deudas. Norra concluye—: Te ayudaremos a encontrar a tu wookiee.

—No es mi wookiee. Chewbacca no es propiedad de nadie. Puedes estar segura de ello, hermana —una vez más se está librando una batalla en su rostro. La suavidad y la tristeza dan paso a la ira. Han Solo coge el vaso en un arrebato y lo arroja contra el pequeño muro de chatarra. A lo lejos se oye el leve sonido de un cristal rompiéndose. *Crash*—. Me equivoqué. Y ahora Chewie ya no está.

Han Solo baja la guardia. Está destrozado. Y empieza a contar la historia.

—Apareció algo en nuestro tablero de mandos, una oportunidad. Y no, antes de que me miréis de ese modo, os diré que no. No una oportunidad de contrabandista, sino una de verdad, de las que importan.

Chewie y yo llevamos mucho tiempo juntos. Es mi socio. No es solo un asistente. No es mi mascota. Y está clarísimo que no es mi esclavo. Somos iguales. Siempre nos lo partimos todo, ¿lo entendéis? Nos repartimos todos los beneficios, incluso compartimos nuestras heridas. Y a veces… también compartimos nuestras cargas.

Es un wookiee, ¿sabéis? Kashyyyk, así se llama el planeta del que viene, es su hogar. Pero ya no es suyo. He estado allí, he visto lo que ha hecho el Imperio. Han cortado los árboles, les han puesto esposas y cadenas a todos los wookiees. A algunos los abren en canal. A otros se los llevan para hacer los peores trabajos que puede ofrecer el Imperio. Le arrebataron su hogar, y eso no lo puedo soportar. Yo no tengo hogar aparte del *Halcón Milenario*, pero… ¿y él? Él sí, y se merece volver a casa. Él también tiene familia, ¿sabéis?

Lo salvé. O al menos eso dice esa gran bola de pelo, pero en realidad él me salvó a mí. Yo iba por el mal camino, y Chewie me enderezó. Me salvó el trasero más de una vez. Dijo que era una especie de deuda vital. Tiene una palabra para ello, pero si la intento pronunciar en su idioma probablemente acabe rompiendo algo. Pero aunque no sepa decirlo, sé lo que significa. Significa que me debe la vida.

Pero eso es una mentira como un bantha. El no me debe nada. *Yo* estoy en deuda con él, por eso tengo que devolverle su hogar. Así que cuando surgió la oportunidad, corrí a por ella. Los rebeldes, o la República o como quieran llamarse ahora… no quisieron tener nada que ver. Se lo dejé claro, necesitamos que Kashyyyk sea una prioridad, pero no quisieron escucharme. «No tiene importancia estratégica», decían. «Todavía no. Pronto». Bla, bla.

Burocracia, estrategia, planificación… Me nombraron general pero yo no tenía ni idea de todo eso. Yo no voy por ahí siguiendo esquemas. Yo sigo lo que siento aquí dentro, en mis entrañas. Aquí el camino siempre está claro.

O eso creía. Salté en cuanto surgió la oportunidad, pero no hice ninguna comprobación antes. Imra, la contrabandista que me presentó esta oportunidad envuelta en papel de regalo… resulta que tenía las manos sucias. El Imperio seguramente la estaba presionando, y me tendió una trampa. No solo a mí, a todos nosotros. Pedí favores, fui con un puñado de contrabandistas a un sector no muy lejos de la Estación de Warrin. Todavía peor, convoqué también a varios refugiados wookiees. Sabía que querían luchar contra el Imperio, que querían volver a casa.

Nos reunimos todos en un mismo sitio. Media docena de naves cargadas de gente dispuesta a trabajar para mí… Vale, quizá les prometí indultos completos, aunque no sabía si esa magia se iba a producir. A ver, yo no soy Jedi, no puedo agitar el meñique y hacer bailar a la gente. Bueno, ahí estábamos todos. Envié a Chewie a bordo de una cañonera capitaneada por un pirata wookiee, Kirratha. Y de repente estábamos acorralados. Aparecieron dos destructores estelares y un enjambre de cazas imperiales. Se nos echaron encima. Nos separaron. Abrieron fuego sobre los motores de Kirratha, y su nave quedó inutilizada allí mismo, con Chewie todavía a bordo. Barrieron algunas naves del mapa; a otras las atraparon con el rayo tractor. Y yo…

Yo puse pies en polvorosa. Me largué de allí. No sabía qué más podía hacer. Pensé que podía serles de más ayuda a Chewie y los demás desde la carlinga del *Halcón Milenario* que encerrado en una celda de un destructor estelar. Pero ahora lo sé: fui un cobarde. Tendría que haberme dejado atrapar y encontrar una forma de huir. Tendría que haber compartido la carga y no lo hice. Y ahora Chewie está ahí fuera, sufriendo en solitario.

Desde entonces he recorrido toda la galaxia buscándole. Cada oficial imperial de tres al cuarto que encontraba me decía lo que quería saber o se quedaba sin dientes. Al final descubrí adonde lo habían llevado.

Lo devolvieron a Kashyyyk. Lo llevaron a casa.

Le brillan los ojos. Se le retuercen los labios mientras se rasca la barba. Entonces Jas lo entiende: Han Solo está enfadado, pero consigo mismo.

—Entonces, ¿por qué Golas Aram? —le pregunta Norra—. ¿Por qué estás aquí?

El contrabandista vacila. Todavía no está seguro de poder confiar en ellos. Jas lo entiende. Es difícil confiar en alguien. Es como dejarse caer.

Al final, Solo lo explica:

—Se dice que Chewie acabó en un transporte de prisioneros, una nave que iba a un lugar llamado la Jaula de Ashmead, una cárcel remota de Kashyyyk. No sé mucho acerca de ese lugar… excepto quién lo construyó.

—Golas Aram —interviene Jas.

—Exacto. Le he estado observando. Entonces aparecéis vosotros y casi os lo cargáis todo. Si no hubiera hecho venir ese rebaño de moraks, hubierais colocado el micro espía en su casa. Pero Golas… es un paranoico, paranoico de verdad. Hace barridos rutinarios. Hubiera encontrado el micro antes del atardecer y hubiera enviado droides rastreadores para cazaros… y, de paso, a mí también —de pronto se pone en pie con los brazos abiertos—. Muy bien, me habéis encontrado. Genial. Ahora largo de aquí. Decidle a Leia… Bueno, decidle lo que queráis, pero no puedo permitir que piense que necesita solucionar todo esto. No puedo ponerla en peligro. Decidle que estoy bien y que pronto volveré a casa.

—¿Cuándo? —pregunta Norra.

—Decidle que llegaré a tiempo.

Dicho esto, Han Solo se abre paso entre ellos y sale de la cantina destartalada.

—¡Bueno! —exclama Sinjir—. Tema resuelto. ¡Es hora de celebrarlo! —entonces se bebe todo el vaso de korva de golpe y tiene un pequeño espasmo. Se pone a toser tan violentamente que tiene que secarse las lágrimas de los ojos—. Esta cosa es absolutamente terrible. No me extrañaría… —aquí eructa— que fuera veneno.

El resto se queda en silencio, sin saber muy bien qué hacer. Finalmente Norra rompe el silencio:

—Creo que necesitamos…

De repente escuchan ruido muy cerca de allí. Ruido de pelea. Dura poco… un grito alarmado, un golpe y un cuerpo cayendo al suelo.

Salen corriendo de la cantina. A la vuelta de la esquina, cerca del destilador de korva, ven un cuerpo. El cuerpo de Han Solo.

El Señor Huesos está junto a él.

—HE REDUCIDO AL OBJETIVO CON VIOLENCIA —anuncia el droide de combate, con descargas de estática en la voz—. MISIÓN CUMPLIDA. VICTORIA PARA TODOS.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Leia oye voces al otro lado de la puerta. Se acerca a escuchar y se va enfureciendo por segundos.

—Nuestras alianzas por toda la galaxia son muy dispersas —dice Ackbar—. Muchos sistemas están solos y están cayendo por la fisura creciente que hay entre nuestro poder y la influencia del Imperio. No estamos creciendo lo suficientemente rápido. No vamos al ritmo de su declive. No estamos tendiendo un puente sobre esa distancia.

—Por eso —interviene Mon Mothma— debemos concentrar nuestros esfuerzos en ayudar a los planetas que tienen más probabilidades de unirse a la Nueva República para tener voz en el Senado.

—¡Nuestras reservas de recursos se están agotando, canciller! —exclama uno de los consejeros de Mothma, Hostis Ij—. Pero sigue habiendo una forma muy simple de obtener nuevas líneas de abastecimiento de comida, combustible y otros productos esenciales…

—Venga, por favor… deja que lo adivine… —replica la otra consejera principal de Mothma, Auxi Kray Korbin—. ¿Un ejército más fuerte? Y explíquenos. ¿Cómo nos va ayudar tener un ejército más fuerte?

—Si aumentamos el reclutamiento —explica Hostis—, tendremos más soldados para afianzar las líneas de abastecimiento que posee el Imperio. Estos recursos están ahí fuera, y quién sabe quién se los va a quedar.

Siguen los gritos y las discusiones. Es hora de entrar.

Leia acerca la palma de la mano al panel lateral y la puerta se abre a un lado.

Las persianas metálicas de la sala de reuniones están cerradas, aunque la luz brillante del día chandrilano se cuela por los resquicios como si fuera magma. Por la sala flotan varias holoproyecciones: gráficos de datos, mapas de sistemas, mapas planetarios, diagramas. Todo ello ilustra una galaxia sumida en el caos, una galaxia cuyas lealtades están divididas. No divididas únicamente entre los dos bandos, la Nueva República y el Imperio Galáctico, sino finamente troceadas en facciones.

Estas facciones van a luchar entre ellas y van a formar sus propias estructuras de poder. Las liderarán caciques, déspotas, señores del crimen, líderes de sectas. La galaxia pasará de sufrir la crueldad del orden del Imperio a caer en una vorágine de desorden y locura. Leia sabe que si la Nueva República no puede abrirse paso a través de este embrollo laberíntico, les esperan tiempos desagradables. Tiempos oscuros.

Cuando entra en la sala, todas las miradas se centran en ella.

Están sorprendidos. Leia tiene su silla en la sala, una silla entre Mon Mothma y el Almirante Ackbar. No obstante, su silla está vacía porque nadie la ha informado de esta reunión. La han mantenido al margen a propósito.

—Leia —dice Mon Mothma, poniéndose en pie—. Bienvenida. Siéntate.

—Me quedaré de pie —responde, consciente del tono gélido de su voz. Leia piensa que debe controlarlo, pero entonces decide que no. Que sufran por este tono gélido como ella ha sufrido por la exclusión—. ¿Estáis reunidos?

—Por favor, tienes que comprenderlo —dice Mon—. Estás pasando un momento difícil. Tu marido no está, y la situación desafortunada con ese equipo…

—Sí. Qué desafortunada.

—Yo… evidentemente, puedes sentarte con nosotros, compartir tus ideas.

—Se lo dije —le advierte Ackbar con su voz ronca.

Mon asiente con la cabeza.

—Por supuesto. No invitarte ha sido un error mío, Leia. He pensado que ya tenías demasiadas cosas en la cabeza.

—Leia es más que nuestra fachada pública en toda la galaxia —explica el almirante, asintiendo con la cabeza como para darse la razón a sí mismo—. También es un recurso valioso en sí misma. Inteligente, hábil… una voz necesaria.

Leia se da cuenta de que Ackbar es un buen amigo. Mon también. Tiene que recordarlo.

Pero Mon es realista; a veces, parece fría. Y Leia es una idealista; a veces sus pasiones se exaltan. Seguirán siendo amigas a pesar de todo esto, pero quizá Leia puede, o debe, distanciarse un poco.

Es un momento delicado para la Nueva República. Cuando Palpatine fundó el Imperio, lo hizo como un parásito: una criatura que creció dentro del cuerpo de un anfitrión más fuerte, hasta que pudo salir a la superficie y tomar el control. El Imperio emergió cuando esta crisálida brutal estuvo totalmente formada. Lo único que tuvo que

hacer fue apropiarse de los recursos que la República en declive ya tenía: naves, armas, soldados, suministros.

La Nueva República no cuenta con esa ventaja. Debe luchar con dientes y garras por cada nave, por cada arma, por cada pedazo de comida, por cada soldado.

Mon quiere que esta transición sea lo más pacífica posible. Evidentemente, ese es un objetivo noble. Y en sus conversaciones a última hora de la noche, la canciller le confesó a Leia el miedo que sentía al pensar en el parásito de Palpatine introduciéndose bajo la piel de la República. Lo fácil que le resultó utilizar las inquietudes de la galaxia. Lo fácil que le resultó enfrentar los sistemas entre ellos avivando el fuego de la xenofobia, la ira, el egoísmo. Aquí Leia recordaba la voz de Luke: «Son las formas y las armas del Lado Oscuro, Leia». ¿Cómo se forma un Imperio? Robándole a la República. ¿Y cómo se roba a la República? Convenciendo a la gente de que no pueden gobernarse por sí mismos, de que la libertad es su enemigo y el miedo su aliado.

Palpatine fue un gran titiritero. Consiguió todo el poder para él. Tiraba de todos los hilos y la galaxia bailaba a su antojo.

Afortunadamente, Mon Mothma no quiere un poder así, y ya ha empezado a renunciar a él. Como canciller ha iniciado votos que han iniciado el camino de la desmilitarización. Esto supone un símbolo de fuerza moral, pero también envía una señal de vulnerabilidad defensiva. Para ella, firmar nuevos contratos militares, como la construcción de las naves Starhawk, es como arrancarle dientes de la boca a un tauntaun malhumorado. En cuanto a luchar contra los restos dispersos del Imperio, Mon Mothma cree que es una infección que se destruirá a sí misma. Hay que atacar cuando sea necesario, pero por lo demás basta con sentarse y dejar que actúen los anticuerpos de una galaxia libre.

Leia cree que la canciller no comprende la infección. La enfermedad no tardará en volver a propagarse. A veces, las enfermedades evolucionan. Peor aún. ¿Qué ocurrirá con los sistemas que necesitan a la Nueva República ahora mismo? El Imperio sigue esclavizando sistemas enteros.

«Como Kashyyyk», piensa Leia.

Kashyyyk. Un planeta en el que la Nueva República deja que el Imperio se destruya solo. Esto tiene unas implicaciones desalentadoras pero totalmente pragmáticas: los wookiees no son un recurso significativo para la Nueva República, ni a nivel militar ni gubernamental. Kashyyyk tiene recursos, pero no son tan espectaculares como para que la Nueva República esté dispuesta a sacrificar naves. Además, el Imperio ya ha saqueado buena parte de esos recursos.

Pero el sacrificio lo es todo, ¿no? Simboliza la voluntad de saltar al vacío para salvar a los que lo necesitan. Salvar a tus amigos.

—Estamos discutiendo —dice Leia de repente— sobre si es hora de consolidar el ejército o reducirlo. Pero olvidamos que tenemos el privilegio de debatir desde unas sillas cómodas a muchos pársecs de distancia. Debatimos sobre lo que es prudente o lo que es

práctico mientras la gente sufre. ¿Sabéis qué es lo que la gente espera ver de la Nueva República? ¿Lo sabéis de verdad?

Mon Mothma le cede la palabra.

—Por favor.

—Quieren que seamos héroes.

Al principio todos intercambian risitas incómodas, hasta que se dan cuenta de que lo dice en serio.

—Lo sé —afirma Mon—. Tienes razón. Y tú eres una heroína, y nos ayudaste a todos a ser los héroes necesarios para llegar a este punto. Pero hay que moderar el idealismo y la pasión para adaptarlos a la realidad. Esto es un gobierno. Tiene muchas piezas en movimiento.

Leia se pone rígida.

—Aquí es donde fracasaremos. Esto no es una máquina, canciller. ¿Cuándo empezamos a ver esto como un gobierno y no como un grupo de gente ayudando a otra gente? Empezamos a ver… territorios, logística de batalla y votos. Dejamos de ver corazones, mentes y rostros. Cuanto más lo hagamos, más perderemos… de nosotros mismos, de la galaxia.

—Liderar un gobierno galáctico es complejo.

—¡Entonces yo no quiero liderar un gobierno galáctico! —lo dice mucho más fuerte de lo que pretendía. Todo el mundo parece sorprendido por su intensidad. «Vacíate. Céntrate». Tiene que hacerlo, pero no puede.

—Todo esto es por Kashyyyk —dice Mon suavemente—. Es por Han.

—Tendríamos que haber ayudado a los wookiees —la voz de Leia tiembla con rabia y tristeza.

—Lo comprendo —le responde Mon con tono lento y firme, como una madre a un hijo que tiene un berrinche. «Me está hablando con condescendencia. Mi propia amiga me está hablando como si yo fuera un niño», piensa Leia—. Pero tal y como ya hemos hablado, hemos hecho los cálculos y simulaciones, y ahora no es el momento más razonable…

—¡Razonable! —le espeta Leia—. Me temo que hemos perdido la razón. Tienes razón, no tendría que haber venido a esta reunión.

Leia da media vuelta y se dirige a la puerta de la sala de reuniones. Ackbar la llama, pero ella no se detiene.

Le gustaría salir dando un portazo, pero en un lugar de ello, la puerta se cierra deslizándose suavemente a sus espaldas.

Aparece una transmisión. Sobre la mesa de Rax se proyecta el rostro de un bith, un camarero del lejano planeta de Irudiru. Su aparición solo puede significar buenas noticias.

El cráneo enorme del bith se vuelve a izquierda y derecha, como para comprobar que está solo. Cuando ha satisfecho su curiosidad, el camarero empieza a hablar:

—Están aquí. Y están juntos.

La sonrisa que se forma en los labios de Rax es como un fuego que todo lo consume. Estas noticias le sientan muy bien. Ha tardado mucho tiempo en llegar hasta aquí. Ha tenido que colocar muchas piezas de un rompecabezas, y muchas de estas piezas eran muy testarudas, reacias a ponerse en su sitio. Preparar un misterio y una amenaza convincentes es un trabajo muy delicado. Hay que recurrir a las artimañas teatrales, pero sin excederse. Si alguien llega a detectar su sombra detrás de todo esto, dirigiendo el escenario, se hubiera desatado una avalancha incontrolable.

«La Contingencia continúa», piensa Rax.

—Muy bien —responde Gallius Rax—. Siga supervisando. Los créditos están en camino —dice, y entonces cierra la transmisión.

Se pregunta si Golas Aram es una pieza que necesite un pequeño empujón. «Paciencia», se dice a sí mismo. Hay que dejar que el mecanismo funcione solo.

Y Sloane forma parte de este mecanismo. Ella ha detectado su sombra detrás de todo, y esto supone un problema. Quizá lo pueda utilizar en su beneficio.

Es hora de hablar con ella.

También es hora de hacer una última prueba.

La habitación es blanca y está prácticamente vacía. Las paredes están acolchadas. A través de las muchas ventanas, los rayos del sol entran con fuerza.

Lo único que hay en la habitación es una maceta con una planta. Y Leia.

La planta es un retoño de los árboles santuario de Endor, aunque hay quien los llama *puzzle de serpiente*, por la forma en la que sus ramas oscuras se entrelazan y forman una especie de entramado orgánico.

La ha hecho crecer a partir de una pequeña semilla protuberante que le dio el pequeño ewok conocido como Wicket. La plantó en una maceta con tierra chandrilana y, sorprendentemente, arraigó.

Se ha convertido en el objeto de sus meditaciones, tal y como le sugirió Luke. Al salir a toda prisa de la sala de reuniones ha pensado que lo mejor era venir aquí. Será mejor que se concentre en algo que no sea el estado de la galaxia, o la Nueva República emergente o la irritante sensación de que Mon Mothma la ha traicionado de algún modo sutil pero significativo.

Se sienta con la maceta en el centro de la habitación.

Intenta aclarar la mente.

Y entonces intenta sentir el árbol.

Hace lo mismo al menos una vez al día.

Nunca ha podido sentir el árbol.

Y no será por falta de intentos. Se sienta ahí. Se vacía de respiración, como le enseñó Luke. Eso funciona bien casi siempre. Pero Luke dijo que era posible sentir la energía vital de las cosas a través de la Fuerza. Leia le aseguró que ella no lo tenía. Ese poder místico e intangible que posee su hermano y que poseía su padre… su padre biológico. Al pensar en él, un escalofrío le recorre todo el cuerpo.

Luke sigue asegurándole que, con el tiempo, ella también podrá sentir la Fuerza como él. Le recuerda que así fue como ella sintió su dolor cuando estaba en la Ciudad de las Nubes, colgando, agotado, herido y a punto de caer sobre un mar de nubes. Luke dijo que iba a enseñarle.

Y le enseñó. Algunas cosas, al menos.

Y entonces se fue. Al igual que Han.

«Luke…»

Su mente se centra en él. Sus pensamientos van a buscar a su obstinado hermano como si fueran un ser vivo. Como ramas en busca del sol.

«Te necesito aquí. Necesito tu ayuda». En ocasiones, Luke tenía la ingenuidad de un granjero. Ahora mismo le iría muy bien un poco de esa inocencia.

Su mente es como una maraña de pensamientos. Las complejidades de la política, el amor y la rabia que siente por Han, la pérdida de Luke… y por encima de todo, la preocupación constante por la vida que lleva dentro…

Siente un hormigueo por todo el cuerpo. De repente, parece que su mente se separa del resto de su cuerpo. Leia siente un gran mareo, como si estuviera a punto de caer.

«¡Oh!»

Ahí está. Lo siente. La invade, la atraviesa. Una consciencia que no había sentido nunca antes, como un latido resplandeciente, parpadeante, intensísimo.

No es la planta. No es Luke. Ni siquiera es Han.

Es su bebé.

No es como la sensación que tienen las madres de llevar una vida dentro. Esto ya lo ha experimentado. Hasta hora ha sido muy consciente de la persona diminuta que lleva en su interior, y conoce también el ardor de estómago, las náuseas antes del desayuno, las náuseas después del desayuno, el hambre de después del desayuno…

Esto va mucho más allá. Es algo totalmente separado de ella. No es una sensación física. La rodea completamente, la cubre como el perfume de una jungla de flores. De repente es consciente de la mente y el espíritu de su bebé. Detecta el coraje, la astucia, los nervios de acero y la mente atenta. ¡Por la sangre de Alderaan, va a ser un guerrero! Un momento…

¿Un guerrero? Es un niño.

«Es un niño».

Se lleva las manos a la boca, mientras ríe y llora a la vez. Esta es la luz de la que siempre le habla Luke… la promesa de luz, la promesa de una nueva vida…

Y entonces, las tinieblas del lado oscuro se ciernen sobre su felicidad como un nudo corredizo. Porque lo que sigue a la esperanza es el miedo, un miedo que se extiende por

todas partes como una sombra creciente. El miedo de tener un hijo en una galaxia inestable. El miedo de no saber si Han está vivo… y lo mismo para Luke. ¿Su hijo tendrá padre al crecer? ¿Y tío? ¿Y mentor? ¿Cuál será el legado de Leia? ¿Y el de su hijo?

Su respiración se detiene. Tiene que obligarse a respirar.

«Aclara la mente. Vacíalo todo. Concéntrate, Leia. Concéntrate».

¿Esos son sus pensamientos? ¿O son de Luke?

El Imperio no se preocupa mucho por las frivolidades de la vida y prefiere vestirlo todo con una capa de color gris. Sin embargo, Gallius Rax creció en un lugar muerto, y haber instalado un jardín en los niveles superiores del *Devastador* le ofrece un poco de consuelo.

A sus espaldas, Rae Sloane se aclara la garganta.

Rax no se vuelve hacia ella. Sospecha que Sloane ha traído un bláster. Sloane no se fía de él, y Rax supone que se siente atrapada por las opciones que tiene. La opción que parece tener más sentido, la que demostraría una fuerza que nadie podría negar, sería hacerle un agujero en la espalda con el bláster.

El Almirante de la Flota Rax tiene la intención de cambiar eso.

—Me desprecia —dice Rax, contemplando una flor kubari de lengua roja. Sus pétalos tienen muchas capas, pegadas las unas a las otras. Los pétalos más bonitos, de color carmesí más intenso, están ocultos a la vista.

—No —responde Sloane. Una mentira, sin duda—. Por supuesto que no. Le respeto.

—Puede respetarme y despreciarme a la vez. Yo sentía algo parecido por nuestro emperador. Era poderoso y digno de alabanza, pero a la vez era un monstruo. Y cometía errores.

Esto hubiera supuesto una herejía si Palpatine todavía estuviera vivo. Todavía podría serlo, si esas palabras se le dicen a la persona errónea.

—Podría ser —responde Sloane, repentinamente incómoda—. Pero no se preocupe por mí, por favor.

—Pues sí que me preocupo. Sé que ha ido a ver a Mas Amedda. Sé que ha estado investigando sobre mí en un modo que va más allá de las comprobaciones rutinarias. Y supongo que a estas alturas se siente amenazada y está acercando la mano a ese elegante bláster cromado que lleva a la cintura. Pero le pido que espere.

En el reflejo del cristal a prueba de bláster, Rax ve que Sloane tiene la mano cerca del arma. Muy cerca.

Hay que reconocer que Sloane no niega nada. Muy bien. Sloane le gusta. Sería una pena que esa sensación quedara manchada por algo tan débil como una mentira vulgar. Las mentiras tienen que ser grandes, ambiciosas, con un propósito importante.

—Siga —dice Sloane.

En este momento, Rax se vuelve hacia ella con los brazos completamente abiertos en señal de bienvenida, y una sonrisa fría en los labios.

—Quiero explicarle mi plan.

Hay confusión en el rostro de Sloane, como el cortocircuito de una holotransmisión.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? Me ha mantenido alejada…

—Sí. Porque soy desconfiado por naturaleza. Y porque el futuro de este Imperio hace equilibrios sobre un cable finísimo. El abismo que hay debajo es profundo, y no tengo intención de lanzarlo al vacío por confiar en la gente equivocada.

Sloane entrecierra los ojos.

—Está tirando de hilos, Almirante. No sé a qué están conectados ni por qué está tirando de ellos. Ni siquiera sé quién es ni de dónde viene. Es poco más que una sombra. Y, no obstante, está al mando del Imperio.

—En secreto. Le recuerdo que usted es la gran almirante.

—Nominalmente, sí. Y su liderazgo no es tan secreto. Actúa en público más de lo que se cree. Acabará corriendo la voz.

—Y cuando eso ocurra, confirmaré que no soy más que su consejero más fiel, un héroe de guerra que apoya su candidatura a emperatriz.

—¿Quién es usted, Almirante?

Rax entrecierra los ojos. Qué pregunta más mezquina y brutal. No quiere desperdiciar tiempo respondiendo. ¿Acaso la identidad de un hombre es algo tan especial? La belleza reside en el mecanismo total, no en sus partes individuales.

En lugar de ello, va al grano.

—Tengo la intención de atacar Chandrila —explica Rax.

Qué expresión de conmoción al oírlo. Rax no va a negar que le encanta esa reacción. Significa que no se lo esperaba. Y si ella no se lo esperaba, entonces nadie se lo esperará.

—Hemos permanecido a la espera tanto tiempo, inmóviles, pacientes… —comenta Sloane.

—Y ha llegado la hora de regresar a la galaxia y asestar un golpe en pleno corazón de la Nueva República. Nuestro ataque los dejará atónitos.

—¿Las flotas escondidas en las nebulosas? ¿Las va a utilizar?

Otra sonrisa despiadada se forma en los labios de Rax, y ella lo confunde con una confirmación.

—¿Cuándo? —pregunta Sloane.

—Pronto. Casi todas las piezas están en su lugar.

—¿Qué piezas?

—Con el tiempo lo sabrá.

Sloane se enfurece con esa respuesta.

—Necesito saber…

—Y yo necesito que confíe en mí. Todo se sabrá en su debido momento. Quiero que esté conmigo durante todo esto, Gran Almirante Sloane. Es un recurso de vital importancia —esta última frase la dice con la esperanza de que sea verdad. Tendrá que

ponerla a prueba una última vez, igual que a él lo han puesto a prueba muchas veces—. ¿Confía en mí?

Sloane vacila.

—No lo sé.

—Una respuesta honesta. Muy bien. No le cuente a nadie nuestra pequeña charla. La avisaré cuando llegue el momento. Quiero que esté preparada.

Dicho esto, se aleja de ella. Porque la conversación ha terminado.

INTERLUDIO

TATOOINE

Es duro ser una criatura sin propósito.

El propósito de este hombre, Malakili, fue en su día el de darle propósito a las criaturas. Siempre se le han dado bien las bestias. De niño, en un suburbio de Nar Shaddaa, enseñaba a los feroces gugverms a que dejaran de robar en las tiendas de comida. Con el tiempo se convirtieron en sus mascotas, sus amigos, sus protectores.

Más tarde ayudó a domar y preparar diversas bestias para los circos de los hutts: dragones de las arenas, alas de sangre y pequeñas ratas womp vestidas con sus trajecitos. Y más adelante su mayor deleite, los rancors, los monstruos que no podía domesticar nadie más que él.

Y abora, su último rancor ha muerto. Pateesa. Aplastado por un insensato afortunado vestido de negro.

Pero lo peor es que su jefe también ha muerto, asesinado por el mismo insensato afortunado y sus amigos crueles. Cuando estalló la barcaza velera de Jabba, Malakili y los demás se quedaron en el palacio sin saber qué hacer. Dijeron que vendría otro hutt a ocupar la tarima. Muchos de ellos se quedaron allí cuando empezó a escasear la comida y se agotó el agua. Pero pronto todos los que quedaban también empezaron a irse, más allá de la arena y de las dunas. No llegaba ningún hutt. La galaxia estaba cambiando. ¿Podía ser que los hutts estuvieran luchando? ¿Había una especie de guerra en el bajo mundo enfrentándolos entre ellos? Malakili fue uno de los últimos que se quedaron en el palacio.

Y entonces, un día, él también se fue.

Pensó que quizá podría domar la monstruosidad que vivía en el fondo del Gran Pozo de Carkoon (y, si fracasaba, se arrojaría a sus fauces), pero el poderoso sarlacc estaba herido. Le habían caído encima los restos en llamas de la barcaza velera. Su cuerpo, considerablemente más grande que la boca que sobresalía por encima de la arena, se había desenterrado parcialmente. Sus estomatubos estaban rajados, abiertos, y los laboriosos jawas se dedicaban a saquear el contenido de sus entrañas. Sacaron de ahí armas, armaduras, droides y herramientas. Y esqueletos, evidentemente.

La criatura del gran pozo de Carkoon tenía un propósito muy claro: esperar y comer. Y ahora solo le quedaba gemir y sufrir a manos de los saqueadores. Malakili lloró por otra vida sin propósito.

Empezó a deambular, como tantos otros. Se sentía como un pedazo de trapo o un trozo de basura arrastrado al azar por el viento del desierto. Merodeando sin destino, sin significado.

«Y ahora voy a morir», piensa.

Los matones de la Llave Roja lo han encontrado merodeando hacia Mos Pelgo. Lo han perseguido. Ahora es más viejo y lento que antes. Un golpe en la espalda… ¿y ahora qué? Ahora tiene la cara aplastada contra la arena caliente. Una bota le aprieta el cuello, y le crujen los huesos de la espalda. Uno de los Saqueadores de la Llave Roja, hombres que dicen trabajar para el nuevo conglomerado minero, pero incluso el inocente Malakili sabe que es la tapadera de un sindicato criminal, le quita la capucha de piel de la cabeza y aprieta el cañón del bláster contra su cráneo. Le arrancan el petate del hombro y lo vacían sobre la arena. Su bolsa de agua acaba en manos de un segundo matón, que la levanta *y* se bebe lo poco que queda. El resto de posesiones de Malakili está esparcido por la arena: un mechón de la suerte de pelo y dientes de bantha; un pequeño cuchillo hecho con un hueso de dewback; unas cuantas piezas de droide y objetos relucientes para dárselos a los jawas o a los merodeadores tusken para que le dejen tranquilo.

Un hombre, que se presenta como Biwam Gorge, le susurra al oído:

—¿Qué más tienes, viajero? Estas arenas pertenecen a la Llave Roja, y Lorgan Movellan se lleva su parte. No querrás que su parte sean tus orejas o tu lengua, ¿no?

El segundo matón ríe a través de un respirador.

Para ilustrar sus palabras, el primer matón clava en el suelo un cuchillo de caza reluciente, que atraviesa la arena con una especie de silbido.

Por encima de sus cabezas oyen el siseo de un disparo de bláster… y el matón cae sobre la arena, desplomado como un vaporizador arrollado por un bantha. Queda de cara a Malakili. Por detrás del cráneo sube un hilito de humo, y huele a carne y piel quemadas. Su boca se mueve sin emitir sonido alguno, hasta que los ojos se quedan inexpresivos.

De repente, el aire se llena de disparos de bláster. El segundo matón lanza un rugido a través del respirador, pero dura muy poco. Se tambalea hacia atrás, agitando los brazos y dejando caer el rifle. Acaba uniéndose a su amigo bajo los dos soles.

Malakili no se mueve.

Quienquiera que se acerca es mucho peor que estos dos, y cree que lo mejor es hacerse el muerto. Es un truco que aprendió de muchas de las bestias a las que domaba. La presa sabe que el mejor disfraz ante un depredador es el disfraz de muerto.

«Dejadme en paz por favor, dejadme en paz por favor, dejadme…»

Pero, ¿por qué? ¿Con qué propósito? Salvarse es un privilegio que debería pertenecer a las criaturas con objetivo.

Se acercan unos pasos de botas sobre la arena.

—Puedes levantarte —dice una voz de hombre. Áspera, sencilla, clara.

—Relájate. No somos merodeadores —dice una voz de mujer—. Somos la ley.

¿Ley? ¿En Tatooine? No existe tal cosa. Los hutts eran la ley. Jabba era la ley. Pero ahora que Jabba está muerto…

Malakili rueda sobre si mismo y se sienta en la arena. Delante tiene un hombre con armadura mandaloriana llena de agujeros y marcas. Esa armadura le resulta

sorprendentemente familiar. A Malakili se le remueven las entrañas al verla. El hombre lleva una carabina bláster colgada del hombro.

A su lado hay una mujer alta. Las colas de la cabeza indican que es una twi'lek. Una de las colas tiene la punta arrugada y llena de cicatrices. Lleva dos pistolas en el cinto.

—Soy Issa-Or —se presenta la mujer, con una sonrisa burlona.

El hombre se quita el casco. Lleva barba de varios días. Hace una mueca cuando le da en los ojos la luz de los soles gemelos.

—Y yo soy Cobb Vanth. Agente del orden y alcalde de lo que antes era Mos Pelgo.

—Ahora se llama Ciudad Libre —añade la twi'lek—. Un lugar al que puedes ir si eres un ciudadano de bien y estás dispuesto a trabajar. Si estás dispuesto a plantarle cara a los sindicatos, a gente como Lorgan y la Llave Roja.

Malakili asiente, como si comprendiera. Pero no lo entiende. Todavía no.

Cobb se arrodilla.

—Tu cara me suena.

—No soy nadie.

—Todo el mundo es alguien, amigo mío. Para vivir en Ciudad Libre, tienes que ser útil para algo. ¿Eres útil?

Aquí es cuando Malakili se derrumba. No es útil para nadie, lo reconoce, y sus ojos resecos de repente se llenan de lágrimas.

—No tengo ningún valor para vosotros. Matadme. Ha muerto mi criatura, Pateesa. Todas mis bestias han muerto…

—¿Eres domador de bestias? —pregunta la twi'lek.

«Domador». Ojalá se mereciera ese título. Asiente tímidamente con la cabeza.

—Me dedico a domar bestias, sí.

Los dos se miran. Vanth ríe entre dientes, una risa seca que suena a rocas cayendo por un acantilado.

—Tenemos un par de rontos rebeldes y nos iría bien una mano. ¿Podrías encargarte de eso? Se pagaría. Y tendrías casa, si te interesa.

Malakili recupera en seguida el ánimo. Tiene un objetivo. La luz vuelve a brillar en la oscuridad.

—Yo… sí, podría hacerlo.

—Hay algo más —añade Issa-Or.

—¿Se lo podemos decir?

—¿Por qué no? Si alguien puede ayudar…

Cobb se acerca a Malakili y lo ayuda a levantarse, susurrándole al oído. Como si la arena pudiera estar escuchando:

—¿Sabes algo sobre hutts?

—Sé bastante.

—¿Crees que podrías domar un hutt?

—Pero… son seres inteligentes, no mascotas.

—Vale. *Educar* un hutt, entonces.

—Podría. Creo. ¿Pero por qué?

Issa-Or sonríe.

—Porque tenemos uno en Ciudad Libre.

—Un bebé —añade Cobb, rascándose la mandíbula—. Parece ser que los de la Llave Roja intentaban colarse con uno para instalarlo en la tarima del palacio. Interrumpimos su plan, y ahora tenemos esta… babosa, y no sabemos muy bien qué hacer con él. Si puedes ayudarnos con los rontos y quizá con el hutt, tienes un lugar en Ciudad Libre. ¿Cómo suena eso, amigo?

—Suena… —«A objetivo», piensa— …excelente. Gracias.

—Puedes agradecérmelo haciendo tu trabajo.

—Vamos —dice Issa-Or—. Dejaremos los cuerpos para que los encuentren los demás. Que vean que ha llegado la ley. La ley de verdad.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Sinjir le aseguró a Norra que un vaso de korva serviría, y estaba en lo cierto. En cuanto Norra pasa el vaso por debajo de la nariz de Han Solo, el vapor hace efecto. El contrabandista abre los ojos de golpe y la mira con intensidad de turboláser.

—¿Pero qué es lo que…? —masculla Han, intentando ponerse en pie—. ¿Leia?

—No —responde Norra. Está sola con él en la bodega principal de la *Halo*.

—Soy la Ten… soy Norra Wexley. Estamos en Irudiru, ¿recuerdas?

Han hace una mueca. Se lleva la mano a la frente y se frota la hinchazón.

—Atacado por un droide. Un… —frunce el ceño, como si no se lo creyera— un viejo droide de combate de la Guerras Clon. Tengo que estar alucinan…

Algo se mueve detrás de Norra. El Señor Huesos asoma su cráneo de buitre por la esquina. Han se lleva la mano a la cintura para desenfundar uno de sus blásteres, pero Norra le intercepta la muñeca y se mueve para tapar al droide.

—¡Vete! —le ordena a Huesos—. ¡Fuera de aquí, saco de huesos!

—ENTENDIDO. A LA ORDEN, MADRE DE TEMMIN.

El droide se aleja.

—¿Ese droide es tuyo? —gruñe Han.

—De mi hijo.

—¡Esa cosa me ha dejado fuera de combate! Trae aquí a ese pedazo de chatarra. Voy a dejarlo sin brazos. Entonces le daré una paliza con sus propios brazos, y después lo agarraré de la cabeza…

Norra vuelve a sentarse en la silla.

—Pido perdón por el droide. Te hemos examinado la cabeza. La herida es superficial.

—Genial. Gracias, doctora. Y ahora haz lo que te dije: lárgate de aquí y déjame volver a mi trabajo. Me estáis haciendo perder tiempo.

—Queremos ayudar.

—No necesito vuestra ayuda.

—Estás solo ahí fuera. Creo que sí que la necesitas.

Han la observa con el ceño fruncido y se inclina hacia delante.

—¿Por qué? ¿Por qué ibais a ayudarme? No os conozco. No he hecho nada por vosotros, y estoy cansado de estar en deuda con gente.

—Nosotros estamos en deuda contigo.

—No me consta —responde Han, tocándose la sien con el dedo—. Yo llevo el registro aquí arriba y tu nombre no aparece, bonita.

—Podríamos haberte enviado a Chandrila, ¿sabes? Atado a una silla. Pero eres un héroe de la galaxia. Tú y tus amigos. Nos salvasteis a todos. Esta es nuestra forma de devolveros el favor —entonces se pone rígida—. Y no me llames *bonita*.

Han se pone en pie.

—Puedo hacerlo por mí mismo.

«No, no puedes», piensa. Pero decide apaciguarlo.

—Estoy segura de ello.

—Trabajo solo.

—Por supuesto.

Han entrecierra los ojos y se rasca la barba.

—Pero necesito recuperar a Chewie.

Norra lo entiende. Está intentando pedir ayuda, pero es demasiado orgulloso, demasiado tipo duro para pedirlo. Norra se lo ofrece una vez más:

—Deja que te ayudemos. Te podemos echar una mano, tenemos armas. Seguiremos tus órdenes.

—Eso podría facilitar las cosas —dice Han, escudriñándola con la mirada—. Podría. Como has dicho, tenéis que seguir mis órdenes.

—Trato hecho.

—Vale. Me podéis ayudar a llegar hasta Aram.

Norra también se pone en pie y le ofrece la mano.

—También te ayudaremos a rescatar a Chewie.

—Muy bien. Dos por el precio de uno —acepta, la mano—. Bienvenidos al Equipo Solo. Espero que puedas seguir el ritmo, Norra.



CAPÍTULO VEINTE

Todo va según lo previsto.

Jas está emocionada. El plan lo es todo. Trazar un plan es como construir un reloj: todas las piezas tienen que encajar, girar y hacer tictac. Y al final del proceso, dice la hora. O no.

Y este plan está funcionando como un reloj.

El primer paso ha sido que ella se encargara de desactivar las minas. Jas se ha colocado en el mismo lugar de la altiplanicie, por encima del complejo de Golas Aram y ha utilizado la mira de su rifle lanzaproyectiles para identificar las firmas electrónicas de cada una de las minas. Entonces ha sido tan sencillo como apuntar el rifle lanzaproyectiles, exhalar todo el aire y apretar el gatillo.

La primera mina ha hecho lo que tenía que hacer:

Bum.

Y ese sonido ha sido la señal para poner en marcha el resto del plan.

A kilómetros de allí, Temmin y Huesos se han dedicado a cortar el conducto procedente de la granja eólica, que Han Solo ya tenía ubicado. Así se ha desactivado la verja y las torretas y le ha permitido a Sinjir acercarse al complejo de Aram aprovechando la oscuridad de la noche. Jas puede ver su sombra atravesando la verja.

Para abrirle camino, Jas se dedica a hacer saltar minas delante de él. Las minas detonan con explosiones eléctricas, dejando pequeños cráteres y una neblina de ozono por encima.

Sinjir se está acercando al complejo. De repente, por todo el recinto se abren varias compuertas y emergen nuevas sombras. Las formas parecen humanas, pero se mueven a un ritmo que no es humano. «Droides», piensa Jas. Y su suposición se confirma en el momento en el que se encienden unas vibrocuchillas de color rojo fuego, que salen de sus manos. Jas ve una docena de droides, quizá más, avanzando hacia la posición de Sinjir.

«El reloj está a punto de romperse», piensa.

Allí abajo, en el exterior del complejo, el brillo extraño de las vibrocuchillas ilumina la oscuridad. Dibujan arcos brillantes en el aire a medida que se acercan a Sinjir. El eximperial se parapeta contra el timón de una vieja lancha repulsora, y lanza algunos disparos con su pistola. Pero no basta.

Aquí es donde interviene Jas. Su rifle empieza a lanzar cartuchos. Derriba un droide tras otro. Le cuesta ver en la oscuridad, pero se esfuerza al máximo. Cada vez que uno de sus proyectiles cargados de tanio le arranca la cabeza a un droide, hay una lluvia de chispas que ilumina un poco el entorno.

«Lo tengo controlado», piensa.

La confianza, sobre todo en exceso, puede llegar a ser cegadora. Y no le ayuda el hecho de tener un solo ojo abierto pegado al visor del rifle. Esto significa que oye lo que se le acerca un segundo demasiado tarde.

Cuando nota que la yerbased empieza a agitarse y a hacer ruido, Jas rueda rápidamente sobre sí misma para ponerse de espaldas al suelo y apunta el rifle hacia arriba… pero una vibrocuchilla rasga la oscuridad por encima de ella, y golpea el cañón del lanzaproyectiles. La vibrohoja se queda atascada ahí, rechinando y haciendo saltar chispas. Jas nota todo el peso del droide rastreador encima de ella. Intenta apartarlo a patadas, pero es como intentar mover un droide astromecánico atornillado al suelo. Mientras Jas forcejea en vano, la segunda vibrocuchilla del droide se enciende y se lanza sobre ella. Jas aparta la cabeza a un lado justo cuando la vibrocuchilla se adentra en el suelo, lanzándole polvo y piedras a la cara.

El droide empieza a convulsionarse y a brillar. El altavoz de la boca anuncia:

—SECUENCIA DE DESTRUCCIÓN ACTIVADA.

«Mierda».

El droide empieza a iluminarse. Es como ver magma a través de una piedra quebrada. Vibra tanto que Jas nota que ella también estallará en mil pedazos. Forcejea con fuerza para quitárselo de encima antes de que explote. Si explota, de ella quedará poco más que una línea roja en un cráter humeante. A lo lejos, oye que Sinjir pide ayuda a gritos.

«Ahora tengo mis propios problemas», piensa.

Si pudiera inclinar un poco el rifle…

El cañón está roto y todavía tiene la vibrocuchilla clavada. Pero si dispara un cartucho, podrá hacerle daño al droide. Quizás. Tiene que apuntar a la cabeza. Tensando los músculos al máximo, logra inclinar un poco el rifle, pero solo de centímetro en centímetro…

—DESTRUCCIÓN EN TRES…

Aprieta los dientes, intentando inclinar más el arma. Ya está cerca.

—DOS…

El dedo va a buscar el gatillo.

—UNO…

«No. Llego tarde…»

La luz de un rayo láser atraviesa el aire y hace un corte limpio en su cuello de acero. La cabeza del droide se desprende de los hombros. Está al rojo vivo, y parece que va quemando el aire mientras rueda por la hierba.

El cuerpo del droide rastreador se desploma a un lado.

Eso no ha sido la culminación de una secuencia de auto-destrucción. Eso lo ha hecho alguien. Alguien que se acerca a Jas, se detiene junto a ella y le ofrece una mano para levantarse. Jas oye la voz potente de barítono de Jom Barell:

—Ya ves, Emari, te dejo sola un segundo y te pones a flirtear con un droide. Tienes suerte de que sea celoso.

—Cállate, Barell. Tenemos prisa. Sinjir necesita nuestra ayuda —Jas hace ver como si no importara su regreso… que haya decidido ser leal a su pequeño equipo. Nunca le explicará el aleteo que ha sentido en el interior de su pecho al volver a escuchar su voz. Apenas lo reconocerá para sus adentros, pero ha sido como si tuviera una bandada de pájaros atrapada en su caja torácica.

Ya están dentro del complejo de Aram.

Fuera, en la oscuridad de la noche, están los cuerpos de los droides de Aram y los cráteres de las minas. Sin embargo, dentro no hay nada. O, mejor dicho, nadie.

—¡Maldición! —exclama Sinjir, saliendo de la casa.

—Cuidado —le advierte Jas—. No sabemos si también puso trampas en la casa.

—¿Está aquí o no? —pregunta Jom Barell.

—No, no está aquí —responde Sinjir—. Y, por cierto, ¿cuándo diablos has aparecido?

Barell gruñe y se encoge de hombros.

—Se ha ido —dice Sinjir—. La mitad de sus ordenadores están fritos. Las bases de los droides están vacías. Puede que sean los monstruos que acabamos de conocer, o que se ha llevado una patrulla con él a algún lugar.

—¿Adónde se ha ido? —pregunta Jom.

—¿Te crees que lo sé? Mi trabajo es hacer preguntas, concretamente a alguien que no está aquí.

—Sabemos que tiene túneles por debajo del complejo —comenta Jas—. Han y Norra han bajado a interceptarle por si huía por ahí —entonces saca el comunicador—. ¿Solo? —pero no se oye nada, solamente un chisporroteo—. Solo. Informad.

—Nnnn —responde una voz.

Parece la voz del contrabandista. No parece que esté muy bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jas.

—Ese… bicho cabezón me ha sorprendido. Iba… —por el comunicador se oyen más quejidos y un ataque de tos—. Iba montado en una silla repulsora, y me ha soltado una descarga cuando he intentado atraparlo.

—¿Qué le ha pasado a Norra?

—No sé dónde está. Antes de que apareciera Aram, me ha dicho que iba a comprobar algo y entonces… casi me electrocutan.

Jas vuelve a pensar que Aram no es su misión. Es problema de Han Solo. Y si a Solo se le ha escapado, bueno, pues fin de la historia. Jas le dirá a Temmin que envíe al Señor Huesos a noquear al contrabandista, lo meterán en la bodega de la *Halo* y se lo llevarán a Chandrila.

De todos modos, tienen que saber dónde está Norra. Como si le leyera los pensamientos, la voz de Norra suena en el comunicador:

—Le tengo.

—¿A quién tienes? ¿A Aram?

—Correcto.

—¿Cómo?

—He seguido uno de los túneles secundarios hasta fuera. Había una pequeña lanzadera solar preparada en una plataforma. La computadora de navegación estaba preparada con un destino. Parece ser que Aram tiene familia en Saleucami. Me he escondido. Aram ha entrado y ha intentado despegar. Le he aturdido, pero pesa mucho. Estaría muy bien que me vinierais a buscar. ¿Traéis la *Halo* para recoger el premio?

Jas sonríe de oreja a oreja.

—Ahora mismo, jefa.



CAPÍTULO VEINTIUNO

El denominador común de todos los rangos imperiales era la raza humana.

En líneas generales, los alienígenas se veían como poco gratos dentro del orden laberíntico del Imperio, porque se los consideraba *diferentes*. Eran siervos, esclavos o, en el mejor de los casos, obstáculos. Había que domesticarlos, eliminarlos o ignorarlos.

Al menos, eso decía la propaganda.

Sinjir sentía ese prejuicio de vez en cuando. Lo tenían tan interiorizado, que incluso los alienígenas muy parecidos a los humanos eran vistos con desconfianza. Palpatine y su maquinaria de propaganda se esforzaban por clavar muy hondo el clavo de la intolerancia. Decían que tanto los viejos Jedi como la escoria rebelde estaban formados por más alienígenas que humanos. El Imperio decía que en un humano se puede confiar, pero los alienígenas siempre te van a traicionar.

Evidentemente, con el tiempo Sinjir aprendió que esto era una estupidez. Comprobó que los humanos eran bastante horribles. Llenos de traición. Mejor dicho, desbordantes de traición. Al final, entendió que la corrupción del Imperio se debía precisamente a su xenofobia. No dejaba lugar a ninguna otra voz. Hombre y máquina gobernaban el Imperio, mientras que el resto de la galaxia sufría bajo la bota imperial. Una galaxia que era predominantemente alienígena.

En cualquier caso, la formación de Sinjir como oficial de lealtad le ofrecía pocas oportunidades para… ejem… extraer información de no-humanos. Conocía al detalle los puntos de dolor fisiológico del ser humano.

No se podría decir lo mismo de los alienígenas.

De modo que, al enfrentarse a un siniteeno, ha necesitado cierto tiempo.

El cuerpo de los siniteenos es parecido al de la mayoría de humanos, con la excepción del cráneo. La cabeza de estos alienígenas es muy grande, el doble de grande que el cráneo de una persona media. Además de blanda. La cabeza humana está protegida por una estructura de hueso, pero la cabeza de los siniteenos parece poco más que un saco de piel lleno de carne. Tienen un cerebro inmenso pegado a la epidermis, y sus ondulaciones se ven desde fuera.

Sinjir no sabría decir si la actitud de Golas Aram es típica de su especie. La cuestión es que al siniteeno le preocupa más bien poco la entereza de su cuerpo. Sinjir lo ha amenazado con partirlo por la mitad como un bollo, y Aram no ha reaccionado. La amenaza no ha servido de nada. Aram ya tiene las piernas estropeadas; no olvidemos que va en silla repulsora.

Sinjir ha decidido fiarse de sus instintos. Esto lo aprendió con la práctica, y no en un Manual de Lealtad de la ASI: a veces, vale la pena dejar que el prisionero hable. Se ha sentado a hablar con él largo y tendido sobre los droides, su recinto, su nave, el planeta Irudiru… Ha sacado todos los temas posibles, pero Aram se ha negado a darle detalles y se ha mantenido beligerante todo el rato. Ha recibido la más dura de las reprimendas con un orgullo alarmante.

«Mis droides están diseñados a medida y programados a mano para que nadie más de la galaxia pueda duplicarlos. ¡Mi complejo fue diseñado para ser impenetrable! Si unos primates como vosotros han logrado entrar, es por pura suerte. ¿Irudiru? Mejor aquí que en cualquier otro lugar de la galaxia. Parece que todos los sistemas se están ahogando en la grasa y la estupidez de una población indolente y aletargada. ¡Ignorantes, ignorantes por todas partes!»

Golas Aram no tiene una gran opinión del resto de la galaxia.

En cambio, está muy orgulloso de sí mismo. En particular, de su intelecto. Le importa muy poco su cuerpo, pero mucho su mente.

Sinjir ha decidido que su método debería ir por ahí.

—Me pregunto, Golas, qué ocurriría si cogiera algo… un cuchillo, por ejemplo… o algo largo y afilado como esto de aquí —y mientras lo dice, arranca una pequeña antena de una de las cajas de piezas que Temmin tiene en la bodega principal de la *Halo*. La hace girar en la mano, y entonces da unos golpecitos en la cabeza del siniteeno—. Y me pregunto qué pasaría si hiciera presión a través de tus pliegues. ¿Y si lo inserto por el agujero de tu oreja? Aprieto fuerte hasta que entre en tu cerebro…

Entonces introduce la antena en el oído del siniteeno, sin hacer demasiada presión.

—¿Qué? ¿Qué haces, simio? ¡Para!

Sinjir introduce la antena un poco más haciendo presión. Aram empieza a gritar.

—Sería una cosa terrible. No soy más que un primate torpe y desgarbado, ¿verdad? No tendría ni idea de lo que estoy haciendo. Me pregunto si tendría algún efecto negativo sobre tu inteligencia. Mmh… Me atrevo a decir que te podría convertir en alguien tan

pusilánime como yo. Toda esa inteligencia acumulada… Si hago estallar este globo, ¿se derramará todo?

Ahí está. Miedo en los ojos, intenso como una luz reflejándose en las olas. Una persona es como un cerrojo, y Sinjir es muy bueno encontrando la llave. La llave que la abre, la desmonta, la deja completamente desarmada y vulnerable.

Es un momento muy especial que en el pasado le provocaba mucho placer.

No es el caso ahora.

En lugar de ello, sale de la bodega de carga y de la nave. Se dirige a los demás, que están reunidos bajo la luz de la mañana de Irudiru.

—Está listo. Id a preguntarle lo que queráis —y entonces avanza tambaleándose por el campo, sin notar siquiera el dolor que le causan las hojas de yerbased.

El sol ya está sobre el horizonte. Sus dedos dorados han dejado de jugar por encima de la hierba y ahora es un gran círculo blanco palpitante en el cielo. Sinjir está sentado en una montaña de cajas, mirando a la nada.

De repente, alguien le tapa el sol. Es Han Solo.

—Lo has logrado —dice el contrabandista.

—¿Aram? Lo sé.

—Nos ha dicho todo lo que necesitábamos saber —dice Solo con una sonrisa extraña, casi salvaje. Está alterado, ansioso por emprender la caza, como un sabueso tirando de la cadena.

—Estoy satisfecho de haber sido de utilidad.

—Eres un imperial.

—Ex.

—No me gustan los imperiales.

—Únete al club. Incluso a los imperiales no les gustan los imperiales.

—Has hecho bien, te has reformado. Norra y yo vamos a ir a Kai Pompos a buscar abastecimientos. Entonces empezará la carrera.

Sinjir levanta el pulgar, con poco ánimo. «Qué bien», piensa sarcásticamente.

Han Solo se ha ido. Pronto lo sustituye Jas, que sale de la nave charlando con Jom Barell. Ha vuelto. Qué bien. La noche anterior, los dos bajaron juntos de la altiplanicie cuando él estaba rodeado completamente de droides rastreadores que aparentemente estaban programados para estallar como si fueran fuegos artificiales. Jas y Jom lo salvaron. Sinjir supone que debería estar agradecido. Y lo está. Quizá.

—¿Todo bien? —pregunta Jas, guiñándole el ojo.

—De fábula —responde Sinjir con una sonrisa falsa.

Entonces Jas y Jom se van. A hacer lo que sea que hacen. Probablemente algo parecido a lo que hacen los pistones de un motor.

—Oye, Sinjir —dice Temmin apareciendo por detrás.

—Hola, chico.

—No tienes buena pinta.

—Qué impertinente.

—No, quiero decir… —Temmin ríe, nervioso—. Parece que haya algo que te molesta.

—Siempre hay algo que me molesta. El sol. El aire. Otra gente. Chicos entrometidos que aparecen con preguntas impertinentes.

—No sé qué se te ha colado por el tubo de escape, pero vale. Me voy de aquí. Nos vemos, Sinjir.

—Espera.

El chico se detiene y mira hacia atrás.

—¿Qué?

—Cuando estábamos en Chandrila, interrogando a Yupe Tashu. Te molestó.

—Sí, claro.

—¿Por qué?

—No sé. Molestaría a cualquiera.

—Mmh. No me convence esa respuesta. Fue como si te impactara un fragmento de meteorito. *Bum*. Justo entre los ojos.

Temmin chuta unas cuantas piedras, y entonces dice:

—Vale. Si tú me dices lo que te molesta a ti, yo te contaré lo que me molestó a mí.

—Ojo por ojo, ¿eh? De acuerdo. Pues yo quiero dejar de ser quien soy. Quiero ser otra persona.

—Ya lo eres. Ahora eres de los buenos.

—Sí, y como soy uno de los buenos, acabo de amenazar a otro ser vivo con clavarle una antena en el cerebro a través del oído.

—¿Y entonces por qué lo has hecho?

Sinjir frunce el ceño como si acabara de ponerse en la boca un trozo de comida pasada.

—Porque para preservar la historia, es necesario que se hagan cosas desagradables. Porque ser bueno a veces quiere decir ser malo. Porque es lo que hago, y si no lo hubiera hecho probablemente todavía estaríamos aquí sentados sin saber qué hacer. Estoy aquí por un motivo. Soy una herramienta que cumple una función muy exclusiva. ¿De qué sirvo si no cumplo esa función?

—Eres bueno en muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Ehh…

—Exacto. Te toca.

—No, espera, me siento mal. Eres muy bueno en…

—Demasiado tarde. Está sonando el timbre. La alarma. He dicho que te toca. Tú. Yo. Yupe Tashu. Te afectó. ¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta. Es una respuesta vacía.

—¡Por mi padre!

Sinjir levanta una ceja.

—¿Qué pasa con él?

—Que… quizá esté ahí fuera, en algún lugar. En una celda como esa. ¿Quién sabe qué pasó con él? ¿Conservó su integridad? Me da miedo pensar que pudieron con él. Y que, si alguna vez lo encuentro, quizá ni me reconozca. Quizá, aunque le encontremos, seguirá perdido, ¿sabes?

—Lo sé. Es bastante profundo, en realidad.

—¿Tú crees?

—Para un mocoso impertinente.

—Por cierto, esto se te dan bastante bien. Hablar con la gente.

—Qué asco. Prefiero ser bueno torturando gente.

—Idiota.

—Imbécil.

Temmin ríe.

—Gracias, Sinjir. Me siento mejor.

Durante un rato, Sinjir también. Nunca lo reconocería en voz alta, por supuesto. Intenta disfrutar de esta pausa de su propio malhumor. Entonces se pregunta: «¿Y ahora qué?».

CUARTA PARTE



CAPÍTULO VEINTIDÓS

El *Halcón Milenario* surca el hiperespacio.

—Pareces nerviosa —le dice Han a Norra, que está sentada en el asiento del copiloto, que es más profundo y está más bajo que el otro. Normalmente aquí se sienta alguien mucho más grande. Como, por ejemplo, un wookiee.

—No estoy nerviosa —responde Norra.

Sí que lo está.

Sería difícil no estarlo. Ha admirado mucho esta nave desde lejos. ¿Quién no lo haría? Es un pedazo de chatarra, pero Norra la ha visto en movimiento. La forma en la que se mueve en medio del caos de la batalla es algo que hay que ver, es una de esas cosas que te dejan sin aliento. Norra iba en su caza Ala-Y siguiendo al *Halcón Milenario*, pilotado por Calrissian y su copiloto sullustano, al introducirse en las entrañas laberínticas de la segunda Estrella de la Muerte. Fue una maravilla, una visión que no olvidará jamás.

Eso desde fuera.

¿Y por dentro? A Norra le sorprende que aguante. Tiene la integridad estructural de un saco de recambios. Todo es desparejo. Hay cosas colgando, cables a la vista, paneles que no encajan con sus bases. La consola no parece ser la original de la nave. Es como si Temmin la hubiera construido en su taller de Akiva. Hay piezas soldadas sobre otras, o peor, pegadas con montones de cinta y selladas con espuma adhesiva.

Norra tiene miedo de que la nave entera se rompa en mil pedazos en pleno hiperespacio.

Han Solo parece haber asumido el caos. De vez en cuando suena una alarma o una parte del tablero de mandos se queda oscuro. Entonces da un golpe con el puño o toquetea con los cables que hay debajo y todo vuelve a funcionar. Sonríe y guiña un ojo.

Para no hablar sobre el pedazo de chatarra orbital en el que viajan, Norra dice:

—¿Estamos seguros de que la información que nos dio Aram es correcta?

—Lo vamos a comprobar, ¿no crees? Si sus códigos no nos sirven, vamos a tener que salir de ahí más rápido que un tiro de bláster —entonces cierra los ojos y se pellizca la piel entre los ojos—. ¿Sabes qué? Va a funcionar.

Tiene que funcionar. Norra sabe que es su única oportunidad.

Kashyyyk es un planeta convertido en cárcel, un enorme campo de trabajos forzados. El Imperio, en toda su monstruosidad xenófoba, consideró apropiado aprisionar y esclavizar a los wookiees allí. No porque supusieran una amenaza significativa a la ascendencia del Emperador, sino porque son diferentes, y porque su fisiología grande y robusta les permitiría trabajar mucho tiempo en condiciones extremas. Probablemente hace falta una cantidad de trabajo descomunal para que un wookiee se muera de agotamiento. «No será porque el Imperio no lo haya intentado», piensa Norra, sin poder contener un estremecimiento.

—Va a funcionar —responde Norra. «Porque tiene que funcionar».

Solo levanta la mano hasta los estabilizadores y activa unos cuantos interruptores.

—Estamos llegando. ¿Estás preparada para esto?

«No», piensa.

—Sí —responde.

—Salimos de la velocidad de la luz.

Han Solo teclea rápidamente en la pantalla de la computadora de navegación, y entonces tira de la palanca de mando para reducir velocidad. Las largas líneas estelares dan paso a las estrellas. Ahí delante está su destino.

Kashyyyk. Un planeta verde, cubierto de vegetación. Norra puede ver montañas nevadas y ríos serpenteantes que desembocan en océanos de agua oscura. Pero, sobre todo, hay bosques. Incluso desde aquí pueden ver los bosques. Las nubes de la atmósfera se enroscan alrededor de los árboles.

Mirando más atentamente, se ve la devastación: zonas enteras de bosque oscurecidas; ríos reducidos a arroyos; nubes blancas que se convierten en oscuros huracanes de humo; puntos negros en los mares, que Norra supone que son plataformas mineras submarinas del Imperio. Si ella puede ver la destrucción desde aquí arriba, desde el espacio, ¿cómo será en la superficie? ¿Qué le han hecho a este planeta? Sobre el planeta entero hay un bloqueo imperial, docenas de naves: un par de destructores estelares, varios acorazados, un tráfico intenso de lanzaderas y patrullas de cazas TIE.

—Tendríamos que haber venido en una nave imperial —dice Norra.

Detrás de ellos aparece una señal luminosa en los escáneres. Otra nave que sale del hiperespacio. A Norra se le encoge el corazón, aunque conoce esa nave: es la *Halo*, que

los sigue de cerca. Jas va a los mandos. El resto de la tripulación está con ella. Norra es la única que acompaña al contrabandista.

—Ya te he dicho que todo irá bien —le responde Solo—. Además, no teníamos tiempo.

—Seguro que conocen tu nave.

—Sí, pero tenemos los códigos imperiales de Aram, ¿recuerdas? Además, creen que el *Halcón Milenario* fue destruido.

—¿Y eso por qué?

—Después de perder a Chewie, contraté a una cortacódigos para colarse en las redes del Imperio por si podía encontrar algo. Ya de paso, me hizo un favor y «actualizó» sus registros sobre mí y el *Halcón Milenario*. Yo aparezco como muerto y esta nave, según los registros, hizo *bum*.

Norra vacila.

—¿Y nuestra cañonera?

—Como he dicho, vuestra cañonera es una SS-54. Afortunadamente para nosotros, la burocracia imperial es un objeto inamovible. Hace mucho tiempo, el Imperio clasificó esa nave como «carguero ligero». Haría falta una montaña de papeleo y aprobaciones oficiales para cambiar la categoría en sus bases de datos, ¿no? No ven una cañonera. Ven un carguero.

—Eso concuerda con nuestra historia, entonces.

—Sí, señora, claro que sí.

Su historia: traen recambios y un equipo mecánico a la superficie de Kashyyyk para hacer reparaciones en la cárcel conocida como la Jaula de Ashmead, por petición del arquitecto que la construyó, Golas Aram. Un plan sencillo.

Justo entonces suena el comunicador:

—Aquí el destructor estelar *Dominio*. Se están acercando ilegalmente al territorio imperial G5-63. Identifiqúense y transmitan sus códigos de autorización o les consideraremos intrusos violando el Código Galáctico.

Han se aclara la garganta y antes de responder le dedica a Norra una sonrisa nerviosa… ¿para tranquilizarla?

—Aquí el carguero ligero *Misiva*, acompañado por el carguero ligero, eh… *Cisne*. Empezando la transmisión de código.

Le hace un gesto con la cabeza a Norra, que carga los códigos.

Silencio al otro lado del comunicador.

—No se lo han creído —dice Norra.

—Se lo han creído.

Más silencio.

—No se lo han creído.

—No han cargado el armamento…

Hay un pequeño estallido de estática por el comunicador, y entonces la voz pregunta:

—¿Cuál es su objetivo en la superficie del territorio imperial G5-623, *Misiva*?

—Venimos… eh… venimos a hacer reparaciones en una vieja cárcel. Nos envía Golas Aram a petición del Imperio. Traemos recambios y el personal mecánico para instalarlos… eh… Señor.

Más silencio. Norra puede oír la sangre acumulándose en sus oídos.

—Hoy no va a ser posible —responde la voz—. Den media vuelta y salgan del espacio imperial, por favor.

Han frunce el ceño con frustración y responde por el comunicador:

—Disculpas, no lo entiendo, señor. El código de autorización…

—Hay un bloqueo sobre el planeta, carguero *Misiva*. Nadie entra y nadie sale, por orden del propio Emperador Palpatine.

Palpatine. Norra se inclina hacia delante en su asiento de piloto. Un fuerte temblor le recorre toda la piel, y no puede contenerlo. ¿Es posible que esté vivo? ¿Después de todo esto?

—Está muerto, relájate —le susurra Han Solo. Entonces vuelve a hablar por el comunicador—. Perdone, Señor. Tenía entendido que el Emperador no sobrevivió.

—Entonces entendió mal. El Emperador está vivo y en buen estado. El territorio imperial G5-623 está en cuarentena. Repito: den media vuelta o nos veremos obligados a abrir fuego.

El pánico se apodera de los dos. Han y Norra se miran.

Han tiene los ojos desbocados. Es como un animal enjaulado desesperado por abrirse paso a mordiscos. Alarga el brazo hasta el control de artillería.

Norra le agarra la mano.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué quieres decir, con qué estoy haciendo? Vamos a abrirnos paso a golpes de bláster. Ya sabes, la forma tradicional de hacer las cosas.

—Hay dos destructores estelares.

—Ah, gracias por la información. Que sepas que el *Halcón Milenario* ha salido de líos mucho peores. Llegaremos a la superficie.

—¿Y entonces qué?

—Entonces vamos a las coordenadas que nos dio Aram.

—¡Con medio Imperio en los talones!

—¡No me interesan las probabilidades!

Norra agarra el comunicador, desesperada por encontrar una solución. Pero no es a los imperiales a quien llama. Abre un canal de comunicaciones con la *Halo*. Responde Jas.

—Norra, no creo que estén interesados.

—Ya lo sé. Pásame con Sinjir.

Se oye movimiento, y entonces suena la voz de Sinjir a través del tablero de mandos.

—¿Me has llamado?

—Necesito algo. Un código imperial. Emergencia, mmh, de alto rango, algo, lo que sea, que nos permita bajar al planeta.

—Ahh. Maldita sea, hace mucho tiempo… ¡Ah, sí! Diles que es un Triple 9,327. Es un código de trabajo clasificado.

Norra vuelve a cambiar el canal de comunicación.

—Destructor estelar *Dominio* —dice Norra—. Aquí el carguero *Misiva*. Me dicen que lo intente una vez más, señor. Estamos aquí por orden de la Gran Almirante Rae Sloane y el consejero imperial Yupe Tashu —se la está jugando mucho. Se ha sacado de la manga dos nombres de imperiales poderosos a los que no ha conocido nunca en persona, y espera que esos nombres tengan suficiente poder—. Estamos aquí para hacer el mantenimiento de la Jaula de Ashmead, una cárcel con prisioneros de alto valor. Prisioneros enviados aquí por el propio Emperador. Señor. Tenemos una orden de trabajo. Triple 9,327.

Mientras dice todo esto, es consciente de las pocas probabilidades que tienen. ¿Qué pasará entonces? Tendrán que abrirse paso a la fuerza, según parece.

Y eso seguramente será una sentencia de muerte.

—Esperen —responde la voz.

—No se lo van a tragar —dice Han, mirándola fijamente.

—Lo sé.

—Y si no se lo tragan, voy a entrar en ese planeta con toda la artillería.

—Esto también lo sé.

—Será mejor que te abroches el cinturón. La cosa está a punto de…

El comunicador cruje.

—*Misiva*, aquí el *Dominio*. Tienen permiso para aterrizar.

Norra exhala, y se queda prácticamente sin aliento.

—¿Qué decía, Capitán Solo? ¿A punto de qué?

—Menos humos, compañera. A nadie le gustan los fanfarrones. Vamos a aterrizar antes de que cambien de opinión.

Sloane recibe la llamada en la holopantalla en medio una reunión del Consejo en la Sombra. Brendol Hux está en un extremo de la mesa gritándole a Randd. El primero tiene la cara roja y se le marca una vena en la frente, y el segundo está rígido como una asta de bandera, con cierta expresión de aburrimiento.

El dispositivo indica que la llamada es de un destructor estelar. El *Dominio*, que está en el sistema Kashyyyk.

—Si me disculpan —dice Sloane, y todos se detienen y la miran con incredulidad e irritación. Idiotas. Sale de la sala, a uno de los austeros pasillos de acero del *Devastador*.

Aquí recibe la transmisión.

Aparece el Contraalmirante Urian Orlan. Es un hombre menudo, con nariz aguileña y mejillas que parecen de plástico. Nunca le ha gustado mucho, siempre ha sido un oficial titubeante, uno de los más débiles que conoce. Y, sin embargo, logró pasarle por delante

unos años atrás. Irónicamente, acabó a los mandos de un destructor estelar llamado *Dominio*. Orlan tiene dominio sobre pocas cosas aparte de su pelo, que está tan bien colocado sobre la ceja que Sloane sospecha que es artificial.

—Esto es una llamada de cortesía —dice Orlan.

—Pues le falta un poco de cortesía y respeto por mi autoridad —replica Sloane—. Permítame que le ayude: *Saludos, Gran Almirante Sloane. Es un placer para mí hablar con usted en el día de hoy*. Inténtelo, Urian.

Urian se lame el labio y dice:

—Sí. Por supuesto, gran almirante. Es un placer.

La cuestión es que el G5-623 es uno de esos territorios imperiales que todavía no ha caído como los demás. Al igual que Anoat, todavía cuentan la leyenda de que Palpatine sigue vivo, que no es un espectro demoníaco que lidera el Imperio desde más allá de la tumba, sino que escapó de la explosión de la Estrella de la Muerte por medios improbables, incluso milagrosos. Son sistemas que siguen siendo relativamente autosuficientes, y se han refugiado ahí, apartados de la influencia exterior.

—¿Qué ocurre, Urian?

—Me estaba preguntando acerca de la cárcel.

—¿De qué cárcel se trata?

—La Jaula de Ashmead. Aquí en G5-623.

—No me resulta familiar.

—¿Está segura? —dice, con un tic en la nariz.

—¿Cree que soy una idiota o una mentirosa?

—En absoluto. Por supuesto que no. Solo es que… han llegado dos naves. Les hemos denegado el permiso, pero han insistido que tenían autorización… bueno, su autorización.

—Descríbame esas naves.

Urian le envía unos esquemas rudimentarios a la pantalla.

Dos cargueros ligeros, un YT-1300 y un SS-54. El segundo es en realidad una cañonera erróneamente catalogada como carguero. No está hecha para transportar material.

Sloane se ha enfrentado antes a dos naves que corresponden con esos modelos. Es una combinación inusual. Es poco probable que sea una coincidencia.

¿Podría ser? El *Halcón Milenario* y la nave de la cazarrecompensas. Se llamaba *Halo*, ¿no? Es el mismo equipo que se le escapó de las manos en Akiva. El mismo equipo que se dedica a cazar imperiales, y que normalmente llegan hasta ellos antes de que lo pueda hacer ella. Al menos Mercurial pudo encargarse del último en sus propias narices. Y el *Halcón Milenario* pertenece al General Solo. Arrebatarle un cargo así a la Nueva República no tiene importancia a nivel militar, pero el daño que podría hacer en su moral… Podría provocarlos para lanzarse a una lucha para la que no están preparados.

Sea como sea, no puede permitir esa incursión.

—¿Mi almirante? —pregunta Orlan.

—Envíe un equipo a investigar —le ordena Sloane—. Mándeme un informe.

Orlan titubea. La cadena de mando ya no es lo que era. Orlan es un hombre con distintas lealtades. ¿Por qué la iba a llamar, entonces? Quizá para congraciarse con ella por si acaso se ve obligado a elegir.

—Tendré que consultarlo con el Gran Moff Tolruck. Si él da su aprobación…

—Dígale que dé su aprobación o recibirá mi visita.

—Sí. Sí, Mi Almirante, por supuesto.

Y entonces Urian Orlan desaparece.

Sloane se da la vuelta… y no está sola. Ahí está el Almirante Rax, silencioso como un fantasma, con sus guantes negros y las manos unidas.

—¿Va todo bien? —pregunta Rax.

Sloane puede contárselo, probablemente ya lo sepa. Sloane le cuenta la historia. No aparece ninguna muestra de sorpresa en su rostro.

—Vuelva a llamar a Orlan —le dice Rax—. Dígale que aprobamos las reparaciones de la cárcel.

—Pero no lo hemos hecho.

—No, pero lo hacemos ahora.

—Las dos naves… creo que pertenecen a malhechores conocidos de la Nueva República. Parece ser que un equipo de cazadores de imperiales ha unido esfuerzos con uno de los mayores héroes de la Rebelión, el General Solo. Si los derrotamos…

—… Sería la lucha errónea.

—¿Y eso exactamente por qué?

Rax le pone una mano en el hombro. Sloane tiene la impresión de que la mano pesa una tonelada, como si la pudiera aplastar haciendo un poco de fuerza. Logra apaciguarla y a la vez ser condescendiente.

—Almirante Sloane, no queremos provocar una lucha ahora mismo. Estamos a punto de lanzar nuestro ataque sobre Chandrila. No queremos darles ningún indicio de lo que va a ocurrir. No podemos anticiparnos. Debemos mantener la imagen de debilidad. Tenemos que dejar que se confíen.

—Es un error.

—Confíe en mí. Lo tengo todo bajo control. Lo cual me recuerda que los instrumentos están en su sitio y ya hemos compuesto la música. Es hora de interpretar la canción. Chandrila debe caer, pero primero necesito su ayuda.

Sloane vacila. Tiene la sensación de estar pactando con una víbora.

—¿Cómo?

—Tengo una tarea para usted.

Rax le explica de qué se trata. Y al hacerlo, Sloane no puede evitar sentir que la están arrastrando a otra prueba. O peor, a una trampa.

—Lo haré —responde Sloane—. Y me aseguraré de que el Contraalmirante Orlan sepa que hemos aprobado las reparaciones en G5-623.

—Muy bien —concluye Rax, y entonces se acerca a ella y le besa la frente. Tiene los labios fríos. Todo el cuerpo de Sloane se tensa durante este gesto. Un gesto que de algún modo es como si la estuviera bendiciendo. Sloane tiene ganas de vomitar.

Cuando Rax se va, llama a Orlan.

Pero luego hace otra llamada, porque alguien va a ir al sistema Kashyyyk de su parte. No va a permitir que se le escapa esta oportunidad. Es su seguro de vida, y no lo dejará escapar.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Jas tiene un mal presentimiento.

Hace descender suavemente la *Halo*, siguiendo la ruta trazada por el *Halcón Milenario*, que va delante de ellos. Es de noche, pero incluso en la semioscuridad resulta fácil ver que este planeta está enfermo.

Los árboles son de los más altos que Jas ha visto en su vida. Más altos que algunos complejos y torres de Coruscant. Pero los árboles están muertos. Sus troncos enormes se están astillando. En esas fisuras brilla la bioluminiscencia caleidoscópica de esporas y hongos, que tiñen los árboles del color de la enfermedad. Las ramas son vigas esqueléticas que se alzan hacia el cielo como si quisieran arrastrar las estrellas hacia el suelo y enterrarlas en tumbas de polvo.

El *Halcón Milenario* vuela entre estas ramas decrépitas. La *Halo* lo sigue de cerca. Es Jom quien lo dice:

—Aquí no hay nada. Ni nada ni nadie.

Tiene razón. No hay naves, no hay luces por debajo de las ramas muertas, solo ese brillo pantanoso y contaminado.

El resto del equipo se reúne en la carlinga, detrás de Jas. La cazarrecompensas les dice gruñendo que se vayan, pero nadie le hace caso.

Se han quedado todos boquiabiertos.

¿Dónde están los wookiees? ¿Y los imperiales? ¿Alguien? Jas sabe que esto es tan solo una parte del planeta, y Kashyyyk es un planeta grande, donde hay ciudades. Esto es

lo más lejos que van a estar de una de esas ciudades a juzgar por sus mapas, que reconoce que están anticuados. Pero de todos modos aquí es donde tienen que estar… y es un lugar sin vida. ¿Cómo será el resto del planeta?

—Ahí —indica Temmin, señalando por encima del hombro de Jas. Ella le aparta la mano, pero mira igualmente en esa dirección.

Es difícil distinguirlo, pero Jas lo ve. Ahí, en la superficie: una forma borrosa de algo grande. Un edificio. La Jaula de Ashmead. Tiene que serlo. Entonces las coordenadas que les dio Aram son precisas.

Han Solo y Norra tienen que haberlo visto también, porque el *Halcón Milenario* empieza a descender. Jas pone los motores de la cañonera en posición vertical, en modo repulsor.

A medida que van bajando, sobrevuelan plataformas tortuosas y quebradas que cuelgan de los árboles en equilibrio precario. Jas activa un foco de banda estrecha para ver mejor. Lo que tienen delante es un antiguo emplazamiento de artillería: un enorme lanzaproyectiles que está colgando de sus amarres, balanceándose lentamente en una maraña de lianas. Es un arma de los wookiees. Es como una ballesta wookiee, pero tan grande que puede derribar un repulsor o una nave pequeña.

Pasan junto a otra construcción. Es demasiado pequeña para ser una casa. Un puesto de guardia, quizá. Está sujeto al lateral del árbol con cuerdas deshilachadas. Junto a la puerta hay un cadáver totalmente seco, con el pelo hirsuto como los filamentos de una escoba ajada. Es poco más que una piel pegada a los huesos.

«Un wookiee muerto», piensa. Todavía le cuelga el arma del hombro.

Están muy lejos del suelo. Van descendiendo entre estructuras desvencijadas, cuerpos, podredumbre y ruina. Hasta que llegan al suelo. El *Halcón Milenario* encuentra una plataforma de aterrizaje, una estructura de cemento que sobresale de una maraña de arbustos retorcidos llenos de pinchos. Jas busca una zona sin vegetación y aterriza con la *Halo*. Los motores hacen volar la maleza.

Delante de ellos, a un cuarto de kilómetro, está la cárcel. Más concretamente, la nave-cárcel.

Parece que lo que les dijo Aram era cierto: la Jaula de Ashmead no es una cárcel construida por él. Es una nave-cárcel de los días de la Antigua República. Les dijo que la nave pertenecía a un imperio malvado, enemigos de la República. Los predori. Fueran quien fueran, han desaparecido.

En su día, la nave albergaba prisioneros de la Antigua República. Se encontraba en el centro de un enorme pozo gravitatorio. ¿Qué mejor forma de evitar que escapen los prisioneros que encerrarlos en una nave capaz de resistir la fuerza implosiva aplastante de un pozo gravitacional? Entrar es fácil, escapar es imposible. Pero un día, todo se desmoronó. Aram dijo que el pozo gravitacional se colapsó en sí mismo, y la nave salió propulsada hasta el planeta que había debajo…

Y se estrelló en la superficie de Kashyyyk, donde permaneció durante cientos de años, incluso miles. Los wookiees creían que era un lugar maldito, poblado por malos

espíritus. Lo declararon lugar prohibido y lo tuvieron bajo vigilancia, por si alguna vez salía algo de su interior.

Y entonces, un día, llegó el Imperio.

Los imperiales no sentían miedo por este artefacto. Al contrario, reformaron la vieja nave para que volviera a cumplir su función. ¿Y quién mejor para convertirlo en una prisión confidencial que Golas Aram?

A lo lejos, ven la nave-cárcel. Está iluminada por una única luz: un cristal azul reluciente, que lo baña todo con un brillo inquietante. Hace juego con el brillo extraño de los hongos de los árboles, y logra que a Jas se le revuelvan las tripas.

Salen todos de la *Halo*. Por debajo de ellos, el suelo es duro y está seco y agrietado. La maleza es frágil, y las ramas se van partiendo como huesecitos al caminar. Se reúnen detrás de las raíces de uno de estos árboles gigantescos.

—Aquí estamos —dice Han Solo.

—No parece que haya nadie —comenta Norra—. ¿Estás seguro de que Chewbacca está aquí?

Han frunce el ceño.

—Tiene que estar aquí. Todas las pistas me han traído hasta aquí.

—¿Podemos llegar a la conclusión incómoda de que probablemente esto sea una trampa? —dice Sinjir—. Vamos a ver, las pistas «te han traído hasta aquí»… hasta una nave fantasma abandonada en un rincón de bosque muerto. Para mí está claro que estamos a punto de meter el pie en una trampa mal disimulada. ¿Sí? ¿Hola?

—No es una trampa —protesta Solo—. No puede serlo. Chewie está ahí, puedo sentirlo. Ahora mismo el Imperio no sería capaz de organizar una… una trampa tan elaborada. Y si nos quisieran muertos o encadenados, podrían haberlo hecho mucho antes de que llegáramos a la superficie. Seguimos con el plan.

—No creo que debamos hacerlo —replica Jas, vacilante.

—Entonces quedaos aquí fuera, me da igual. Yo voy a entrar.

Acto seguido, Solo sale de detrás del árbol y se dirige a la cárcel a toda prisa, con la cabeza baja y el bláster en la mano.

—Norra —dice Jas—. Aquí pasa algo, y él no lo ve.

—Lo sé. Pero necesita nuestra ayuda —responde Norra, suspirando—. Tem, tú y Huesos quedaos aquí fuera…

—¿Cómo? Mamá, nosotros también queremos acción.

—No, no queréis. Además, puede ser que la acción llegue por aquí. Sois nuestra retaguardia.

Temmin entrecierra los ojos.

—Vale.

—El resto vamos con Solo. Todo el mundo atento. No sé exactamente qué vamos a encontrar ahí dentro. Aram nos contó que la cárcel está automatizada, pero hay mecanismos de defensa. Por suerte, se supone que sus códigos nos permitirán evitar estos

mecanismos. Cruzad los dedos, todos los dedos —Norra desenfunda el bláster—. Vamos a entrar.

Huesos es el encargado de abrir la puerta. Una de las garras de su mano se pliega hacia atrás y aparece un adaptador para entrada de datos. Canturrea una canción en voz baja mientras introduce el adaptador en el puerto. El mecanismo de la interfaz gira a la derecha, luego a la izquierda y entonces da toda la vuelta mientras el droide de batalla B1 modificado carga el código.

Funciona. La puerta se abre a un lado.

Norra le dice a su hijo:

—Quédate aquí. Utiliza el comunicador si nos necesitas.

Temmin quiere ir con ellos. Se le da bien este tipo de cosas. Quedarse aquí fuera será muy aburrido. Y, aunque no lo vaya a admitir, le da un poco de miedo.

Pero decide portarse bien. Está aprendiendo a confiar en su madre.

Asiente a regañadientes. Cuando el resto del equipo entra en la cárcel, él se queda con Huesos junto a la puerta.

El droide camina de un lado para otro, agitando la cabeza al ritmo de una melodía imperceptible. Hace repiquetear los talones contra sus piernas esqueléticas, creando un ritmo imposible. Temmin lo hace callar.

—Tenemos que estar en silencio, Huesos.

—ENTENDIDO. A LA ORDEN, AMO TEMMIN.

—Solo… quédate vigilando.

—VALE, PERFECTO.

—Prepárate para lo que sea.

—LISTO PARA DESTRIPAR LO QUE SEA.

—Eso no es exactamente lo que he dicho —responde Temmin, encogiéndose de hombros—. Pero vale, se acerca.

En el interior: oscuridad. Completa y total. Norra no ve a Han Solo, que va delante de ella, ni puede ver a los demás que van detrás. ¿Cómo puede ser que una cárcel así estuviera a oscuras tanto…?

Clic. Clic. Clic.

Una a una, las luces se van encendiendo automáticamente a lo largo del corredor. La luz lo inunda todo. Norra hace una mueca por el exceso de luz. A medida que los ojos se le van ajustando, puede empezar a distinguir la distribución de la nave. A lado y lado del corredor hay dos escaleras que suben hasta unas pasarelas metálicas elevadas, iluminadas

por líneas de luz roja. Por encima de las pasarelas hay unos ojos de buey por los que se cuela una luz azul.

Todo es brillante y cromado. Las paredes son como espejos negros.

Han parpadea, después arquea una ceja.

—Muy bien, estamos dentro —entonces baja la voz—. Vamos a dividirnos. La cazarrecompensas y yo nos quedaremos en este nivel. Norra, tu irás con el imperial y el nuevo…

—¡Eh! —protesta Jom. Jas ríe disimuladamente.

—… Y subiréis a los niveles superiores. Estamos buscando… no lo sé exactamente. El puente. Una sala de control. Por encima de todo, buscamos a Chewie y al resto de prisioneros que tomó el Imperio ese día. ¿Está claro?

—Como un día soleado —responde Norra.

—Pues vamos allá —concluye Han.

Él y Jas se adentran en el nivel inferior. Norra conduce a Sinjir y Jom hacia el segundo nivel.

Norra va con el bláster listo. No apunta a nada y tiene el dedo en la protección, no en el gatillo. A Wedge siempre le ha gustado dar lecciones sobre la disciplina del gatillo. Significa que no tienes que poner el dedo en el gatillo hasta que estás listo para disparar.

«Wedge».

Lo echa de menos.

Norra entiende su decisión de no venir con ellos. Es un piloto de la Nueva República, tiene sus lealtades. Pero no puede evitar estar enfadada con él. Porque Wedge forma parte de todo esto. Tendría que haber hecho como ella, seguirla por instinto…

Pero qué absurdo, ¿no? Norra se reprende a sí misma por haber pensado eso. ¿Seguirla adonde? ¿A una nave-cárcel en un planeta esclavizado? Al final resultará que Wedge es quien tenía razón.

En cuanto llegan al segundo nivel, de repente se rompe el silencio de la nave.

La voz que suena por los altavoces retumba en toda la nave. Es una voz masculina, luego femenina, luego va alternando mientras va balbuceando en varios idiomas distintos. Norra reconoce algunos, como ithoriano, gandiano y huttés, pero no todos. Pasa de un idioma a otro, como si se estuviera calibrando. Entonces empieza a hablar en un idioma que todos comprenden.

—Formas de vida: ochenta por ciento humanos, veinte por ciento zabrak. Cambiando idioma a: Básico. ¡Saludos, intrusos! Esta es la nave-cárcel predori Jaula de Ashmead. *Soy la UPI de la nave, la Unidad de Procesamiento Intelectual, designación COS-MUR: Capa Operativa Sintetizada, Matriz de Unidades en Red. Bienvenidos a mi nave. Por favor, digan en voz alta el código de autorización para continuar.*

Sinjir casi se ríe.

—¿Qué ha dicho?

—«¿Qué ha dicho?» no es un código aceptable. Primer intento de tres. Por favor, digan en voz alta el código de autorización para continuar.

Norra se acerca el dedo a los labios para silenciar a Sinjir y Jom antes de que digan algo más. Sea cual sea el código de autorización, Aram no se lo dio. Eso significa que los engañó. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Maldita sea! ¿Por qué se ha activado tan tarde el sistema? ¿Por qué no justo al entrar? No tarda en llegar a una conclusión desalentadora: «Estamos atrapados».

Empieza a darles indicaciones para que den la vuelta y bajen por las escaleras. Será mejor irse ahora y reformular el plan.

Pero entonces el ordenador, cambiando a una voz femenina, dice:

—*«¿Qué rayos es esto?» no es un código aceptable. Segundo intento de tres. Por favor, digan en voz alta el código de autorización para continuar.*

¿Pero quién…? ¿Qué…? Solo.

«¡Maldita sea!»

Norra articula la exclamación sin hablar, mientras empiezan a bajar por las escaleras. Desde abajo les llega un grito. Otra vez Han Solo.

—¡Devuélveme al wookiee, ordenador chiflado!

Evidentemente, la respuesta de COS-MUR es:

—*«Devuélveme al wookiee, ordenador chiflado» no es un código aceptable. Tercer intento de tres. Autorización errónea. Preparando sistema para cierre. Por favor, no se muevan. Incorporación en marcha.*

¿Cierre? ¿Incorporación?

Eso no suena nada bien. Norra agita los brazos, indicando a los demás que sigan avanzando. Por toda la nave se empieza a oír un ruido sordo. Es como un lento gruñido mecanizado, acompañado por un aullido agudo que se les clava en el oído.

Por los lados y por arriba, los espejos negros empiezan a deslizarse con un zumbido. De cada una de las cámaras que se van abriendo sale un par de droides. Tienen la cara cubierta por espejos pulidos. No son espejos negros como las paredes, sino de color plomizo. Los brazos de los droides son como espinas esqueléticas con incontables articulaciones que les dan una flexibilidad máxima. Cuelgan como tentáculos. Los droides avanzan inclinados hacia delante con actitud de depredador hambriento. Sus pies repiquetean en el suelo mientras avanzan a zancadas hacia Norra y los demás. Norra oye el bláster de Han Solo y el lanzaproyectiles de la cazarrecompensas. Ella empieza a disparar el suyo.

—¡Corred! —grita.

Pero abajo les esperan más droides, que suben a recibirlos.

La salida está cerrada y bloqueada, así que la cazarrecompensas y el contrabandista van en la única dirección que pueden: hacia las entrañas de la nave-cárcel. Han Solo va a la cabeza, a la carga, escupiendo rayos con su bláster. Jas lo sigue, disparando con el lanzaproyectiles apoyado a la cintura. Delante de ellos se acercan droides a toda prisa,

agitando sus brazos en el aire como si fueran látigos. Pero van cayendo, uno a uno. Han Solo apunta a las piernas para derribarlos, y los proyectiles de Jas atraviesan los espejos que tienen por cara. Las cabezas de los droides salen despedidas y escupen chispas, y sus cuerpos se derrumban sobre el suelo y patinan.

Un droide sale de la pared junto al contrabandista. La punta de su brazo segmentado es reluciente. «Una aguja», piensa Jas. La aguja va directa al cuello de Han Solo.

Jas no tiene tiempo para buscar alternativas. Dispara. El proyectil arranca la punta del brazo del droide, haciendo saltar por los aires piezas metálicas ardientes. Han Solo grita y se tambalea contra la pared, mientras se lleva la mano al cuello.

—No te pares —le dice Jas al oído al acercársele por atrás, y entonces le da un empujón para que siga adelante.

—¡Me has disparado!

—He disparado cerca de ti.

Al apartarse la mano del cuello, está mojada y roja.

Delante de ellos, más droides. Han Solo sonríe, desenfunda el segundo bláster de las cartucheras y llena el pasillo de rayos de luz. Los droides dan vueltas y sueltan chispas.

Pasan por un corredor secundario y Jas lo agarra del codo.

—¡Ahí! —dice, señalando un espacio abierto y lo que parece una especie de centro de mando.

Han Solo lanza unos cuantos disparos más y entonces la sigue.

Jas espera que el resto del equipo también haya encontrado un lugar seguro.

Están por todas partes.

Norra está de espaldas en el suelo de metal, con el bláster levantado disparando a un droide que se le echa encima. El disparo le hace saltar la máscara al droide, y debajo se ve una placa de circuitos chisporroteante. El droide se le cae encima, golpeando el metal infructuosamente con los brazos. Norra lo aparta de un empujón y le dispara dos veces en el cráneo abierto. El droide deja de moverse.

Jom está justo delante de ella, forcejeando con dos droides que se le han echado encima y lo han arrinconado contra la pared. Golpea uno de los droides con la culata del rifle y aleja el otro de una patada. Cuando estos droides caen, dos más ocupan rápidamente su lugar. Un brazo segmentado se enrolla alrededor de su bláster y se lo arrebata.

Jom le da un cabezazo al droide.

Le empieza a sangrar la nariz, pero logra partir en dos la máscara del droide.

Norra está de pie, apuntando para disparar…

Entonces oye un repiqueteo metálico detrás de ella. Una extremidad robótica se le enrolla en el cuello como un látigo y empieza a apretar. Norra suelta un sonido que le sale desde dentro… *¡Gkkk!* Nota la sangre palpitándole en la cabeza y empieza a faltarle el

aire. Le ve todo como a cámara lenta. Jom cae cuando uno de los droides le clava una aguja en el cuello. No puede ver a Sinjir, pero entonces vuelve la cabeza y ve al eximperial. Está muy por encima de ella; un droide lo tiene agarrado y lo sube por las paredes hacia un portal abierto, inundado de luz azul. Entonces nota un pinchazo en el cuello. Le han clavado una aguja. Intenta gritar, pero no puede…

Todo su cuerpo se debilita, como si sus extremidades ya no fueran suyas, como si fueran sacos de carne colgados del torso. Intenta hacer algo, pero se le cae el bláster al suelo y su visión empieza a enturbiarse, como si fuera una ventana cubierta de grasa. Se siente volar, como si la levantaran del suelo. Siente un mareo. «Estoy escapando, estoy volando», piensa. Pero no es el caso. Se la están llevando como se han llevado a Sinjir.

«¿Adonde me llevan? ¿Qué van a hacer conmigo? Ayuda… Que alguien…»

Norra se sofoca. Y la oscuridad devora la luz.

El Señor Huesos está sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, delante de la puerta. Su vibrocuchilla chisporrotea mientras corta un palo. Va haciendo un corte después del otro, hasta que tiene delante una pequeña montaña de pedazos de madera del mismo tamaño. *Bzz. Bzz. Bzz*.

Entonces aparta la montaña a un lado, coge otro palo y vuelve a empezar.

—¿Qué haces? —le pregunta Temmin.

—CORTO COSAS.

—¿Por qué?

—DISFRUTO HACIÉNDOLO.

—Muy bien —responde Temmin, encogiéndose de hombros.

El droide es raro, lo sabe. Programó a Huesos para ser funcional, sí, pero también… independiente, a su modo. El problema es que Temmin no es muy sofisticado, y no sabe exactamente lo que hizo al crear la matriz de personalidad de su guardaespaldas.

Lo que creó fue… *esto*.

Bueno. Ahora mismo no es importante. Lo que importa es:

—Todavía no han salido.

—ES UNA AFIRMACIÓN CIERTA, AMO TEMMIN.

—Ya tendrían que haber salido.

El droide se pone en pie repentinamente, como si estuviera ansioso por moverse.

—SÍ.

—Eso significa que quizá estén en peligro.

—DISFRUTO CON EL PELIGRO, AMO TEMMIN —responde el droide de batalla, agitando su cabeza de buitre hacia atrás y hacia delante, produciendo pequeños zumbidos. Sus dientes serrados brillan en la semioscuridad. Hay un toque de entusiasmo en su voz discordante.

—Si no salen, quizá tengamos que entrar.

—¿HABRÁ VIOLENCIA?

—Si están en peligro, sí.

Los dedos de Huesos acarician el aire.

—ENTONCES ESPEREMOS QUE ESTÉN EN PELIGRO PARA QUE YO PUEDA REALIZAR VIOLENCIA ATROZ —una de sus garras se pliega y aparece el adaptador para entrada de datos, con la punta de fibra óptica encendida—. ¿ABRO LA PUERTA AHORA?

Temmin chasquea los dedos, repentinamente nervioso.

—Sí, Huesos. Ábrela —responde Temmin. «Por favor, mamá, que no te pase nada», piensa. Antes estaba emocionado con la perspectiva de la acción. Ahora, sin embargo, esa descarga de entusiasmo ha sido sustituida por un manto de miedo.

En el mecanismo de la puerta hay un cráter, creado por uno de los proyectiles de Jas. De los lados salen disparados pequeños arcos eléctricos. Jas y Han están agachados detrás de unas terminales, mientras los droides intentan forzar la puerta para entrar.

Están en una sala hexagonal, ubicada dentro de un espacio de grandes dimensiones que se ve a través de las múltiples ventanas que los rodean. Afortunadamente, las ventanas son de cristal a prueba de bláster. Los droides golpean los cristales con sus extremidades, pero hasta ahora solo han hecho rasguños en la superficie. Pero la puerta… No tardarán en forzarla.

Los ordenadores no se parecen a nada que Jas haya visto antes: no hay teclados, tan solo una suave burbuja convexa delante de una holopantalla verde. Cuando Han Solo pasa las manos por encima de la burbuja, el monitor pasa de una pantalla a otra. No hay nada escrito en básico. No entiende nada.

—No sé… no entiendo nada de esto —dice Solo, exasperado—. Soy contrabandista, no cortacódigos. Esto es una especie de… lenguaje de máquinas, o algo antiguo, muy antiguo —entonces lanza un gruñido de frustración, que recuerda a su copiloto wookiee, y golpea el panel de control con los puños—. ¡Por todos los rayos!

Todavía sangra un poco por el cuello, pero no a borbotones. Gracias a las estrellas.

La puerta retumba y se levanta unos centímetros del suelo. Varios brazos segmentados de droides aparecen por el hueco de la puerta y recorren el suelo como serpientes agitadas, hasta que se detienen y siguen haciendo fuerza para levantar la puerta.

—Van a entrar —dice Jas, poniéndose de espaldas a la terminal.

Bang. Bang.

Dos disparos rápidos, y los brazos robóticos quedan reducido a vértebras metálicas esparcidas por el suelo.

A través de la ventana ve docenas de máscaras-espejo observándolos. Implacables y sin emoción, como drones. Han dejado de golpear la ventana. Ahora solo están esperando.

Por encima de ellos se oye la voz de COS-MUR, la inteligencia de la nave.

—*COS-MUR les invita a abandonar las armas. Serán interceptados y conservados en estasis hasta que se determine cuál es su objetivo aquí* —entonces repite la frase en zabrak—. *COS-MUR thisska chu hai gannomari. Chu tai captak azza kan chutari geist fata-yith-ga.*

—¡Ordenador! —gruñe Han—. ¡Dame a mi amigo Chewbacca o te voy a arrancar la UPI y la voy a echar al fuego! ¿Me oyes?

—*COS-MUR posee una amplia variedad de prisioneros, todos ellos en estasis eterna. Les invitan a unirse a ellos* —esto también lo repite en zabrak.

Han Solo se pone en pie y dispara su bláster contra el ordenador, que se abre como una flor de metal con pétalos de fuego.

—Lo hubiéramos podido utilizar —dice Jas.

—Adelante. Lo he mejorado.

La puerta se levanta un palmo más. Por el hueco de debajo aparecen varias cabezas de robot, con sus caras de espejo resplandecientes. Uno intenta sacar la cabeza por debajo de la puerta. Jas sonríe y apunta para disparar…

De repente, el droide que tiene en el punto de mira se estremece. Su máscara de espejo tiembla y se desprende cuando una vibrocuchilla al rojo vivo le parte en dos el cráneo. El Droid se apaga con una lluvia de cenizas.

Jas aparta el rifle.

¿Es posible? Ahí fuera, a través de la ventana, los droides advierten la derrota de su compañero. Pero son demasiado lentos.

Dos vibrocuchillas brillantes dan vueltas en el aire. El Señor Huesos baila y hace piruetas entre los droides. Es como un niño arrancándole la cabeza a un grupo de insectos.

—¿Ese es quien creo que es? —pregunta Solo.

—En efecto.

—Esa cosa es aterradora.

—Suerte que está de nuestro lado.

Los droides rodean a Huesos, dándole latigazos con los brazos. Huesos se agacha y salta, amputando trozos de brazos con sus vibrucuchillos.

—La puerta —dice Solo—. Vamos a abrirla mientras tenemos una oportunidad.

Jas asiente con la cabeza.

La puerta se está abriendo sola. Sube unos centímetros más. Hay espacio suficiente como para que alguien se deslice por debajo.

De repente Jas apunta, pero Solo le da un golpe al rifle para que apunte al suelo.

—No, Emari… Mira.

Es Temmin. Les dedica una sonrisa cómica. Tiene el pelo pegado a la frente, que está empapada de sudor.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Necesitáis una mano?

Visiones imposibles.

Norra va a la deriva entre la consciencia y la inconsciencia. Su respiración ha quedado reducida a un suave resuello. Se siente suelta, desatada, totalmente desconectada del mundo. Flota a través de una sala oscura. Oye a alguien tocando una canción en el valacordio. Brentin está en casa. Un relámpago ilumina repentinamente las ventanas, que no estaban ahí segundos antes, y ve las máscaras terroríficas de los soldados de asalto mirándola. Temmin está llorando, Brentin está chillando y los imperiales abren la puerta de una patada y se lo llevan a rastras. Cuando mira afuera, no ve lo que hay fuera. Fuera es dentro: los conductos enmarañados del interior de la Estrella de la Muerte. Los cables de energía sueltan chispas y todo está lleno de líneas rojas de energía. Está dentro de su caza Ala-Y, y da la vuelta para introducirse por un pasaje para alejar los cazas TIE del *Halcón Milenario*, pero la palanca de mando está invertida. Aprieta a la derecha, pero el caza gira a la izquierda. Su caza roza el *Halcón Milenario y* las dos naves salen despedidas, dando vueltas. Ve que el carguero se estrella contra un poste enorme de cemento y acero, y desaparece en una bola de fuego y escombros.

Entonces tiene los ojos abiertos. Víctima de un ataque de pánico.

La están transportando. Una máscara-espejo la observa. Intenta forcejear, pero los brazos segmentados la tienen totalmente sujeta.

Vuelve la cabeza en busca de algo, lo que sea, algo que pueda ayudarla. Y ve las ventanas circulares que dan a cámaras cerradas, receptáculos esculpidos en las paredes. Le resulta difícil ver desde abajo… pero deduce que estas eran las luces azules, los ojos de buey. Ve pasar rostros. Un rodiano. Una mujer a la que no reconoce. ¡Sinjir! Por todas las estrellas, no… Sinjir. Tiene los ojos cerrados y la boca floja. Un tubo sube serpenteando hacia su nariz y se introduce en ella…

Entonces vuelven a clavarle algo en el cuello.

Se siente invadida por un arrebato de fatiga. Se queda sin fuerzas.

La llevan a una cámara espaciosa.

Y ve una cara más al pasar. Es él. Es Brentin, mirando desde detrás del ojo de buey. Tiene los ojos abiertos. Su boca articula un grito que no suena. Pero Norra puede imaginarse su voz: «¿Por qué nunca viniste a por mí, Norra? Nunca me buscaste. Nunca viniste. Pero ahora estás aquí conmigo, por fin…».

Al otro lado de las ventanas de la sala de control, Huesos está totalmente rodeado. Los droides están empezando a superarlo, y le capturan las extremidades antes de que pueda atacar.

Uno de los droides le enrosca un brazo en el cuello como un látigo, y lo levanta del suelo. Temmin ve cómo Huesos se retuerce en el aire. Como si estuvieran a punto de romperle la columna.

Pero entonces Huesos se pone rígido en el aire y golpea con las dos piernas, clavando las garras de los pies en las máscaras de dos de los drones. Con un movimiento de tijera, Huesos aplasta entre ellas las cabezas de los dos droides. El brazo que le apresaba el cuello se suelta y Huesos aterriza en el suelo agachado… pero no tardan en rodearlo de nuevo.

No tiene mucho tiempo. Temmin tiene que actuar rápido.

—Chico, espero que tengas alguna idea —le dice Han Solo—. Si no, te quedarás atrapado en esta pecera con nosotros.

—Eh… sí, claro —responde Temmin. En realidad, no tiene ninguna idea, los dos lo ven. ¡No ha tenido tiempo! Ahí fuera, Huesos lanza un grito mecanizado. Uno de sus brazos rebota contra la ventana, separado del cuerpo.

«¡Piensa, piensa, piensa!» Pero no puede pensar. Está entrando en pánico. No puede hacerlo. Están a punto de destripar a su droide delante de sus propios ojos. Su madre no está aquí. Está atrapado en esta sala y no puede hacer nada. Se está quedando sin energía.

Un momento… energía. Así entraron en el recinto de Aram, ¿no? Cortando la energía. ¿Qué tipo de alimentación tiene este sitio? ¿Viene de fuera? Si es así…

—Propongo abrirnos paso a disparos —dice Jas.

Solo asiente con la cabeza.

—A eso me apunto.

—¡Esperad! —responde Temmin—. Un momento. Mirad, mirad, mirad… —y mientras lo dice, señala con el dedo al otro lado de la ventana, chasqueando los dedos. Al otro extremo de la gran sala de fuera, en una juntura de la pared, hay un haz de cables muy grueso que va hacia arriba. A medida que sube, el haz se separa en varios cables, que se dispersan como ramas de un árbol. Los cables conducen hasta una serie de receptáculos que están colgados del techo. Receptáculos que…

«Oh, no», piensa. Ahí dentro hay gente. Caras que los observan. Están muy lejos, pero al fijar bien la atención los ve claramente.

Esos son los prisioneros.

Jas lo dice antes que los demás:

—Así es como se alimenta la nave, con los prisioneros. Los ponen en estasis y se convierten en *generadores*.

—Droides de energía en versión humana —dice Solo—. Repugnante.

«Y brillante», piensa Temmin.

—¿Quién de vosotros tiene mejor puntería?

Jas y Solo levantan las manos a la vez.

—*Aygir-dyski* —maldice Jas, sonriendo—. Yo.

Han hace un gesto de rechazo con la mano.

—Sigue soñando, cariño. Aquí el mejor tirador soy yo. Rayos, quizá tenga la Fuerza. Tendría que pedirle a Luke que lo comprobara.

—Da igual —interviene Temmin—. Salid los dos y disparadle a ese cable. Ahora.

Es como hundirse en aguas oscuras. Norra no puede respirar. El pánico se apodera de ella como una avalancha de parásitos. Siente como si estuviera tumbada en una especie de cuna. Un cosquilleo le recorre la mandíbula y le sube por la mejilla hacia la nariz. Delante de ella, oye el sonido de una puerta al cerrarse.

«Es mi tumba que se cierra», piensa.

En su mente, los pensamientos se persiguen como ratas hambrientas.

«Temmin. Brentin. Leia y su hijo. Solo, Jas, todo el mundo. Los estoy decepcionando a todos».

Recuerda un juego al que jugaba cuando era pequeña, una consola de mano en la que vivías unas aventuras. Podías elegir adonde ir a continuación: luchar contra el monstruo o huir de él, atravesar los pantanos o correr por el bosque, elegir entre un bláster o un cuchillo sónico, ser piloto o pirata… Ahora mismo, siente que su vida es igual: una serie de elecciones. A veces haces la elección correcta y la aventura acaba bien. Otras veces te devora un rancor en plena oscuridad.

Nunca se le dieron bien esos juegos. Quizá tampoco lo ha hecho bien en su vida.

Entonces, a través de la oscuridad, oye un sonido. No, una voz. Una voz distorsionada y mecanizada. Conoce esa voz. Pertenece a un droide de batalla B1.

La creación de su hijo, una monstruosidad robótica hecha a pedazos que protegerá a su hijo hasta el punto de su destrucción total. Lo mismo que haría ella. Es lo que tiene que hacer ahora mismo, porque Temmin está aquí, ¿no? No pudo salvar a Brentin, pero puede salvar a su hijo.

Lucha para atravesar las aguas oscuras de su propia mente. Norra bucea hacia arriba, atravesando esa capa séptica de remordimientos *y* miedo, y desea que despierte alguna parte de su cuerpo, la que sea. Que se mueva. Su mano se retuerce, y le sigue el brazo. Sin saber siquiera lo que está haciendo, agarra la puerta de su compartimiento antes de que se cierre completamente. Se fuerza a abrir los ojos, un acto que es mucho más épico de lo que debería, pero lo consigue igualmente. En un arrebato, su otra mano va hacia su cara. Agarra el tubo que se ha introducido en su nariz y se lo arranca.

La voz de la nave resuena en el aire:

—*COS-MUR ha identificado un comportamiento peligroso y les pide que abandonen la violencia contra la Jaula de Ashmead. Por favor, túmbense en el suelo con las manos a los lados. Gracias por su comprensión* —entonces lo repite en un idioma que Norra ni entiende ni le interesa entender. Lo único en lo que puede pensar es en encontrar la matriz de procesador de esta UPI y descargar su bláster en ella.

Norra hace fuerza para abrir la puerta de su receptáculo.

Aparece uno de los droides con cara de espejo. Lleva una aguja en la punta de la mano, y la lanza contra ella…

Norra se aparta a un lado y la aguja se clava en el cojín que tiene justo detrás.

—No —gruñe, y salta hacia el droide.

Lo ha sorprendido. El droide no consigue mantenerse agarrado al receptáculo y pierde el equilibrio. El droide agita los brazos en el aire mientras los dos caen.

Norra hace una mueca mientras caen. Realiza un giro en el aire para que el droide quede debajo de ella… justo a tiempo. El droide cae sobre la barandilla de una de las escaleras. Su espalda se parte con el sonido de un árbol rompiéndose por la mitad. Antes de que se dé cuenta de lo que está pasando, Norra y el droide partido están rodando por las escaleras, dando vueltas sobre sí mismos, hasta que…

Bum. Golpean el suelo. Nota que le falta aire en los pulmones, y respira desesperadamente. Debajo de ella, el droide se mueve descontroladamente. Tiene la cabeza doblada en un ángulo de noventa grados. Norra intenta ponerse en pie…

El dolor le recorre todo el costado. Se desploma. Queda tumbada en el suelo, boca arriba, agarrándose la barriga. El mundo da vueltas a su alrededor, inundado por sonidos toscos amortiguados. Oye los gritos de su hijo… y entonces disparos de bláster y cartuchos atravesando el aire por encima de ella. Un droide se abalanza sobre ella, agitando los brazos en el aire como látigos… Y de repente, Huesos lo hace saltar a un lado. A Huesos le falta un brazo y tiene una pierna doblada en un ángulo extraño. Tiene el costado hundido como una lata pisada. El droide intenta decir algo, pero el único sonido que emite es una especie de grito incoherente. De fondo, COS-MUR va repitiendo un aviso constante, pidiéndoles que se detengan o serán destruidos.

Entonces hay un destello de luz… y oye un estallido por encima de ella. Norra apoya la cabeza en el suelo y, una vez más, todo se queda a oscuras.

Pero sigue despierta. No ha perdido el conocimiento, es la nave la que se ha quedado sin energía.

Temmin la coge de la mano.

—Estoy aquí, mamá. Estoy aquí.

Acto seguido, la Jaula de Ashmead se queda sin energía y COS-MUR deja de hablar.

INTERLUDIO

LA CIUDAD DE BINJAI-TIN, NAG UBDUR

Las torres dentadas de los edificios ubdurianos están hechos añicos. Por la calle hay cuerpos esparcidos, aplastados, acribillados a disparos, con lanzas clavadas. Docenas de cuerpos. El hedor en el aire es intenso. Sobre los cadáveres se forman enjambres de insectos carroñeros, que aletean y zumban con un hambre insaciable.

Tracene Kane se cubre la boca con un trapo blanco. Tiene los orificios nasales cubiertos de polvo salino. El Comandante Norwich dijo que le iría bien para evitar que le afectara el olor. Un poco le ayuda, pero aún puede oler la fetidez ácida de los muertos.

Levanta un dedo y le hace un gesto a Lug para que se acerque a ella. El trandoshano se acerca a toda prisa. Todo esto no parece afectarle. Le ha contado más de una vez cómo es la vida entre su gente: cazar, matar y deleitarse con la muerte. Él no es así, no es como el resto de trandoshanos, pero aun así formó parte de su infancia.

—¿Quieres que prepare el plano, jefa?

—Sí, ahí mismo —responde ella, apretando el trapo con más fuerza—. Que salga esa pared derrumbada —tiene una forma dinámica: la torre rota en el mismo plano que la pared derrumbada y un cuerpo muerto contra la pared.

Lug le da una orden al droide cámara. Es un modelo mejorado y endurecido, muy resistente. El pequeño droide flotante con un solo ojo telescópico hace un barrido, emitiendo pitidos y disparando flashes mientra saca una serie de fotografías para componer los planos del holograma. *Fam, fam, fam*.

—Iré a buscar a Norwich —dice Lug.

—No —responde Tracene, negando con la cabeza—. Ve a buscar alguien… más ordinario. Necesitamos venderle esto al ciudadano de a pie. Eso significa que tenemos que grabar a un ciudadano de a pie. Busca a un soldado raso, un zapador o algo así —cuando el enorme reptiliano gruñe y hace ademán de irse, Tracene lo agarra del brazo—. ¿Cómo tengo el pelo?

—No sé. ¿Peludo?

—Quiero tener el aspecto de alguien que está en plena guerra… pero arreglado a la vez, ¿sabes? Orden en el caos. Algo calculado pero que parezca espontáneo.

—Claro.

Tracene entrecierra los ojos.

—Gracias, Lug.

—De nada, Trace —responde, guiñándole un ojo. Es un gesto inquietante: una membrana nictitante se desliza lateralmente por el globo ocular. La intención es buena, pero el resultado es monstruoso. Lug se aleja.

Las cosas han cambiado para Tracene en los últimos meses. Ha dejado el entorno cómodo y seguro de los planetas en paz para recorrer toda la galaxia. La guerra entre la República y el Imperio se ha intensificado. La Nueva República sigue ganándole terreno al Imperio, y el Imperio está cada vez más desesperado. Como un animal acorralado. Además, ha cambiado la filosofía de HoloRed. Ahora que los imperiales ya no controlan lo que puede emitirse, la cadena es libre de mostrar la historia real, de meterse en medio de la lucha y mostrar la verdad.

Tracene dijo que necesitaba estar en el frente. Y, por todas las estrellas, la han enviado al frente. Ahora mismo, Tracene y Lug están en pleno conflicto.

Nag Ubdur, un planeta del Borde Exterior. Hogar de los ubdurianos autóctonos y de refugiados de Keldar y Artiodac. El planeta ha vivido un contraataque brutal por parte del Imperio. Probablemente porque la superficie de Nag Ubdur es rica en zersio, un mineral esencial para la confección de duracero. Los imperiales han exprimido todas las minas del planeta y siguen encontrando mineral, de modo que no están dispuestos a abandonarlo. Como un animal que ha clavado los dientes en su presa y no va a ceder.

Norwich dijo que sospechaba que los soldados desplegados en el planeta no operaban bajo órdenes de nadie de fuera del sistema de Ubdur. Es decir, que están totalmente desvinculados del Imperio. Ya hay varios casos así. Un destacamento imperial aislado se afianza en su posición, se hace con el control y espera refuerzos. O se convierte en una especie de feudo extraño.

Los imperiales de este planeta se han vuelto cada vez más atrevidos, seguramente a causa del miedo y la desesperación. La masacre de Binjai-Tin es prueba de ello. Llegaron, barrieron la ciudad como un incendio infernal y mataron a todo el que se puso por delante. Eso no es propio del Imperio. El Imperio siempre se ha caracterizado por mantener la población bajo control. Castigar al diez por ciento para mantener a raya el noventa por ciento restante. Este no es el caso. Esto es otro nivel: una vil masacre.

Tracene sabe que ahora mismo, los imperiales están apostados a diez kilómetros de aquí, al otro lado de una extensión de arbustos y juncos. Han excavado trincheras. Tienen andadores, cazas TIE, una nueva guarnición. Se acerca la lucha.

Quizá no sea hoy, quizá tampoco mañana, pero pronto. Y Tracene estará ahí para verlo. Ella y Lug, que lo grabarán todo para que la galaxia pueda ver a la valiente República contra el Imperio venenoso.

Hablando de su técnico de cámara trandoshano, Lug vuelve llevando del brazo a un soldado de la Nueva República. Es un joven kupohano de ojos grandes, que tiene varias trenzas en la barba y el casco torcido. El soldado tiene los ojos muy abiertos. Parece perdido, casi en estado de shock.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Tracene. El soldado parpadea ante la cámara, ahora mirando a Lug, ahora mirándola a ella. El kupohano tiene aspecto de niño perdido. Tracene le da unas palmaditas en el brazo.

—No pasa nada. Todavía no estamos grabando. ¿Me puedes decir cómo te llamas?

—Rorith Khadur —responde—. Soldado raso de la Nueva República —le tiembla la voz. No está cómodo, pero tendrá que servir; es el único que tienen. El resto de soldados están contando bajas, cuidando de los heridos, alzando un campamento.

Han ido llegando más hombres y mujeres de la República, y lo seguirán haciendo en las próximas horas, a juzgar por la larga cola de gente que hay fuera de la puerta-escudo de la ciudad.

Sin avisar, Tracene levanta tres dedos y hace la cuenta atrás. Lug golpea con un nudillo al droide cámara, y el ojo-lente rojo se pone verde.

—Estamos en directo —anuncia Tracene.

El soldado parece desconcertado, pero asiente con la cabeza.

—¿Me puede explicar qué ocurrió ayer, Soldado Khadur? —le pregunta Tracene.

—Ayer —dice él, parpadeando—. Vale. Encontramos un contingente imperial en la cresta de Govneh… es como un pliegue de tierra, y a un lado crecen unos cristales muy altos. Los imperiales estaban… nos estaban esperando. Salieron de la nada. Fue muy intenso. Mi jefa de escuadrón, Hachinka, recibió un disparo de bláster en el cuello, y me salpicó toda la sangre en la cara y… —aquí el soldado necesita detenerse un momento. Tracene se lo permite. Este dramatismo funciona bien. El droide cámara tiene suficiente resolución y podrá capturar y confirmar lo que ha dicho Khadur: en su rostro se advierten las manchas de sangre seca que pertenecían a su jefa de escuadrón—. La sacamos de ahí, y todavía aguantaba. Perdimos muchos buenos hombres y mujeres, pero lo logramos. Tomamos esa cresta.

Tracene levanta un dedo. Mientras el droide cámara se vuelve hacia ella, le dice:

—Pon una marca aquí. Lanza el segmento: «imágenes de la cresta de Govneh» —ya tiene editado un paquete de vídeos de la noche anterior. El droide cámara los insertará automáticamente en esta entrevista y entonces enviarán el material a los servidores de HoloRed. Khadur parece confundido con lo que está pasando. Tracene sonríe para intentar tranquilizarlo. Tracene le da al droide un segundo mientras lanza una serie de bips, y entonces continúa—. Soldado Khadur, ¿puede decirme dónde estamos y qué cree que ha ocurrido aquí?

El soldado se lame el labio; hace un sonido áspero.

—Esto es una ciudad ubduriana. Una ciudad de comerciantes. Binjai-Tin. Población mayormente ubduriana. El Imperio llegó aquí y… —su voz se entrecorta—. Masacraron a todo el mundo. Los habitantes no eran soldados. Ya estaban… bajo el yugo, ¿me entiende? No se les permitía llevar blásteres. Tenían que dar un porcentaje de sus ganancias al Imperio. ¿Y de qué les sirvió? De esto. Una masacre —el soldado kupohano resopla con sus varios orificios nasales.

Tracene ve que está a punto de derrumbarse emocionalmente. No es culpa suya. La reportera decide que con esto ya basta, las imágenes hablarán por sí mismas. Además, el soldado no puede añadir nada que sea más impactante que esta última palabra. *Masacre*. Tracene le dice que puede irse y le da las gracias.

Cuando el soldado kupohano empieza a irse, Lug se pone delante de él y le da un abrazo extraño. Al trandoshano no se le dan muy bien las demostraciones de afecto. El *abrazo* es rígido e incómodo y tiene menos calidez que un droide de protocolo abrazando a un árbol seco. Tracene piensa que la intención es lo que cuenta. Entonces Lug le da al hombre un objeto: un diente roto de un demonio zlag. Tracene tiene entendido que es una especie de depredador con muchas bocas y unas fauces como cuchillos. Lug mató uno cuando era niño, cuando todavía cazaba con su manada. Se guardó los múltiples dientes. Lug le dice a Khadur lo mismo que les dice a los soldados con los que hablan:

—Da buena suerte. Quédatelo. Lo he atado a una goma para que lo puedas llevar colgado del cuello, en la muñeca o… Quédatelo.

Khadur asiente y le da la mano a Lug antes de alejarse.

—Eso que haces es muy bonito —dice Tracene, con una sonrisa irónica.

Lug se encoge de hombros y emite un pequeño gruñido.

—Mmh. Ya lo pasan suficientemente mal —responde, casi avergonzado.

Tracene se ríe.

—Muy bien. Necesitamos buscar red en el punto más alto —señala una torre comercial. Está medio derrumbada, pero incluso así es bastante alta—. Sube ahí con el transmisor.

—Eso está muy alto.

—Y a ti se te da bien trepar.

Otro gruñido de decepción.

—Vale, vale, sí, sí.

Se da media vuelta y se pone a caminar. No se apresura, evidentemente, porque Lug tiene dos velocidades: lento y más lento. Tracene se vuelve para observar los soldados que han concentrado en la plaza central. Están preparando tiendas y generadores. Un droide de energía merodea por ahí. Dos soldados están empalmando un par de cables con una lluvia de chispas azules.

Entonces levantan la mirada hacia el cielo. Sus rostros se llenan de pánico.

Antes de poder volver la cabeza, Tracene ya oye el sonido… cazas TIE. El aullido de sus motores gemelos.

Se vuelve hacia allí. La forma de una docena de cazas se recorta sobre el cielo púrpura. Se acercan a toda velocidad. Tracene se espera lo obvio: una lluvia de láseres sobre la ciudad, abriendo surcos en los adoquines de roca. Soldados caídos. Quizá ella también, si no tiene suerte.

Pero no disparan. Y no dejan de llegar cazas TIE.

Tracene se da la vuelta.

—¡Que todo el mundo vuelva! —grita la reportera. Los soldados están preparando armas y torretas, pero no servirá de nada. Tracene se pone el droide cámara bajo el brazo y corre hacia Lug con todas sus fuerzas. Le grita para que él también corra tan rápido como pueda—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Bum. El primer caza TIE golpea el suelo a unos 150 metros de allí. Se estrella contra el muro que rodea la plaza principal de Binjai-Tin. El aire se llena con la bola de fuego que sale del caza. Alrededor de Tracene llueven piedras y trozos de metal, y el suelo se estremece como si hubiera un terremoto.

Es el primero, pero no el último. Los cazas imperiales caen sobre la ciudad, uno tras otro. Suicidas. *Bum. Bum. Bum*. El suelo tiembla tanto que Tracene pierde el equilibrio. Cae al suelo, y al droide cámara se le parte la lente. Tracene oye gritos. Toda la plaza está cubierta por una neblina de aire ardiente. Entonces cierra los ojos. Le pitan los oídos.

Siguen cayendo cazas… hasta que todo se detiene.

En la oscuridad de sus ojos cerrados, lo único que puede hacer es pensar: «¿Cómo de desesperados tienen que estar para enviar a estos pilotos a una misión suicida?». Porque de eso se trata. Cazas TIE lanzados a la superficie. Cada uno de ellos es un arma.

«Bastardos».

Tracene nota sangre y polvo en los labios. No tiene ni idea de cuántos cazas TIE han impactado ni cuánto ha durado el ataque. Se levanta haciendo fuerza con sus brazos inseguros.

En el lugar por donde llegaban los soldados, ahora hay un interceptor TIE estrellado, cubierto de llamas y con los circuitos reventados.

Hay muertos por todas partes. Los supervivientes corren a buscar un sitio donde refugiarse, o lloran, o están preparados por si este ataque significa que se acercan tropas. Ve a Khadur cerca de ella, en medio de la plaza, mareado y desconcertado. Le falta un brazo. Parece ser que se lo ha amputado un trozo de caza que está clavado al suelo, cerca de él.

El soldado la saluda con la mano. Qué gesto más extraño.

A pesar del poco tiempo que lleva aquí, Tracene sabe que el trauma provoca cosas así. Te deja totalmente confundido.

De la mano con la que saluda Khadur, Tracene ve un diente colgado de una goma.

«Lug».

Tracene se vuelve hacia su técnico de cámara.

«No».

Donde lo ha visto por última vez, ahora se alza el panel vertical de un caza TIE doblado y clavado en el suelo. Tracene lanza un grito y corre hacia allí… Si alguien puede sobrevivir a algo así, es Lug. Los trandoshanos son como criaturas de acero reforzado cubiertas de armadura. En una ocasión, Tracene le vio partir en dos una terminal musical de un cabezazo porque no sonaba su canción. No le dejó ni un rasguño.

Ve un brazo. Su brazo, extendido sobre el suelo quebrado. También ve su cara. La cabeza de Lug está medio aplastada bajo el metal. Tracene se acerca corriendo, gritando

su nombre hasta que el nombre se disuelve en sus labios como un murmullo. Lug tiene los ojos abiertos, pero sin vida. Le sale sangre por la boca. Ha muerto.

Se pasa un rato llorando. No tiene ni idea de cuánto tiempo, hasta que la noche empieza a acercarse, como a hurtadillas. Alguien se le acerca para preguntar cómo está, pero ella lo rechaza agitando la mano con agresividad.

Al final, se pone en pie y cobra conciencia de la fría realidad.

Entonces hace lo que sabe hacer mejor. Va a recoger el droide cámara, lo golpea unas cuantas veces hasta que funciona y lo lleva hasta el cuerpo de Lug.

Se agacha, enciende la cámara y empieza a hablar, esforzándose para no llorar:

—Aquí Tracene Kane, reportera de noticias de HoloRed, acompañando al destacamento 31 de la Nueva República. Me gustaría hablarles de un amigo mío. El Imperio me lo acaba de arrebatar.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

La Jaula de Ashmead se ha quedado sin energía.

Todas las cámaras y conexiones se apagan al unísono. Se ha interrumpido toda transmisión. La cárcel ha sido liberada.

El Almirante Rax sonríe.

Ha llegado la hora.

—Las costillas —le dice Jas a Norra—. Las tienes rotas.

Norra se esfuerza por respirar.

—¿Me pondré bien?

—Con tiempo. No parece que hayan perforado los pulmones. Aunque estoy segura de que a ti te da esa sensación —dice Jas, con una sonrisa inusual—. Yo he pasado por esto más veces de las que puedo contar. Te recuperarás, Wexley.

A su alrededor, los focos de varias linternas atraviesan la oscuridad de la Jaula de Ashmead. Uno a uno, su equipo rescata a los prisioneros de sus cubículos. Hay docenas de ellos. Quizá incluso un centenar o más. Muchos de ellos llevan uniformes de la Alianza Rebelde: oficiales, pilotos y médicos de antes de la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte. Algunos incluso anteriores a la destrucción de la primera por parte de un granjero de Tatooine.

Pasan arrastrando los pies. Débiles, confundidos. Todos tienen las mismas instrucciones. Salir fuera y esperar. Y no separarse. Porque quién sabe lo que acecha en el temible bosque de Kashyyyk.

Norra gruñe y hace una mueca al intentar ponerse en pie.

—Siéntate —le dice Jas.

—No eres médico. Quiero ayudar.

—Puedes ayudar sentándote.

—¿Tú te quedarías sentada?

En la semioscuridad, Norra ve que Jas se encoge de hombros.

—No.

—Pues yo tampoco lo haré. Ayúdame a ponerme en pie.

La cazarrecompensas hace lo que le pide.

Las sombras de los restos de droides los rodean. Al apagarse la energía, todos se han desplomado como marionetas de lata okari al cortarles los cables. Caídos con un repiqueteo sordo.

—¿Sabemos dónde están Sinjir y Jom? —pregunta Norra.

—Jom está fuera, ayudando a concentrar a todo el mundo. A Sinjir todavía no…

A sus espaladas oyen una voz familiar que sale de la oscuridad. Una voz ronca pero clara.

—Tengo un sabor en la boca como de batería vieja. Que alguien venga a ayudarme.

«Sinjir».

Jas desaparece en la oscuridad y vuelve inmediatamente con el eximperial. Bajo la luz de la linterna de Jas, Sinjir parece que acabe de levantarse de una semana entera de fiesta: el pelo desgreñado, los ojos rojos y unas ojeras muy oscuras. Se relame los labios y pone cara de paño arrugado.

—Norra —dice, haciendo un gesto con la cabeza—. Cuánto tiempo. ¿Acabaste en una de esas… cápsulas?

—Sí. Bueno. Casi.

—No son nada cómodas. No lo recomendaría —se pone entre Jas y Norra y pregunta en voz baja—. ¿Alguna de estas ciudadanas excelsas de la Nueva República no llevará por casualidad algo de beber? ¿Un trago de korva? Estoy un poco seco.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes un problema con la bebida? —le pregunta Jas.

—Mi único problema es no beber.

Jas niega con la cabeza.

—Ve a ayudar a Temmin y a Solo a sacar a los prisioneros. Iré contigo —dice Jas. Entonces se vuelve a Norra—. Norra, tú tómatelo con calma…

—Iré a ayudar a los prisioneros de fuera. Para que no se alejen —cuando ve que Jas va a protestar, la interrumpe—. Necesito estar activa. Necesito concentrarme —todavía está afectada mentalmente por su experiencia en la cárcel. Tiene la impresión de estar en

terreno firme, pero demasiado cerca de un barranco con el suelo resbaladizo. No le costaría demasiado resbalar y caer al abismo de esos pensamientos terribles—. ¿Vale?

Jas suspira y asiente con la cabeza.

Norra se saca la linterna del cinturón y se dirige a la salida.

Al llegar afuera, ve que el bosque muerto está lleno de vida. Prisioneros. Rebeldes. Un rodiano con traje de piloto se ha quedado mirando al vacío. Una mujer se anuda las mangas de una chaqueta de invierno en la cintura. Un sullustano con ropajes azules de Dantooine se apoya en un corelliano rollizo entrado en años que lleva un mono harapiento del ejército rebelde. Norra sale cojeando, dando la mano, repartiendo abrazos y ofreciendo palabras de ánimo, a la vez que intenta contener los tosidos. Cuando tose, siente como si un pistón le estuviera perforando los pulmones. Intenta compartir con ellos las buenas noticias: son libres. Pronto podrán irse a casa. La Alianza Rebelde se ha convertido en la Nueva República…

—¿Está ahí fuera? —grita Han Solo, saliendo de la nave-cárcel con la furia de una tempestad. Se detiene en medio de toda la gente que está ahí reunida, cerca de Norra—. Sí, sí, hola, sí —va diciéndole a todo el mundo—. Estoy buscando a un grandullón. Peludo como una mala cosa. Un wookiee. Se llama Chewbacca —la desesperación brilla en su rostro como un foco. Entonces ve a Norra—. Norra. ¿Dónde está? No… no está ahí…

—Han, Lo siento…

—¡No digas que lo sientes! ¡Búscalo!

En su rostro se dibuja el pánico. Norra siente lo mismo. Rescatar a todos estos prisioneros es una victoria para la Nueva República… pero es una victoria accidental. Para Han Solo, lo único que importa es cumplir su deuda.

Y esto significa encontrar a su amigo.

Y entonces…

Un rugido llena el aire.

Han Solo se da la vuelta. Ahí está, saliendo de la nave junto a Temmin. La enorme bola de pelo. El wookiee, Chewbacca.

—¡Chewie! —grita Solo, echándose a reír y a correr. El wookiee tiene aspecto desaliñado y abatido, pero eso no reduce en absoluto su entusiasmo. Chewbacca inclina su cabeza hacia atrás y lanza un potente aullido de alegría, y entonces envuelve al contrabandista con sus brazos descomunales. Han Solo parece un niño agarrado por su padre. Durante un momento, todo su cuerpo se levanta del suelo pataleando, mientras el wookiee ruge y ronronea.

—Te fallé, colega —dice Solo, sin aliento, cuando el wookiee lo deja en el suelo. Chewbacca lanza un pequeño aullido—. No, no, lo reconozco, grandullón. Tendría que haber estado ahí contigo. Pero lo vamos a arreglar. Te lo prometo.

Hay una pequeña pausa. El wookiee mira a su alrededor. Su cuerpo se queda sin fuerzas cuando digiere lo que está viendo. Todo el mundo se queda en silencio.

El copiloto del *Halcón Milenario* lanza un gruñido suave.

Solo asiente con la cabeza.

—Sí. Estás en casa, Chewie.

El wookiee se queda boquiabierto, en silencio, mirando los árboles. Como si estuviera procesando dónde se encuentra. No se mueve, no hace ningún ruido, como si nada pudiera expresar lo que siente en realidad. Todo el mundo está a la expectativa, preguntándose qué hará. Pero Chewbacca no hace nada.

Detrás de Temmin salen más wookiees.

—He encontrado otra sala de prisioneros en la parte de atrás. Creo que van contigo, Han.

—Gracias, chico. Gracias.

Los wookiees se reúnen con Chewie. Se quedan ahí, juntos, contemplando la oscuridad de su planeta enfermo.

Norra los observa. Se le forman lágrimas en los ojos. Se dice a sí misma que es por el dolor en las costillas, no el de su corazón. Da unos pasos adelante, con la intención de ir con su hijo, abrazarlo, preguntarle por Huesos… Pero alguien pronuncia su nombre a sus espaldas.

—¿Norra? ¿Eres… eres tú?

Le fallan las rodillas. Casi se desmorona. Temmin se le acerca corriendo, la sostiene para que no caiga. Esa voz…

Norra se vuelve para ver si realmente puede ser él.

No puede ser. Después de todo este tiempo…

—Brentin —dice Norra.

Está ahí, aunque podría ser un fantasma. Está más delgado, más viejo, con la piel pálida y los ojos inyectados en sangre. Pero parece él.

—¿Papá? —murmura Temmin con un hilito de voz.

Lo cual significa que él también lo ha visto. No es ningún fantasma. Es Brentin de verdad. Su marido está vivo. Y está ahí mismo.



CAPÍTULO VEINTICINCO

En el puente de la *Hogar Uno*, los mon calamari están vitoreando. Ahí fuera, en el vacío del espacio, los restos de varias naves flotan sobre Kuat. Mayormente naves imperiales, aunque la República también ha perdido varias en las últimas semanas.

La campaña de bombardeos contra los astilleros y las bases de suministros de Kuat ha terminado. Se ha rendido el gobernador del sector, el Moff Polux Maksim, y el jefe del gremio de los astilleros de propulsores de Kuat. Ya no hay enemigos en el horizonte y no se esperan más intrusiones del Imperio. Ha sido una batalla muy prolongada.

Y ya ha terminado.

—Le felicito, Almirante —le dice Leia a Ackbar. Leia no está presente, sino que habla a través de una comunicación holográfica iniciada por el mon calamari—. Usted y la Comodora Agate han obtenido una victoria para la Nueva República —y con una sonrisa intrépida, añade—, una vez más.

No obstante, Ackbar no es mucho de celebraciones. Leia sabe que comparte el optimismo de sus oficiales, asintiendo y sonriendo. No se atrevería a oscurecer su luz con la sombra del cinismo y la preocupación. Pero se mantiene firme, recordándole a todo el mundo que toda batalla tiene su coste. La batalla de los astilleros de propulsores de Kuat no es ninguna excepción.

Al lado de Leia hay otro holograma, el de la Comodora Kyrsta Agate, que asiente y sonríe con seriedad.

—Estoy contenta de haber logrado algo hoy —dice la comodora—. Arrebatarle armas al Imperio era un objetivo muy importante. Estoy contenta de que el Senado estuviera a favor.

«Ah, las batallas con el Senado», piensa Leia. Sabe que la democracia es así. Acepta estas batallas como algo normal. Serán tiempos caóticos, y aunque son los soldados los que experimentan directamente el trauma de la guerra, los ciudadanos de la galaxia están endurecidos por la guerra. Ellos sufren un tipo de trauma más profundo y sostenido. Miedo y sospecha, arraigados como una astilla clavada debajo de la piel. Será una época indecisa y tumultuosa en el Senado, porque no es partidario de las intervenciones militares. «Por eso Kashyyyk sigue esclavizado», piensa Leia.

A través del ventanal principal, ven como el acorazado Starhawk atraviesa el espacio por encima de Kuat. El Starhawk es una nave considerable, y le pertenece exclusivamente al ejército de la Nueva República. Conseguir el voto para aprobar el uso de restos de naves imperiales para construir nuevas naves, droides y armamento fue una batalla en sí mismo. Quizá más dura que la batalla órbita-superficie que se ha librado aquí, en Kuat. Un número considerable de los senadores actuales todavía recuerdan cuando Palpatine formó el Imperio de las cenizas de una República que no sabían que estaba ardiendo. Se apresuró en encargar la construcción de naves para su nuevo orden militar. El miedo de los senadores es razonable.

Hay que reconocer el mérito de Mon Mothma, que logró reunir los votos suficientes a pesar de sus propias dudas acerca de la creación de nuevas armas de guerra.

Kyrsta Agate, por su parte, ha reaccionado a la victoria de hoy frunciendo el ceño. Es una de las razones por las que Leia y Ackbar la aprecian tanto: Agate comprende que los costes de la guerra son altos, incluso en caso de victoria. Es una contabilidad de difícil equilibrio: el sufrimiento de los soldados décadas después del fin del conflicto; el miedo político; los criminales, terroristas y otros simpatizantes. Tan solo la paz trae el equilibrio. Una paz duradera, una paz de verdad.

De todos modos, Leia quiere que el almirante y la comodora estén orgullosos.

—Los astilleros de Kuat eran un recurso vital para el Imperio Galáctico, y su pérdida va a tener consecuencias profundas —dice Leia—. Hemos paralizado la producción de cazas y naves capitales. Además, podemos utilizar estos recursos para nuestros propósitos.

Agate sonríe con suficiencia.

—Todo eso ya lo sé, Princesa Leia. Pero aprecio lo que intenta hacer.

—Disfrute de la victoria, Comodora. Usted también, Almirante.

Ackbar carraspea.

—Lo haré. Pero primero quiero concentrarme en lo más importante: acabar este conflicto. En una guerra no gana nadie, Leia. Lo mejor que podemos hacer es encontrar una forma de detener la lucha.

—En eso estamos de acuerdo, Almirante.

Justo entonces llega una nueva comunicación. Ackbar le hace una señal con la cabeza a la Oficial de Comunicaciones Toktar, que acepta la comunicación entrante.

Aparece otro holograma: la Canciller Mon Mothma.

—Canciller —dice Ackbar, inclinando la cabeza—. No esperaba tener noticias suyas tan pronto. ¿Hoy no es el día de debate presupuestario en el Senado?

—En efecto —incluso a través del holograma, la canciller parece agotada. Todo esto está siendo muy duro para ella. Para todos. Leia ve que la mirada de Mon Mothma se dirige hacia ella. ¿De qué es esa mirada? ¿Qué provoca semejante vacilación? ¿Es sospecha? ¿Irritación? Pero tan pronto como llega, se va. Leia se pregunta si no serán imaginaciones suyas. Mon Mothma habla con evidente ansiedad—. Hay otra cuestión, algo muy urgente. Hemos recibido una solicitud de comunicación del Operador.

El Operador. Un agente en la sombra que opera desde el corazón del Imperio. Ha aparecido periódicamente para dirigir a la Nueva República hacia puntos vulnerables del Imperio. Leia nunca se ha fiado de esa fuente. Al fin y al cabo, la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte surgió de una estratagema urdida por Palpatine. Una estratagema que quizá tendrían que haber captado más fácilmente. Pero esto es distinto. Esto lleva demasiado tiempo.

La información del Operador les ha permitido obtener una docena de victorias. Resulta difícil imaginar que sea un engaño. Tendría que ser un juego de confianza a muy largo plazo. Y si fuera así… ¿qué objetivo tendría? ¿Por qué iba el Imperio a ponerse tantas trabas?

Aun a regañadientes, todos han acabado confiando en esa fuente. Pero ya hace bastante tiempo que no aparecía el Operador. De hecho, desde lo de Akiva. En el seno de la Nueva República mucha gente se ha preguntado por el destino de ese agente misterioso. ¿Lo capturaron? ¿Murió? ¿Huyó? ¿Quién era, al fin y al cabo?

—¿El Operador ha especificado una hora para la comunicación? —pregunta Ackbar.

—De hecho, ahora —responde la canciller.

—Mmh. Pues adelante —dice Ackbar. Entonces se dirige a su Oficial de Comunicaciones—. Toktar, por favor, abra un canal. Frecuencia Zeta Zeta Nueve de la frecuencia de la Vieja Alianza.

Aparece una nueva imagen holográfica, pero no es el Operador.

—Gran Almirante Ackbar —dice la imagen de Rae Sloane.

Leia se queda agarrotada. Significa que el Operador ha desaparecido. El Imperio seguramente ha descubierto al traidor. Lo confirma la aparición de Sloane, uno de los pilares de lo que queda del Imperio. El cargo más fuerte, a juzgar por la información que poseen.

—Gran Almirante es un rango imperial —responde el mon calamari—. Yo me identifico como almirante de la flota, como hizo usted en el pasado. Pero parece que se ha apropiado del título de Gran Almirante.

Sloane se pone rígida y se encoge de hombros.

—Me temo que no había nadie por encima de mí para ordenar mi ascenso, Almirante. En este nuevo orden, cada uno debe obtener lo que se merece.

—¿Por qué nos oscurece con su presencia? —pregunta Mon Mothma.

—Vengo a revelar quién soy.

—¿A revelar…? Me temo que no entiendo…

—Yo soy el Operador.

«No», piensa Leia. «No es posible». Esta mujer ha sido de algún modo su equivalente. Las dos han sido como una voz hablándole a la galaxia, intentando ganarse el afecto de los ciudadanos. Cada una le hablaba a su gente: Leia a la República renaciente, Sloane al Imperio menguante. Por eso parece imposible.

Los otros tampoco se lo creen.

—Esa cortina es demasiado fina, Almirante Sloane —dice Agate—. Se puede ver la mentira.

—Perdone, ¿quién es usted? —pregunta Sloane.

—La Comodora Agate.

—Ah, sí, la que lideró la carga en Kuat. Una victoria convincente que se merece una felicitación honesta, Comodora.

Agate no se cree nada.

—Usted estaba en Akiva, formaba parte de esa cábala secreta. Y el Operador nos puso en su contra. Su vida se puso en peligro. Usted no puede ser el Operador, no tiene sentido.

—Les di objetivos —explica Sloane— para afianzar mi posición dentro del Imperio. Los acontecimientos de Akiva me permitieron hacerme con el control. Relativamente. Todos los objetivos se oponían a mi ascenso.

Mentalmente, Leia recorre todas las victorias que han obtenido gracias al Operador y se pregunta: «¿Podría ser verdad lo que dice Sloane?». Antes Leia no entendía qué ganaría exactamente el Imperio sacrificando partes de sí mismo… pero ahí lo tiene. Tan claro que tendrían que haberlo visto antes: eliminar la competencia.

—¿Por qué nos lo dice? —pregunta Leia, desafiante—. Lo más probable es que haya descubierto la identidad del Operador y le haya ejecutado.

—Ah, Leia, por fin nos conocemos… Bueno, esto se aproxima bastante. Es un honor conocerla, se lo de verdad. Ha hecho tanto… Es increíble ver que buena parte de la galaxia ha cambiado gracias a las acciones de una princesa alderaaniana.

—Yo solo soy tan eficiente como todos los que me rodean —dice Leia—. Y ahora responda a mi acusación: ha ejecutado al Operador y nos está mintiendo.

—No. Estoy utilizando el canal del Operador porque estamos perdiendo esta guerra, Princesa. Su victoria en Kuat lo demuestra claramente. Y estoy cansada de perder. Honestamente, estoy cansada de todo esto. Es hora de negociar.

—¿La rendición? —pregunta la canciller.

—No se apresure —replica Sloane—. Si les ofrezco la rendición, el Imperio me cortará la cabeza. Probablemente se la enviarían pegada a un misil termoclástico. Es hora de hablar de armisticio.

A Ackbar se le enroscan los rizos que tiene en la barbilla. Seguramente siente algo parecido a las sospechas de Leia. Los instintos de la princesa se han disparado como una alarma. Algo va mal. Sloane está jugando con ellos.

Y, sin embargo, la pérdida de Kuat es significativa, una herida importante. El Imperio sin duda querría parar la hemorragia, pero… ¿Cómo debería reaccionar la Nueva República? ¿Dándole tiempo para curar sus heridas? Sería un acto de compasión hacia un Imperio que ha demostrado no tener ninguna. ¿O bien debería aprovechar la ventaja y aplastarlo contra el polvo? Esto implicaría más muertes, más inestabilidad, más locura por toda la galaxia. Si le dejan un lugar en el futuro de la galaxia, conseguirán cierta constancia, cierta paz… En la mente de Leia se repiten las palabras de Ackbar: «En una guerra no gana nadie. Lo mejor que podemos hacer es encontrar una forma de detener la lucha».

Esto podría ser esa oportunidad. O podría ser un error terrible.

—Tenemos que hablar sobre esto y proponérselo al Senado —dice Mon Mothma.

—Lo entiendo —responde Sloane—. Palpatine se deshizo del Senado porque enfriaba los motores del progreso, pero su método no ha resultado efectivo. Él se ha ido y ustedes siguen aquí. Así están las cosas. Hablen con su gente. Sugiero que las charlas de paz se lleven a cabo en su planeta, con pocos guardias. Les ofrezco esa concesión en pos de la paz.

—Tomamos nota, Almirante Sloane. Gracias.

—Que tengan un buen día. Y les felicito una vez más. Por encima de todo, soy una luchadora, y lo que han conseguido hoy es impresionante. Espero que se pongan en contacto conmigo pronto. Utilicen este canal y les responderé.

Acto seguido, el holograma parpadea y se desvanece.

El cierre de la conexión deja un vacío considerable. Los cuatro se han quedado en silencio. Seguramente todos están como Leia, desconcertados y perplejos por lo que acaba de ocurrir. ¿Podría ser verdad? Y si es verdad, ¿entonces qué?

—Voy a convocar una sesión de emergencia en el Senado —anuncia la canciller—. Esperemos que esto sea verdad. Podría ser una forma de alcanzar la paz. Que la Fuerza les acompañe.

Cuando el holograma de la canciller desaparece, Leia les dice a Agate y Ackbar:

—Que la Fuerza nos acompañe a todos. Me temo que vamos a necesitarla.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

La calma de Kashyyyk es inquietante. Aquí no hay nada. No hay vida. No hay insectos. No se agita la maleza con los animales del bosque que remueven palos y hojas a diferencia de las junglas de Akiva, que están llenas de vida. Demasiado. Norra recuerda que los cañones de Alear estaban llenos de monos araña gritando, avesabias graznando y bilópteros siseando. La cacofonía de la selva tropical era casi ensordecedora. Más de noche que de día.

Aquí no. Es como un canal apagado. Una frecuencia nula.

Al menos aquí, en esta pequeña sección del planeta, el Imperio lo ha eliminado todo. Y Norra está sentada en el suelo, con la mirada perdida, escuchando el silencio. Por un momento piensa que le encantaría tener un poco de jaqhad, hoja masticable. Chafas las hojas negras y los pétalos rosados de la flor de jaqhad, lo masticas y te sientes despierto, consciente, vivo. Una tradición de Akiva.

Sus costillas se sentirían mejor. Toda ella se sentiría mejor.

Ahora mismo, no muy lejos de donde está ella, el resto del equipo ayuda a salir a los cautivos de la nave-cárcel, preparando su evacuación de la superficie del planeta. Brentin, su marido, está con Temmin. Cuando los ha dejado estaban los dos en la *Halo* examinando los restos de Huesos, que ha acabado literalmente desmembrado. El droide sigue funcionando, pero no puede hablar, solo puede emitir descargas sonoras mecánicas incomprensibles.

Norra oye que alguien se le acerca por detrás. Mira por encima del hombro y ve a Han Solo.

—Eh —dice Solo.

—Lo has logrado. Le has encontrado.

—Lo *hemos* logrado. Tenías razón, no podría haberlo hecho sin vuestra ayuda.

—¿Te estás ablandando? —bromea Norra.

—No, pero estoy de buen humor y quiero que tú también lo estés—se sienta a su lado y se queda mirando en la misma dirección que ella. De repente parece avergonzado, con las manos en los bolsillos, queriendo decir algo pero sin atreverse a hacerlo—. Esto, ehhh, ya sabes. Gracias.

Norra no puede responder gran cosa. Además, al habla siente como si le clavaran cuchillos en el costado. Tiene dos costillas rotas y un vendaje improvisado en el tórax, cortesía de la compasiva Jas Emari. Así que asiente con la cabeza y sigue mirando hacia delante.

—¿Ese de ahí es tu marido de verdad?

—Sí.

—Entonces los dos tenemos motivos para celebrar.

—Totalmente.

Han detecta el temblor en su voz.

—¿Por qué no estás con él? ¿Por qué estás aquí sola?

—Quería que pasara un tiempo con mi hijo.

—Claro, claro. No hay nada más que eso, ¿no? —pregunta Han, tanteando—. ¿No hay nada que te preocupe?

«Le fallé a Brentin. Lo he encontrado aquí por accidente. Ha pasado tanto tiempo… Todo ha cambiado, yo he cambiado, Temmin ha cambiado. La galaxia entera ha cambiado. Pero Brentin no».

—No —miente Norra—. Nada —pero siente que ha fracasado. Como si fuera una traidora. Y se pone a pensar en Wedge, y eso no hace más que acrecentar la sensación de traición. No es que no ame a Brentin. Lo ama. Y lo amará. Es su marido y el padre de su hijo y… no puede mirarlo a la cara. No es fácil. No ahora.

—Yo voy a tener un hijo —dice Solo de repente.

—Yo… sí. Lo sospechaba.

Han le da una patada a un palo.

—Tendría que haber estado ahí. Tendría que estar ahí ahora. Por Leia, por el niño. Pero tengo esta… esta sensación que me domina. Es algo que tengo que hacer. Nunca podré pasar mucho tiempo ahí hasta que no lo haga. Nunca seré yo mismo. No puedo ser un buen padre hasta que… —aprieta la mano y presiona los nudillos contra un árbol. No es un puñetazo, pero los huesos de sus dedos crujen—. Lo que quiero decir es que a veces tienes que hacer lo que tienes que hacer.

—No te vas a ir, ¿no?

—¿Tan transparente soy?

—Transparente y duro como un cristal a prueba de bláster.

—Llévate el *Halcón Milenario*. Es la nave más rápida de la galaxia y tenemos casi cien prisioneros que necesitan atención médica. Iréis más apretados que en un transporte de ganado, pero lo conseguiréis. Además, algunos de esos prisioneros se quedarán aquí conmigo y con Chewie.

—¿Los refugiados?

—Sí, y un par de indeseables más que cayeron ante ese destructor estelar. Vamos a ver qué daños podemos causar.

Norra se queda mirando al bosque muerto.

—Parece que el Imperio ya ha causado muchos daños aquí.

—No todo es así. Ahora mismo estamos cerca de la Región de la Penumbra. Cerca de las ciudades donde están los campos, las minas y los laboratorios. Ahí se encuentra el Imperio.

—¿Vas a liberar el planeta tú solo?

—O moriré intentándolo.

—¿Y Leia? ¿Y tu hijo? ¿Cómo se sentirán al respecto?

Han se rasca la nuca.

—No lo sé. Me odiarán, probablemente. Pero quizá con el tiempo llegarán a entenderlo. Comprenderán que tuve que hacerlo.

—Entonces será mejor que vuelvas vivo.

—Será lo mejor.

Norra hace una mueca de dolor al extender la mano. Han Solo se la estrecha.

—Ha sido un honor —dice Norra.

—Ve con tu familia. Llévalos a casa, Norra Wexley.

—Gracias, Solo. Buena suerte aquí.

—La suerte me ha salvado el pellejo en el pasado. Espero que siga así.

Al cabo de un rato, Norra se reúne con el equipo.

Están todos menos Temmin, que sigue con Brentin, como tiene que ser. Y no quiere hacerle elegir.

La oscuridad de Kashyyyk empieza a ceder ante la luz gris translúcida que llega del sol de este sistema. Numerosos rayos de luz se filtran a través de los árboles y la neblina. Norra entra en un foco de luz y les explica a todos lo que está sucediendo. Les explica que Han Solo se queda aquí.

—Es una cruzada de locos —murmura Sinjir. Entonces, más fuerte—. ¡Un desfile de idiotas!

—Creo que algunos de vosotros deberíais quedaros con él —dice Norra.

—Yo me quedo —responde Jas sin dudarlo.

—¿Qué? —pregunta Jom.

—¿Qué? —repite Sinjir.

Jas se encoge de hombros.

—Capturamos a Gedde, pero no liberamos a los esclavos de Slussen Canker. Eso no me sentó nada bien. Aquí podemos hacer algo distinto.

—Estamos hablando de un planeta entero —replica Jom—. ¿Vamos a liberarlo? ¿Nosotros? Somos buenos, Emari, pero no tanto.

—Además —añade Sinjir—, no creo que haya una recompensa por hacerlo.

—Siempre puedo sacarle unos créditos a cualquier situación. Aunque quizá esta recompensa no sea en dinero. Contribuimos a la liberación de Akiva. Me sentó bien. Sinjir, ¿cómo te sentiste cuando le pusiste una antena afilada en el oído a Aram y casi se la clavaste?

Norra los observa. El eximperial va a responder, pero se queda callado, mirándose los pies.

—No deberías sentirte mal —continúa Jas—. Hiciste una cosa mala porque tenías que hacerlo, porque a veces tienes que hacer el mal al servicio del bien. Pero por una vez, solo esta vez, quiero hacer algo que esté realmente bien. Está bien porque es una estupidez. Está bien porque es lo correcto.

Sinjir hace un sonido como si se estuviera ahogando.

—Puaj. Jas, no.

—Sinjir, sí.

—De acuerdo —concluye Sinjir, entrecerrando los ojos—. Bla, bla, bla, yo busco un objetivo y una recompensa por mis crímenes y etcétera, etcétera. Yo también me quedo. Además, estamos en un planeta dominado por los imperiales. Quizá la noticia de mi traición no ha llegado hasta estos lares boscosos y me pueda beneficiar de ello.

—Os habéis vuelto todos locos —dice Jom. Pero entonces suspira y muestra las palmas de las manos—. Pero ya que estoy aquí… Podemos quedarnos un poco más, a ver qué daños le podemos inflingir a la maquinaria de guerra imperial. Como dice el refrán, un soldado solo es lo que un soldado hace.

Norra asiente y sonríe. Es lo que espera que iba a suceder.

—¿Y tú? —le pregunta Jas a Norra.

—Yo me llevo a mi familia, a los prisioneros… y de paso, a mi pobre cuerpo herido… a casa. Pero no dejaré de pensar en vosotros. Y veré si puedo enviar ayuda.

Jas asiente y se acerca a Norra.

—Cuídate, Norra.

—Sé buena, Jas.

—Un poco sí. Pero no demasiado.

Norra también se despide de Sinjir y Jom. De repente tiene la incontenible sensación de que quizá nunca vuelva a ver a esta gente. Y se despide con un pensamiento terriblemente oscuro: quedarse a intentar liberar Kashyyyk es una misión suicida.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Todo es vertiginoso. Resulta difícil ignorar el dolor de las costillas y ver con claridad todo lo que ha ocurrido, pero Norra tiene un momento de lucidez y lo consigue. Está en el asiento del piloto del *Halcón Milenario* y se siente como una desconocida en casa de otro. A su lado está Temmin, haciendo de copiloto. Y entonces llega Brentin por detrás.

Le da un beso a su hijo en la cabeza.

Le da un beso a Norra en la mejilla.

Se inclina sobre los dos, con una mano en el hombro de Norra y otra en el de Temmin. Justo entonces, Norra saca al *Halcón Milenario* del hiperespacio y aparece Chandrila. A Brentin se le escapa una risa.

—Es increíble —dice Brentin.

—¿Increíble? —pregunta Norra descaradamente.

—Las cosas han cambiado y odio habérmelo perdido. ¡Pero vaya par de dos! Norra, ahora eres piloto. Temmin, tú también. La Alianza Rebelde ganó y… no estoy contento de habérmelo perdido, pero sí de ver en qué os habéis convertido —le tiembla la voz cuando dice—. Me siento como si me acabara de despertar de un sueño y la galaxia hubiera seguido adelante sin mí.

—No seguimos adelante —le dice Temmin.

Norra le acaricia la mano a su marido. La mano está temblando.

—Tem tiene razón. Desapareciste, pero ahora volvemos a ser una familia y nada puede cambiarlo —dice Norra, convenciéndose incluso a sí misma.

—Las cosas serán un poco raras durante un tiempo, pero no pasa nada. Lo superaremos. Por ahora, ¿puedes comprobar que todo esté bien ahí detrás? ¿Les puedes hacer saber que pronto aterrizaremos?

—Lo haré —responde, y entonces añade—. Os quiero.

—Nosotros a ti también —responde Temmin.

Cuando Brentin sale, Norra y su hijo intercambian una mirada. Norra está sorprendida de lo feliz que parece su hijo. De hecho, no recuerda la última vez que tuvo esa expresión en la cara. Está radiante como un sol.

—Vamos a casa —dice Temmin.

Norra transmite los códigos de autorización a la torre de control de Chandrila.

El *Halcón Milenario* desciende.

La nave está repleta de gente. Temmin se dirige a la parte trasera de la nave, hablando con todo el mundo a su paso.

—Sois libres del Imperio —le dice a una mujer ithoriana sentada en una esquina, que le responde con un murmullo de gratitud—. Estamos a punto de aterrizar —le dice a un joven rodiano que tiene la cara cubierta de cicatrices—. Todo va a ir bien —le asegura a un hombre panzudo con uniforme del ejército rebelde.

A través del gentío de la parte trasera de la nave, Temmin se encuentra con su padre, que está haciendo lo mismo que él: reafirmar su confianza, darles la mano, abrazarlos. Algunos lloran, otros ríen. La emoción está a flor de piel, como una carga de estática en el aire.

—Papá —dice Temmin.

—Hijo —responde Brentin.

—PADRE DEL AMO TEMMIN —dice el Señor Huesos, colándose entre los dos. Extiende los brazos y los aprieta a los dos, haciendo chocar sus cabezas—. HAY QUE SELLAR ESTE MOMENTO PRECIOSO CON UN ABRAZO: UN ENREDO DE CUERPOS AFECTIVO PERO VIOLENTO EN EL QUE UNA PERSONA AGARRA A OTRA CON MUCHA FUERZA Y LA APRIETA, PERO NO TAN FUERTE COMO PARA QUE SE LE SALGAN LOS OJOS DE…

—Huesos —le interrumpe Temmin bruscamente—. Chst.

—ENTENDIDO. A LA ORDEN.

Brentin contempla el robot, boquiabierto.

—El viejo B1. ¿Ya lo has reparado?

—Sí.

—¿Solo con los recambios que había en el *Halcón Milenario*?

Temmin percibe un toque de asombro en la voz de su padre.

—Sí.

—Has salido a mí.

Una sonrisa enorme se forma en los labios de Temmin.

—Sí.

Cuando el *Halcón Milenario* empieza a descender suavemente, ya se ha concentrado una pequeña multitud en la plataforma de aterrizaje.

Las noticias han viajado muy rápido: no solo vuelve la nave de Han Solo, sino que trae un grupo enorme de prisioneros. Muchos de ellos llevan desaparecidos desde los primeros días de la Alianza Rebelde. Se han reunido algunos familiares y gente de esa época, con muchas ganas de dar la bienvenida a amigos, camaradas y seres queridos.

La multitud vitorea y lanza gritos de alegría.

A dos de los presentes les espera una decepción. Seguramente serán los únicos que quedarán decepcionados. Vivirán su decepción con resignación, en contraste con lo que debe ser un día triunfal, de celebración.

Esos dos son Leia Organa y Wedge Antilles.

Wedge lleva unas flores. Nada ostentoso. Esa mujer tan peculiar del invernadero de Ciudad Hanna ha intentado que se llevara un ramo tan grande como su pecho, con todos los colores del arco iris, pero Wedge le ha explicado que ese no es el estilo de Norra. Ha optado por algo más discreto. Sencillo pero elegante: seis rocíos del sol. Son bonitas y además son duraderas. Tienen tallos firmes y pétalos resistentes. No se marchitarán y huelen muy bien.

Y le gustan tanto como Norra.

Leia, por su parte, no ha traído otro regalo que a ella misma. Está radiante, con las mejillas rojas por la emoción. El *Halcón Milenario* ha vuelto.

Y con la nave, su marido seguramente también.

—Hoy es un gran día —le dice Leia a Wedge por encima del griterío.

—Totalmente de acuerdo —responde Wedge.

El *Halcón Milenario* desciende suavemente sobre la plataforma mientras sale el tren de aterrizaje. Una vez en el suelo, desciende la rampa y a través del vapor empiezan a salir cautivos liberados. Docenas de ellos. Al salir les reciben unos guardias, que los acompañan en línea recta hasta el lugar donde se reúnen con Ackbar y Mon Mothma. No se quedan ahí; se los conduce a una serie de transportes que están alineados en un margen de la plataforma. Estos transportes los conducirán hasta la Plaza del Senado, donde la canciller ha preparado comida, una tienda de asistencia médica y un grupo de oficiales esperando a entrevistar a los recién llegados.

Los cautivos siguen saliendo, uno tras otro.

Leia está segura de que Han y Chewie serán de los últimos en salir. Wedge piensa lo mismo sobre Norra.

Y entonces, Norra sale de la nave. Temmin va delante de ella, precedido por ese droide escandaloso, Huesos. Temmin está feliz, más feliz de lo que Wedge lo ha visto

nunca. Está a punto de llamar al chico, a punto de decirle, «eh, Chas, aquí», pero entonces ve al hombre que sale con Norra. No sabe quién es, pero…

El hombre va abrazado a Norra. Le da un beso en la mejilla. Norra lo besa en los labios.

Lo entiende rápidamente. Como un detonador termal preparado para estallar. Y estalla dentro del pecho de Wedge. Al comprender que Norra ha encontrado a su marido, se queda sin aire en los pulmones.

Mira a Leia, que tiene cara de estar buscando sin parar, y observa que Norra y su marido son los últimos en salir, y que el *Halcón Milenario* se cierra sin que salga nadie más.

—No ha vuelto a casa —dice Leia.

—Lo sé —responde Wedge—. Lo siento.

—Sigue ahí fuera.

—Estoy seguro de que Han está bien…

—Yo también estoy segura. Confío en él —afirma Leia. Pero a juzgar por la forma en la que lo dice, Wedge no está tan seguro—. Tengo que hablar con Norra. Tengo que averiguar qué ha pasado.

—Quizá tengas que darle un poco de tiempo. Parece que ha vuelto a casa con alguien especial.

Leia sonríe a pesar de sentir cierta decepción.

—Eso parece.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

A los mandos de la *Halo*, Jas los sacó de lo que los wookiees denominan el Bosque Negro, una parte del planeta que está muerta desde hace tiempo. Milenios, según dicen. Un lugar envenenado por algo realmente malo que ocurrió aquí. Algo que dejó una gran oscuridad, como una huella en el cemento húmedo.

Al menos, así es cómo lo tradujo Han Solo. Jom no habla shyriiwook, así que confiaba en el contrabandista como intermediario.

Trabajar con Han Solo en esto ha sido interesante. El wookiee Chewbacca es su copiloto. Su compinche, por decirlo de algún modo. Al menos, eso es lo que siempre ha oído Jom. Los dos eran inseparables, pero Han Solo era el piloto y Chewie el copiloto, y así sería siempre.

Pero aquí, en Kashyyyk, se han invertido los papeles.

Chewie es el que manda. Es él quien lidera. Y la verdadera sorpresa es que Han Solo le sigue. Deja que el wookiee marque los pasos; le ofrece su opinión, pero es por deferencia. Y si alguien se queja de las ideas de Chewie, Han Solo es el primero en salir en su defensa.

Cuando Jas los ha sacado del Bosque Negro, Chewie ha dicho que tenían que volar bajo a lo largo de un río de rápidos que fluye entre árboles gigantescos. Han Solo ha dicho que Chewie y él llevan años recopilando información sobre Kashyyyk. Jom ha protestado, diciendo que a estas alturas es posible que los datos estén obsoletos y que sea más válido un reconocimiento sobre el terreno.

—No me digas, soldado —ha replicado Han Solo—. Pero lo que tenemos es válido. Y a menos que tengas información mejor, sugiero que cierres esa boca de mostacho que tienes.

Sinjir se ha reído entre dientes y ha dicho:

—Boca de mostacho. Esa me lo tengo que apuntar.

—Silencio, Sinjir —ha replicado Jom.

Jas se ha limitado a reír desde el asiento del piloto.

Ahora que piensa en ello, Jom reconoce que le ha molestado más de lo que se esperaba.

Han seguido el río por encima de una extensión de árboles rotos hasta llegar a un embalse con presa rodeado de árboles hechos añicos. Chewie le ha dicho a Jas que sobrevuele la cascada y que aterrice sobre una rama de wroshyr, justo en el punto de unión entre la rama y el árbol. Jom nunca hubiera dicho que en la galaxia hubiera árboles tan grandes que sus ramas pudieran aguantar una nave entera, pero está contento de saber que se equivocaba. Salen de la nave y recorren juntos la rama. Hay suficiente espacio para caminar, aunque Jom siente cierto vértigo y no puede evitar preguntarse cuánto tiempo tardaría en golpear el suelo si se cayera.

Han Solo les explica el plan de Chewie:

—Este planeta es enorme, y por lo que sabemos la ocupación imperial está atrincherada como una lombriz de sangre. Quizá más, teniendo en cuenta el mal estado de las cosas después de que la segunda Estrella de la Muerte hiciera *bum*. Pero Chewie tiene una idea, ¿verdad, compañero?

El wookiee asiente y lanza un rugido. El wookiee de un solo brazo, Greybok, hace un gesto con la mano que le queda para demostrar que está de acuerdo.

—No podemos liberar este planeta nosotros solos —continúa Han—, por mucho que nos gustaría. Hemos tenido suerte en el pasado, pero esta vez no es viable.

Chewie gruñe.

—Exacto —le responde Han Solo—. Necesitamos un ejército.

—Yo trabajo sola —interviene Jas—. No con un ejército.

—Mala suerte —responde Solo.

—Danos un objetivo. Busca la cabeza del dragón. Se la cortaremos y verás caer el planeta.

—No será fácil. El planeta está bajo las órdenes de un solo hombre: Lozen Tolruck. Pero tiene tres destructores estelares ahí arriba y nos consta que está escondido en una fortaleza en una isla. Es un objetivo principal, porque él controla los chips inhibidores.

—¿Qué? —pregunta Jom.

—Todos los wookiees de este planeta tienen un chip implantado en la cabeza. Asegura su docilidad. Si alguna vez se resisten, los chips les dan una descarga de dolor hasta que obedecen o mueren. Si desactivamos los chips, les devolvemos la mente a los wookiees. Pero todavía estarán encerrados en los asentamientos. Eliminamos los chips de

control y liberamos un gran asentamiento. Entonces tendremos el ejército que necesitamos para liberar al resto. Pero para hacerlo, necesitamos información.

Sinjir se cruje los nudillos y le guiña el ojo.

—Yo puedo encargarme de esa parte.

—Pero necesitas un lugar en el que empezar—replica Jom.

—Ahí —dice Solo, señalando más allá de la presa enorme y el embalse.

Escondida entre dos árboles caídos hay una estación de mando: un bloque imperial alzado sobre esta tierra margosa y fértil.

Jom coge unos cuadnoculares y mira hacia allá. Mientras tanto, Han Solo sigue hablando.

—En esa estación de mando habrá ordenadores y oficiales. Eso es sinónimo de información. Pueden decirnos dónde está Tolruck y cuál es el asentamiento más vulnerable. Pero eso significa que tenemos que entrar por la fuerza. Bajamos con la *Halo* a toda velocidad, escupiendo fuego con los cañones…

—Frena un poco —le interrumpe Jom. Se aparta los cuadnoculares de los ojos y dice—. Veo cuatro turboláseres tierra-aire ahí abajo. Si vamos con la *Halo* nos reducirán a cenizas.

—*Kavis-tha* —blasfema Jas mirando a Jom, y escupe en el suelo—. ¿Estás diciendo que no sé manejar mi propia nave? Esos cañones los puedo evitar fácilmente, Barell. No has visto ni la mitad de lo que puedo hacer.

—Vale. Digamos que lo consigues —levanta la barbilla, desafiante—. Pero te verán llegar a un kilómetro. Tienen tiempo de sobras para organizar una buena defensa o incluso escapar. No vemos lo que tienen al otro lado de la base. Podrían tener un par de andadores de exploración o una lanzadera de escape esperando.

—Vaya, ¿tienes una idea mejor? —pregunta Jas.

—Pues claro que sí. Envíame a mí. Por tierra, estrategia en dos fases. Me llevo a un par de estas bolas de pelo…

—Cuidado —le advierte Solo.

—Lo siento. Me llevo a un par de estos nobles guerreros, nos infiltramos y les hacemos daño. Desactivamos todas las defensas que podamos, y solo entonces venís el resto abriendo fuego con la *Halo*.

—Me gusta —responde Solo—. Puedes inutilizar esos turboláseres.

—Ese es el plan.

Jas lo agarra del brazo.

—¿Puedo hablar contigo un segundo?

—Claro, Emari.

Jas se lo lleva hacia la *Halo* y le da un empujón detrás de una de las turbinas.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Mi parte —responde.

—No te hagas el héroe.

—No soy ningún héroe. Soy un soldado, un caballo de tiro.

—Un soldado que dejó su ejército por… bueno, ya sabemos por qué.

—¿Ah sí?

Jas frunce el ceño.

—Sí. Lo dejaste por mí.

—Que no se te suban los humos.

—Me seguiste como un cachorro hasta Irudiru.

—Oye —le replica Jom con tono de rechazo, poniéndole el índice en el centro del pecho—. Quería cumplir con mi parte y encontrar a Solo.

Jas le agarra el dedo y se lo retuerce.

—Genial. Ya lo has encontrado. ¿Acaso te lo has llevado de vuelta a Chandrila en un saco? —Jas le suelta el dedo, y Jom se aparta de ella—. No. Te has quedado aquí, como un cachorro perdido.

—Eres una engreída.

—Y tú eres un patán.

Jom se encoge de hombros.

—Soy un patán que está aquí. Soy un patán que sabe luchar. No pongas en duda mis motivaciones.

—Vale. Haz lo que quieras, Barell —dice Jas, y acto seguido se va.

—Supongo que se acabó la diversión —le replica Jom a sus espaldas.

El soldado se queda ahí solo, echando chispas.

Es una engreída de verdad.

Pero lo peor es que tiene razón. La siguió hasta Irudiru porque le gusta, maldita sea. Y eso le hace sentir exactamente como el cachorro perdido del que habla Jas. La sola idea de que ella vaya con la *Halo* y la acribillen esos turboláseres…

Se estremece con la idea.

Es hora de volver con los demás. Es hora de trabajar. Es hora de luchar.

QUINTA PARTE



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Ha pasado un mes.
No ha cambiado nada.
Ha cambiado todo.

Wedge Antilles recorre el suelo blanco del espaciopuerto hacia una lanzadera ancha que hay al final. Por el aire flotan pétalos de sachi llevados por la brisa que parecen polillas amarillas revoloteando. Su pierna está mejorando, ya no necesita el bastón. La cojera sigue ahí, como un fantasma que se resiste al exorcismo, pero poco a poco va mejorando. Se recuperará pronto.

Delante de él, un pantorano con unas patillas muy pobladas está limpiando el morro cromado de la lanzadera.

Cuando Wedge se acerca, el hombre se da la vuelta y le dedica un saludo apresurado.

—Capitán —dice el pantorano.

—Descanse, piloto —responde Wedge.

—De hecho, soy técnico. Me llamo Shilmar Iggson —dice el pantorano—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Estoy buscando…

Por detrás del ala plegada de la lanzadera aparece un rostro cubierto de manchas de grasa oscura. Wedge casi no la reconoce.

—Capitán —dice Norra. Pasa por debajo del ala, arrodillada en una plataforma repulsora. Se pone en pie y aparta con el pie la plataforma, que se aleja flotando mientras se limpia las manos con un trapo.

—¿Capitán? —pregunta Wedge—. Venga, Norra, somos amigos.

—Ah. Sí, no, por supuesto, solo es que… —sonríe, un poco avergonzada—. Hola, Wedge. Qué bien volver a verte.

Ella se acerca para darle la mano y él se le acerca a darle un abrazo, pero ninguno de los dos lo consigue. Hay un momento extraño en el que él se queda con los brazos abiertos y ella con la mano extendida en medio del aire. Los dos ríen nerviosos y olvidan lo del saludo.

—Entonces —dice Wedge, contemplando la lanzadera—. ¿Vuelves a ser piloto?

—Pues sí. Trabajo para el Senado. A veces, bueno… necesitan transporte. Más tarde voy a llevar al… a ver si lo digo bien… al «Consejo de Senadores Especiales de Estrategias de Desescalada Galáctica». ¿O es el «Consejo Especial del Senado»? No me acuerdo. El caso es que van al lago Andrasha para celebrar otra reunión.

—Las conversaciones de paz serán dentro de unos días.

—Y la gran celebración.

—Sí, exacto.

Wedge ha sido asignado como encargado especial de seguridad para ese día. La liberación de los cautivos de Kashyyyk ha sido una auténtica inyección de moral. Algunos de esos prisioneros eran altos cargos de la Alianza Rebelde. Muchos eran héroes y liberadores. Se ha decidido que su liberación era un acontecimiento que se merecía una celebración.

«Día de la Liberación», así es como el Senado acordó llamarlo. Fue idea de la canciller.

Y las conversaciones de paz vendrán justo después. Wedge no es precisamente un político, pero incluso él puede valorar la oportunidad que esto supone. La gente ve con desconfianza las conversaciones de paz con el Imperio. Él también. La opresión imperial ha generado mucha mala sangre a lo largo de los años, y la gente de la Nueva República no ve con buenos ojos que se le dé espacio vital al enemigo. La presencia de la Gran Almirante Sloane será perturbadora para mucha gente. Con solo oír su nombre, a Wedge le duele todo el cuerpo con el recuerdo de lo que le hicieron en el palacio del sátrapa en Akiva. Esa mujer no se merece compasión o amabilidad alguna. Si le dan la oportunidad, la utilizará para sacar un cuchillo y rebanarles el cuello a todos.

Claro que él seguramente tiene unos cuantos prejuicios. Por eso quiere mantenerse al margen de todo esto. En cualquier caso, una gran celebración como el Día de la Liberación servirá para apaciguar los ánimos en lo referente a las conversaciones de paz.

—Hacía tiempo —dice Norra.

—Sí, en efecto. Lo siento. Ha sido… bueno, ya lo sabes.

—Todo es muy frenético.

—Todo se mueve muy rápido ahora mismo. A la velocidad de la luz.

Wedge piensa que las emociones humanas son como un grupo de gatos toolta persiguiendo sombras. Está contento de que Norra tenga a su marido. Sin embargo…

Sin embargo.

—¿Qué pasa? —le pregunta Norra—. ¿Todo bien?

Wedge titubea un poco antes de responder:

—No lo creo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Es Temmin, Norra.

Clang, clang, clang.

Temmin golpea el último tornillo de muelle con el mango del desbobinador, y entonces gira la herramienta y le da una última vuelta al tornillo, que encaja en su lugar.

Los ojos rojos parpadean durante unos segundos, y entonces se encienden.

La estrecha cabeza vulpina de Huesos mira a izquierda y derecha, y finalmente sus ojos se alargan como pequeños telescopios y enfocan a Temmin.

—HOLA, AMO TEMMIN.

—¡Huesos! —exclama Temmin, apretando la frente contra la fría cabeza metálica del droide—. Estoy contento de volver a verte, colega.

—YO ESTOY CONTENTO DE NO TENER PIEZAS DE DROIDE ASTROMECÁNICO.

—Lo sé.

—LOS DROIDES ASTROMECÁNICOS SON CRIATURAS DÉBILES Y ENTROMETIDAS, QUE ME RECUERDAN A LOS RECEPTÁCULOS DE BASURA O DE RESIDUOS HUMANOS. SON CASI TAN INÚTILES COMO LOS DROIDES DE PROTOCOLO, QUE NO TIENEN NINGUNA FUNCIÓN APARTE DE HABLAR, HABLAR, HABLAR, HABLAR, HABLAR, HABLAR…

—Vale, vale —dice Temmin, riendo—. Ya lo pillo. Suelta la palanca de mando, jefe.

Nota mental: Modificar la matriz de personalidad de Huesos. Algo tiene que haber ido mal ahí dentro. Normalmente no es tan hablador.

—¿Cómo te sientes?

—PARECE QUE HE SIDO MODIFICADO OTRA VEZ.

—Sí. Sobre todo son detalles estéticos —el torso del droide B1 quedó abollado y hecho trizas por esos drones de Kashyyyk. Temmin ha decidido seguir con la estética esquelética y cortar directamente las abolladuras. Ahora el torso de Huesos parece una caja torácica humana. Aunque con más… cosas puntiagudas.

Pensó que podría añadirle uno de esos brazos que tenían los droides de la cárcel. Esas extremidades-látigo eran bastante impresionantes. Sofisticación máxima.

Su padre le dijo que le podría ayudar, pero entonces…

—PARECES AFECTADO POR UN MOMENTO DE TRISTEZA, AMO TEMMIN. POR FAVOR, IDENTIFICA LA CAUSA DE ESTA TRISTEZA Y LA DESTROZARÉ COMO SI FUERA UN INSECTO DESPREVENIDO.

—Estoy bien, Huesos, estoy bien. Estoy contento de que papá esté en casa.

—ESO ESTA BIEN. PERO NO EXPLICA LA PREOCUPACIÓN QUE DEMUESTRAS EN TU CARA. LLEVAS DÍAS TRISTE Y PREOCUPADO. EXPLICA, POR FAVOR.

¿Qué puede decir?

Las cosas iban bien. Brentin volvió a casa, su madre parecía feliz. Temmin era feliz. Hacían cosas juntos. Fueron al zoo de la isla de Sarini, vieron a los pangorinos en sus cuevas y los cangrejos graznantes moviéndose por sus recintos, y su padre se rio con los malangos de ook. Cenaban juntos cada noche. Su padre incluso cocinaba, intentando descubrir las extrañas especias y plantas aromáticas de Chandrila. Su padre y su madre se quedaban despiertos las primeras noches, riendo hasta el amanecer.

Pero entonces algo cambió…

En algún lugar del apartamento, Temmin oye un sonido. El repiqueteo de utensilios sobre un plato, el zumbido del ciclador de proteínas, el goteo de los grifos.

—Quédate aquí, Huesos —dice Temmin, y entonces se dirige a la cocina.

Es su padre.

No deja de sorprenderle. Su padre. Desapareció de su vida años atrás. Los soldados imperiales se lo llevaron de casa a rastras en plena noche. Debería ser increíble. Y Temmin lucha contra esa idea diciéndose a sí mismo: «Es increíble, pero eres demasiado egoísta para darte cuenta».

Pero después de estas dos primeras semanas, su padre no ha sido el mismo. Es como si no estuviera completamente ahí. Sigue siendo Brentin Wexley. A veces todavía tiene esa sonrisa arrebatadora. Sigue siendo bueno con las herramientas. Sigue chasqueando los dedos como Temmin cuando está pensando, y suelta una broma de vez en cuando. Pero…

Camina a un ritmo ligero y pausado, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Y la música… Siempre le gustó la música. Temmin incluso se fue a una tienda de segunda mano, que es algo muy escaso en Chandrila, ya que esta gente considera que los objetos usados son basura y no los tesoros que ve Temmin, y le trajo un pequeño valacordio. Su padre tocó varias teclas… y no se ha vuelto a acercar desde entonces.

Los médicos y terapeutas han dicho que todo esto es normal. Nadie sabe por lo que pasó su mente. Todo lo que recuerda Brentin es que estuvo casi todos esos años en estasis, encerrado en esos receptáculos y utilizado para generar energía para los protocolos de seguridad de la nave-cárcel. Su madre le contó que cuando le inyectaron esos productos químicos, le aparecieron miedos y ansiedades. Y ella solo estuvo ahí unos minutos.

¿Quién sabe lo que tuvo que pasar su padre aguantando ese cóctel químico durante años? Podría ser una pesadilla infinita.

En todo caso, su padre ha vuelto… pero no ha vuelto. Y eso es un fastidio.

—Tem —le dice su padre—. Hola, chaval.

—Hola, papá.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo es que… creía que hoy me ibas a ayudar.

—¿Ayudarte? Yo… —entonces se le retuerce la cara como un trapo arrugado—. Ah, con el droide. Tu Bl. Sí, claro. Lo siento, Tem. Me he distraído.

—¿Adonde has ido?

—He ido a dar un paseo.

Ahora hace eso. Se va de paseo con mucha frecuencia. Por la mañana, al mediodía, incluso en plena noche. Un terapeuta, el Doctor Chavani, dijo que eso también era normal. Dijo que a lo largo de los años se le habrán acumulado muchas cosas en la cabeza, y que quizá esa sea su forma de quitárselas de encima. Todo el mundo lo dio por muerto y ahora de repente ya no. Ha vuelto de la tumba como esos espectros luminosos que veía de pequeño en la serie *Horrores y meteoros*.

—Podría dar un paseo contigo algún día.

—No —responde Brentin—. Creo que prefiero ir solo.

—¿Crees?

—Las cosas no están muy claras ahora mismo, hijo.

—Ah, vale. Sí. ¿Tú y mamá estáis bien?

—Claro —pero por la forma en que lo dice, Temmin sabe que no es cierto. Lo ha visto con sus propios ojos. Hay distancia entre ellos, cada vez más.

Y Temmin cree que es culpa de Norra.

—Está enfadado conmigo —dice Norra. Coge el frasco térmico y saca dos discos de la tapa. Con un movimiento del dedo, los discos se convierten en vasos extensibles. Norra y Wedge se han sentado a una pequeña mesa en la parte trasera del hangar de lanzaderas, donde algunos pilotos, técnicos y mecánicos comen durante el trabajo. Norra le sirve una taza de chava chava: una infusión caliente hecha con la raíz homónima. No es como la hoja masticable de jaqhad, pero servirá.

Wedge suspira.

—Eso me ha parecido.

—Últimamente no hablamos mucho.

—¿Por qué? ¿Es por ti y Brentin?

—Brentin y yo estamos bien. Estamos bien. Todo va bien —Norra se da cuenta de la rigidez de su propia voz. Es como si tuviera ganas de toser y estuviera intentando no hacerlo, y le pica y le duele y…—. ¡Rayos, no! ¡Todo no va bien! Nada bien. Temmin tiene derecho a estar enfadado conmigo. Su padre vuelve a casa pero no está presente, no está ahí. No está con nosotros todo el rato. Está en otro lugar, aunque lo tenga sentado delante de mí.

—Eso le pasa a la mayoría de cautivos. He oído que estaban anestesiados, pero… tenían pesadillas.

—Eso es. Brentin probablemente sufrió pesadillas durante años. Por eso su comportamiento es normal. Es más que normal. Yo… Yo… No es culpa suya, pero no me puedo acercar a él. Es como si ya no fuera Brentin —«Y tú ya no eres Norra», piensa—. Me siento culpable. Lo va a conseguir. Tengo que ser paciente. Tengo que ser amable y sonreír y dejar de decir tonterías porque lo va a conseguir.

Wedge le coge la mano. Sus dedos se entrelazan.

Es un gesto cálido y reconfortante… pero ella aparta la mano.

—Estoy casada.

—Lo sé. ¡Lo sé! No quería…

—Ya sé que no, solo es que…

—Por supuesto.

—Sí.

—Lo siento.

—No te disculpes —le pide Norra, y piensa: «Me ha sentado bien y quiero que me cojas de la mano otra vez». Aprieta los dientes para reprimir ese pensamiento—. Mira… dime qué pasa con mi hijo.

—No es nada malo. Está previsto que Temmin esté en la reserva para el Día de la Liberación…

—¿Pero?

—Pero se ha saltado muchas sesiones de entrenamiento.

Norra se masajea la frente.

—Eso significa que no puede hacerlo.

—Exacto.

—Ahora mismo lo está pasando un poco mal. Siempre había soñado con que su padre volviera a casa, pero la realidad es mucho menos mágica de lo que todos esperábamos —le da un largo sorbo a su chava—. Se lo diré. Lo del Día de la Liberación.

—¿Estás segura? Puedo decírselo yo.

—Ya está enfadado conmigo, no pasa nada.

—Gracias.

Se quedan un rato sin decir nada, rodeados por el humo de las tazas. Norra es la que rompe el silencio.

—¿Sabemos algo de Kashyyyk?

—Nada.

—Ha pasado un mes, Wedge.

—Lo sé.

—Leia se estará volviendo loca.

—Sí, así es.

La plaza Eleutherian, delante del edificio del Senado, está rebosante de actividad. Todo ello orquestado con mano experta por la canciller Mon Mothma y sus consejeros. Maneja a la gente como instrumentos, creando harmonía y ritmo a partir del ruido. Es algo digno de ver.

A menos, por supuesto, que tú seas uno de sus instrumentos desechados.

Así es como se siente Leia. Pero, aunque ya no contribuya a la canción… todavía puede hacer ruido, ¿no?

Camina con paso firme por el centro de la plaza. Se le empieza a notar el embarazo, ya no se puede esconder. No se pueden evitar los rumores. Rumores del hijo de un contrabandista y una princesa, un contrabandista que huyó, una princesa que se quedó. A Leia no le importan esos rumores. No pueden preocuparle.

Mon está dando indicaciones a los Guardias del Senado sobre dónde colocarse, y simultáneamente responde preguntas sobre el despliegue de luces que llenará el cielo nocturno pasado el Día de la Liberación. Un espectáculo de luces y pirotecnia nunca antes visto. Leia se le acerca y se detiene delante de ella. Se olvida del protocolo. El decoro es algo del pasado, algo que Leia ha enterrado muy hondo. Además, Mon es su amiga, ¿no?

—Leia —dice Mon, y en su voz Leia detecta la lucha entre dos emociones: calidez e irritación. La canciller está encantada de verla y a la vez le molesta la interrupción—. Como puedes ver, estoy un poco ocupada…

—Sí, yo también estoy ocupada. Ocupada preocupándome por mi marido y su equipo y el planeta entero de los wookiees reducido a polvo lentamente por el puño implacable del Imperio. Mon, por favor.

Leia se ha visto obligada a encontrar una solución a esta crisis desde el día en que el *Halcón Milenario* aterrizó en Chandrila… y su marido no salió a saludarla. Norra y los demás rescataron a muchos prisioneros, pero Han se quedó atrás. «Es algo que tiene que hacer», le dijo Norra.

Aprieta los dientes al recordarlo.

Leia intentó reunir votos para enviar ayuda y tropas a Kashyyyk, pero evidentemente el Senado está lleno de representantes cuyos planetas necesitan ayuda, y a veces también presencia militar. La votación estuvo ajustada, pero no tuvo votos suficientes. No podrá volver presentar la propuesta hasta el próximo ciclo, y para entonces ya será demasiado tarde.

Después intentó hablarlo directamente con el Almirante Ackbar. Ackbar estuvo de acuerdo en que era hora de hacer algo con Kashyyyk, y estuvieron debatiendo las opciones. El Almirante se planteó la posibilidad de enviar un pequeño contingente de las Fuerzas Especiales para localizar y ayudar al equipo de Han…

Mon Mothma ha bloqueado esta propuesta, alzando así un gran muro de hielo entre Leia y su objetivo.

En estos momentos, Mon ha dicho que sería «inexcusable» enturbiar las aguas ahora que Sloane les ha propuesto unas conversaciones de paz. Ha dicho que la galaxia está

momentáneamente en paz. Una paz tensa y desagradable, sí, pero una paz en la que el frente galáctico está tranquilo. Un alivio necesario del agotamiento de la guerra. Y una incursión oficial en Kashyyyk en este punto solo servirá para reabrir esos conflictos.

La canciller ha dejado claro que esa no es una opción, y el Senado la ha apoyado.

—Leia, por favor. Si me das unas horas…

—Mon. Para. Escúchame. No voy a negociar con esto.

Mon se le acerca, suspirando:

—Comprendo que estés afectada…

—Tienes que entender una cosa —la interrumpe Leia, con una voz más alta que un susurro—. Me necesitas. Sigo siendo el rostro de esta República. No me obligues a dejarlo.

Mon se pone rígida.

—¿Realmente lo harías? ¿Perjudicarías a la Nueva República por esto?

—Incendiaría la galaxia entera si me pareciera lo correcto.

Mon suspira y fuerza una sonrisa.

—Eso lo sé —la canciller asiente con la cabeza a todo el mundo que está ahí—. Hago una pequeña pausa. Ahora vengo.

La canciller agarra a Leia del codo y las dos van hasta el otro extremo de la plaza. Cerca de ellas, tres ratones alados bigotudos corretean por el suelo en busca de migajas. Asustados, los pequeños roedores alzan el vuelo aleteando con sus plumas peludas.

—Ahora ya estoy para ti —le dice Mon—. Me gustaría que hubiera sido de un modo más agradable, pero aquí me tienes.

—Somos amigas, ¿no?

—Espero y deseo que sí. Ya sé que todo esto es sobre Kashyyyk. Créeme cuando te digo que tengo las manos atadas con esto. Las cosas han cambiado. En los días de la Alianza, hacíamos lo que podíamos… y a veces eso significaba que una sola persona tomaba decisiones por todo el grupo. Pero esto ya no es una insurgencia, no estamos escondidos. No operamos en células o en bases improvisadas dispersas por la galaxia. Ahora todos los ojos nos observan, todas las manos están unidas. Estamos unidos, y en esa unidad estamos en deuda con la maquinaria del gobierno. Una maquinaria lenta, sí, pero efectiva…

—¿Efectiva con qué exactamente? ¿Indolencia? ¿Concesiones?

—Compromiso.

—Con una lógica tan fría los planetas se mueren. ¿Cuál es nuestro compromiso con Kashyyyk? Porque a mí me parece que no se ha manifestado ningún compromiso, al menos no un compromiso que los wookiees puedan entender…

Mon coge las manos de Leia entre las suyas y las aprieta.

—Kashyyyk es un planeta entre los miles a los que intentamos llegar. Y los miles más que están por llegar. Por favor, tienes que ver más allá de tu relación con Han, tienes que entender que se trata de algo más que un solo hombre.

—Sí, tienes razón. Se trata de millones de wookiees, muchos de los cuales están muertos porque nadie ha ido a ayudarles. Chewbacca es nuestro amigo y protector, es de la familia, y le debo tanto como el propio Han —Leia cobra conciencia de algo, como un fuego encendido espontáneamente. Comprende por qué Han está ahí. No está huyendo de ella o de su hijo. Está corriendo en dirección a algo. A eso se refería Norra. Todavía le queda algo por hacer, algo que no se puede quedar sin hacer antes de empezar su familia.

—He estado pensando —dice Mon— y lo que está haciendo Han quizá sea la mejor forma de proceder. En los planetas controlados por el Imperio o cuyo espacio ha sido ocupado por sindicatos criminales, pueden surgir movimientos individuales de resistencia para empezar sus propias rebeliones. Como lo que ocurrió en Akiva. No podemos enviarles ayuda oficial, pero podemos buscar modos subtérfugos de enviar ayuda.

Leia se ríe de ella.

—¿Modos subtérfugos? ¿Eso es lo que nos hemos ganado?

—Como ya te he dicho antes, este será otro tema que pondré sobre la mesa con la Almirante Sloane durante nuestras conversaciones de paz. Le pediré la liberación de Kashyyyk como condición para la paz…

—Quieres negociar algo que es innegociable —replica Leia. Levanta las dos manos, con las palmas hacia arriba—. Aquí tienes lo correcto, lo bueno. En el otro lado está el camino incorrecto, el camino del mal. Llevamos mucho tiempo luchando por el bien. ¡Para ser héroes! Pero… ¿y ahora? Quieres negociar con el terreno del medio. Quieres explorar el gris.

—No es tan sencillo como el bien y el mal, Leia.

—¡Pues para mí sí que lo es! —Leia hace ademán de irse—. No vamos a llegar a ninguna parte. Yo… tengo que irme, Mon. Pensaba que debía intentarlo, pero veo que no sirve de nada.

—Espera. El Día de la Liberación casi ha llegado. Te necesito a mi lado. La cara de la solidaridad, de la unidad, como he dicho antes.

—No tenemos unidad en este asunto. Tendrás que hacerlo sola.

—No soy yo quien está sola, Leia.

Una puñalada. Leia contraataca inmediatamente:

—Prefiero estar sola que con usted, canciller.

Dicho esto, se aleja a toda prisa, convencida de lo que tiene que hacer.

Norra encuentra a su hijo solo en la cocina. Está comiendo un bol de pakarna, una especie de combinado de fideos. Un plato chandrilano, picante y con muchas especias. Enrolla fideos con un tenedor y se los mete bruscamente en la boca. Le cae salsa por la barbilla. Huesos lo observa, cautivado. Temmin apenas se da cuenta de que su madre entra por la puerta.

—Hola —dice Norra.

Temmin no responde. Solo hace un gesto sombrío con la cabeza.

—¿Dónde está tu padre?

—¿Qué más te da?

—Vale. Probablemente me lo merezca.

Temmin se encoge de hombros.

—Sí. Vale. Ha salido otra vez. Uno de sus paseos.

—Necesita aclararse las ideas, cariño.

—Lo que necesita es alejarse de ti.

Esto la enfurece. No quiere enfadarse. Quiere escucharle, recibir sus reproches si se los merece. Pero no tarda en replicarle:

—Cuidado con esa actitud, Tem. Todos estamos pasando por algo, y las cosas aún se pondrán más difíciles antes de normalizarse. Tu padre estuvo desaparecido durante mucho tiempo…

—Porque lo capturaron. ¿Cuál era tu excusa?

—Estaba…

—¿Intentando encontrarle? ¿Cómo te fue eso?

Norra ignora esto último. O lo intenta.

—Tu padre está un poco raro a causa de lo que le hicieron en esa nave.

—Está un poco raro porqué tu has estado rara con él.

Tiene razón, así es. Cenan juntos prácticamente en silencio. La primera semana durmieron en la misma cama, pero desde entonces él se queda dormido en el diván de la sala de estar. Apenas hablan. ¿Sobre qué podrían hablar? ¿Sobre el estado de la galaxia? ¿Sobre las conversaciones de paz con la gente que lo encarceló, contra los que luchó durante años? ¿Deberían hablar sobre las pesadillas que tiene? ¿Sobre el tiempo que Norra ha pasado con la Alianza? Cuando han estado a solas, Norra ha tanteado el terreno. Ha intentado saber qué le parecía que ella hubiera seguido sus pasos, pero él parece estar siempre distraído. Es algo que ha visto en otros pilotos y soldados durante la guerra. Están traumatizados y parecen desconectados de todo, despojados de todo lo que fueron en su día, reducidos a sobras de sí mismos.

¿Ese es Brentin ahora? ¿Las sobras de sí mismo? ¿Pueden volver a unir los pedazos? ¿Y su matrimonio también? Temmin deja caer el bol de fideos a medio comer en el fregadero. Huesos alarga el cuello y lo observa.

—VOY A LIMPIAR ESO —dice el droide.

—No —responde Temmin, enganchando con un dedo las nuevas costillas que tiene el droide—. Vámonos de aquí.

Norra lo coge por el brazo.

—He hablado con Wedge. Has faltado a los entrenamientos.

—¿Y qué?

—Pues que no puedes participar en las patrullas del Día de la Liberación.

Temmin se encoge de hombros como si no le importara, aunque lo hace con tanta agresividad que seguro que le importa.

—Me da igual. Genial. Total, el Día de la Liberación es una tontería. ¿Conversaciones de paz con el monstruo de Sloane? Hemos liberado a esos prisioneros. Yupi. Ni siquiera nos han dado una medalla.

—Temmin…

—No, ¿sabes qué? Está bien. Es genial. Voy a hacer como papá y voy a dar un paseo. Solo. Vamos, Huesos.

—SI YO VOY, ENTONCES NO ESTARÁS SOLO.

—He dicho que vengas.

—ENTENDIDO. A LA ORDEN.

Norra se queda sola. Se le llenan los ojos de lágrimas. De repente se pone a pensar… pero no en su marido, en su hijo o en Wedge, sino en el equipo que dejó en Kashyyyk. Espera que estén bien.



CAPÍTULO TREINTA

Lozen Tolruck, Gran Moff de Kashyyyk, está de cacería.

En su cara redonda lleva un visor con unas pequeñas almohadillas electroestimuladoras en las sienes. A través del visor ve y controla un pequeño droide sonda asesino. En su día era un droide normal, pero uno de sus técnicos le extrajo la matriz de personalidad y se ha convertido en un droide que Tolruck puede controlar desde lejos. Es una cosa pequeña y letal. Cabe debajo del brazo, es rápido como una flecha y además es muy ágil, con movilidad perfecta en todas direcciones. Está recubierto con un acabado cromado resplandeciente, de modo que refleja el entorno y se camufla perfectamente.

Es un dispositivo maravilloso. En teoría.

Lozen Tolruck lo desprecia.

A través del visor ve a su presa, uno de los wookiees al que han estado entrenando. Se llama Sujeto 478-98, aunque a Tolruck le encanta ponerles motes a todos para personalizarlos. A este lo llama Rayanegra, por la franja de pelo negro que la bestia tiene en medio de la cara.

Rayanegra corre, Rayanegra trepa, pero no importa mucho. El droide sonda asesino es rápido. Cuenta con detección de movimiento y visión térmica. Lo ve todo y puede perseguir a su presa con una gran eficacia. La bestia trepa por uno de los gigantescos árboles wroshyr de la Reserva del Jardín, se agacha entre las ramas, se cuelga de esas

lianas zha-raratha tan esponjosas y cae sobre un lecho de flores aguja de color rojo sangre. Rayanegra trepa y trepa.

Y pronto, la bestia ve a su cazador.

Gruñe. Tolruck se aparta cuando la garra de la bestia intenta darle un zarpazo. El droide también se aparta y se lanza hacia atrás. El golpe no lo alcanza.

Tolruck piensa lo que quiere hacer y el droide sonda asesino lo hace. Basta con un pensamiento consciente. Parpadea y el droide extiende un cañón telescópico…

Ft, ft.

Dos toxidardos se clavan en el pecho de la bestia. El veneno actúa rápidamente. El wookiee debería caer, pero no cae. Es robusto. Lo han entrenado demasiado bien, según parece. La criatura sigue trepando al árbol salvajemente, gruñendo y quejándose mientras salta torpemente de rama en rama…

«Muy bien». La ira se apodera de Tolruck. Gruñe como lo hacen los wookiees (aunque la bestia no escucha ese sonido, porque se encuentra a más de sesenta kilómetros de ahí) y lanza el droide sonda asesino encima del monstruo. Tan pronto como impacta, Tolruck da el código de eliminación… y el droide se autodestruye.

Eso acabará con esa bestia. Rayanegra estará muerto, con un agujero en la espalda. Quizá incluso acabe partido en dos.

El visor se queda en negro. Tolruck se lo aparta de la cara con un gruñido. Lo lanza al suelo y lo pisa como si fuera una alimaña indeseable.

Ahí delante se encuentra su adjunto: Odair Bel-Opis, un corelliano muy capaz, organizado e implacable. Es un asesino brutal, pero además es de confianza. No tiene ninguna ambición por la posición de Tolruck.

Odair es tan necesario y tan sencillo como un garrote sostenido con firmeza.

—Esa cosa —gruñe Tolruck, señalando con el pie el visor de control roto— no tiene ningún valor para mí. Esto no es cazar, Odair, es hacer de mirón. Yo quiero estar ahí, quiero oler a esas bestias andrajosas. Quiero escuchar sus aullidos y su respiración rasposa. Quiero perseguirlos y que me persigan. Eso es ir de cacería… y no esto.

Camina de un lado la otro de la sala como los vientos arremolinados de las terribles tormentas mrawzim de Kashyyyk. Pasa las manos por los troncos retorcidos y nudosos que forman las paredes de su cámara circular. Su pulgar resigue un hilo de savia pegajosa y se lo lleva a los labios. Se chupa el pulgar como lo haría un bebé. Siente un escalofrío y lo recorre una oleada de placer. La savia, o hragathir para los wookiees, se convierte en narcótica al cabo del tiempo, cuando se separa la madera del árbol.

Se deja caer en su silla, una enorme estructura esquelética hecha de madera oscura. Lo rodean las cornamentas con múltiples cuernos de los arrawtha-dyr. Se acomoda y se aparta la tela de la toga, hecha con piel de dyr, para rascarse la extensa barriga que queda a la vista.

Ras, ras, ras.

—Puede hablar si tiene algo que decir —farfulla Tolruck.

—Informaré a los técnicos que hace falta otro droide sonda.

—No. Quiero salir. Quiero cazar de verdad.

—Ahora mismo es demasiado peligroso.

—Bah —golpea el aire con la mano—. Esto no es una revuelta. Tenemos a los wookiees bajo control. Es una célula de insurgentes, una pequeña sombra cancerosa que se aferra a nuestra operación. No es más que un sangríptero. Solo tenemos que aplastarlo. No me pueden hacer daño.

—Han estado atacando objetivos vitales y usted es lo más vital que tenemos.

Con eso no discute. Es amo y señor de este planeta. El Imperio le ha abandonado. Es *Gran Moff* solo de nombre. En realidad, es un señor de la guerra. Es un emperador. No…

Es un *dios*.

Un planeta entero y sus animales están a su merced. Un poder glorioso.

Durante mucho tiempo odió este planeta, pero ahora forma parte de él. Tiene su polvo debajo de las uñas. Huele igual que el planeta, y ese hedor le gusta. Hace semanas que no se baña, incluso ha empezado a comerse enteras y crudas esas larvas wrosha, unos gusanos gordos cuya piel se desprende al morderlos; entonces sus visceras salen de sus cuerpos gomosos y se deslizan por la lengua. Le gustaría tener unos cuantos ahora mismo, a pesar de que ha comido no hace mucho.

Se eructa en la mano. Inclina la cabeza hacia atrás.

—No me voy a acobardar, Odair. Voy a dar caza a esos perros yo mismo. Ya hemos capturado uno de ellos. Quizá podamos utilizarlo como cebo. Tráigame el rifle…

—Hay algo más, Gobernador.

—Suéltelo ya.

—Tenemos un visitante.

—¿Quién?

—Es imperial. Del equipo de la Almirante Sloane.

Se sienta recto. Quizá finalmente se han acordado de él. Quizá esperan incluirlo a él y a su planeta en su Imperio.

Se queda pensando un momento. ¿Quiere unirse a ellos? ¿Le preocupan sus regalos simbólicos, como migajas que le echan en la boca? Esperan de él que sea cortés, pero lo han abandonado aquí. Le va mejor por sí solo.

Será mejor que le haga esperar. Además, el Comandante Sardo lleva un tiempo pidiéndole una reunión. Hará eso primero. Así el lacayo de Sloane tendrá tiempo suficiente para empaparse de arrepentimiento. Más tarde se encontrará con el emisario, y entonces le enviará un regalo a Sloane: su cabeza en un cofre.

Los wookiees construyeron muchas de sus ciudades en los gigantescos árboles wroshyr. Sus troncos tienen un diámetro inimaginable. Se podría tardar medio día en recorrer la base. Estos árboles se entrelazan entre ellos como si estuvieran congelados en medio de

una danza frenética y las ramas de los wroshyr compitieran por llegar a la atmósfera antes que las demás.

Cada uno de estos árboles siempre está en busca del sol. Un sol que está escondido detrás de nubes negras y cenizas. Los rayos de luz atraviesan la oscuridad, pero la luz sigue siendo pálida y escasa. Una luz insustancial, que no proporciona calidez y apenas ilumina.

Lo que sí permite ver es que la ciudad wookiee de Awrathakka está en ruinas. Antaño, la ciudad se extendía hasta lo alto del árbol, como muchas de sus ciudades. Seguía las curvas y giros del tronco. La vida de los wookiees estaba unida a la del árbol; ellos lo cuidaban y, a cambio, él les daba cobijo y alimento. Permitía su existencia. La simbiosis era un vínculo biológico a la vez que sagrado. Pero ahora, buena parte de la ciudad se ha desprendido de la corteza. Quedan piezas colgantes. En algunos puntos la madera está quemada, al igual que muchas de las estructuras que estaban unidas al árbol, que emergían de él. El vínculo se ha roto.

En su día fue una ciudad de jardines. Ahora es una ciudad de fantasmas.

Sin embargo, los wookiees que vivían aquí no están lejos.

Muy abajo, atravesando varias capas de neblina, se encuentra el Asentamiento Imperial de Trabajo n°121, alias Campamento Sardo, por el hombre que dirige el asentamiento, el Comandante Theodane Sardo. Es uno de los muchos asentamientos que hay en la superficie de Kashyyyk. Todos ellos están construidos en el suelo, ya que a los imperiales no les gusta tener que desplazarse por la topografía confusa de los wroshyrs.

Campamento Sardo es el asentamiento más grande. Aquí viven más de cincuenta mil wookiees. Trabajan en ocupaciones diversas. Excavan las raíces del árbol, que son más blandas que el tronco y por lo tanto es más fácil utilizar la madera. También recolectan los nodos de hongos que se crean en las raíces, atraídos por los depósitos minerales que ahí se forman.

Una vez un nodo está maduro, el hongo se puede extraer; dentro hay wroshita, un cristal durísimo de color acero. Sirve para apuntar con armas de rayos. Y vale un dineral en el mercado negro.

Los wookiees también cultivan comida. Luchan entre ellos como diversión para los imperiales. Se les obliga a aparearse. Se les somete a distintas pruebas médicas y químicas.

Y no se rebelan. No se resisten. Porque si lo hacen, los chips que llevan implantados en la cabeza acabarán con ellos. O quizá acabarán con sus familias. Esto es un truco ideado por el Imperio al cabo de mucho tiempo. Un wookiee lucha bastante por sí mismo, pero se rigen por linajes, y la familia lo es todo. Si tienes un wookiee implacable y despiadado entre manos, basta con amenazar al resto de su clan para poder hacer con él lo que quieras.

Sin embargo, de vez en cuando los wookiees mueren de hambre y de agotamiento. Cuando esto ocurre, se los arroja a una zanja y se los quema. Sardo trae un nuevo wookiee por cada uno que cae.

—La productividad lo es todo —dice Sardo a través del holograma. Tolruck gruñe. Ese hombre es un adulador, lo cual está bien; Tolruck necesita gente como Sardo, gente dispuesta a hacer reverencias, obedecer y lamer la bota. De todos modos, es algo desagradable de ver. A pesar de que Sardo está a mucha distancia de ahí, en su campamento (Lozen Tolruck nunca le invitaría a su fortaleza en la isla), su sumisión se hace evidente—. Puede que el Imperio nos haya abandonado, pero usted sigue aquí. Y en su nombre buscamos aumentar los beneficios. He estado pensando en nuevos modos de utilizar a los wookiees…

Sardo sigue hablando, explicando que el Imperio ha dejado de exportar wookiees. Antes los sacaban del planeta a millares para llevarlos a trabajar. Al fin y al cabo, fueron los wookiees los que ayudaron a construir buena parte de la maquinaria de guerra imperial.

—Pero ahora que esto se ha dejado de hacer —explica Sardo—, los programas de procreación han empezado a dar problemas. Tenemos exceso de mano de obra. ¿Qué podemos hacer? —esta es la cuestión a la que le da vueltas Sardo ahora mismo—. ¿Podríamos utilizar su carne? Actualmente es dura y fibrosa, pero quizá podríamos engordarlos o modificarlos de algún modo, quizá podríamos cruzarlos con alguna otra especie, como los talz —a Tolruck no le desagrada esta idea. Los talz están deliciosos.

Justo entonces el holograma de Sardo parpadea.

—¿Qué ocurre? —pregunta Tolruck.

—Yo… hemos perdido una torreta. En los árboles —explica Sardo. Tolruck resopla. ¿Qué hay en los árboles por encima de Sardo? Observa el mapa de la pared. Una vieja ciudad wookiee, ¿no? Awrathakka. Mmh—. Probablemente no sea nada.

Eso mismo. Probablemente no sea nada.

—Compruébelo de todos modos —ordena Tolruck—. No sea perezoso, Comandante. Controle su entorno. No me decepcione.

Sardo asiente intensamente.

—Lo haré. Por supuesto. Gracias, señor.

Tolruck le hace un gesto con la cabeza y cierra la comunicación holográfica. Suspira. Mira a Odair:

—Supongo que es hora de que veamos qué quiere de mí el idiota que ha enviado Sloane.

En la ciudad fantasma de Awrathakka, una nave desciende para aterrizar a la sombra de una torreta inutilizada.

Es una cañonera SS-54, o, mejor dicho, un carguero ligero. Designación: *Halo*.

Lozen tarda un tiempo en recorrer la fortaleza. Pasa por delante de wookiees peludos y droides corroídos. Muchos de ellos trabajan cortando gruesos tablones de madera de wroshyr para reforzar la fortaleza. Esa madera es casi sobrenatural en términos de la protección que ofrece. No se quema. Puede recibir el impacto de un turboláser sin sufrir demasiados daños: solo le saltan unas astillas y se chamusca un poco. Evidentemente, eso significa que para cortarla hacen falta sierras con dientes de protones, y a veces incluso se rompen por la resistencia de la madera. A más de un wookiee le ha caído encima una nuez tongo y le ha partido la cabeza en dos.

Los wookiees no le miran cuando pasa. Se les ha entrenado para que no le miren con su rostro animal. Y los chips inhibidores que llevan en la parte trasera del cráneo aseguran que cualquier infracción acabe con varios niveles de desgracia, culminados por la parálisis y luego la muerte.

Pisa charcos, baja de un nivel a otro, de unas escaleras a otras. Pasa por una pasarela de madera, por una plancha de metal y por un barracón en el que un grupo de soldados de asalto forestales preparan sus rifles bláster para hacer prácticas de tiro.

El aire huele a ceniza, a pelo quemado. Por encima de ellos, las nubes se retuercen en el cielo, grises y muertas como pulmones enfermos.

Ahí está, esperándole junto a las escaleras de metal oxidado: el visitante. Con la clásica rigidez imperial. Mentón alto, nariz baja, manos a la espalda. El uniforme lleva una insignia naval. Solo es un teniente, un hombre de poca importancia.

El teniente le ofrece una sonrisa lánguida que hace subir un bigote demasiado cuidado para un lugar tan embrutecido como este. Lozen lleva la barba descuidada, como una especie de arbusto que le invade las mejillas. Incluso el rostro de Odair está cubierto con pelo oscuro. Hombres salvajes en un planeta salvaje.

El imperial le saluda, y entonces le ofrece la mano.

—Teniente Jorrin Turnbull —se presenta.

Lozen no le da la mano ni le hace ningún tipo de distinción. Hace poco más que fruncir el ceño.

—Tengo entendido que le envía Sloane.

—Eso es correcto, señor.

—¿Para qué?

—Ha oído que tiene, eh… problemas.

—Y el Imperio quiere ayudar.

—Todos somos el Imperio, señor.

—¿En serio? —gruñe Lozen, y entonces se acerca al teniente. Odair también se les acerca. Está tenso como la cuerda de un arco, listo para lo que haga falta. El señor de la guerra se acerca a la cara del teniente y le enseña los dientes. El teniente es pequeño y Lozen es grande. Ha aumentado de tamaño en los últimos años. Ha ganado tanto músculo como grasa. Tiene la barba poblada, pero el pelo está peinado hacia atrás como una mata aplastada. Es todo lo opuesto a este hombre alto y delgado—. Nos han abandonado. Ya no recibimos suministros. Estamos acumulando cada vez más esclavos y nadie nos los

quita de las manos. En breve tendremos que detener las líneas de reproducción. No ha habido cambio de guardia, no hemos pasado el relevo de nuestras naves, nuestros vehículos, nuestros oficiales. Es como si nos hubieran olvidado. Pero nosotros recordamos. Y sobrevivimos.

El teniente se ha puesto nervioso, y hace bien. Antes de que acabe el día, podría estar muerto.

—La Gran Almirante Sloane le pide perdón al respecto. Como seguramente sabe, el Imperio se ha fracturado desde la muerte del Emperador…

—El Emperador sigue vivo —replica Lozen. Es mentira, él sabe que es mentira. No obstante, él propaga dicha mentira entre sus hombres. La historia que les cuenta es sencilla, porque lo sencillo es efectivo: al Emperador le han arrebatado el Imperio, y un día él lo reclamará. Hasta entonces, están solos. Así los soldados tienen un futuro. Les da una finalidad. Huele a victoria.

—Sí. Por supuesto —responde el teniente, como si le creyera. Sabe que la soga se está cerrando en su cuello—. Sea como sea, Sloane le tiende su mano. Hay unos terroristas que les amenazan, ¿verdad?

Lozen entrecierra los ojos.

—Sí.

—Sabemos quiénes son. Bueno, eso creemos. Vinieron a este planeta con unos códigos robados de un fabricante de cárceles imperial.

—Golas Aram.

—Correcto.

—Nunca hay que fiarse de un siniteeno. Un cerebro tan grande contiene un sinfín de posibilidades de traición.

—Esto es cierto en este caso. Los terroristas llegaron con estos códigos, alegando órdenes de la Almirante Sloane.

Lozen se inclina hacia él.

—¿Quiénes son?

—Cazadores de imperiales enviados por la Nueva República, liderados por un conocido malhechor: el criminal Han Solo. Ahora es un general en sus filas.

Lozen asiente con la cabeza. Tiene sentido.

—Interesante. El que tenemos prisionero no ha hablado. Por mucho dolor que le inflingimos, sus sucios labios rebeldes no sueltan ni una palabra.

—¿Todavía lo tienen? ¿El prisionero sigue vivo?

El gobernador resopla.

—Está vivo —levanta un dedo y lo arquea en el aire—. Tráigame al cautivo, Odair.

Su adjunto se va y vuelve al cabo de poco tiempo con una pequeña jaula elevada sobre paneles gravitacionales. Odair la hace avanzar con la rodilla. La jaula es demasiado pequeña para un humano. Es una jaula de hierro pensada para una de las stregas de Lozen. Las stregas son unas aves de caza de pico romo, grandes como perros. Son muy

buenas cazadoras y se pueden entrenar… con la motivación adecuada. Pero en esta jaula no hay ninguna ave: hay un hombre.

El hombre parece que pertenezca aquí. Tiene los ojos salvajes como los bosques de este planeta. Es delgaducho y primitivo, como un perro sin domesticar.

El teniente imperial se agacha para examinarlo. Su rostro se pone rígido.

—Le falta un ojo.

—Se lo quitamos pensando que así empezaría a hablar —Lozen hace un ruido con el cuello al hacer subir mucosidades a la boca—. Pero no ha hablado —escupe las mucosidades al suelo.

—De acuerdo. Tienen sus métodos. Me iría bien hacer una visita a sus…

Justo entonces, alguien le entrega algo a Odair: una holopantalla.

Odair mira al teniente imperial, después a la pantalla y de nuevo a Lozen.

—Gobernador, debería ver esto.

Odair se le acerca y le entrega la holopantalla.

En la pantalla aparecen una serie de carteles de SE BUSCA. Comprende que es el equipo de cazadores de imperiales que les están haciendo la vida imposible. Ve al hombre que tiene encerrado en la jaula. Parece un comando. Se llama Jom Barell.

La cuestión es que reconoce otra cara. La de Sinjir Rath Velus.

Es la cara del imperial que tiene delante. Claro que se ha esforzado por cambiar un poco su aspecto: tiene el pelo un poco más largo y se ha dejado un bigotito por encima del labio.

Pero no hay duda alguna: ese no es Jorrin Turnbull, si es que existe alguien llamado así. Es un intruso. Es una presa.

A Lozen se le enciende la sangre. Qué giro más maravilloso. Este hombre creía que podía dar caza al gobernador, pero ahora es el pobre insensato quien ha caído en una trampa. Y lo nota. Algunas presas son demasiado estúpidas… pero las mejores presas, las que quieres cazar por el desafío que suponen, pueden notar los cambios en el viento cuando hay un depredador cerca.

El hombre se tensa. Su mirada empieza a buscar algo. Un arma. Una salida. Cualquier cosa que le ofrezca una ventaja.

Pero es demasiado lento.

Lozen tiene un cuchillo en la mano: un kishakk. Es un arma wookiee; el nombre significa algo así como «espinas de zarza». Estas bestias lo usan para comer, para abrir las cáscaras de varios crustáceos e insectos.

Pero a Lozen le encantan porque son elegantes y muy equilibradas. Tan equilibradas…

Lozen le lanza el cuchillo. El traidor se vuelve para huir, pero el cuchillo se le clava en la parte de atrás de la pantorrilla, dejándolo cojo. La presa, Sinjir no-sé-qué, cae hacia al suelo. Se protege de la caída con las manos abiertas, y gruñe como un dyr herido.

—Tráigamelo —le ordena Lozen a Odair.

Su adjunto le obedece.

En el aire resuena el crepitar de huesos quemados. Jas está preparando su rifle y colocando el visor. Detrás tiene a uno de sus compañeros de equipo, Greybok, el wookiee de un solo brazo. Greybok chuta algo, que pasa rodando junto a ella.

Un juguete infantil, un saurio de madera con ruedas en lugar de patas. Al pasar rodando, va abriendo y cerrando la mandíbula.

Jas se pregunta cuándo fue la última vez que una cría de wookiee jugó con él. Esa cría ya habrá crecido. O estará muerto.

Una sombra se alza sobre ella. Es Chewbacca, que observa a través de la neblina. Levanta la mirada, entre triste y temeroso. Emite un rugido suave.

Han Solo se agacha a su lado.

—Tienes que estar atenta.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Jas.

—Será mejor que no lo sepas.

Jas enrosca el módulo de visión termal en un lado de la mira.

—Soy toda una mujer. Puedo con ello.

—Ha dicho que vayas con cuidado con las arañas.

—Las arañas no me dan miedo —entonces piensa: «A quien le dan miedo es a Sinjir». Incluso una raquítica araña doméstica cruzando la sala de estar hace que se quede congelado, rezándole a cien dioses en los que no cree. Entonces se da cuenta de que echa de menos a Sinjir.

Solo se le acerca.

—Las arañas no te dan miedo porque las arañas no suelen ser más grandes que tu mano. Pero las arañas de aquí, las tejedoras… son grandes como tú y como yo.

—Eso es terrorífico.

—Lo que es terrorífico es lo que te hacen.

Jas parpadea.

—Tienes razón. Será mejor que no lo sepa.

—Los wookiees se las comen. Chewie dice que son… bueno… correosas.

Chewie emito un alarido afirmativo.

Jas mira por encima de su hombro, como si esperara ver aparecer un insecto gigantesco, pero lo único que ve es la *Halo* y el equipo con el que han venido: un repertorio variopinto de refugiados wookiees endurecidos por la batalla, además de un hatajo de contrabandistas.

Entre ellos hay dos amigos de Greybok: Hatchet y Palabar. Palabar es quien les ha ayudado a preparar este plan. El quarren no sirve de nada en combate. Ante la menor amenaza se queda temblando en un rincón, rezando. Pero sabe mucho de tecnología y es muy astuto cuando consigue superar el miedo.

El equipo sigue con su plan. Están clavando pernos enormes en la madera utilizando neumomartillos. La madera es resistente, pero los wookiees saben cuáles son los puntos

más blandos. Una vez estén instalados, empezarán a instalar los cables de salto. Todo funciona según lo planeado.

Vuelve a pensar en Sinjir… y en Jom. De repente se siente inquieta. Pero no hay tiempo para distracciones. Cada uno tiene que hacer su parte.

Y ella también.

Jas se coloca el visor junto al ojo. Es cómodo. Siempre que está junto a un arma, se siente cómoda. Probablemente eso no diga mucho sobre ella, pero le da igual.

Han Solo le activa el visor termal.

—Gracias —dice Jas.

De repente, la neblina mortecina se llena de contornos y colores.

Ahí abajo, lo ve: el Campamento Sardo. Aparece una forma enorme en el visor: un andador AT-AT recorriendo el perímetro. Desde aquí arriba, Jas ni siquiera nota la vibración que provocan sus pasos. Eso da una idea de la altura a la que están.

Ve una gran masa de color perteneciente a seres vivos: wookiees, soldados de asalto forestales y los oficiales del régimen maligno de Lozen Tolruck.

—¿Lo ves? —pregunta Solo.

—Todavía no.

—A ver, dame el rifle.

—Lo tengo yo —susurra Jas—. Paciencia, Solo.

Le hace un gesto con la mano.

—Vale, vale. Pero esfuérzate un poco, ¿de acuerdo? —entonces mira a Chewie—. ¿Cómo va la cosa, Chewie?

Chewbacca responde con un murmullo.

—El inhibidor de frecuencia sigue funcionando —dice Solo—. Pero podría caer en cualquier momento. Venga, Emari. Encuentra el maldito…

—Lo tengo —anuncia Jas.

El generador de escudos emite su propia señal de calor, y es una de las estructuras más altas del Campamento Sardo. Es una torre dodecaédrica que se alza sobre cuatro postes de acero. Controla el campo de energía que rodea el campamento. Los imperiales pueden atravesar el campo sin problemas, pero cualquier chip que lo atraviese detonará al instante. Es decir, que si un wookiee pasa a través del campo… *bum*. Desgraciadamente, es un mecanismo totalmente distinto del inhibidor.

Lo que significa que tienen que desactivarlos por separado.

Pero tampoco pueden hacerlo demasiado pronto. Si desactivan el escudo antes de tiempo se dispararán todas las alarmas. Y pondrán el plan en peligro.

—Espero que tus dos compañeros lo tengan todo controlado —gruñe Solo.

—Sinjir lo tiene controlado.

—El comando, tu novio… no se suponía que tenían que capturarlo.

Jas vacila. «Espero que esté bien».

—Nos salvó el pellejo y nos permitió salir indemnes de esa emboscada. Espero que aprecies lo que hizo.

—Sí, sí —Han Solo se mueve con impaciencia—. Y ese proyectil explosivo tuyo… ¿bastará para hacer que se derrumbe esa cosa? ¿Estás segura?

—Sí, bastará —replica apretando los dientes.

—Cuanto más tiempo pasamos aquí, más peligro corremos.

Jas le clava la mirada.

—Tienes que confiar en nosotros.

—Sí, sí, relájate. Confío en Sinjir. Solo es que estoy nervioso. Y… confío en ti. Sé que acertarás cuando la frecuencia esté desactivada.

—¿Yo? —se burla Jas—. Pensaba que aquí el Señor Tirador eras tú. El sinvergüenza acompañado por la Fuerza.

—Mira, ¿qué te parece si hacemos esto? Le decimos a todo el mundo que yo soy mejor con el bláster y tú con el rifle. Así es un empate.

Jas asiente con la cabeza.

—Me parece justo.

Después de todo, Han Solo le gusta. A pesar de su impaciencia infantil. Está a medio camino entre un canalla con labia y un zoquete absoluto, pero al final hay algo en él que es genuinamente bueno. Le gustaría pensar que él ve lo mismo en ella.

—Muy bien —dice Solo—. Prepárate, por si tenemos…

La neblina que los rodea se ilumina con un disparo de láser que atraviesa el aire.

—… Compañía —cuando acaba la frase se da media vuelta con el bláster ya en la mano. Le grita a Jas—. Quédate aquí con Chewie. ¡Prepárate para el disparo! ¡Nosotros nos encargamos de ellos!

A sus espaldas, a través de la neblina empiezan a aparecer soldados de asalto forestales con armadura de camuflaje. Por arriba y por abajo. El aire se ilumina con el intercambio de disparos. Jas se hace pequeña, tumbado sobre la plataforma de madera, concentrándose en no morir.

Jom Barell está en su jaula, con un solo ojo. Y los hombres responsables están ahí fuera ahora mismo, a punto de matar a Sinjir Rath Velus.

Al principio no ha reconocido a su compañero de equipo. Claro que no le ayudaba el hecho de faltarle un ojo. Pero el caso es que Sinjir se ha fundido con el papel de burócrata necesitado. Tolruck se lo ha creído. Ese eximperial es bueno en su trabajo.

A Jom Barell le gusta la gente que es buena en su trabajo.

Ahora mismo, sin embargo, Sinjir está a punto de ser vapuleado por el secuaz de Lozen Tolruck, Odair. Jom golpea los barrotes de la jaula, gruñendo como un animal. Su voz es como el sonido de dos piedras frotándose entre ellas.

—¡Levántate! ¡Levántate, Rath Velus, maldito saco de carne!

Odair se abalanza sobre él…

Sinjir es rápido en reaccionar. Rueda sobre sí mismo y logra darle una patada con la pierna buena. Odair no se lo esperaba; la patada hace que pierda el equilibrio y cae al suelo.

Se acerca más gente, hombres de Tolruck con barro en la cara y callos en las manos, y mujeres con miradas maliciosas y sed de violencia. A veces hay peleas en la fortaleza. A veces incluso hacen pelear a Jom, normalmente con una mano atada a la espalda porque incluso con un solo ojo puede derribar a sus atacantes. Están rodeados por la gente de Tolruck, que grita y ulula con los deseos atávicos de una especie primitiva.

Los dos hombres forcejean. Odair le golpea la clavícula con el codo, pero Sinjir se dobla hacia atrás y se saca el cuchillo de la pierna. Empieza a caerle un hilo de sangre por la pierna cuando tiene el cuchillo en la mano. Es una oportunidad, y Odair la aprovecha. Le lanza un puñetazo a la barriga. Le golpea una y otra vez como un martillo. *Bam, bam, bam*.

Sigue así un rato. Los dos hombres golpean sin parar.

El cuchillo va cambiando de manos, pero no logra causar más sangre. Tolruck los observa, divertido, mientras se monda los dientes con una uña partida. Jom observa a Tolruck y piensa: «En cuanto salga de aquí eres hombre muerto, Tolruck». Ha soñado con vengarse de él sacándole el ojo.

Cuando lo capturaron, el equipo estaba utilizando la misma estrategia en dos fases que empezaron ese día en la estación de mando al otro lado de Kashyyyk. Jom y su equipo de tierra se encargaban del reconocimiento por tierra. En este caso, intentando hacerse con el control de una plataforma de lanzaderas para conseguir una nave imperial con la que pudieran llegar con seguridad a la isla de Tolruck. Pero les tendieron una emboscada. Parece ser que han utilizado el mismo truco demasiadas veces y se confiaron. Los imperiales locales también. Los wookiees del equipo de Jom escaparon, pero él no tuvo tanta suerte. Lo capturaron y lo trajeron aquí.

Y aquí es donde le sacaron el ojo.

De repente, Tolruck empieza a aplaudir. Jom ve que finalmente Odair está detrás de Sinjir, aferrándole la garganta con el brazo.

Jom abre mucho los ojos y mueve la lengua. «Venga. Machácalos. Lucha. ¡Lucha!»

A Sinjir se le cae el cuchillo de la mano.

Y así termina todo.

El público vitorea. Jom golpea la jaula. Su única posibilidad de liberación se ha desvanecido. No tendrían que haber enviado a Sinjir.

Odair escupe un par de dientes, y entonces arrastra el cuerpo del eximperial por el talón. Resoplando, dice:

—Aquí lo tiene, Gobernador.

Sinjir rueda sobre sí mismo. Jom hace una mueca. El eximperial está cubierto de sangre y moratones. Tiene la cara hinchada como un globo. Es posible que tenga la nariz rota y tiene sangre acumulada en el bigote.

Sinjir se lame el labio.

—Estaré bien en unos momentos. Entonces podemos empezar… —hace una mueca y gruñe de dolor— …con el segundo asalto.

Tolruck se alza sobre él, rascándose la barriga.

—¿Por qué has venido aquí? Al corazón de todo esto, a mi guarida. ¿Acaso crees que yo soy una presa?

—En absoluto. Solo he venido a pedir una tacita de azúcar, cariño.

—Has venido a buscar a tu amigo, entonces, el hombre de un solo ojo.

—No, eso tampoco. De hecho, he venido a por tu… —aquí se pone a toser con tanta fuerza que parece que se vaya a partir una costilla— tu módulo de control.

En el interior de Jom se ilumina un faro de esperanza.

Al oírlo, Tolruck se echa a reír. El módulo de control es lo que utilizan para programar y controlar los chips que lleva cada wookiee. Controla literalmente cientos de miles de chips. Jom lo ha visto. Es tecnología antigua, prácticamente de la época de las Guerras Clon. Es posible que Tolruck apenas sepa cómo funciona.

—Idiota. Nunca tendría que haber dejado que te acercases, independientemente de quién dijeras ser. El módulo de control solo lo controlo yo.

—Sin embargo… —tose más— no es así.

Tolruck frunce el ceño.

—Eres un pobre hombre delirando.

—Probablemente. Pero no sobre esto, me temo —Sinjir se incorpora y queda sentado. Tiene un ojo sellado debajo de un morado enorme—. Verás, me habéis registrado al entrar por si llevaba armas, pero no me habéis mirado las botas. Llevo una antena transceptora de hiperondas en el talón. Y siento decirte que es del tipo transmisor. Totalmente inalámbrica. Se trata de un viejo error de seguridad que sigue sin corregirse por todo el Imperio. Sé lo que digo.

—Tú… no serás… no puedes…

—No tenía que estar en la consola para piratearla, solo necesitaba estar cerca. Y claro, también necesitaba tiempo para que funcionara el pirateo remoto. Y creo que me habéis dado suficiente tiempo… justo… ahora.

El panel de datos de la mano izquierda de Tolruck empieza a parpadear en rojo.

La alarma.

Ahora es Jom el que se echa a reír. Golpea la jaula con los talones, riendo como un loco.

Tolruck le grita a Odair:

—Matad al intruso. ¡Matadlo!

Un láser atraviesa el aire y Jas oye que impacta sobre alguien a su lado. *¡Bzzt!* Uno de los wookiees, Harrgun, se cae de la plataforma. Su cuerpo se pierde en la neblina, azotado por esas ramas descomunales.

Cada centímetro de Jas quiere levantarse y luchar contra los soldados. Están absolutamente rodeados por todas partes. Tienen soldados por detrás, y por los alrededores vuela un TIPA, un transporte imperial de poca altitud, y los soldados van descargando ráfagas desde su interior. Cuando vuelven a pasar por ahí, Chewie apunta con su ballesta wookiee. El aire chisporrotea cuando le impacta a uno de los soldados de asalto forestales justo en el visor. El visor se parte en mil pedazos y el soldado cae del transporte, volando por los aires y uniéndose a Harrgun en la muerte.

Pero Jas no se puede levantar. Tiene su objetivo fijado. Lo único que necesita es…

Chewie ruge. La frecuencia del inhibidor ha caído. Los chips han quedado desactivados en todo el planeta. La revuelta empieza aquí y ahora, cuando ella presione el gatillo. El dedo tira del gatillo y el lanzaproyectiles le golpea el hombro con el retroceso.

Bang.

Sobre el Campamento Sardo se produce una explosión estruendosa. Llueven ráfagas de fuego y los restos del generador de escudos golpean el suelo, atrapando a varios soldados al caer. Arde el metal. Se levanta una humareda. En la vieja Awrathakka, la neblina se llena de lo que parecen relámpagos rojos.

El escudo ha caído.

A su alrededor, los wookiees se suben a las torres, trepan a los edificios, se lanzan sobre los soldados. Tres de ellos rugen estruendosamente cuando arrancan una torreta de su anclaje. Cerca de ahí, dos wookiees agarran a uno de los soldados de asalto forestales. Cada uno de ellos lo agarra de una extremidad, y lo retuercen. Su cuerpo describe unas espirales imposibles, y su espina dorsal se parte.

Los wookiees rugen, mostrando los dientes y agitando los brazos en el aire. Se escuchan gritos humanos. A lo lejos, algo explota. Hay fuego en el aire. Las bestias ululan.

Son libres. A través de la neblina, el fuego brota como una flor en primavera cuando cae el generador de escudos. Alrededor de Jas, los wookiees rugen y levantan los brazos y las armas en señal de triunfo. Un pequeño momento de triunfo antes de que empiece la siguiente fase.

Han Solo ya está preparando uno de los cables. Le lanza un cable de sujeción a Chewie, que se lo pasa por la cintura y lo acopla a su cinturón.

—¿Estás bien? —le pregunta Han a Jas, agachándose cuando un rayo láser atraviesa el aire por detrás de su cabeza. Con un gruñido, devuelve el disparo. Un soldado grita al otro lado de la neblina y Jas ve caer un cuerpo.

—Estoy bien.

—Ya casi estamos —dice Han, poniéndole la mano en el hombro—. Te veo cuando todo esto termine, Emari.

—Un placer trabajar contigo, Solo.

Han se vuelve hacia Chewie:

—Venga, compañero. Vamos a robar un andador imperial.

Entonces Han Solo y Chewbacca cogen carrerilla y saltan de la plataforma.

¡Vzzzzzz!

Las dos figuras desaparecen por el borde.

Y después les siguen el resto de wookiees. Uno a uno van saltando por el borde de la plataforma, con brazos y piernas extendidos, atravesando la neblina hacia el infame Campamento Sardo. Los cables los siguen como cordones umbilicales.

Jas se queda con su pequeño equipo: Greybok, Hatchet y Palabar, tres exprisioneros de Sevarcos que se unieron a la misión de Han Solo por casualidad. Hatchet dice que él no quería estar aquí, todo el rato dice cosas como: «Yo quería huir de un planeta-cárcel, pero no para irme de vacaciones a otro». Pero cuando lo hace, Greybok lo hace callar agitando violentamente su único brazo. Palabar probablemente solo se estremece, se cubre la cara con las manos y mira a través de los dedos.

Son los residuos de este equipo. Suerte que a Jas le gustan los residuos.

Los tres le hacen señales para que vuelva a la *Halo*. Un par de soldados de asalto forestales aparecen por una larga rampa en espiral. Uno está al lado de ella. Jas le propina un golpe fuerte con la culata que le hace girar el casco.

El otro recibe un disparo a quemarropa en el pecho, que le parte la armadura en dos. El soldado cae, con el pecho humeante.

Hatchet le hace un gesto para que entre en la *Halo*.

—Todo esto va demasiado bien —dice Hatchet—. La balanza se inclinará hacia el otro lado, zabrak, ya lo verás. No puede ir bien siempre.

—Cállate y encárgate de la artillería —le replica Jas mientras entra en la *Halo*. No tarda en sentarse a los mandos. La nave se pone en marcha con un estruendo y se eleva por los aires. Es hora de ir a rescatar a sus amigos.

Las cosas se suceden como un corazón acelerado. Sinjir siente náuseas cuando el hombre le agarra el cuello con las manos. El adjunto de Tolruck lo mira con ojos inyectados en sangre y una sonrisa perversa en el rostro, como un charco de petróleo que se incendia. Sinjir intenta golpearle con la mano, infructuosamente. Entonces tantea el suelo con los dedos buscando el cuchillo. Sabe que no puede estar demasiado lejos.

Ahí. Ya lo tiene. Sus dedos recorren la base de la empuñadura. Se le empieza a oscurecer la visión. Sinjir intenta acercarse el cuchillo, un poco más…

Ha calculado mal. El cuchillo se le escapa. La oscuridad se abalanza sobre él.

«La muerte», piensa. Es el espectro del fin que viene a llevárselo.

Tiene parte de razón. Es la muerte, en efecto. Pero no ha venido a por él.

Uno de los wookiees golpea la cabeza de Odair con el lateral plano de una sierra circular. *Bam*. Odair grita y se desploma a un lado. El wookiee se pone encima de Odair,

lanza la sierra a un lado y lo agarra por los brazos. El esclavo liberado empieza a tirar, tirar, tirar… Odair grita. Entonces se oye un ruido como de ramas partiéndose. Es un sonido que no consigue perturbar a Sinjir, porque lo conoce demasiado bien. Los sonidos del dolor fueron en su día música para él.

Pero ahora no tiene tiempo para pensar en ello. Ahora es tiempo de moverse.

Se pone a gatear, percibiendo el caos a su alrededor: llega una andanada de soldados de asalto disparando sus blásteres.

Pero ahora que los wookiees están libres no se amilanan fácilmente. Gruñen y rugen y se lanzan sobre las tropas de Tolruck. Un soldado pasa volando por encima de la cabeza de Sinjir, agitando los brazos, hasta que se estrella contra la pared con un crujido seco.

La mano de Sinjir encuentra el cuchillo, y finalmente se pone en pie. Se tambalea. Siente como si todo su cuerpo hubiera recorrido el sistema gastrointestinal de un gundark. Entonces se acerca a la jaula de Jom.

Utiliza el cuchillo para forzar la cerradura.

Jom lo observa sin decir nada, con el pecho agitado.

Durante un momento la compasión se apodera de Sinjir. A Jom le falta un ojo, el izquierdo, y se lo sacaron de forma poco elegante. La cuenca es un hueco arrugado, un asterisco tosco de carne mal cosida. Al menos no tiene indicios de infección. Ya es algo.

La cerradura se abre. La puerta de la jaula golpea el suelo.

Barell gruñe.

—No me siento muy bien.

—Tampoco tienes muy buen aspecto. Ya sabes lo que quiero decir —Sinjir le guiña un ojo y se señala el otro.

—¿Estás borracho?

—Desgraciadamente, no.

De repente, Jom siente como si algo hiciera *clic* dentro de su cabeza. Agarra a Sinjir del brazo y se lo lleva.

—Venga, Rath Velus, vamos a buscar a Tolruck. Voy a hacer que se trague ese cuchillo.

—No —replica Sinjir—. Tenemos que irnos, Jom. Jas viene a por nosotros. O debería. Si todo va según lo planeado…

El comando se acerca a Sinjir, mientras los rodea una descarga de violencia.

—Ese hombre… Me arrancó el ojo, Sinjir. Me lo sacó de la cara con un cuchillo mientras estaba… colgado como una turbina de viento, borracho de una especie de savia de árbol. Y entonces tiró mi ojo a una hoguera. Escuché cómo explotaba y chisporroteaba. Tiene que pagar por todos sus crímenes. Los que cometió contra mí. Los que cometió contra estos wookiees.

—Estás enfadado.

—Estoy mucho más que enfadado.

Sinjir mira a su alrededor. Tolruck no está por ahí. Ese gobernador loco ha huido. Sinjir sabe que Jom lo hará por mucho que él se oponga.

La cuestión es si él lo va a acompañar o no. Y, en realidad, no hay ninguna duda al respecto. Hay que pagar las deudas.

—Tolruck nos espera —dice Sinjir, sonriendo—. ¿Vamos?

Es como el estallido de un detonador termal gigantesco.

Por debajo de la *Halo* Jas ve que la libertad ha llegado a Kashyyyk. Los wookiees, liberados repentinamente del campo inhibidor que los sometía a los chips que llevan incrustados en la nuca, están enfurecidos. Trepan por las torres del Campamento Sardo, rasgan las tiendas, se lanzan sobre los andadores AT-ST, desequilibrándolos hasta hacerlos caer al suelo. Los soldados de asalto forestales huyen cuando los wookiees se apoderan de los blásteres, se colocan en las torretas y empiezan a abrumar a sus captores. Son diez veces más numerosos que los imperiales.

No será así en todas partes. Todavía no. Muchos de los asentamientos siguen protegidos por campos de supresión. Ahí los wookiees siguen encarcelados. Pero como los chips están desactivados, podrán hacerse con el control de las cárceles. Y no todos los wookiees están en asentamientos.

La revuelta ha empezado.

Greybok refunfuña.

Hatchet se acerca a Jas. Su rostro apergaminado de weequay está lleno de dudas.

—Dice que en este planeta ha habido revueltas antes, ¿sabes?

—Esta será la definitiva —responde Jas. O eso espera.

—Más les vale.

Palabar señala con el dedo. Cuando Jas hace bajar la *Halo* por encima de la batalla, disparando a los soldados que están instalando armamento en las torretas, ve la forma monumental del andador AT-AT. La parte superior de la carlinga está destrozada, y un wookiee conocido está lanzando por los aires a su conductor.

Chewie los saluda con la mano. Han Solo saluda a Jas mientras se introduce en la carlinga. Los refugiados, Kirratha y los demás, recorren el lomo del AT-AT como conquistadores.

La *Halo* surca el aire disparando sin parar.

Pronto el asentamiento del Campamento Sardo queda a popa. Jas vuela entre los árboles wroshyr. Delante de ellos, un par de transportes TIPA salen de la neblina y Hatchet los sorprende con una descarga de láseres rojos.

Le arranca el ala a uno de los transportes, que choca contra el segundo. Los dos caen haciendo tirabuzones por la neblina. A lo lejos, ven dos explosiones simultáneas.

Siguen adelante. Al cabo de poco, la neblina se disipa y aparece una de las costas de Kashyyyk. Un mar oscuro recorrido por las líneas blancas del oleaje. Más allá, a través del cristal de la *Halo* ven una isla rocosa. Es la fortaleza de Tolruck, una enorme monstruosidad de paredes de madera construida en la cúspide de un volcán extinguido.

—¿Los ablandamos un poco antes de aterrizar? —pregunta Hatchet.

Jas se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Dale caña.

Hatchet sonríe y dispara la artillería, desternillándose.

—Se ha acabado —farfulla Lozen Tolruck—. La cacería ha acabado.

El señor de la guerra está sentado en su trono, inclinado hacia delante. Tiene los dedos y los labios pegajosos, llenos de savia. Jom tiene el cuchillo de espinos en la mano y siente una urgencia tempestuosa en su interior. Sinjir lo detiene con un gesto suave.

—Espera —le dice.

—Sinjir…

—Vas a venir con nosotros —le dice Sinjir al gobernador.

—Sinjir…

—Esto es lo que hacemos, Jom, cazamos a los imperiales. Los capturamos y nos los llevamos. Va a venir con nosotros —presiona el pecho de Jom con la mano—. No somos asesinos.

Qué extraño que suena eso viniendo de él. Mmh.

Jom cierra el ojo bueno. El pecho se hincha y se deshincha. La respiración agitada de un hombre intentando contener su furia. Vuelve a abrir el ojo.

—Está bien. Lozen Tolruck, queda arrestado bajo la autoridad de la Nueva República.

—Da igual —responde Tolruck con burbujas en los labios. Los ojos recorren el espacio, pero no parece que se centren en nada—. Estamos todos muertos. Usted, y usted y todos los wookiees e incluso yo. Todos. Muertos.

—¿Qué? —pregunta Sinjir—. Expliqúese, gordo baboso.

—Si yo no puedo tener este planeta, nadie lo tendrá. Ni la Nueva República, ni los wookiees, y sin duda tampoco el Imperio.

El suelo tiembla.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Jom.

Otra explosión.

—Bombardeo orbital —explica Tolruck con una sonrisa chapucera. Dos palabras borrachas—. Aniquilación desde las estrellas. Más concretamente, de los destructores estelares. Ya he enviado el código. No puede sobrevivir nada.

Sinjir le susurra a Jom:

—Tenemos que movernos. Ahora.

—Pero él…

—Déjalo. Sé reconocer a un hombre acabado.

Jom lo acepta. Los dos abandonan los aposentos de Tolruck. La risa cotorreante del imperial los sigue a sus espaldas.

Un triunvirato de destructores estelares flota en el cielo gris, amenazando Kashyyyk como espadas de un verdugo invisible. Y descargan destrucción pura sobre el planeta, ganándose su nombre.

La destrucción va rodeada de los disparos inclementes y la luz aullante de las baterías de turboláseres. Sale también de las entrañas de las bestias en forma de bombas de propulsión. Es un método torpe y brutal, como matar un enjambre de avispas con un lanzallamas. Impreciso, sí, pero efectivo a la larga.

Jas sale por la puerta lateral de la *Halo* y se toma un momento para observar las naves. Están lejos de ahí, de momento. Jas ve cómo los destructores descargan fuego sobre el planeta con su armamento descomunal. El suelo tiembla ligeramente incluso aquí.

Las naves pronto llegarán hasta aquí.

Un disparo láser pasa a pocos centímetros de su cabeza e impacta en la nave. Esto la saca de su ensimismamiento. Han aterrizado con la *Hab* en plena fortaleza, encargándose de un par de lanzarrayos y de los soldados que los disparaban de camino a la zona de aterrizaje. Ahora que los soldados vienen a recibirlos con sus blásteres, lo único que pueden hacer es contener los enjambres de hombres de Tolruck, esperando a que aparezcan Sinjir y Jom.

Hatchet está a su lado con el cañón pesado de Jom, un BlasTech DSK equipado con cargas de Fuegodragón que pueden fundir el acero. El refugiado weequay no para de gritar, rociando a los soldados con fuego verde.

Una forma greñuda aparece por un lado. Es Greybok con un arma reluciente en su única mano. Jas reconoce la hoja inclinada de un ryyk, que recuerda a una guadaña. Lanza un grito de guerra en idioma shyriiwook y empieza a trocear soldados como si fueran papel, haciendo saltar trozos de armadura por los aires. Un casco cae al suelo, con la cabeza todavía dentro.

—¡Greybok se lo está pasando bien! —grita Hatchet por encima del estruendo.

—Limítate a buscar a los demás —le responde Jas.

«Venga, venga, ¿dónde estáis?», piensa Jas. A lo lejos, los tres destructores estelares empiezan a separarse. Probablemente cada uno tenga su propia trayectoria de bombardeo. Tardarán un tiempo en bombardear el mundo entero con tan solo tres naves, pero mientras causarán unos daños incomparables.

¿Y quién los detendrá? Una sensación muy incómoda se apodera de Jas: han logrado liberar el planeta, pero no habrá servido de nada si el resultado es que los destructores lo arrasan por completo.

—¡Ahí! —grita Hatchet, y empieza a lanzar fuego de cobertura mientras Sinjir y Jom salen corriendo por un arco de madera, seguidos de cerca por una masa de soldados de asalto forestales. Jas se lleva la mano al cinturón, saca un detonador, lo activa y lo lanza.

La esfera vuela por los aires, haciendo *bip bip*, y aterriza a los pies de los soldados.

«¡*Touché*!»… piensa.

El detonador estalla con una descarga de fuego que hace volar soldados por los aires. La onda expansiva llega muy cerca de Sinjir y Jom, y casi pierden el equilibrio. Se tambalean un poco, pero siguen corriendo hacia delante. Cuando llegan a la *Halo*, Jas los ayuda a subir.

—Hola, cariño, ya estoy en casa —dice Sinjir, guiñándole el ojo—. He encontrado a este pobre huérfano, y he pensado que podríamos adoptarlo.

—Emari —murmura Jom, asintiendo con la cabeza.

—Tu ojo —responde Jas. No… no está. Le recorre la mejilla con la mano, acariciando los puntos toscos con los dedos.

—Y tú que pensabas que no podría estar más guapo. He vuelto a demostrar que te equivocabas —se inclina sobre ella y le da un beso rápido—. Vamos a salir volando de aquí antes de que esos destructores estelares acaben con nosotros, ¿no?

Tolruck está sentado en su trono, riendo sin motivo. Apenas se da cuenta de la forma que se alza delante de él. Se concentra para enfocar sus ojos nublados.

Ah, un wookiee.

Conoce a este ejemplar. Sujeto 6391-A, designación: Dientefuerte. Hembra. Una vez intentó abrirse los grilletes a mordiscos y se rompió casi todos los dientes. Aprendió a las malas que fugarse no era una opción. Desde entonces, ha sido una de las bestias más dóciles de la fortaleza de Tolruck. La utiliza para tareas más delicadas: jardinería, limpieza, montaje de tiendas. Siempre la tiene cerca y nunca levanta la mirada hacia él. Dientefuerte es muy respetuosa. Muy respetuosa.

Se le acerca y lo agarra del cuello con las manos.

¡Grrk!

Dientefuerte enseña sus dientes amarillos.

Le retuerce el cuello como si fuera un hueso de pájaro.

Es el fin de Lozen Tolruck.

INTERLUDIO

DARROPOLIS, HOSNIAN PRIME

—Muy bien, Señor Hetkins, inclínese hacia delante y baje —dice la Doctora Arsad—. Con cuidado, con cuidado. La pierna izquierda primero.

Dade compone una mueca de dolor y se aleja de la cama. Hace como le han dicho: la pierna izquierda primero.

En cuanto a la segunda pierna, bueno… esa la perdió. Se la arrebató una explosión en los bosques de Endor. Él y su equipo estaban haciendo limpieza en los días posteriores a la destrucción de la Estrella de la Muerte, persiguiendo a los restos de batallones imperiales que no lograron salir de la Luna Santuario. Solo hizo falta un explorador imperial, un explorador imperial con una caja de detonadores termales y ganas de utilizarlos. Entonces…

Bum. Un cráter en el suelo y una lluvia de tierra que le cayó encima mientras él se desmoronaba, intentando cogerse con las manos el lugar donde antes estaba su rodilla. Entonces la oscuridad se apoderó de él. Afortunadamente, se salvó durante el triaje, aunque no le pudieron salvar la pierna.

Y ahora está aquí, en el hospital de veteranos de la Nueva República en Hosnian Prime.

«Viviendo mi sueño», piensa.

—Venga —dice la Doctora Arsad. Es una mujer mayor con líneas marcadas en la cara, tan profundas que parecen surcos en la madera practicados con un cuchillo.

—Sí, sí —responde él mientras avanza.

La prótesis de pierna repiquetea en el suelo y empieza a cobrar conciencia de la suela metálica. No es su carne y su sangre. Nota cómo entra en contacto con el suelo, pero no es lo mismo que con su otro pie.

Aquí tiene una sensación fría, eléctrica.

Lo odia.

Sus nuevos dedos del pie golpean el suelo con impaciencia. La doctora Arsad le pide que no se mueva. Cerca hay un droide FX-7, que con sus docenas de extremidades pulsa los botones de una máquina de diagnóstico mientras hace mediciones y examina las lecturas de la proyección holográfica que hay sobre la máquina. El droide zumba y emite pitidos.

La doctora lo hace ponerse en pie y caminar. Luego sentarse de nuevo, luego ponerse en pie otra vez. Flexionar y estirar. Moverse, girarse. El droide sigue haciendo su diagnóstico.

—La cosa tiene buen aspecto —anuncia la doctora Arsad.

—Gracias, doctora. Supongo que ya me puedo ir —estira la pierna y deja colgando la parte de abajo, un facsímil que le parece aborrecible. Brillante, lleno de cables rojos entrelazados a través de pistones y tornillos. «Soy menos que antes», piensa. Un pensamiento que le causa un ataque de rabia, como una erupción de lava ardiente. Es difícil tragárselo y poner una sonrisa forzada, pero lo logra.

—Todavía no —responde Arsad—. La pierna está bien, pero… ¿cómo está usted?

—Como ha dicho, la pierna está bien. Yo también.

Pero la doctora lo mira como si le pudiera leer la mente, como si viera a través de la cortina de humo que intenta levantar.

—¿Ha tenido pesadillas?

—No —miente él. Ni se inmuta al recordar la de la noche anterior. Estaba atrapado entre un montón de árboles que le caían encima… saltaba a la pata coja sobre una pierna ensangrentada… era el último superviviente en una luna boscosa llena de imperiales.

—¿Duerme bien?

—Como un nexu ronroneante —otra mentira.

—¿Y no tiene ataques de rabia?

«Ayer no destruí una maceta a patadas con la pierna buena», piensa. Pobre planta kaduki. Todas esas flores machacadas, toda esa tierra malgastada.

—No me consta —responde.

—¿Pensamientos suicidas?

—Ninguno —al menos esto no es ninguna mentira. Quiere vivir, solo que no le hace especial ilusión.

El FX-7 emite varios pitidos. Arsad asiente con la cabeza.

—El droide sugiere que no está siendo muy sincero.

Hetkins cierra los ojos. ¡Droide traidor! Tendría que haber imaginado que, al estar conectado a esa cosa, tendría mucha información biológica y psicológica.

—Escuche, Doctora, estoy bien. De verdad. ¿Vale? Tengo mi pierna, voy a aprender a usarla, no hay problema. En cuanto al resto, yo ya sabía dónde me metía. No me fui a luchar contra el Imperio pensando que sería como subirse a la montaña gravitacional del Domino Park. Sabía lo que podía pasar. Estoy vivo y me lo tomo como una bendición, gracias a la Fuerza.

—No obstante —responde Arsad, acercándose a él y observándolo con esos ojos amables—, el protocolo de la República requiere que no le deje ir sin un poco de ayuda.

—No necesito ayuda. Salir de aquí me ayudará. Llevo ya dos meses en este hospital.

La doctora pulsa un botón y las autocortinas se elevan, dejando entrar luz del patio del hospital. Ahí fuera hay varios veteranos de la Alianza, sentados en bancos o moviéndose en sillas repulsoras, muchos de ellos acompañados por droides FX. Más allá se ven las dunas de cristal de las afueras de la ciudad, repletas de casas abovedadas típicas de Hosnian Prime.

—Así está mejor. Que entre un poco de luz. Todos necesitamos luz.

—Eso parece el paso previo a algo.

—Tengo dos recetas para usted. La primera es que vuelva aquí una vez al mes para hacer terapia de grupo. Otros veteranos de guerra se reúnen aquí y hablan sobre lo que han visto y lo que sienten. Ayuda mucho.

Hetkins se ríe, aunque no es una risa feliz.

—Doctora, no pensaba quedarme aquí mucho tiempo. Pensaba volver a la Nueva República y enrolarme en otra campaña. Quizá algo en el Borde Exterior, no sé.

Ahora le toca reír a ella.

—Ay, Dade. No. Para usted la guerra se ha acabado. Ahora le toca la paz… si la deja entrar. Pero si quiere irse de Hosnian Prime, podemos ponerle en contacto con un grupo de terapia en otros planetas. Chandrila. Corellia. La luz de la República alcanza nuevos mundos cada día.

—Yo… —se muerde el labio—. De acuerdo, está bien. Hablaré con un hatajo de viejos idiotas curtidos como yo. ¿Ya está todo?

—Como he dicho, hay otra cosa. Espere aquí, por favor.

Como si fuera a levantarse y salir corriendo.

La doctora sale con un brillo travieso en los ojos. Dade se queda ahí sentado un rato, golpeando el suelo con sus nuevos dedos de metal. *Clin, clin, clin.*

La doctora vuelve a entrar, seguida de un droide. Es un tipo de droide que no ha visto nunca. Tiene una cabeza cúbica algo tosca, y rueda lentamente por el suelo sobre un cuerpo esférico azul y dorado. Es más pequeño que el típico droide astromecánico. Esta tan solo le llega a la altura de las rodillas.

El droide lo mira y emite una serie de pitidos, centrando sus dos lentes oculares en él mientras inclina la cabeza. El cubo parece sostenerse por arte de magia sobre el cuerpo, como una caja de cartón colocada sobre un balón. El droide intenta mantener el equilibrio mientras la cabeza se inclina peligrosamente a un lado.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Es un droide, Dade.

—Sí, doctora, eso lo veo. ¿Pero porqué hay un droide aquí?

—Este es QT-9. Es su droide.

Dade levanta tanto una ceja que está seguro de que se eleva varios centímetros por encima de la cabeza.

—No recuerdo haber tenido nunca un droide.

—Piense en él como un droide de alquiler, solo que gratuito. QT-9 es un prototipo de droide terapeuta.

—No lo quiero, sea lo que sea.

La doctora Arsad sonríe.

—También podría asignarle una terapia con un ewok. Algunas de las criaturas indígenas de Endor han aceptado salir de allí para ayudar a veteranos como usted a recuperarse. Una especie de recompensa por salvar su hogar.

—No, no, no quiero uno de esos. Huelen fatal.

—Buenas noticiad, entonces. El droide huele a limpio como el metal nuevo. En parte porque es nuevo. Con la caída del Imperio, están surgiendo oportunidades por toda la galaxia para crear nuevas tecnologías, droides incluidos. Este está diseñado para ser amigable y familiar, como una mascota.

El droide se mueve hacia adelante y atrás, ronroneando.

Dade suspira.

—¿Tengo que llevarme el droide? ¿De verdad?

—Y venir a las reuniones.

—Doctora, me va a matar.

—Creo que lo que quiere decir es: doctora, me va a salvar la vida.

—Si usted lo dice.

La doctora le coge la mano y la aprieta con fuerza.

—Sí, lo digo, Señor Hetkins. Felicidades por su nueva pierna, por su nuevo droide y su nueva oportunidad en la vida. Tiene toda la galaxia para conquistar.

—Gracias por su ayuda. Supongo.

La doctora Arsad le da un abrazo y lo deja solo con el droide. Dade se estira y se pone en pie, gruñendo. Una vez más, nota el suelo a través de su pie claramente falso. Cerca tiene la funda de silicaformo. La doctora le ha explicado que se podría cubrir la pierna con ella para disimularla, pero la verdad es que prefiere tener una pierna extraña de metal. ¿Para qué fingir? La deja ahí.

QT-9 le dirige una serie de trinos y pitidos. Dade niega con la cabeza y le dice:

—Venga, cosa rodante pesada. Vámonos a casa.

Esté donde esté eso.

El droide lanza un pitido de alegría robótica y lo sigue.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Sueños.

Leia sabe que está soñando. Reconoce que los sueños son una ilusión, pero la perturban igualmente, porque se despierta cada vez. La persiguen los fantasmas. Sueña con Han, muerto en la nieve. Sueña con el pobre Chewie en una jaula en algún lugar. Sueña con ella misma en un quirófano, muriendo cuando nace su hijo… no, sus hijos. Entonces tiene una visión de Luke, perdido entre las estrellas… busca algo y fracasa, y no regresa jamás. Sueña que está perdida en medio del bosque, y entonces está perdida dentro de la Estrella de la Muerte… está con Luke y Han, huyendo de los soldados de asalto, intentando desesperadamente volver al *Halcón Milenario* después de que Obi-Wan desactive los controles del rayo tractor. Pero ahora saber la verdad, una verdad terrible: Obi-Wan ha fracasado, ha muerto y la nave sigue ahí inmovilizada. Y aunque encuentren la salida de ese laberinto de pasillos, no lograrán escapar…

Nota algo en la barriga. No es un dolor alarmante, sino una patada del niño que lleva dentro. Ay. Se tiene que sentar. Tiene la frente empapada de sudor. La cama también lo está. Se lleva la mano a la barriga y siente la forma en su interior, moviéndose. Tiene hambre. Eso significa que ella también tiene hambre.

Aparece una silueta en el marco de la puerta. Es T-2L0, una de sus droides de protocolo asistentes.

—Su Alteza —dice la droide—. Ya sé que es tarde…

—Es tarde, Ello.

—Sí, su Alteza. Creo que ya lo he dicho, ¿no? Bueno. Tiene una visita.

—¿A esta hora?

La droide asiente con la cabeza.

—Es un hombre llamado Conder Kyl —explica la droide—. Ha dicho que querría…

El cortacódigos.

—Hazle pasar, Ello. Salgo en un momento.

Leia dedica unos segundos a centrarse. Se pone una bata y se lava la cara, entonces sale a recibir a su huésped.

Conder Kyl es un hombre desaliñado a la vez que elegante. Parece un caos controlado. Su ropa es moderna, muy moderna incluso para el estándar chandrilano. Lleva un largo chaleco negro y unos pantalones de piel ceñidos. Se pone en pie al entrar Leia.

—General Leia —dice.

—Esa palabra me pone nerviosa. *General*.

—Ya, es que… no soy militar.

—Lo sé. Yo te contraté, ¿recuerdas?

Conder sonríe, avergonzado:

—Sí, por supuesto, Su Alteza.

Es divertido un encuentro así, a media noche. En secreto. Le recuerda a sus días en la Rebelión. Solo que ahora se está escondiendo de su propio gobierno.

—¿Tienes noticias?

—Sí —responde. Entonces coloca un pequeño trípode en el centro de la mesa; sus patas metálicas encajan con un *clic*. Inmediatamente, el holoproyector genera una imagen del planeta de los wookiees, Kashyyyk—. Esto lo ha grabado el droide sonda.

Ha sido prácticamente imposible obtener información acerca de Kashyyyk. Es un planeta cerrado, protegido. El Imperio lo tiene agarrado por el cuello. Pero Leia confiaba en que un pequeño droide sonda lograría escapar a sus barridos. Por eso contrató a Conder (según tiene entendido, es amigo de Norra) para construir un droide sonda diseñado para el sigilo, capaz de piratear las frecuencias imperiales y grabar imágenes para que Leia pueda hacerse una idea de lo que está pasando ahí. La mayoría de los datos que ha recogido han sido a nivel de órbita y de atmósfera, pero tiene una cámara de largo alcance que puede capturar imágenes de satélite.

Leia observa la escena tridimensional. La imagen azul parpadea cuando los tres destructores estelares empiezan a moverse, y empiezan a…

—¡Oh! —exclama Leia, cubriéndose la cara con la mano. Un ataque orbital. Van a bombardear todo el planeta. ¿Pero por qué?

Conder seguramente anticipa esa pregunta, ya que desactiva la imagen y entonces reproduce un archivo de sonido.

—El droide sonda interceptó esta comunicación de la superficie. La envió Lozen Tolruck. No sé por qué no la encriptó, pero la cuestión es que el droide la pudo interceptar.

A través del proyector suena la voz del hombre, acompañada por una visualización de las ondas de sonido, con sus puntos altos y bajos.

—Los terroristas han ganado, Almirante Orlan. Los inhibidores han caído. Estos animales están… —su voz tiembla al decir lo siguiente— …huyendo del zoo. Bombardéelo todo. Que solo queden cenizas. Enviando código de autrrr… autorización ahora mismo. Empiece campaña orbital.

La voz se corta.

Leia necesita un momento para procesarlo.

Ha sido Han. Tiene que haber sido él. Si hay alguien capaz de suscitar una reacción tan extrema como bombardear un planeta entero, es él.

Pero ¿y ahora qué? Un bombardeo orbital será una campaña terrible y prolongada. No se detendrán hasta que buena parte del planeta esté muerto. Y eso significa que Han y los demás no pueden escapar. Podrían morir ahí.

Ha llegado el momento. Esto tiene que acabar ahora mismo.

El plan que decidió después de su breve encuentro con Mon Mothma ya no podrá esperar hasta pasado el Día de la Liberación. La celebración es mañana, pero cada momento es importante. No puede desperdiciarlos.

—Gracias —dice Leia—. Haré que te transfieran los créditos a tu cuenta inmediatamente.

—No —responde él, con un gesto de rechazo—. Esta vez invita la casa.

—Te debo créditos, Conder.

—Estamos en paz. Ya me pagará la próxima vez.

—Gracias.

—¿Le puedo hacer una pregunta? ¿Qué va a hacer, Su Alteza?

—Voy a hacer lo que debería hacer una esposa de vez en cuando —le responde—. Voy a rescatar a mi marido.

La Gran Almirante Sloane no puede dormir.

Mañana es el primer día de las conversaciones de paz. Las preocupaciones la acechan y la corroen por dentro, como insectos mascando la pulpa podrida de un árbol viejo. Sabe cuál es su papel en las conversaciones de paz: no se trata de alcanzar ningún tipo de acuerdo con los conspiradores de la Nueva República, sino más bien distraerlos del ataque inminente. Y entonces ayudar a dirigir ese ataque desde tierra. Rax le dijo:

—Será una heroína. Esto va a cimentar su rol como Emperatriz, o como quiera llamarse. La galaxia la verá en todas las pantallas. Su valentía se emitirá por HoloRed.

Ella le preguntó:

—¿No correré peligro?

Al fin y al cabo, parece extraño poner a alguien tan valioso en medio del campo de batalla. Sloane le recordó que Palpatine siempre estaba aislado, todo el mundo lo sabía.

Raramente hacía acto de presencia, a menos que ya controlara el entorno en el que entraba.

—Vamos a controlar el entorno —le respondió Rax—. Ya lo verá. No correrá un peligro sustancial. No le matarán. Además, el ataque le dará muchas oportunidades de abrirse paso.

Podría ser una trampa. O una de sus pruebas.

Pero, aunque lo fuera, la oportunidad de atacar Chandrila es seductora. Les garantizaría el dominio. Volverían a demostrarle su poder militar a toda la galaxia desvelando las flotas secretas que tienen escondidas en varias nebulosas…

Al pensarlo, siente un gran placer.

Pero ahora mismo necesita dormir. Se pone a escuchar una historia barata sobre un droide detective llamado ADAM, que tiene inteligencia artificial. En realidad, el droide no es realmente un detective sino un asesino. Intenta dejarse llevar por la historia, pero su mente no se detiene. Entonces se pone en pie y empieza a caminar por la habitación. Saca un mapa estelar galáctico para contemplar el estado actual de los activos imperiales. No obstante, esto no hace más que deprimirla. Han perdido tanto en tan poco tiempo… Kuat ha caído. G5-623 está cayendo. Aunque Rax lo ha permitido voluntariamente, y Sloane está secretamente contenta de verlo caer. La esclavitud nunca ha formado parte del Imperio perfecto que ella tiene en la cabeza. Quizá fuera algo necesario durante mucho tiempo, pero ahora la galaxia tiene que contemplar la gloria del Imperio… y no se puede mostrar el esplendor a través de la esclavitud. La esclavitud no es símbolo de fuerza, sino de debilidad.

Los ciudadanos deberían servir al Imperio porque es lo correcto. ¿Por qué iban a elegir otra cosa?

Todo esto no es más que una distracción.

«Dormir. Necesito dormir. Necesito estar fresca, preparada, consciente».

Pero en lugar de dormir, se pone a escuchar una de las óperas preferidas de Rax: *La Cantata de Cora Vessora*. Rax le dio una versión sin voz; solo música.

Al principio, la encuentra una distracción más. Para ella la música es ruido, una tontería para dormir a los idiotas.

Pero pronto se da cuenta de que empieza a sentirse apaciguada. Las cuerdas y la percusión. Los silbidos y el tamborileo. Le aletean las pestañas. La mente se le pone en blanco.

«Quizá yo también sea una idiota».

La música la arrastra, como una ola suave que la aleja de la orilla y la lleva hasta el mar. La cautiva con su belleza etérea.

No hace que se duerma, pero le deja descansar la mente un rato. Quizá debería confiar en Rax más a menudo. Mañana será un gran día. Pronto sabrá si podía confiar o no en él.

O si ha sido una idiota.

Trabajan juntos hasta bien entrada la noche. Temmin y Brentin. Como antes. Tem hace como si nada hubiera cambiado, como si todo fuera igual. Pero cuando le pide por cuarta vez que le pase el destornillador de arco y Brentin está con la mirada perdida en un punto indeterminado, Temmin tiene que reconocerlo: se ha roto la magia.

Delante de ellos, en la superficie de trabajo, tienen el valacordio que compró Tem. Tuvo la brillante idea de modificarlo para que se tocara solo, para que su padre pudiera disfrutar de él sin la presión de tener que tocarlo. Y para su sorpresa, Brentin accedió. Pero su padre parece estar desconectado, como si solo estuviera ahí en parte.

—Papá, ¿pasa algo?

—Nada —responde Brentin, con una pequeña sonrisa forzada—. Solo es que estoy cansado. Ha sido un día muy largo.

—Ah… vale.

De repente, Brentin se pone en pie.

—Voy… voy a dar un paseo.

Claro. Por supuesto. Esos paseos suyos. Su padre se va. Y Temmin le sigue.

Brentin va serpenteando por las calles de Ciudad Hanna, y Temmin también. Aquí, en la capital, casi ha llegado el gran momento. Las carpas están preparadas, y también los puestos de comida y los generadores. La celebración del Día de la Liberación empieza por la mañana con un desfile, y entonces llegará Sloane. Las conversaciones de paz se celebrarán al mismo tiempo que los actos del Día de la Liberación. «Para distraer a todo el mundo», piensa Temmin. Para darles espectáculo mientras ese monstruo de Sloane intenta salvarse de un juicio por sus crímenes de guerra. A Temmin le da mucha rabia que le ofrezcan la oportunidad de defenderse. Ultimamente, Temmin siente rabia a menudo.

Sigue a su padre, que sale del distrito residencial, atraviesa los jardines y teatros, pasa por el viejo Mercado de Hannatown, que ahora está muy tranquilo, y recorre los puestos de pakarna que hay junto al mar. Ahí es donde Temmin lo pierde. Dobla una esquina y… *puf*. Brentin ha desaparecido. En ese momento piensa que no tendría que haberle dicho a Huesos que se quedara en el apartamento. El droide podría realizar un escaneo en busca de la firma vital de su padre…

Un momento. Allí. Ve una forma que sale de la avenida Barbican y baja hacia la playa de piedras, en dirección al mar. Temmin lo sigue corriendo.

Se alza una brisa marina que juega con los rizos de Temmin y le trae aroma de pescado. Entonces se da cuenta de que ahí están los muelles. Junto al muelle está la lonja de pescado, donde unos droides procesan la pesca del día, como alaskores y marínales, piernas de estrella y valvas de perlas. Ahora mismo la lonja está a oscuras, en silencio. Los muelles se adentran en el mar como largas sombras oscuras. Al final de uno de los embarcaderos ve a Brentin. Y no está solo.

Pero, ¿quién es la otra persona? Quizá un pescador. Los viejos lobos de mar que antes se ganaban la vida pescando, antes de que el proceso se automatizara, todavía se congregan aquí antes del amanecer. Brentin se ha encontrado con uno de ellos y ahí están, conversando. ¿No? Tiene sentido.

Temmin se acerca, pero lo hace en total silencio. Se dice a sí mismo que es para no asustarlos, pero en realidad es difícil ignorar esa sombra de duda que le recorre todo el cuerpo, como un ladrón entrando a hurtadillas para robarle la confianza, pedazo a pedazo.

Se agacha a un lado de la lonja. A través de las ventanas, ve las formas esqueléticas de los droides apagados durante la noche, que se alzan sobre las cintas transportadoras como centinelas congelados. Ahora está contento de no haber traído a Huesos. Si a Huesos hay algo que se le da mal, es quedarse en silencio.

Temmin corre a un lado del edificio de la lonja. Se agacha detrás de una montaña de contenedores de pescado.

Ahora puede ver más, bajo la luz de la luna.

Papá está ahí con… un guardia. Chandrilano. A Temmin le suena mucho. Lo reconoce. Era el guardia que vigilaba la celda de Yupe Tashu. Tiene la misma cresta de pelo rubio, y no lo puede ver desde aquí, pero apuesta lo que sea a que ese guardia también tiene los ojos claros y una cicatriz en la barbilla.

«Qué estupidez», piensa Temmin. Su padre está charlando con un guardia. Quizá acerca de mañana. Está previsto que sus padres estén mañana en la tarima durante el Día de la Liberación, junto con la canciller y Leia y la mayoría de cautivos que han regresado. Seguramente tiene que ver con los acontecimientos futuros.

¡Y él estaba preocupado! Qué tonto.

Temmin se pone en pie y corre hacia el embarcadero, saludando con la mano.

—¡Eh! ¡Papá!

Los dos hombres se vuelven hacia él.

Es entonces cuando le vuelve esa inquietud. Hay algo que va mal. Brentin no le saluda. El guardia se pone rígido. Está muy tenso.

—Tem —dice Brentin.

Temmin deja de correr y reduce el paso.

—Papá, no… Solo quería saludarte y huir de mamá.

El guardia frunce el ceño.

—Encárgate de esto, o lo haré yo.

Brentin asiente con la cabeza.

Temmin está a punto de preguntar: «¿Encargarte de qué?».

Pero no tiene tiempo. Su padre se vuelve hacia él con un bláster en la mano. Y Brentin aprieta el gatillo.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Todo empieza a temblar. Kashyyyk empieza a sufrir espasmos tectónicos. Por encima de sus cabezas, del techo de barro prensado caen hilos de tierra. Se desprenden matas de musgo y las enormes raíces zigzagueantes se retuercen como serpientes gigantescas despertando de un sueño intranquilo.

Jas se detiene, con la espalda pegada a la pared del túnel, mientras le pasan por delante grupos de wookiees arrastrando los pies y ululando entre ellos.

No puede entender su idioma. El Shyriiwook es una lengua gutural y glotal, y al escucharla atentamente es de una complejidad increíble. Quizá no sepa lo que están diciendo, pero sin duda puede interpretar el tono.

El tono suena a preocupación, a ansiedad, a tristeza. Algo parecido a lo que siente ella.

Están tan cerca. Tan cerca. A punto de liberar un planeta entero, toda una especie. A punto de hacer lo correcto por las razones correctas.

No obstante… todos sus esfuerzos les han llevado hasta aquí. El Imperio (suponiendo que esas naves que tienen encima sigan siendo imperiales) está intentando bombardear el planeta entero. Jas lo entiende todo. La mayoría de los wookiees liberados solo son libres en teoría, pero siguen atrapados en sus asentamientos, de modo que acabar con ellos será como disparar un bláster a un cesto lleno de ranas.

Aquí, al menos, tienen un sistema de cuevas excavadas entre las raíces del árbol wroshyr, por encima del Campamento Sardo. Entre todos, han tenido tiempo (poco

tiempo, pero bien aprovechado) para esconder a buena parte de los wookiees liberados antes de que apareciera uno de los destructores en el cielo para reducirlos a restos de sangre y pelo en el barro.

«Me hubiera tenido que quedar cazando recompensas», piensa Jas. Todo esto de hacer lo correcto no es para ella. No tendrían que haberle conferido esta responsabilidad. Es demasiado para ella. Siente una gran presión sobre sus hombros, que le pesa, que la aplasta y la reduce a una pasta grasienta.

Los wookiees están muriendo. Jom ha perdido un ojo… y quizá algo más cuando todo esto termine. Han fracasado.

Alguien la coge por los hombros. Es Han Solo. En la semioscuridad del túnel le cuesta ver.

—Solo —dice Jas, y nota el tono frenético en su propia voz. Y tiene miedo de empezar a hablar sin parar, y en realidad lo hace—. Hemos fracasado. Esta misión era demasiado grande para nosotros. No somos más que insectos bajo sus pies. Tú y yo somos escoria, un par de indeseables intentando huir de lo que somos. No somos más que un contrabandista y una cazarrecompensas y…

—Ey… —dice Han.

—Y lo único que hemos hecho es pisarle la cola al dragón y ahora se está dando la vuelta para morder…

—Eh, cálmate un poco. Todavía no hemos acabado. Estás cansada, Emari, y no has podido comer nada. Lo entiendo. Pero te necesito centrada para el siguiente paso.

—¿Siguiente paso?

—Exacto. Tú y yo somos un par de indeseables, es verdad. Así que vamos a actuar en consecuencia: como un contrabandista y una cazarrecompensas.

—No te sigo.

—Tengo un plan —dice Han, sonriendo.

—No es un plan de verdad, ¿no?

—Todavía no está completo. Pero sí, es un plan. Mayormente.

—¿Y cuál es este «plan»?

—¿Qué es lo que se nos da bien, a ti y a mí?

Jas frunce el ceño.

—Mentir, engañar, robar… —antes de decir lo último vacila un poco, porque es una realidad que no quiere admitir. Finalmente, lo suelta—. Matar.

—Exacto. Mentir, engañar y robar.

—¿Y lo último? ¿Matar?

—Bueno, vamos a ver si hacemos bien las tres primeras, y nos vamos de aquí.

Entonces Han Solo le cuenta su plan.

No es un plan perfecto. Y clarísimamente no está completo. Pero quizá, quizá… pueda funcionar.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Al otro lado del hangar le espera una mujer tan alta y tan rubia que la podrían utilizar como faro en la costa de Chandrila. Leia corre hacia ella, con una toga gris con capucha para cubrirse la cara.

—Puedes quitarte la capucha —le dice la mujer—. Estamos solas.

Leia se retira la capucha. No puede evitar sonreír.

—Evaan Verlaine.

—Hola, Última Princesa de Alderaan.

—Ya no uso ese título.

Evaan inclina la cabeza y le dirige una mirada divertida.

—Para mí, es lo que representas. Llevas la antorcha de nuestro planeta. De nuestro hogar. Nunca la abandones.

—Lo sé. Lo hago. Por esto estoy aquí hoy.

Evaan Verlaine es amiga, cohorte y co-conspiradora ocasional de Leia desde poco después de que la Estrella de la Muerte destruyera su planeta natal. Verlaine lideró la operación de reunión de todos los refugiados de Alderaan. Ha sido vital en ese proceso, y por lo tanto Leia no la ha visto mucho en los últimos años, y eso es algo que lamenta.

Evaan conoce bien a Leia. La piloto se pone los puños en las caderas y la mira con desconfianza.

—Veo ese brillo en tus ojos.

—¿Y qué brillo es ese?

—Estás a punto de hacer algo confidencial.

«No sería la primera vez», piensa. Pero en lugar de ello, responde:

—¿Yo? Nunca.

—Por favor, Leia. A veces oigo a la gente murmurar que no saben qué le ves a ese sinvergüenza. Y yo siempre respondo: Ella es mucho más sinvergüenza de lo que creéis, quizá incluso más que él. Venga, suéltalo ya, ¿qué necesitas de mí?

—Necesito un piloto.

Evaan sonríe.

—Eso ya lo hacía deducido. Ya imaginaba que no querías que te reparara un droide. ¿Y adonde te llevaría ese piloto?

—Al sistema Kashyyyk.

Evaan hace una larga pausa.

—Eso está bajo control imperial.

—Sí, soy consciente de ello. Y eres libre para decir que no. Comprendo que ahora tienes tu lugar aquí en la Nueva República, y también comprendo que con el Día de la Liberación… que empieza dentro de unas horas, te necesitarán aquí. Pero dímelo ya, porque necesito salir de Chandrila antes de que empiece todo esto.

—Hago de piloto para la Nueva República, sí. Pero soy alderaaniana primero, y luego piloto de la República. Tú das las órdenes y yo las cumplo, Princesa.

—No te daré órdenes. Te lo pido como amiga.

—Y yo digo que sí como amiga y como súbdita leal. Pero como amiga y súbdita leal, siento la necesidad de añadir algo: seguramente será peligroso, y probablemente estúpido también. Y en lugar de ir a Kashyyyk, podríamos quedarnos aquí y ver todas las celebraciones —Leia está a punto de responder, pero Evaan no se lo permite—. Pero claro, te conozco, y sé que no me lo pedirías si no tuvieras un buen motivo, así que… El crucero está en el hangar de al lado. ¿Estás lista para irte? Por supuesto que sí. Vámonos de aquí, Su Alteza.

—De hecho —dice Leia— no vamos a ir en el crucero.

—¿Tienes alguna otra nave en mente?

—Efectivamente —responde Leia, sonriendo—. Y no estaremos solas ahí fuera. Al menos, eso espero. Ahora vamos a robar el *Halcón Milenario*.

INTERLUDIO

RYLOTH

La guarnición es un lugar muerto.

Yendor y los demás salen de las cuevas a punto para la batalla. Como dice Dardama: *Equipados, preparados y listos para conmocionar*. Hay media docena de soldados twi'leks, armados hasta los dientes con rifles bláster, detonadores y cuchillos garra-kurr. Saben que la resistencia será muy fuerte ahí fuera. La guarnición es pequeña, pero hay un trío de andadores AT-ST y un escuadrón de soldados bien armados. El objetivo no es eliminarlos a todos, sino causar algunos daños: quizá derribar un andador, noquear unos cuantos cabezacubos y entonces retirarse a las cuevas una vez más. Los droides sonda imperiales no se mueven muy bien por los espacios reducidos de debajo de la superficie. Y si tienen la suerte de atraer a los soldados de asalto a estas cavernas, las trampas rebeldes acabarán fácilmente con los intrusos.

No obstante, cuando salen ahí fuera… la guarnición está abandonada. A lo lejos, el viento aúlla a través de las torres de roca roja.

—No lo entiendo —dice Dardama—. Estamos en Ryloth, ¿no? ¿No hemos salido en otro planeta?

—Cuidado —responde Yendor, pero dirigiéndose también al resto—. Podría ser algún tipo de trampa —levanta dos dedos y les hace una señal a los que van con él para que lo sigan de cerca. Siente un hormigueo nervioso en la punta de sus colas cefálicas. Ya se lo avisó, él es piloto, no soldado. Y sin duda no es una especie de general. Pero ellos dijeron que él había ido a la guerra. Dijeron que lo necesitaban. Y aquí está.

Corre a lo largo de la pared gris de la guarnición. Delante de él ve dos de los tres andadores y se detiene, como si esperara que lo atacaran.

Pero el viento arrastra una nube de polvo a través de las patas del andador. Encima de uno de ellos se ha posado un can-cell, que está retorciendo las alas.

Los andadores también están abandonados.

Se le acerca el experto en demoliciones, Tormo, rascándose en el espacio entre sus colas cefálicas.

—Eh. ¿Quieres que los elimine, o…? Porque si quieres mi opinión, nos los podríamos llevar y utilizarlos nosotros.

—Llévatelos —responde una voz áspera.

No es uno de ellos. Es un imperial. Los twi'leks se vuelven hacia el soldado de asalto que está ahí de pie, a las puertas de la guarnición. Tiene el casco en la mano. En el brazo izquierdo le falta un trozo de armadura, y tiene el brazo hinchado bajo una gasa

manchada de fluidos. Desde donde está, Yendor puede ver que el soldado está enfermo: le cae sudor por la frente, tiene la cara roja y los ojos y la nariz cubiertos con una especie de escarcha blanca.

—Identifícate —le dice Yendor.

—Soy LD-22… —pero su voz se apaga—. A la mierda. Me llamo Chorn.

Su brazo se queda sin fuerzas y el casco cae al suelo. El sonido les sorprende y Yendor casi le dispara como acto reflejo.

Por suerte, el entrenamiento evita que pasen cosas así. Los demás también se controlan y no disparan.

—No tienes muy buen aspecto, Chorn.

—No me siento muy bien —inclina la cabeza para señalar el vendaje del brazo—. Me hice un rasguño en el brazo durante una patrulla. Algunos de nosotros íbamos sin armadura porque ese día hacía un calor abrasador y… —suspira y se desploma contra la puerta—. Se me infectó.

—¿Dónde están tus hombres?

—No están —silba señalando hacia el cielo—. Se fueron.

—¿Por qué?

—¿Por qué iban a quedarse? Ya está. Hemos perdido.

—¿Abandonasteis la guarnición?

—Yo no —responde, y se echa a reír. Pero entonces la risa se convierte en un ataque de tos terrible—. Tendría que haberme ido, pero no llegaría muy lejos. He oído que la mayoría de tropas se han ido. O están a punto.

Los twi'leks se miran entre ellos. «¿Podría ser cierto?» Si lo es, significa que su planeta acaba de recuperar su independencia gracias a un acto de desesperación y cobardía. No es como se lo había imaginado Yendor, pero no va a rechazar un regalo solo porque el envoltorio sea poco elegante. Hay algo que tiene muy claro: la guerra es un animal muy extraño.

—¿Qué haréis conmigo? —pregunta el soldado—. No podéis llevarme con vosotros. ¿De qué serviría? No vais a malgastar recursos conmigo. Esta guarnición es mi tumba…

Yendor está a punto de decirle al soldado que sí que van a gastar recursos (comida, medicamentos, lo que sea) aunque solo sea para que alguien se someta a juicio. Pero también porque tienen compasión. Porque es lo correcto.

Pero entonces, un disparo de bláster atraviesa el aire y el hombre se desploma en el suelo. Muerto.

Dardama baja el rifle.

—Ya le has oído. La guarnición es su tumba.

Yendor está a punto de criticarla, pero quizá haya hecho lo correcto. Quizá haya sido un acto de compasión. O quizá es que querían dispararle a algo hoy. Para sentir que se han ganado esta victoria.

En cualquier caso, la cosa ha ido así.

Parece que el planeta es suyo.

Más tarde, cuando vuelven a las cuevas, van llegando informes de que todas las guarniciones han desaparecido. El control imperial sobre Ryloth se ha acabado. Mientras el resto de twi'leks recogen sus campamentos subterráneos, el anciano Tekku Aylay le dice a Yendor:

—Somos un planeta libre gracias a la resistencia twi'lek, gracias a Cham Syndulla. Y gracias a gente como tú.

—Eso parece.

—Necesitaremos a la República para que algo así no vuelva a suceder nunca. Esto significa que necesitamos un embajador que nos represente.

—¿En quién estás pensando, Tekku?

Tekku se limita a sonreír.

—Oh, no —dice Yendor.

—Oh, sí.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

La Gran Almirante Rae Sloane huyó de casa cuando era joven. Lo hizo porque su familia no era rica, y porque su planeta, Ganthel, era una estación de paso para llegar a otros planetas más ricos y verdes. Hizo lo que querían hacer muchos niños y unos pocos conseguían: huir por la ventana mientras sus padres dormían y acercarse al espaciopuerto más cercano con la esperanza de colarse en un carguero y viajar por la galaxia.

Ella, como tantos otros niños, se acobardó. Pero la joven Rae Sloane llegó hasta el espaciopuerto, se escondió entre dos contenedores de kelerio previstos para ser exportados y ahí decidió que la idea de huir no era realmente para ella. Y cuando se dio media vuelta para volver a casa, el camino de salida entre los dos contenedores quedó bloqueado por un par de matones. Pertenecientes a una banda local de especieros y esclavistas, los Kotaska, que llevaban máscaras de metal con forma de cráneo. Los dos hombres rieron detrás de sus máscaras y corrieron a por ella. Ella salió corriendo en dirección contraria, pero le cerraron el paso dos miembros más de la banda Kotaska.

Sloane no tenía salida. La atraparon y le pusieron una bolsa en la cabeza. Fue entonces cuando supo que no iba a huir. La iban a secuestrar. No se embarcaría en una vida de riquezas y aventuras, sino que la arrastrarían a una vida de sufrimiento y, probablemente, horror.

Afortunadamente un droide astromecánico cercano vio lo que estaba ocurriendo y empezó a dar la alarma, desatando sirenas y luces intensas para llamar al vigilante del puerto, que hizo huir a los Kotaska. Sloane era libre otra vez. En cuanto pudo, echó a

correr hacia casa. Sus padres nunca se enteraron. Más adelante, el Imperio llegaría a Ganthel y limpiaría toda la escoria de su planeta. En ese momento empezó a ver el control imperial como una presencia heroica y necesaria en una galaxia caótica. Ahora mismo, mientras su lanzadera de mando sale de la velocidad de la luz, se siente igual que cuando estaba atrapada entre aquellos contenedores.

«No hay salida. Estoy atrapada. Necesito huir».

Delante de ella se extiende un bonito planeta azul y verde: Chandrila. Un planeta que podría convertirse repentinamente en una bonita tumba para ella.

Chandrila está rodeado de naves de la Nueva República: naves creadas gracias a la alianza entre planetas. Cruceros mon calamari, viejas fragatas alderaanianas, naves anillo sullustanas, por no hablar de tres acorazados nuevos: los Starhawk de Nadiri. Todas estas naves representan a planetas desdeñados por el Imperio.

La gente a bordo de esas naves la odian.

No tiene una percepción preternatural. Sloane no posee la Fuerza; no puede sentir el odio como ondas que salen de ellos. Pero puede deducirlo. ¿Cómo no iban a odiarla? Sloane representa el puño violento e implacable del Imperio al que desprecian. Puede imaginar que su mayor deseo sería cortar ese puño y dejarlo enfriar en el suelo, a sus pies.

La odian y no entiende por qué su primera reacción no es abrir fuego sobre ella con todo su armamento. Por ese motivo, todavía tiene activado el ordenador del hiperespacio preparando cálculos de retorno al *Devastador*.

El piloto de la lanzadera, el Alférez Damascus, anuncia:

—Están enviando escoltas. Nos ponemos en espera —ahí delante, una formación cuadrangular de cazas Ala-Y desciende sobre ella.

«Ahí vienen», piensa. «Con las armas a punto».

Pero no disparan.

En lugar de ellos, hacen lo que ha sugerido el piloto: los escoltan hacia la superficie de Chandrila para iniciar las conversaciones de paz. O, al menos, para fingirlo.

A través de la ventana de su apartamento, Norra ve las estelas de las naves en el cielo azul claro sobre Ciudad Hanna. Hay una lanzadera imperial solitaria en medio de cuatro cazas Ala-Y. Sloane está dentro de esa nave.

La última vez que vio a la Almirante Sloane, Norra estaba persiguiendo su lanzadera dentro de un caza TIE robado. Los cañones del TIE redujeron los escudos de la lanzadera hasta alcanzar un objetivo vital. La lanzadera explotó, y la onda expansiva alcanzó a Norra. Sorprendentemente, logró sobrevivir.

Aparentemente, Sloane también sobrevivió.

Necesita una enorme fuerza de voluntad para no salir corriendo de su apartamento y entrar en la carlinga donde está Sloane y terminar el trabajo que empezó ahí, en la órbita de Akiva. Acabar con Sloane.

Sin embargo, logra contenerse.

Está temblando. Siente una presión en su interior, como hirviendo a fuego lento. Se obliga a apartarse de la ventana y se mira en el gran espejo. Ahí está, con su uniforme naval. Ni siquiera sabía que la Nueva República tenía un uniforme naval. Recuerda a su viejo traje de piloto, pero en una versión más formal. Es rígido y le pica. No le gusta nada la imagen que transmite. Intentó decírselo: «Ya no estoy con la Nueva República. Renuncié a eso». Y ellos le respondieron que esa era una conversación para más adelante. Recibió una invitación escrita a mano por la propia canciller para que estuviera presente en la tarima con Brentin y Temmin. Para ser una de las figuras más importantes del Día de la Liberación: Norra es una de las liberadoras y está casada con uno de los liberados. La nota de la canciller decía al final:

Tu historia es crucial, Norra Wexley. Es una historia que debemos contarles a los nuestros y a los del Imperio. Somos afortunados de tenerte. ¿Estarás con nosotros ese día?

Si al menos tuviera allí a su hijo y su marido con ella, quizá podría hacer lo que quiere la canciller.

Pero no sabe dónde se han…

La puerta de la habitación se abre a su espalda y aparece Brentin. La luz de la mañana entra por la ventana y lo ilumina, enmarcado por el dintel…

Durante un momento vuelve a ser su Brentin. Con esas mejillas de niño, los ojos de sabiduría y una sonrisa irónica. Con las manos en los bolsillos.

—Hola —dice Norra, con una voz más suave de lo que querría.

—Hola.

Entonces una nube pasa por delante del sol, las sombras se apoderan de la habitación y, de repente, ya no está: ha vuelto el Brentin actual, más delgado, con los ojos hundidos y una línea oscura en lugar de la sonrisa.

—Llego tarde —dice Brentin. Efectivamente, llega tarde.

—Sí. Y tu hijo también. ¿Le has visto?

Brentin hace una mueca al oír la pregunta. Es como si la niebla se apoderara de él.

—Yo… no.

Norra no tiene tiempo para resolver este embrollo. Y aunque tuviera tiempo, seguramente no importaría. Brentin a veces parece estar a una docena de pársecs de aquí, como si todavía estuviera en el receptáculo de esa cárcel. Lo único que puede hacer ahora es prepararle la ropa (un traje blanco sencillo y formal que le ha hecho llegar la gente de la canciller) y ayudarle a ponérselo.

Durante un momento, parece que se ilumina.

—Estoy seguro de que Temmin se unirá a nosotros allí.

—A última hora, sin duda.

—Ha crecido mucho —dice Brentin mientras Norra le pasa un par de botas marrones enlustradas. Mientras se abrocha la chaqueta, añade—. Me arrepiento de haberme perdido… todo eso. Cuando creció. Tú te uniste a la Rebelión por mí. Y la Rebelión ya ni siquiera existe… —Entonces levanta la mirada de la cama y la fija en Norra. Tiene los ojos claros y brillantes, ensombrecidos por la preocupación—. Te quiero, y siento haberme perdido todo esto. ¿Estamos bien?

Norra se ha quedado helada. Abre la boca, pero no sale ningún sonido. Todo este tiempo ha estado esperando un momento como este, ni que fuera el más diminuto reducto de quien era antes. Un atisbo de reconocimiento de todo lo que ha pasado. Y aquí lo tiene, ahora. Delante de ella, servido en una bandeja. Y lo único que puede hacer Norra es mirar estupefacta. Su corazón parece un animal atrapado en una red. Las lágrimas le enturbian la visión. Parpadea rápidamente y vuelve a concentrarse.

Todo va a ir bien. Se lo dice, acariciándole la mejilla.

—Todo va a ir bien. Quizá ahora las cosas no estén muy bien, pero no pasa nada. Lo conseguiremos. Juntos.

El le ofrece una pequeña sonrisa y asiente con la cabeza.

—Vale. Te creo.

Norra se inclina para besar a su marido, que está temblando un poco. O quizá es ella la que está temblando. O los dos.

El beso es lento y suave. No es uno de esos besos apasionados y románticos de su juventud, robados debajo de una tienda del mercado mientras la lluvia aporreaba el suelo y todo el mundo corría a ponerse a cubierto. Es un beso más sabio, más extraño, más vacilante. Pero también es mucho más dulce.

—Tenemos que irnos pronto —dice Norra, besándolo otra vez. Esta vez es un beso más rápido.

—Estoy seguro de que Temmin se unirá a nosotros allí —repite Brentin casi mecánicamente. Norra se encoge de preocupación, pero probablemente no sea nada. Le toma la mano y se la aprieta.

—Me sorprendería si no lo hiciera.

Temmin vuelve a golpear el interior de la caja con los pies. La estructura entera se estremece, pero la caja está hecha de algún tipo de madera comprimida muy resistente. No va a ceder. Y no ayuda el hecho de que su cuerpo entero esté como si le hubiera pegado una paliza un boxeador besalisk borracho, golpeándolo con cuatro brazos como a un saco de arroz kodari. Ese disparo aturdidor lo ha dado con fuerza, le ha hecho daño.

«Mi padre me ha disparado».

¿Qué puede significar eso? ¿Por qué iba a hacer algo así? Temmin se queda quieto, chasqueando los dedos mientras intenta imaginar por qué iba Brentin a hacerle algo así.

Quizá su padre lo hizo en un intento de protegerlo. Al fin y al cabo, no le mató. Quizá sabe algo. Quizá hizo algo malo al servicio de algo bueno…

O quizá no sea su padre en absoluto. ¿Podría ser otra persona? ¿Alguien haciéndose pasar por Brentin Wexley? Temmin casi desea que sea eso. Sería mucho más fácil.

Temmin vuelve a gruñir y retoma su lucha con la caja. *Bam, bam, bam.* La caja se mueve, tiembla. Pero no sirve de nada.

Está pasando algo. Siempre está pasando algo. Algo… algo se mueve. Por debajo de él, nota una leve vibración.

«Se acerca alguien».

—¡Eh! —grita, golpeando la tapa magna-sellada de la caja con el tacón—. ¡Eh! ¡Estoy aquí! ¡Socorro! ¡Socorro!

No se oye nada más. Silencio absoluto.

Y entonces oye un lento zumbido. Un arma calentándose.

La caja entera se estremece y empiezan a caerle chispas encima. Temmin grita, tapándose los ojos con el antebrazo, encogiéndose como puede mientras alguien corta la tapa de la caja con una vibrocuchilla brillante y echa la tapa a un lado…

—TE HE DESCUBIERTO —dice la voz mecanizada del Señor Huesos—. ESTE HA SIDO EL JUEGO DEL ESCONDITE MÁS LARGO Y PROLONGADO, AMO TEMMIN. PERO DE NUEVO SOY EL GANADOR. ¿VOLVEMOS A JUGAR?

Temmin sale de la caja y abraza a su droide esquelético.

—Me alegro de verte, Huesos.

—Y YO DE VERTE FELIZ.

—No estoy feliz. Mi padre me ha disparado.

—ESO ES DESAFORTUNADO, AMO TEMMIN. VOY A ESPARCER TODOS SUS ÁTOMOS.

—Todavía no. Lo primero es lo primero. Tenemos que encontrar a mamá.

—ENTENDIDO. A LA ORDEN. ENCONTRAREMOS A LA MADRE DEL AMO TEMMIN.

—Tiene que saber que está pasando algo —«Aunque no sé qué es», piensa. Pero Temmin está dispuesto a descubrirlo.

La puerta de la lanzadera sigue cerrada.

Sloane necesita un momento.

A su espalda tiene a tres o cuatro de sus hombres, nada más. Tiene dos Guardias Reales; no fueron los guardias originales de Palpatine, pero llevan esas capas rojas y esos cascos amenazadores. Tiene a su piloto, el Alférez Karz Damascus. Y tiene a su adjunta, Adea Rite. La necesita tanto y confía tanto en ella que Sloane casi no quería que viniera. Por si acaso.

—Esto podría ser una trampa —le dice Sloane a Adea.

—No creo que lo sea —responde Adea.

—Rax podría estar poniéndonos a prueba.

—Rax siempre está poniendo a prueba a la gente. Vamos a superar esta prueba.

Sloane frunce el ceño.

—Quizá nos ha enviado aquí para que fracasemos.

—¿Qué sentido tendría eso? Entonces usted podría decirle a la Nueva República quién es Rax. Podría desvelar información sobre activos imperiales. Sería una tontería por parte de Rax enviarle aquí si pensara que es peligroso.

Tiene razón, claro. Sloane lo sabe. Ha pensado mucho en todo esto. De todos modos, Sloane tiene miedo de lo que va a ocurrir. Tiene los tendones del cuello tensos como un cable de remolque. Algo no está bien. Nada de esto está bien.

«Tienes miedo», piensa Sloane. «Vuelves a ser esa niña de Ganthel, rodeada de enemigos. No huyas esta vez, Rae. Ahora hay que plantar cara y luchar».

—Podrían ponernos bajo custodia en cuanto salgamos de esta lanzadera —le dice a Adea.

Adea asiente con la cabeza. En sus ojos ve una chispa de miedo. A ella también le da miedo esa posibilidad.

—Podrían. Pero el Almirante Rax cree que son tan tontos y optimistas que no lo harán. Vamos a confiar en su criterio por esta vez.

—Sí —responde Sloane. ¿Qué alternativa tienen? Sloane le ordena al piloto—. Abra la puerta, baje la rampa.

Así lo hace. La puerta se eleva. La rampa desciende entre descargas de vapor, como el aliento de la nariz de un rancor.

Sloane hace una mueca y entrecierra los ojos cuando la golpea la luz del día. Se cubre la cara con la mano mientras baja. Espera encontrarse con un movimiento frenético: guardias corriendo hacia ella, blásteres listos, bastones cruzados…

Pero en lugar de ello, al salir la recibe la canciller Mon Mothma, una mujer alta con un cuello alto y pelo rojizo. La canciller inclina la cabeza.

—Almirante Sloane. Gracias por esto.

—Canciller —responde Sloane. No va a decirle nada más a esa mujer.

Detrás de Mothma hay todo un repertorio de soldados, guardias, y, evidentemente, varios generales y almirantes de la Nueva República. Le sorprende no ver a Ackbar ni a la alderaaniana traidora, Leia Organa. Se pregunta por qué… y entonces lo comprende. No están aquí por si acaso esto es una trampa. Si esta lanzadera estuviera cargada de explosivos, entonces sin duda…

Se le comprime el pecho ante la idea.

¿Y si lo está de verdad? Eliminarían a la canciller. Y a un buen número de soldados y oficiales.

Y a ella. Podría ser la voluntad de Rax. Podría ser…

No, no, no. Es absurdo. Hizo comprobar la lanzadera. Y seguramente aquí se han hecho escaneos preliminares antes de dejarla aterrizar, buscando cualquier tipo de residuo de explosivos o firmas químicas inusuales.

—Tenemos muchas cosas previstas para hoy —le dice la canciller, sacando a Sloane de su breve ensoñación—. Tenemos un día de celebración, y a la hora de cenar usted y yo nos retiraremos para empezar las conversaciones.

Sloane se pone rígida.

—No he venido hasta aquí para ir de fiesta, canciller. Preferiría ir directamente al grano.

—Su adjunta dijo que su presencia aquí requería pompa y ceremoniales, como es propio de un encuentro entre dos entidades soberanas.

Sloane le lanza una mirada a Adea. La chica ha cometido un error y recibirá una reprimenda por ello. Pero ahora no es el momento. Sloane se vuelve hacia la canciller y fuerza una sonrisa:

—Sí. Quizá tenga razón. Todos nos merecemos un momento de ocio. Gracias por acoger estas conversaciones, canciller. ¿Empezamos?



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

El transporte sobrevuela suavemente la entrada del hangar y aterriza en el interior del destructor estelar *Dominio*. Jorrin Turnbull (o mejor dicho, Sinjir Rath Velus tomando prestada una vez más la identidad de un agente imperial que murió en la luna de Endor) tira suavemente de la palanca de mando, apretando los dientes tan fuerte que tiene miedo de reducirlos a un fino polvo blanco.

—Este es un plan terrible —le dice a Han Solo, que está agachado para que no le vean. Han Solo, el patán. Un patán muy atractivo y carismático—. Y te odio mucho.

—Relájate. Va a funcionar.

El transporte se aposenta en el suelo del hangar. Sinjir no es muy buen piloto. Aterriza como una serpiente dragón borracha dejándose caer en el suelo. Pero por suerte a nadie le importa. Al cabo de unos segundos, la nave entera está rodeada por un batallón entero de soldados de asalto. ¿Y qué es eso? Aquí viene el Almirante Orlan en persona. Vaya, vaya. Orlan debe de estar impaciente por recoger su premio: el héroe rebelde, Han Solo.

Llega un sonido desde la parte de atrás, de detrás de la puerta sellada que separa la carlinga de la bodega de carga del transporte. Es un sonido que Sinjir lleva oyendo desde que han dejado la superficie de Kashyyyk. Sonido de algo moviéndose, repiqueteando, cambiando de posición. Cada vez que lo oye, Sinjir se estremece.

—¿Estás listo? —pregunta Han Solo.

—No. Para esto no —responde Sinjir. Está pálido. Siente como si tuviera agua en las entrañas. Se le eriza la piel—. Tendría que haber sabido que era un mal plan cuando me dijiste qué «cautivos» íbamos a transportar. Eres un hombre peligroso.

Han Solo se encoge de hombros.

Fuera, un soldado de asalto golpea el lateral del transporte.

—Abra —ordena la voz del Teniente Yoff por el comunicados.

—Allá vamos —dice Han Solo.

—Sí —responde Sinjir con seriedad, y entonces abre la puerta.

Sinjir hace una mueca y espera.

Activa la cámara exterior de la compuerta de babor, aunque en realidad preferiría no verlo. Pero es como cuando se estrella un deslizador: es difícil apartar la mirada.

A través de la pantalla ve que Orlan parece confundido al no pasar nada. Seguramente a estas alturas ya ha escuchado el sonido. Ese sonido terrible. Pero en lugar de retirarse como una persona inteligente, el muy insensato sigue adelante. Pasa tan rápido que Orlan no tiene tiempo ni de gritar.

Se echa atrás, tapándose los ojos como si le arrojaran algo. Sinjir sabe lo que es. Pelos. Que salen disparados de las piernas y el tórax de la gigantesca araña tejedora que se abalanza sobre Orlan.

La araña no está sola. Detrás de ella salen más, saltando y correteando hacia delante, clavando soldados de asalto al suelo del hangar con sus patas afiladas. Sus fauces relucientes se abren y se cierran, practicando agujeros limpios en esas armaduras blancas. Los gritos de los soldados de asalto se disuelven en lamentos agónicos cuando se desploman. Las arañas corretean sin parar, lanzando aullidos agudos.

El almirante intenta huir. Sinjir le ve a través de la ventana de la lanzadera. Pero Orlan está cegado y la araña no quiere dejar escapar a su presa. Lo derriba y no tarda en masticar el cráneo del oficial.

—Arañas —protesta Sinjir—. ¿Por qué teníamos que utilizar precisamente arañas?

Han Solo se encoge de hombros.

—Los wookiees han dicho que funcionaría. No les ha costado mucho reunir a esta manada y, bueno, mira… —abre los brazos para mostrarle el panorama. Los soldados de asalto disparan infructuosamente sus blásteres mientras los oficiales huyen. Las arañas se abalanzan sobre ellos con toda su masa. Sacudidas y gritos—. Muy bien, esta distracción no durará mucho. Vamos allá.

Han Solo se sienta en el control de armamento. Los laterales de la lanzadera se abren y salen los cañones láser que flanquean la carlinga.

Delante de ellos hay un par de torretas, cuya misión es no dejar entrar naves intrusas. Y a su lado están los generadores de escudos del hangar.

Han aprieta el gatillo una vez, dos, tres…

Los rayos de luz roja aúllan sobre los cuerpos de los soldados de asalto inmovilizados por las arañas. Las dos torretas y los generadores de escudos explotan con un fulgor de luz blanca y una lluvia de restos metálicos.

Sinjir habla por el comunicador:

—*Halo*, la puerta está abierta. No hace falta llamar.

—Vamos —dice Han Solo.

—No voy a salir ahí fuera.

—Sí que vas a salir.

—Hay arañas ahí fuera. Y no son arañitas pequeñas. Arañas más grandes que mi abuela. Y aunque mi abuela era una mujer relativamente pequeña, era considerablemente más grande que cualquier araña que yo hubiera visto.

—Están ocupadas.

—¿Ocupadas?

—Comiendo soldados de asalto.

—¿Te he dicho que te odio?

—Quizá una vez o dos.

Sinjir gruñe, y entonces se levanta. Abren la puerta que separa la carlinga de la bodega de carga. Se le corta la respiración, porque hay arañas, muchas arañas, muchísimas arañas. Decirles a sus piernas que lo saquen del transporte le parece un acto heroico. Y sin embargo lo logra. Y, ¿cómo no?, ahí está una de esas tejedoras.

Se alza sobre las dos patas de atrás. Sus pelos se agitan. Un líquido seroso verde rezuma de sus colmillos, que se separan de sus fauces como una trampa al pisarla.

Han Solo le dispara en la cara. De la cabeza le sale un líquido viscoso y la araña se desploma, retorciéndose.

Dos arañas más se les acercan por detrás. Sinjir intenta desenfundar su bláster, pero da igual. Dos lanzas de luz láser las atraviesan mientras el hangar se llena con el rugido de los motores de la *Halo*. La cañonera se acerca al transporte, sus turbinas giran rápidamente y aterriza con un estruendo. En cuestión de segundos, el resto del equipo sale corriendo de la *Halo*: Jas, Jom y evidentemente también Chewbacca, con las armas a punto y disparando. Las arañas siguen correteando, dejando caer fluidos y aplastando soldados de asalto.

—¡Vamos! —grita Han Solo, haciéndoles un gesto a los demás—. Vamos a secuestrar un destructor estelar.

Sinjir reprime un gruñido.

—No te preocupes —dice Han, sonriendo irónicamente—. Lo he hecho antes. ¿Qué podría salir mal?

La logística de este plan desafía la realidad. Sinjir lo sabe.

En un destructor estelar hay miles de personas. De acuerdo, en este hay menos tripulación, quizá unos centenares. Su pequeño momento de distracción arácnida les ha concedido un poco de tiempo… pero ponerse a los mandos de un destructor estelar no es exactamente lo mismo que pilotar una cañonera o un carguero a través de un enjambre de

cazas TIE. Sinjir reconoce que nunca ha pilotado un destructor estelar, pero está seguro de que tiene que ser como subirse a lomos de una trogobestia en plena estampida e intentar dominarla.

Está bastante seguro de que no funcionará. Aunque a medida que se abren paso por los pasillos y conductos del destructor hacia el puente, empieza a sentirse inusualmente optimista. Luchar junto a Han Solo significa que la famosa buena suerte del contrabandista se te pega como si fuera un olor agradable. Jas va derribando soldados de asalto a izquierda y derecha con su lanzaproyectiles. Jom es todavía más brutal; se va abriendo paso junto al wookiee luchando cuerpo a cuerpo contra sus enemigos, lanzando a esos incompetentes de armadura blanca a lado y lado, a veces golpeándolos entre ellos.

Y entonces, como por un milagro, por la Fuerza o por alguna extraña autoridad cósmica que gobierne el ir y venir de la galaxia, llegan al puente. Han Solo levanta sus dos blásteres y dice:

—Esto es un atraco. Vamos a necesitar este destructor estelar.

Y, por un momento, todo parece luminoso y reluciente. Los oficiales de comunicaciones y los alféreces empiezan a ponerse en pie, con los brazos en alto. Un oficial panzudo entrado en años, con galones de vicealmirante en el pecho, vacila antes de ponerse en pie.

«Madre mía, lo hemos logrado», piensa Sinjir.

Pero la idea de victoria llega demasiado temprano.

La puerta que tienen a sus espaldas se abre de golpe y el puente se llena de soldados de asalto. La lucha que Sinjir creía que había terminado los sigue hasta aquí: a Jom le hacen saltar el bláster de las manos de un disparo. Se lanza hacia adelante dando un puñetazo, pero recibe un golpe en la garganta con la culata de un rifle y se desploma. Lo sustituye Jas. Su rifle es demasiado largo como para disparar en un espacio tan pequeño, así que lo agita como un bastón. Sinjir también hace su parte: se pone detrás de uno de los soldados y le pega un golpe con la mano plana justo debajo del casco. Las puntas de sus dedos golpean con fuerza en el cuello del soldado, y tiene el resultado esperado. El soldado imperial abre las manos como acto reflejo, y el rifle que llevaba cae al suelo.

«Ja, ja», piensa Sinjir. «Volvemos a tener suerte…»

Pero entonces recibe un golpe demoledor desde atrás. Sus dientes se cierran sobre su lengua. Nota el sabor de la sangre en la boca y ve supernovas detrás de los ojos. Sinjir cae al suelo boca abajo.

Un soldado de asalto se alza sobre él y le da una patada en las costillas. «Ay».

A través de unos ojos borrosos, ve que los soldados se lanzan sobre Han Solo y le arrebatan el bláster. Y a Chewie también. El wookiee protesta con un rugido.

«Se acabó», piensa Sinjir.

Ve como los soldados de asalto empujan a Solo contra una consola. Un par de soldados aturden a Chewie cuando el wookiee intenta echárseles encima. Una bota se posa sobre el cuello de Sinjir y aprieta.

Después de todo, parece que la suerte es un recurso que se agota.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

El Día de la Liberación ha empezado.

Ahora mismo, un desfile recorre el centro de Ciudad Hanna, con su clamor musical y sus colores brillantes. Unos bailarines holográficos marchan junto a una banda de chandrilanos de carne y hueso. El aire se llena con el aullido de las gaitas, el estruendo de los tambores, los aplausos y el retumbar de cientos de pies marchando.

Sentado en su balcón, Wedge Antilles ve y escucha las celebraciones. También puede oler la comida: una docena de aromas se entrelazan en su nariz gracias a los puestos de comida que hay dispersos por la ciudad. Comidas especiadas con dúrmica, pimientos chando, picosnegros hechos a la parrilla, huevos adobados del propio piconegro, tartas ácidas al horno y exquisitas nubes crujientes.

Wedge debería estar ahí abajo. Pero no comiendo o viendo el desfile. No. Debería estar trabajando. Patrullando con el caza. Vigilándolo todo. Pero le dijeron que se lo tomara con calma. Ayudó en la planificación, y entonces le dijeron que era hora de relajarse y disfrutar del día. Pero no puede. Quiere tener algo que hacer.

Wedge quiere hacer su maldito trabajo.

Hace una mueca al dejar el balcón. Le duelen la pierna y la cadera. Menos que ayer, eso sí. Ya es algo…

En su mesa, una luz parpadeante indica un mensaje entrante. Wedge se acerca y pulsa un botón para aceptar el mensaje.

Aparece el rostro de Leia. Es un mensaje grabado, no en directo.

Cuando Leia empieza a hablar, a Wedge se le hiela la sangre. Y después empieza a hervirle.

—Capitán Antilles, he hecho una tontería. He saltado al hiperespacio hasta un punto cercano al sistema Kashyyyk. Voy en el *Halcón Milenario*, con Evaan Verlaine de copiloto. Pronto llegaremos a la órbita de Kashyyyk. Si estamos solas, lo más probable es que el Imperio me capture como prisionera. Una prisionera muy importante, que representaría una gran pérdida para la Nueva República. A menos, claro, que alguien quisiera intervenir. Me iría bien un poco de compañía aquí, Capitán. ¿Quiere unirse a nosotras?

Entonces la imagen titila y desaparece.

«Oh, Leia, ¿qué estás haciendo?»

El corazón le late dentro del pecho como un cañón de pulsos. Wedge se pone la chaqueta y coge el bastón.

Cada momento libre que tiene, Sloane le lanza esa mirada a Adea. Esa que dice: «Este desfile, esta música, este ruido, este clamor… son culpa suya».

En la mirada de Adea está claro que ya ha recibido la reprimenda. Como debería ser.

Mientras tanto, Sloane está atrapada en este paseo desagradable. El Imperio también conoce las celebraciones, los desfiles son necesarios para asegurar la docilidad de la población. Sí, sí, ciudadanos, comed vuestros dulces y disfrutad del espectáculo. Pero los desfiles imperiales son celebraciones contenidas. Desfilan los soldados y los oficiales. Las bandas tocan marchas conocidas, marchas patrióticas, adecuadas. Son celebraciones cortas y sencillas.

Esto, por otro lado, es un acto desaliñado, indignante.

Ahora mismo, unos acróbatas medio desnudos pasan por debajo del asiento de Sloane en el balcón. Caminan sobre largos palos y saltan de aquí para allá entre trampolines gravitacionales, seguidos por serpentinas holográficas. Es una payasada estrambótica. En un escenario flotante hay una demostración marcial de los mon calamari. Hay que reconocer que es bastante impresionante, teniendo en cuenta que básicamente son una raza subacuática de cefalópodos humanoides. Después de ellos llega otra banda, que toca la execrable «música» de los gabdorinos.

A su derecha está sentada la canciller. A su izquierda, Adea.

Sus guardias están en la puerta, aunque en la sala hay el doble de soldados de la Nueva República.

—Es impresionante, ¿verdad? —pregunta Mon Mothma, y Sloane entiende que a la mujer realmente le gusta todo esto. Es honesta. Muchos políticos recurren a caras falsas, algo que Sloane no soporta. Pero la canciller tiene cierta… autenticidad, a falta de una palabra mejor, que le resulta inquietante.

—Sí. Lo es.

—Vamos a hablar un momento. Quiero poner las cartas sobre la mesa antes de que empiecen las conversaciones oficiales, antes de tener un escriba haciendo el registro, antes de enfrentarnos al arduo trabajo de redactar nuestro tratado.

«Pondré las cartas sobre la mesa», piensa Sloane. «Creo que vuestra forma de vida es ingenua. Tengo miedo de que traigáis el caos a la galaxia. Creo que el único arduo trabajo que tendremos será limpiar la montaña de excrementos que habéis acumulado con este terrible vacío de poder. Nosotros manteníamos el orden. Vosotros solo mantenéis la confusión».

Evidentemente, no dice estas verdades en voz alta.

—Preferiría sentarme a disfrutar del espectáculo, si no le importa —miente Sloane. Resulta muy difícil disfrutar de la música gabdorina, que suena como un coro de animales atrapados en trampas de barrotes afilados, intentando liberarse sin conseguirlo.

Pero la canciller es persistente.

—El espectáculo forma parte de ello. La galaxia es un lugar maravilloso y variopinto. Alberga una variedad tan salvaje… Aquí le presentamos la individualidad. Algo que el Imperio, me temo, ha pasado por alto. Si tiene que haber un tratado de algún tipo, es vital que preservemos lo que hace especial la vida en esta galaxia. Es vital preservar todo lo que verá hoy, todas las formas de existencia. Todas las opciones que tenemos.

—Ah, por supuesto —miente Sloane. Cada molécula de su cuerpo se esfuerza en evitar asaltar a la canciller con la noticia de que pronto se producirá un ataque, y que todas las naves del Imperio llegarán a este planeta… y la Nueva República caerá de rodillas ante ellos. La individualidad es una buena causa si eres idiota. Unirse al colectivo y luchar por el bien mayor a través del control imperial… para eso hace falta agallas y verdadera sabiduría. No puede decir todo esto, así que en su lugar decide poner el dedo en otra llaga—. No veo a su princesa alderaaniana por aquí.

Eso es un ataque en toda regla. La canciller se remueve en su silla, incómoda.

—Me temo que hoy Leia está indispuesta.

—Qué pena. A veces pienso que ella y yo estábamos destinadas a enfrentarnos. Ella y yo, en un duelo a través de las holo-ondas. Me hubiera gustado conocerla en persona.

—Sí. Es la voz y el rostro de la Nueva República.

—Como yo de mi Imperio.

Justo entonces se abre la puerta a sus espaldas. Entra un hombre de pelo oscuro, con un traje rojo óxido de piloto de la República, apoyándose en un bastón al caminar. Clava la mirada en Sloane, que tarda unos segundos en reconocerle.

Wedge Antilles.

Es el piloto al que tuvo tumbado ante ella en el palacio del sátrapa en Akiva. Por el modo en que camina con el bastón, Sloane comprende que le hicieron daño de verdad. Una extraña sensación de culpa nace en su corazón. El no era más que un peón en la partida. De algún modo, ella también lo era. Aun así, Sloane lamenta lo que le ocurrió.

Por la forma en la que él la mira, seguramente Wedge desearía tener lanzas en los ojos y atravesarle el pecho. No solo quiere matarla. Quiere acabar con ella. Y Sloane no

le culpa. Al menos esta ira le permite deducir que ella contribuyó a dañarle el cuerpo, pero no el espíritu.

Bien por él. Por mucho que sea un insensato por servir a la República.

La canciller le pide disculpas y se acerca apresuradamente a él. Hablan susurrando, pero es difícil ocultar la tensión.

Sloane le susurra a Adea.

—La canciller parece alterada.

—Sí, un poco.

—Algo que le ha dicho el piloto la está angustiando.

Mothma mira a Sloane, y entonces saca al piloto de la sala.

—Estoy segura de que no es nada —dice Adea.

—Quizá saben algo.

—No pueden.

—¿Por qué?

—Porque no son suficientemente astutos —afirma Adea.

Las palabras de Adea resuenan en el interior de Sloane. «No son suficientemente astutos». Siempre se ha enorgullecido de ser astuta, la más astuta de la sala. Pero acaba de asaltarla un atisbo de duda…

Sin embargo, tiene poco tiempo para pensar en ello porque la canciller vuelve a entrar en la sala. Mothma está inquita, aunque intenta que Sloane no lo note.

—Mis disculpas —dice la canciller.

—¿Va todo bien?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a ir bien?

Gallius Rax observa los acontecimientos de Ciudad Hanna.

No tiene un acceso especial, pero tampoco lo necesita. Ahora es la canciller quien controla la HoloRed, y están emitiendo el Día de la Liberación en abierto.

Es un gran espectáculo, la exhibición de un ave arrogante: *Mira qué bonitas que son mis plumas*.

Cuando termina el desfile, poco a poco se va vaciando la Plaza del Senado. Un escenario se eleva por encima de la piedra; pero no gracias a una tecnología moderna, sino a una serie de hombres que hacen girar palancas de madera y activan antiguos engranajes de piedra. Chandrila es un planeta ancestral. Los gustos modernos contrastan con una historia muy larga.

Si han preparado un escenario, pronto llegará el momento de llenarlo.

Eso significa que es hora de poner en marcha el plan. Llama al Gran Moff Randd a sus aposentos.

—Señor —dice Randd, frío y obediente.

—Prepare las flotas para moverse —Rax le entrega una tableta de datos—. Cuando yo dé la orden, diríjalas a estas coordenadas. A todas. Coordínese con Borrum. Necesitaremos a todo el mundo en el terreno, con todo lo que tenemos. *Todo*.

—Pero, señor, esto no es…

—Lo sé. Hágalo.

—¿Lo sabe Sloane?

—Lo sabrá. Todos lo sabrán. De hecho, convóquelos. Quiero reunirme con mi Consejo en la Sombra —entonces agita la mano—. Ahora, váyase.

Mientras tanto, Rax vuelve a centrarse en los acontecimientos de Ciudad Hanna. Es hora de ver cómo se desarrolla esta ópera.



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

«He fracasado».

Esas dos palabras revolotean por la mente de Han Solo como un par de vainas de carreras compitiendo por llegar antes.

Vino hasta aquí, dejando a Leia y a la Nueva República, por una sola razón. Para hacer lo que nadie más quería hacer: liberar Kashyyyk. Dejar atrás a Leia de esa forma fue durísimo para él. Pero Leia lo entendió. Sabe lo que es tener una causa más grande que tú mismo. Si alguien lo entiende, es Leia.

«He fracasado».

Mientras el vicealmirante huraño ordena a los soldados de asalto que los apresen (cosa que hacen fácilmente), Han Solo hace inventario de sus errores.

Confió en Imra, que no era trigo limpio. Pero fue tan tonto que no lo vio.

El Imperio capturó a Chewie, y Han huyó. Y entonces estuvo cerca de arreglarlo todo, muy cerca. Lucharon por medio planeta y acabaron con Lozen Tolruck, que tuvo tiempo de bombardear el planeta para reducirlo a barro y astillas. «Y sangre de wookiee», se lamenta Han.

«Todo es culpa mía».

Han esposado al resto del equipo: la cazarrecompensas, el comando, el eximperial… y lo peor de todo: a su copiloto, Chewie. Otra vez.

Ha sido un buen equipo. Les han servido bien, tanto a él como a Chewie.

Todos ellos están contra la pared. Han Solo también. El vicealmirante se le acerca por la espalda. El aliento le huele a podrido y todo él apesta a sudor. «Estos imperiales se han descuidado de verdad», piensa Han.

El vicealmirante le gruñe al oído:

—Soy el Vicealmirante Domm Korgale. Tiene que recordar ese nombre, bellaco. Seré yo quien le entregue al Imperio. Será una ficha excelente en la mesa de juego. Solo por haberle atrapado a usted ya conseguiré asiento en la mesa.

—*Tooska chai mani* —le responde Solo. Un improperio en huttés, lo peor que puede recordar ahora mismo. Tiene que ver con la madre de uno y un cabecilla de los merodeadores tusken—. ¿No lo entiende? Han perdido. Ya no son el otro bando en una guerra. Son *criminales*.

—Entonces, en tanto que criminales, ¿no le importará si le salvo a usted y ejecuto a sus amigos? ¿Aquí y ahora? —pregunta Korgale mientras gira el dedo en el aire y los soldados de asalto apuntan el cañón de sus blásteres contra las nucas de los prisioneros alineados contra la pared.

—Ha sido divertido, chicos —dice Sinjir, con la mejilla aplastada contra la pared.

Jom y Jas están en silencio, resistiéndose baldíamente contra sus captores.

Chewie emite un gruñido flojo.

—Lo sé, compañero. Lo hemos intentado.

Desde el otro lado de la sala, una oficial de comunicaciones anuncia:

—¡Señor! Una nave está a punto de salir del hiperespacio…

—¿Qué? —pregunta Korgale. Entonces eleva la voz—. Pedí refuerzos. Quizá ahora que Orlan ha muerto, me han escuchado.

—No es de los nuestros. Es un carguero. Una vieja marca corelliana…

Han abre los ojos como platos. Mira a Chewie mientras la oficial dice el resto:

—Un YT-1300.

Han Solo articula las palabras para su copiloto:

—¿El *Halcón Milenario*?

¿Pero quién lo pilota? ¿Wexley?

—La nave nos está llamando —anuncia la oficial de comunicaciones.

—Ponga la comunicación —ordena Korgale—, y lancen un contingente de cazas TIE. No podemos arriesgarnos.

A través del comunicador se escucha una voz que eleva la moral de Han Solo a la vez que la hunde:

—Aquí Leia Organa de la Nueva República. Detengan sus naves o serán destruidos.

La barriga de Korgale se estremece con una risa rígida.

—¿Una nave? ¿Cree que puede derribar tres destructores estelares con un carguero destartalado? ¿Está loca? Que los cazas TIE la reduzcan a polvo. Ni siquiera es piloto: es una política.

—Nunca han visto a una política como esta —responde Han, sonriendo de oreja a oreja. Pero para sus adentros no puede evitar preguntarse: «¿Cómo piensa hacerlo sola?».

Evaan Verlaine le dirige una mirada. No, no una mirada cualquiera, sino *esa* mirada que le resulta demasiado familiar. Una ceja levantada, una sonrisa burlona y una expresión que va cargada con la pregunta: «¿En qué nos has metido esta vez, Princesa?»

Leia no está totalmente segura. Durante un momento se siente sobreexpuesta: como un diente sin su esmalte, como una nave sin blindaje, como si ella misma estuviera atada a la nave y flotando ahí fuera. Quizá no ha sido tan buena idea…

Delante de ellas, el *Dominio* empieza a escupir cazas TIE.

—Leia, estamos a punto de tener compañía —dice Evaan. No se refiere a los cazas TIE. Los sensores indican que se acercan más naves.

Una docena de estrellas detrás del *Halcón Milenario,* estrellas que en realidad no son estrellas. Son naves. Cazas Ala-X.

Se queda boquiabierta cuando salen del hiperespacio y pasan junto al *Halcón Milenario* por todos lados, disparando sus cañones. Un caza TIE sale disparado en otra dirección, soltando fuego que no tarda en implosionar. A través del comunicador de Leia se escucha la voz de Wedge Antilles:

—Aquí Líder Espectro —anuncia—. El Escuadrón Espectro le cubre las espaldas, General Organa. Vamos a ganar esta batalla y volveremos a casa.

Korgale respira entrecortadamente. Es un momento de debilidad que Han Solo detecta. Un momento de miedo. A Han le gusta ese momento.

El momento que sigue le gusta todavía más.

—¿Una docena de cazas Ala-X y un carguero cochambroso es todo lo que traen? —gruñe Korgale—. Tenemos tres destructores estelares. Llamen al *Debilitador* y al *Neutralizador* Vamos a eliminar esta nube de moscas antes de…

Aparece otra nave.

Lo que viene a continuación es un momento que Han Solo disfruta de verdad. El vicealmirante emite un pequeño quejido, como un ratón al caer en una trampa.

Se encienden los comunicadores y resuena la voz del Almirante Ackbar:

—Aquí el Almirante Ackbar de la flota de la Nueva República, a los mandos del crucero mon calamari *Hogar Uno*. Ríndanse o serán destruidos.

Korgale camina de un lado para otro. Le aletean los orificios nasales y tiene las mejillas hinchadas. Va hablando solo:

—No… no podemos rendirnos. Debemos defendernos con todas nuestras fuerzas. El G5-623 es nuestro planeta, y todavía somos tres naves contra una…

Aparentemente, Chewbacca está cansado de todo esto. El wookiee ruge, vuelve la cabeza y le da un cabezazo al casco del soldado de asalto que tiene a la bestia peluda

contra la pared. El soldado cae al suelo gritando. El wookiee se aparta de la pared y carga sobre Korgale. El resto de soldados de asalto se vuelven, levantando los rifles.

«Van a acribillar a Chewie».

Han Solo se agacha delante del soldado que tiene más cerca y se impulsa para embestirlo y hacerlo caer hacia delante. El soldado se desploma sobre el siguiente. Sinjir se agacha y lanza el pie, que se enlaza detrás de la rodilla de otro imperial y lo hace caer. Jom y Jas se encargan juntos del último. Entre los dos, aplastan al soldado que tienen en medio y le dan una paliza en el suelo hasta dejarlo tieso.

Chewie completa su trayectoria. Se lanza sobre Korgale como una nave estrellándose contra un planeta. El oficial suelta un quejido mientras se desploma. El wookiee ruge, triunfante.

Fuera, al otro lado de la ventana, los Ala-X esquivan y dan giros mientras se acerca el *Debilitador*, seguido del *Neutralizador*.

Una de las naves del Escuadrón Espectro queda reducida a cenizas por tres cazas TIE que lo seguían. El *Halcón Milenario* se lanza sobre ellos y los acribilla… unos segundos demasiado tarde.

Han Solo sabe que Korgale tenía razón: tienen tres destructores estelares.

Las probabilidades siguen estando en su contra. Es como una partida larga de sabacc. Cuando no te quedan muchas fichas y tienes malas cartas, ¿qué puedes hacer? Igualas las posibilidades. Y la forma de igualar las posibilidades que más le gusta a Han es hacer trampas.

Jas está a su lado, resoplando, con el pelo aplastado sobre los cuernos de la cabeza.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento, Solo?

—No tardaremos en sufrir una invasión de soldados de asalto en este puente —responde—. Necesitamos controlar el puente y cerrarlo, pero para ello primero tenemos que encontrar el modo de quitarnos estas esposas…

Chewie ruge, enseña los dientes y separa los brazos con fuerza. Las esposas se parten como si estuvieran hechas de caramelo en lugar de acero.

—Eso funciona —dice Han Solo.

Chewie corre a ayudar a Solo y a los demás a quitarse las esposas.

—Yo me encargo de la puerta —dice Jom, y se dispone a sellarla.

Sinjir y Jas les ponen esposas a los soldados de asalto noqueados. Pero falta una persona: Korgale. No está en el puente. Ese cerdo ha huido.

Pero no hay tiempo para preocuparse por eso ahora.

—Vamos a ver cómo se pilota un destructor estelar —dice Han Solo, dando una palmada—. Es momento de equilibrar las posibilidades. Que alguien se encargue del comunicador. ¡Y que se asegure de que esos Ala-X no intentan destruirnos en el proceso!

La batalla continúa. El Escuadrón Espectro de Wedge, formado por una colección heterogénea de pilotos retirados, bichos raros y náufragos efectivos, logra partir en dos los enjambres de cazas TIE, aunque pierden algunos de los suyos.

El *Halcón Milenario* vuela con confianza, y pronto Leía siente que la nave forma parte de ella. Incluso hay momentos en los que siente que la batalla se desarrolla a su alrededor en el espacio. Invisiblemente, como si todo aquello fuera una corriente de aire caliente en la que hubiera puesto la mano. La Fuerza la está guiando, lo sabe. Al menos un poco.

Luke estará contento.

El *Dominio* secuestrado no tarda mucho en empezar a disparar contra los otros dos. El *Debilitador* se parte por la mitad como rasgado por una cuchilla afilada de luz, y entonces el vacío aplasta al resto.

—Tu plan absurdo ha funcionado —dice Evaan, sonriendo.

—Entonces quizá no era tan absurdo.

—Ha sido una locura absoluta, Princesa. Siempre dicen que es Han quien tiene buena suerte, pero estoy empezando a pensar que eres tú.

«La Fuerza me ha acompañado hoy», piensa. «No, mejor dicho, mis amigos estaban aquí». Y en esta galaxia, quizá eso es lo único que uno necesita de verdad.

La voz de Ackbar llena el aire:

—El *Debilitador* ha caído y hemos recibido la rendición absoluta de la tripulación del *Neutralizador*.

—Bien hecho, Almirante. Y gracias por acudir cuando se lo he pedido —Leia le llamó después de avisar a Wedge. Se la jugó, claro. Ackbar podría haberla detenido. Pero ha venido. Y sabe muy bien que habrá repercusiones para él. Y para Leia y Wedge también, como tiene que ser.

Esto ha ocurrido independientemente de la política. No se ha votado. Nadie ha aprobado que se pusiera en peligro estas naves y a esta gente. Aunque Ackbar trabajara con la tripulación mínima en su propia nave, y aunque Wedge recurriera a un equipo de pilotos olvidados (muchos de ellos están oficialmente retirados), se las tendrán que ver con Mon Mothma. Pero ese es un problema para la Leia del futuro. Ahora mismo, la Leia del presente está muy contenta consigo misma.

Ha llegado el momento de ver a su marido. Entra con el *Halcón Milenario* en el hangar del *Dominio* y aterriza. Algunos soldados de asalto ofrecen un poco de resistencia, disparando sus blásteres sin hacerles nada. Las torretas del *Halcón Milenario* se encargan de ellos.

Y cuando ya han aterrizado, Evaan le dice:

—Te dejo con ello. Dale un beso a Han. A menos que todavía tenga esa barba. Entonces no. *Puaj*.

Leia se ríe y baja de la nave.

La puerta del final del hangar se abre de golpe. Sale un hombre, que queda silueteado por la luz de detrás. Da unos pasos hacia delante, pero Leia ya sabe quién es: es su marido, Han Solo, con un bláster en cada mano. De repente, hay movimiento a un lado. Uno de los soldados de asalto se aposenta sobre una caja y apunta el rifle hacia Leia. Las pistolas de Han Solo centellean y el soldado cae desplomado.

Han camina hacia ella. Leia se apoya en el *Halcón Milenario*, sonriendo.

—Su venerable Alteza —dice Han al verla.

—Hola, sinvergüenza —responde Leia.

—Me harás cruzar a mí todo el hangar, ¿eh?

—Me gusta verte caminar.

—¿Estás bien? —pregunta Han.

—Ahora sí. Estoy muy enfadada contigo —responde Leia.

—Ey. Yo estoy enfadado contigo. Mira que tener que rescatarte de este modo…

—¿Tú? ¿Rescatarme a mí? —exclama Leia, incrédula—. Yo te he rescatado a ti, rufián impulsivo.

Han sonríe.

—Te quiero.

Leia mira hacia un lado.

—Bésame de una vez, bobalicón.

Y lo hace. Se abrazan tan fuerte, que durante un momento Leia siente que no solo están juntos, sino que son una entidad que nunca más se separará. Cuando se apartan, Han le apoya la mano en el vientre.

—¿Cómo está nuestro bebé?

—El niño está bien.

—¿El niño? ¿Es un niño? Te dije que sería un niño, ¿no? Vamos a tener que buscar un nombre para el pequeño bandido…

—No te atrevas a decir que será un bandido. Será un ángel.

—Los bandidos no tienen nada de malo.

—Los ángeles no tienen nada de malo.

—Bésame otra vez —le pide Han.

Y lo hace.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Norra observa la masa de gente. Miles de personas se han concentrado en la plaza para presenciar el discurso de la canciller Mon Mothma y para escuchar las historias de los liberados de la cárcel de Kashyyyk. Junto a Norra está Brentin. Norra lo coge de la mano y se la aprieta un poco. Brentin tiene la palma de la mano cubierta de sudor. Está pálido. Brentin se muerde el labio y dirige la mirada al gentío, pero no mira a la gente. Centra la mirada en un punto fijo en medio de la nada. Norra sospecha que ella está igual. La atraviesan emociones muy diversas: la preocupación de tener que hablarle a toda esta gente, la certeza de que cuando lo haga probablemente acabe vomitando sobre ese uniforme naval tan formal y, por último, la inquietud por Temmin. Porque si no está aquí, significa que seguramente estará realmente enfadado con ella.

No están solos en el escenario. La canciller se ha colocado delante de docenas de presos liberados de la extraña nave-cárcel de Golas Aram. Y también han venido otros oficiales: senadores, generales, almirantes. Norra no ve a Ackbar entre ellos, pero sí a la Comodora Agate, cuyo rostro refleja esa expresión tan característica de orgullo y gravedad, ambos debidos a la guerra.

A Norra le parece ver al General Madine al fondo. Y junto a él, a Durm Harmodius, senador de Chandrila.

Menuda compañía tiene. Al fin y al cabo, ella es una desertora.

Si mira por encima del mar de rostros, la plaza está rodeada por los altos edificios del centro de Ciudad Hanna, que parecen acantilados blancos. Al fondo, se ve el mar.

Delante de ella ve una serie de hileras oscuras: son los balcones de la Vieja Casa de Encuentro, que están reservados para diplomáticos, senadores y otros emisarios, para poder ver las celebraciones del día.

Arriba de todo ve el balcón reservado al monstruo imperial, la Almirante Rae Sloane. Norra intenta no pensar en ella. Intenta no pensar en nada de esto. Ni en esa mujer, ni en Temmin, ni en la necesidad que siente de salir corriendo antes de vomitar.

Mon Mothma da unos pasos hacia delante, flanqueada por sus dos consejeros: la togruta Auxi Kray Korbin y el chandrilano Hostis Ij.

Por encima de la multitud flotan varios droides cámara. Tienen las holo-lentes extendidas. Algunos capturan imágenes estáticas con flashes azules, otros graban los acontecimientos. Norra intenta no mirarlos.

Mon Mothma se sube a un viejo podio de piedra blanquecina. Está un poco desmigajado por los lados pero sigue sobreviviendo al paso del tiempo.

—Hola, Chandrila. Hola, Nueva República. Y saludos a toda la galaxia. Soy la canciller Mon Mothma…

Un gran aplauso.

Por encima de un aplauso ensordecedor, Temmin le grita al guardia que le bloquea el paso a la plaza.

—¡Necesito ver a mi madre! ¡Está en el escenario!

Detrás de él, el Señor Huesos se mueve con impaciencia.

—La plaza está llena —responde el guardia cuando el gentío se calma—. Vas a tener que esperar.

—No puedo esperar. Esto es muy importante.

—Estoy seguro de que lo es —dice el guardia, dando un paso hacia delante y empujando a Temmin hacia atrás—. Sin embargo, vas a tener que esperar, niño.

—No soy un… —«Déjalo», piensa—. Es posible que haya gente en peligro —esto es una suposición que hace, aunque no está realmente seguro de que sea cierto. No obstante, sabe que algo pasa. Y cuando hay un misterio así, suele haber peligro—. Por favor.

—¿En peligro, dices? —dice el guardia mientras se saca un bastón de la pierna. La punta blanca brilla y suelta unas chispas azules. Es una lanza de choque. La apunta hacia Temmin, no para golpearle, sino como amenaza—. Apártate, niño, o voy a usar…

El aire se llena con el chirrido de los servomotores. El Señor Huesos se lanza hacia adelante, agarra el brazo del guardia y lo retuerce hacia arriba. La lanza de choque golpea con fuerza en su casco dorado. El guardia grita y se desploma. Sus pies se estremecen y rebotan sobre el suelo, pero el resto del cuerpo se queda quieto.

—Oh, oh —dice Temmin.

—AMENAZA A AMO TEMMIN NEUTRALIZADA.

—Al menos no le has matado —responde Temmin. A sus espaldas, se oyen gritos. Se acerca un trío de guardias, dos de ellos con lanzas de choque, uno con un bláster—. ¡Vamos, Huesos!

Mon Mothma está dando su discurso:

—… Los ciudadanos que hay en este escenario representan lo mejor que puede ofrecer la galaxia. Muchos de ellos son los arquitectos originales de la Rebelión, una alianza de planetas en busca del bien y la libertad, que querían liberarnos a todos de la correa de un Imperio que subyugó a innumerables sistemas, manteniendo el orden a través de la fuerza bruta y una autocracia desalmada. Esa época ha terminado y el Imperio ha perdido su poder.

Más aplausos.

Ahí fuera, entre el gentío, Norra ve movimiento. Su ojo de piloto está entrenado para ver cosas así. En el vacío oscuro del espacio profundo, es vital saber identificar si una luz es una estrella o es una nave enemiga saliendo de la velocidad de la luz.

Aquí, es como percibir un leve estremecimiento en medio de toda la multitud. No puede distinguir lo que está ocurriendo, pero ve los empujones y las cabezas que se vuelven.

La canciller sigue hablando:

—Con lentitud pero con seguridad, el Imperio va perdiendo terreno. Planeta por planeta, sistema por sistema. Se le está agotando el tiempo. Y allá donde el Imperio se derrumba, la Nueva República se alza de entre las ruinas para recoger las piezas y reconstruir lo que ellos dañaron. Y nótese que digo *dañaron* y no *destruyeron*. El Imperio nos ha dejado tambaleándonos, sí, pero los daños que han causado no son permanentes. El camino no está cortado. El camino está despejado y nos pertenece a nosotros.

Ahí. Alguien se está abriendo camino a través de la multitud. Norra ve los cascos dorados de los Guardias del Senado, que lo siguen de cerca. Un momento. Quien se abre paso entre el gentío no es una sola persona.

Son dos.

Y una de ellas no es una persona. Es un droide. Un droide que Norra reconoce.

«El Señor Huesos», piensa. Oh, no. No, no, no. Ahora no. Temmin, ¿qué has hecho? Norra le ve a él también. Una mata de pelo alborotado con un pequeño moño. Norra lo mira fijamente. Sus miradas se encuentran. Temmin le está gritando algo mientras agita los brazos, pero no sirve de nada. La multitud vuelve a aplaudir, y el estruendo se traga cualquier otro sonido.

Sloane tiene los brazos apoyados en el balcón y la barbilla sobre sus dedos cruzados. La canciller no para de hablar. Que si libertad esto, que si democracia aquello, pero sin reconocer ni una vez que la mayor amenaza a la que se enfrenta la galaxia no proviene del orden imperial sino de su ausencia.

Lo único que puede hacer es esperar que el ataque empiece pronto. Sabe que Rax lo estará observando. Todo este espectáculo simiesco está siendo retransmitido por HoloRed. Sloane aprieta la mandíbula y confía en que Rax lo tenga todo bajo control.

«Que empiece ya el ataque», piensa Rae. Como si sus pensamientos pudieran ser transmitidos a través del tiempo y el espacio. «Ahora es el momento».

—Hemos perdido a demasiada gente en el camino, pero hoy no hay que mirar atrás a lo que hemos sacrificado. Hay que mirar adelante, hacia el futuro —dice Mon Mothma—. Un futuro que ahora está en nuestras manos gracias a todos aquellos que liberamos de la cárcel confidencial imperial: héroes como la antigua gobernadora de Garel, Jonda Jae-Talwar; el cirujano y cónsul de Hosnian Prime, Pías Lelkot, que ayudó a esconder a refugiados imperiales en su propio castillo; al operador de radio Brentin Wexley de Akiva, que él solo transmitió nuestro mensaje por todo el Borde Exterior y cuya esposa Norra lideró al equipo que le rescató a él y a todos los demás…

Norra oye su nombre pero le parece un sonido lejano, como un ruido perdido en medio del océano. Lo único que puede hacer es observar a su hijo, que se abre paso a través del mar de gente. Sale de su ensoñación y se vuelve hacia Brentin para decírselo…

Pero lo que ve no tiene sentido. Brentin tiene el brazo extendido. En la mano lleva una pequeña pistola: un bláster de bolsillo de tres disparos.

Lo apunta directamente a la canciller Mon Mothma.

Norra grita y lo agarra del brazo para levantárselo…

Pero es demasiado tarde. El bláster ya se ha disparado.

«¡No!»

Temmin ve a su propio padre desenfundando algo. Una pistola negra mate, pequeña y fácil de esconder. Mientras apunta a la canciller, Temmin ve que su padre no está solo. Todos los cautivos liberados las tienen.

Su madre también lo ve. Agarra la pistola…

Se dispara justo cuando alguien se lanza sobre Temmin. El dolor lo invade cuando uno de esos bastones lo golpea con fuerza en el costado. Le repiquetean los dientes y se le queda la lengua insensible. Durante unos momentos su cuerpo parece poco más que un saco de carne. El guardia le da la vuelta… Pero entonces Huesos agarra al guardia y lo empuja hacia atrás como si fuera poco más que un viejo muñeco raquítico.

Dos guardias más avanzan hacia ellos. Huesos les hace frente con sus cuchillas.

Un ropaje blanco se agita y la canciller cae al suelo.

Norra retuerce el brazo de Brentin hacia arriba para que no pueda disparar más. Brentin se vuelve para mirarla a la cara. Su rostro es como una máscara de terror. Es como si no se pudiera creer lo que acaba de hacer. Tiene la boca abierta en una expresión desesperada y los ojos llenos de lágrimas. Brentin articula las palabras «lo siento», y entonces le lanza un rodillazo a la barriga…

—¡Brentin! —grita Norra.

Brentin le golpea la nuca con la culata del arma y Norra cae al suelo.

Norra rueda por el suelo, quejándose de dolor. La tarima está sumida en el caos. Ahora es cuando se da cuenta de que su marido no está solo en este acto. Demasiado tarde. Los otros cautivos también llevan pistolas y están disparando a todo el mundo que está reunido en el escenario y directamente al público. Los disparos sesgan el aire. Alguien cae cerca de ella. Uno de los consejeros de la canciller, Hostis, se desploma a su lado. Una serpiente de humo sale de un agujero en su cabeza. Norra se esfuerza por mirar a su alrededor. Brentin no está ahí. Reina el pánico. Uno de los cautivos liberados se detiene delante de Norra: es la primera a la que ha mencionado la canciller, Jonda Jae-Talwar, una mujer alta de pelo blanco. Tiene la cara cubierta con una máscara de rabia mientras dispara contra la multitud.

Norra la agarra por la pierna y tira de ella. La traidora grita y cae de espaldas al suelo; sus pulmones se quedan sin aire. A Norra no le resulta muy difícil arrebatarle la pistola de la mano. En el rostro de la mujer se percibe un extraño momento de claridad, como el sol que se abre paso al apartarse las nubes. Dice algo, algo difícil de oír entre los disparos y los gritos estruendosos. Algo que podría sonar como:

—¿Qué he hecho?

Norra no sabe qué responderle.

La única respuesta que puede proporcionarle es un puñetazo directo a la nariz. Las pestañas de Jae-Talwar aletean y queda inconsciente.

Norra se pone en pie y a punto está de volver a caer. Siente un brote de dolor en la nuca, donde ha recibido el golpe de Brentin. Ve doble, después triple, y al final se le nubla la vista. Delante de ella ve una forma blanca desmadejada: es Mon Mothma, en el suelo. Y justo al lado está la Comodora Agate forcejeando con uno de los prisioneros liberados, un rodiano que agita una pistola. Norra se tambalea hacia allí…

Fias. La pistola se dispara. La cabeza de Agate se vuelca hacia atrás; Agate lanza un grito mientras cae y se golpea contra el podio. El rodiano levanta el arma, dispuesto a terminar el trabajo. Norra lo reconoce: se llama Esdo. Fue el adjunto de un senador de Coruscant hasta que acabó encarcelado en esa nave-cárcel. Norra se abalanza sobre él y le golpea. El rodiano cae al suelo, y Norra aparta la pistola de un puntapié.

Agate tiene las manos sobre la cara. Entre los dedos, Norra ve la piel oscura chamuscada.

—Vete —le dice Agate—. Ponte a salvo.

Norra asiente con la cabeza. Delante de ella ve a la togruta, Auxi, ayudando a levantarse a Mon Mothma. «No está muerta», piensa Norra. Un poco de buenas noticias en este día terrible. La canciller tiene el hombro empapado en rojo. Sangre.

Los guardias llenan el escenario, lanzando disparos de aturdimiento sobre la masa dispersa de cautivos liberados. Norra no ve a Brentin por ninguna parte.

Necesita encontrarle. Ahora mismo.

Sloane no se esperaba una epifanía como la que está experimentando, ni tampoco la desea. Mientras ve los acontecimientos que se desarrollan debajo de su balcón, lo comprende: «Este es el ataque que planeaba Rax».

Lleva su huella por todas partes. ¿Cómo lo ha hecho? Eso no lo sabe. Estos rebeldes que han regresado de la cárcel han sido… programados de algún modo. Convertidos en traidores, en asesinos.

Es la obra de un genio.

Y le repugna.

Sin poder apartar la mirada del caos, Sloane habla con Adea, que está de pie detrás de ella:

—Esto no es la guerra —dice con voz cansada—. Esto no es una batalla. Esto es otra cosa —«Es una prueba», dice una pequeña voz en su interior—. Así no es como nos comportamos. Así es como lo hacen ellos, con insurgencia y terror.

Estos no son los acontecimientos que Sloane esperaba presenciar hoy. ¿Dónde están las naves? ¿Dónde está su flota descargando el sagrado fuego imperial sobre Chandrila? Pero aquí está, y tiene que gestionarlo.

Mon Mothma la ha dejado aquí con Adea y con un contingente de guardias. Trata a Sloane como una invitada de honor, pero tomando precauciones. Sloane se vuelve. Quedan cinco guardias de la Nueva República. Y dos de los suyos, los Guardias Reales de capa roja, vigilando en silencio.

Adea está detrás de ella, temblando ligeramente.

Sloane les hace una sutil señal con la cabeza a los dos Guardias Reales.

Los guardias de la Nueva República no tienen ninguna oportunidad. Los soldados elegidos para servir a Palpatine y llevar la capa roja de élite son individuos vacíos. En su interior solo poseen conocimientos de cómo defender y cómo matar. Con un silbido de su capa y unos giros de sus armas, en menos de diez segundos los cuerpos de los guardias de la República están esparcidos por el suelo.

Sloane les habla a los capas rojas:

—Adelante. Despejen el camino y aseguren mi nave. Adea y yo vendremos poco después.

No dicen nada, ni siquiera asienten. Simplemente obedecen las órdenes.

—Necesitamos un plan —le dice Sloane a Adea.

—Como ha dicho, los guardias despejarán el camino…

—No —replica Sloane, con cierta agresividad—. Un plan más amplio. Este ataque aberrante no puede convertirse en nuestro modo de hacer las cosas, Adea. Tenemos que encargarnos rápidamente de Rax. Sin piedad. Si le damos tiempo, le dará la vuelta a esto como siempre hace. Intentará convencer a los demás que ha sido algo sensato, un mal necesario.

—¿Y qué hay de malo en ello? Seguro que la Nueva República quedará tocada…

Sloane se vuelve y mira a través del balcón. Ahora ve que el escenario se llena de guardias. La canciller está en pie y desaparece rodeada de un círculo de protectores. Mon Mothma está viva. Bien. Esa mujer no debe morir. Debe arrodillarse como señal de vasallaje. Ese es el único destino que Sloane aceptará para la ingenua canciller.

—No se deje seducir por Rax —dice Sloane, sin apartar la mirada del exterior. La multitud ha enloquecido—. A mí me sedujo. Estupidez temporal por mi parte. Me dormí en mis laureles y esto es lo que ocurrió. Tendríamos que haber venido con la flota. Necesitamos demostrar habilidad marcial. El Imperio es como un martillo que aplasta el desorden, no un cuchillo clavado entre unas costillas desprevenidas. Rax debe ser arrestado, y después ejecutado. Y lo haré yo.

Adea no dice nada. Su silencio resulta ensordecedor.

Y entonces llega la segunda epifanía inesperada.

—Adea —dice Sloane, volviéndose hacia su asistente. Adea está ahí, empuñando el rifle de uno de los guardias. El cañón apunta directamente a la cabeza de Sloane. Adea ya no tiembla. Se alza bien erguida, segura de sus acciones. Sloane suspira. «Ella no. Por favor, ella no», piensa.

—Llego tarde, ¿no? Las dos hemos sido estúpidas, Adea.

—Rax es el camino a seguir. El Imperio tiene que estar dispuesto a cambiar. Tenemos que estar dispuestos a hacer lo que sea para demostrar a la galaxia lo que significa desafiarnos.

—No me apunte con ese rifle, Adea.

—Esto ha sido una prueba. Quería que usted lo aceptara, que viera las cosas como él. No tenía que ser así. Podría haberle ayudado a gobernar. Y yo estaría con los dos, ayudándoles a remodelar el Imperio y la galaxia.

—No quiero que el Imperio lo remodelen sus manos. Y tampoco quiero que Rax la remodele a usted. Hemos trabajado bien juntas, usted y yo. Usted creía en mi visión, ¿no? —no obstante, ahora lo entiende. Adea la ha traicionado desde el principio, ¿verdad? Dándole información a Rax sobre ella. Así pudo saber que había ido a Coruscant. Así supo acerca de su encuentro con Mas Amedda. Acerca de todo. Quizá todavía haya esperanza—. Baje ese rifle. No le daré más oportunidades, Adea. Baje. Ese. Rifle.

Pero Adea no lo hace. Está decidida. De verdad.

Que así sea.

Sloane hace una finta a la izquierda y después se mueve hacia la derecha. Adea no tiene entrenamiento de combate. El rifle sigue el primer movimiento de Sloane y dispara. El rayo del bláster atraviesa el espacio donde estaba Sloane segundos antes.

Sloane le lanza un puñetazo a los riñones. Adea grita. Entonces intenta apuntar a Sloane con el rifle…

Es una decisión incorrecta. A Sloane no le resulta difícil arrebatarle el arma de las manos. Le dispara a bocajarro, en pleno pecho.

Adea abre mucho los ojos, y en ellos Sloane ve a una chica en la que confió. Una chica que hubiera podido ser su hija en otra vida.

Los labios de Adea se mueven, pero no emiten sonido alguno. Cae al suelo.

Sloane se toma un momento. Y en ese momento, la rabia se apodera de ella como una mancha de ácido.

«Voy a matar a Gallius Rax».

Sloane sale de la sala con el rifle en la mano.

«Brentin…»

Norra se enfrenta al gentío. El pánico se ha apoderado de ellos. Normal. También de Norra. En algún lugar oye a alguien llorando. Entonces más disparos bláster. Intenta imaginar lo que ha ocurrido, lo que está ocurriendo, pero no lo logra. Ver a estos cautivos en un merecido pedestal y que empiecen a atacar… es absolutamente incomprensible.

«Brentin…»

Su marido es parte de ello. Ha intentado asesinar a la canciller. ¿A quién más hubiera atacado si ella no lo hubiera detenido? ¿Y adonde ha ido? Tiene que encontrarle.

Para detenerlo, claro. Pero también para comprender qué ha ocurrido. Para mirarlo a los ojos una vez más y descubrir si el hombre que ha hecho esto sigue siendo su marido, si su marido sigue ahí.

«Brentin, ¿por qué?»

Se abre paso por la plaza buscando a su marido, pero también buscando a su hijo. Temmin lo sabía. Ha intentado avisarla. ¿Dónde está ahora?

«Tienes que subir».

Norra es piloto. Necesita altura, como un halcón al buscar a su presa. Se abre camino a codazos hasta la Vieja Casa de Encuentro y sube un par de escalones. Casi se queda sin aliento al hacerlo. Ve un cuerpo en la entrada, un senador ottegano, con los ojos vidriosos y grises como los de un droide. Esto significa que aquí había cautivos, ¿no? Por supuesto.

No todos estaban en el escenario. Algunos probablemente estaban aquí. Mirando. Esperando.

Norra sigue adelante. Aquí ya no puede hacer nada.

Logra subir hasta una de las terrazas vacías. La multitud ya ha empezado a dispersarse y los guardias están intentando cerrar la plaza. Bien. Con suerte, atraparán a tantos cautivos como puedan. Hay que obtener respuestas.

Y entonces, Norra lo ve.

Brentin Wexley. Al otro lado de la plaza. Está cruzando por uno de los pasadizos elevados, en dirección a la plataformas de aterrizaje.

Norra aprieta los dientes y va en esa dirección.

—Alto ahí.

Temmin se detiene detrás de su padre mientras este huye por el pasadizo elevado. Más allá ve cientos de plataformas de aterrizaje en un extremo de Ciudad Hanna. Y luego está el mar.

Su padre se detiene de golpe, todavía con la pistola en la mano.

Temmin no va armado, y está solo. Huesos no está con él, se ha quedado en la plaza distrayendo a los guardias para que Temmin pudiera huir.

Brentin se vuelve lentamente hacia él.

—Tem —dice su padre; al menos suena como su padre. Le tiembla la voz.

—Mamá tenía razón. No eres tú.

—Sí que soy yo. Pero… —sus palabras mueren antes de salir por la boca. Se queda ahí, en silencio. Lentamente, levanta la pistola, casi como si no quisiera hacerlo. Como si una cuerda invisible estuviera tirándole de la muñeca y levantándole el brazo. O quizá son imaginaciones de Temmin. Quizá su padre quiere matarlo de verdad. Temmin se queda quieto, con la barbilla alzada. Intenta no llorar, pero fracasa estrepitosamente. Sus mejillas se tensan y se le llenan los ojos de lágrimas. No puede apuntarle con un arma, así que le apunta con un dedo acusador.

—Has matado a gente.

—No digas eso.

—Pero lo has hecho. Eres del Imperio. ¿Siempre lo has sido? ¿Fue todo una mentira? ¿Te hacías el tipo bueno para que no supiéramos lo malvado que eras?

—No. ¡No! Yo… yo nunca…

—Dispara. Adelante. Ya me has disparado antes.

La pistola tiembla.

Brentin intenta resistirse. El conflicto es evidente en su rostro, como si estuviera luchando consigo mismo. La pistola se agita violentamente en su mano mientras dobla el brazo, y lentamente apunta el arma…

A su propia cabeza.

—¡No! —grita Temmin, y sale corriendo hacia él. Da un salto y se arroja sobre su padre. El bláster se dispara y cae al suelo. Brentin mira a su hijo con unos ojos

inexpresivos—. No, no, no, no te mueras —esos ojos parpadean. El disparo ha fallado. Temmin ha llegado a tiempo, y Brentin está vivo.

Su padre grita y le lanza un puñetazo a la barriga. Se quita al chico de encima y sale corriendo. Deja a su hijo sin aliento, llorando en el suelo del pasadizo elevado.

«Papá…»

El guardia con la mata de pelo rubio y la pequeña cicatriz en la barbilla está ahí de pie, mirando hacia abajo. Yupe Tashu, antiguo consejero del Emperador Palpatine, mira hacia arriba con la barbilla empapada de su propia saliva.

—Hola, guardia —dice Tashu, con la boca densa.

El guardia levanta la reja que mantiene encerrado a Tashu.

—¿Has venido a matarme? —pregunta Tashu, y sus palabras se disuelven en una risa enloquecida. Su risa da paso a un ataque de tos. Una serie de espasmos le recorren el cuerpo y acaba enroscado como una bola. Respira con dificultad. Entonces le dice—. He oído disparos.

—Ha oído bien. Pero usted no es un objetivo.

—Entonces, ¿qué soy?

—Un hombre libre.

Vuelve a echarse a reír, y acaba con los mismos espasmos pulmonares.

—La Oscuridad me ha salvado. He suplicado durante mucho tiempo.

—Puede irse. Hay una nave esperando. Plataforma de aterrizaje E-22.

—¿Y los otros huéspedes? ¿Shale, Crassus y Pandion?

—Pandion murió, estúpido. Y ahora los otros se han unido a él.

Tashu se pone en pie sobre unas piernas débiles y temblorosas.

—¿Los habéis asesinado?

—Sí, yo.

—¿Por qué?

—Porque me ordenaron que lo hiciera. Del mismo modo que me ordenaron que lo liberara.

—¿Y quién te ha ordenado esto, guardia?

—Nuestro nuevo emperador. Ahora tiene que servirle a él.

A Tashu le tiembla el labio. Palpatine lo era todo para él. La idea de servir a otra persona le parece un acto flagrante de traición. A los que traicionan a Palpatine, les espera el vacío. «A los traidores les espera el vacío».

—Yo solo sirvo a Palpatine.

—El Emperador Rax también sirve a Palpatine. Ahora váyase.

Tashu asiente con la cabeza.

—Sí. Sí. Tiene sentido. Forma parte de un plan, ¿no? ¿Un plan que yo no podía ver? Sidious siempre tenía un plan…

Se pone a reír una vez más, y entonces pasa por delante del guardia a toda prisa. Por si acaso ese hombre extraño cambia de opinión en el último momento.

«Por fin soy libre».

«¡Mierda!» Norra se ha perdido. La Vieja Casa de Encuentro es un laberinto. Pensaba que podría atravesar la parte central y salir por el lado que da al mar, junto a las plataformas de aterrizaje, pero este es un edificio antiguo. Tiene partes modernas, sí, pero casi todo es de cuando los primeros colonos de Chandrila se reunían aquí para dormir, comer y hablar. Vivieron vidas enteras aquí, y este edificio no se construyó de golpe, sino capa por capa. Ahora mismo, Norra está recorriendo sus pasadizos, convencida de que está volviendo sobre sus pasos.

¿No ha visto antes ese panel de luz? ¿Esa grieta en la pared? ¿Esa pintura sobre el primer encuentro de la Polis? Se da la vuelta y busca una puerta. Esta no la ha probado antes, ¿verdad? Norra aprieta el panel que hay junto a la puerta con la palma de la mano. La puerta se abre.

Y Norra casi tropieza con alguien.

—*Tú* —dice Norra.

—*Tú* —dice la Almirante Sloane.

Norra directamente le da un puñetazo en la cara.

Sloane se tambalea hacia atrás, pero se recupera rápidamente mientras una línea de sangre le cae de la nariz como un gusano huyendo. La almirante se lame la sangre, alza un rifle bláster y dispara…

Pero Norra rueda hacia el interior de la sala mientras el aire se calienta a su alrededor. Los disparos del rifle dejan cráteres en la pared del fondo.

Aquí la tiene. Aquí está su oportunidad. Toda su rabia y su miedo se afinan como una mira láser. Porque Sloane está aquí. Ese monstruo es la causante de todo esto.

Lo que Brentin ha hecho en el escenario no fue su propia decisión… fue Sloane. Ella es la titiritera que ha tirado de los hilos. De repente, siente un ataque de remordimiento en sus entrañas. Si hubiera hecho su trabajo y hubiera acabado con esta mujer cuando tuvo la oportunidad, nada de esto habría sucedido.

Al menos ahora puede acabar lo que empezó.

Sloane entra por la puerta, con el rifle en alto. Norra golpea el rifle con la rodilla. El cañón sale disparado y le golpea a Sloane en la cara. Sloane parpadea, entonces se agacha y se lanza con fuerza contra Norra. *Bam*. Es como si la atropellara el tren gravitatorio. Norra sale disparada hacia la pared del fondo y se golpea en la nuca con el mortero. Le parece ver fuegos artificiales detrás de los ojos. Una vez más, ve que Sloane la apunta con el rifle…

Norra agarra el cañón con las manos y lo aparta. *Pop, pop, pop*. Una serie de disparos hacen que se desprendan trozos de pared. Le cae una nube de polvo y piedras sobre el

pelo y los ojos. No se puede concentrar y se siente mareada. Lo único que puede hacer es aprovecharse de su rabia y utilizar la fuerza bruta…

Lanza un fuerte grito gutural y le arrebata el rifle a Sloane.

Lo hace con tanta fuerza que el rifle sale volando y cae sobre el suelo de piedra dando vueltas. Norra se lanza a por él, pero no llega. Sloane agarra a Norra por el cuello justo cuando rozaba con los dedos el frío acero del cañón del rifle. La imperial lanza a Norra contra la pared y le descarga una serie de puñetazos en el costado. Uno tras otro. Norra intenta defenderse, pero no tiene ninguna práctica en el combate cuerpo a cuerpo y esta mujer ataca con la tenacidad de un bombardeo orbital.

—Ya me acuerdo de ti —dice Sloane, furiosa—. Deberías estar muerta.

—Y… tú… también—responde Norra, resoplando. Entonces aparta la cabeza a un lado, y le da un cabezazo a Sloane en la barbilla. Esto le da un poco de tiempo para moverse, para respirar, para pensar que no va a morir.

No descansa demasiado tiempo.

Norra se lanza contra Sloane con todo su peso. La imperial la recibe con los puños alzados, y absorbe cada golpe que le propina Norra. Entonces Norra recurre al juego sucio. Le da un puntapié en la rodilla a la almirante imperial, que grita cuando su pierna sale disparada hacia atrás…

Pero ahí no acaba todo. *Bam*. La cabeza de Norra se estremece y nota el sabor de la sangre en la boca cuando un fuerte puñetazo le parte el labio. Otro puño le impacta en el ojo, que no tardará en hincharse en un moratón oscuro. Norra lanza un torpe puñetazo, pero Sloane lo esquiva agachándose y contraataca con un golpe en la barriga.

Puf. Norra se tambalea. Siente náuseas. Sloane la agarra por un mechón de su pelo ceniciento y golpea la cabeza de Norra contra la pared. Una vez, dos, tres.

Bam, bam, bam. Con cada golpe, Norra siente que su cerebro se agita dentro del cráneo. Ve destellos de luz mientras sus dientes repiquetean y su lengua acaba cubierta de sangre.

«Voy a perder. Voy a morir. He fracasado».

—¡Alto ahí! —dice una voz de mujer en el pasillo, seguida del sonido de disparos de bláster. Norra se desliza por la pared hasta caer al suelo mientras Sloane sale corriendo y los Guardias del Senado la persiguen, disparando sus armas.

Sloane maldice entre dientes. Ha perdido demasiado tiempo luchando contra esa piloto. Esa mujer no tiene ninguna importancia, y no obstante se ha detenido a luchar con ella. ¿Por qué? Se ha dejado arrastrar por la rabia. Se ha distraído. Ahora está huyendo de los guardias en un edificio con un diseño laberíntico. Puede que tenga la nariz rota. Tiene un diente suelto. Y lo peor de todo, ha intentado recuperar el rifle bláster al salir, pero se le ha escapado de la mano cuando los guardias han empezado a dispararle.

Y entonces, en medio de la oscuridad aparece un rayo de luz.

Atraviesa una puerta y encuentra el camino: un pasadizo elevado que va hacia las plataformas de aterrizaje. A lo lejos ve numerosas plataformas sobre altas torres junto a la orilla del mar. Debajo de las plataformas, arena, piedra y agua. Salir de este planeta no será fácil, y está convencida de que a estas alturas habrá alguna especie de bloqueo orbital. Van a peinar cada mota de polvo estelar para encontrarla. ¿Y si la capturan? La lanzarán a un pozo oscuro. Nunca más volverá a ver su Imperio, y Rax tendrá las manos libres para arrastrarlo hacia los infiernos. Pero tiene que intentarlo. Si logra irse ahora, quizá pueda aprovechar el caos. La seguirán buscando por aquí, no allí.

Mientras corre por el pasadizo elevado, se saca la chaqueta imperial gris y se queda con la camiseta interior blanca. El viento se lleva volando la chaqueta cuando llega al final del puente.

Entonces el viento le hace llegar una voz. Alguien la llama.

«¿Adea?»

Comete la estupidez de darse la vuelta para ver quién es.

Otra vez esa mujer, esa maldita piloto, Norra no-sé-qué…

Norra lleva el rifle. Y dispara.

Sloane sale corriendo cuando el primer disparo le roza la oreja. Puede oír el chisporroteo de la energía. El segundo hace un agujero en el suelo.

El tercer disparo no falla.

Le duele la espalda. Sloane gira como una peonza. Ve las nubes por encima de ella, después el mar y finalmente cae del pasadizo elevado. Cae con los brazos abiertos, agitando los dedos como si buscara un punto de agarre en medio del cielo. Pero no lo encuentra. La oscuridad la arrastra hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo…



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Amanece en Kashyyyk.

Jas está sentada en lo alto del mundo, con las piernas colgando de una plataforma. Balancea los pies como un niño mientras come con las manos una masa viscosa de un bol. Han Solo le ha dicho que era un desayuno wookiee hecho de entrañas de kabatha. Cuando Jas le ha preguntado qué era «kabatha», Han le ha respondido:

—No preguntes. Come.

Así que Jas come. Está acostumbrada a comer cualquier cosa que le caiga en las manos. El trabajo es lo más importante, y no siempre puede comer bien. Cubos de proteínas, polialmidón, carne vegetal. Se come lo que tenga. Una vez se comió unos hálanos que crecían en un lateral del silo de cereal de una granja de hachi.

Detrás de ella, los wookiees van de un lado para otro, trabajan, se instalan. Esos felpudos enormes no pierden el tiempo. Trepan por el wroshyr sin miedo alguno. Clavan las garras en la madera y suben y bajan por la corteza a toda velocidad. Saltan de una rama a otra, entran y salen de los nudos del árbol e incluso saltan de un árbol a otro. Es un espectáculo digno de ver.

De vez en cuando, Jas mira hacia abajo para recordar lo mucho que ha subido. Desde donde está, ni siquiera se ve el suelo. Está oculto detrás de la neblina, que ahora mismo está cobrando un color atornasolado bajo el sol de la mañana.

Jas oye a Han Solo. Está hablando con Leia y con Chewie. Se plantea ponerse en pie y unirse a ellos. Entonces alguien se sienta a su lado: Sinjir.

Sinjir mira hacia abajo y rápidamente se echa hacia atrás.

—Por todas las lunas, ¿por qué estás aquí sentada? ¿Y por qué estás comiendo… eso?

—¿Y tú por qué todavía tienes ese bigote?

—Me gusta bastante.

—Parece que un animal se haya tumbado sobre tu labio para morir.

—Eres demasiado directa, ¿lo sabes?

Jas le guiña el ojo y sigue comiendo.

El eximperial se pone cómodo a su lado, pero no tan cerca como para que le queden las piernas colgando.

—¿Te quedas? —pregunta Jas.

—¿Aquí? No.

Han liberado a los wookiees de sus chips inhibidores y han acabado con los tres destructores estelares que bombardeaban el planeta (uno de ellos ha sido destruido completamente), pero aquí todavía quedan imperiales y darán un poco de guerra. Hay docenas de asentamientos en la superficie, además de pequeños puestos de control en los márgenes. Mientras hablan, Chewbacca está preparando equipos de wookiees exploradores para hacerse una idea de los daños y de la presencia imperial.

—Solo y Leia se quedan un tiempo —dice Sinjir.

—Ellos están implicados, yo no. Ya hemos hecho el trabajo. Ahora el trabajo se ha acabado.

—Lo hemos hecho muy bien, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Sienta bien haber hecho lo correcto.

—Eso también lo sé.

Sinjir se le acerca, entrecerrando los ojos con sospecha.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que te estás callando algo?

—No me estoy callando nada —pero no puede soportar esa mirada tan penetrante, que es como un niño arrancándole las patas a un escarabajo—. Vale, me estoy callando algo.

—Escúpelo.

—Pero si me lo estoy comiendo —dice, con la boca llena de comida.

—La comida no, el *secreto*.

—Ah —se traga lo que tiene en la boca. Es como tragarse un coágulo de cemento fresco. Jas chasquea los labios varias veces antes de hablar—. Me voy.

—¿Cómo que te vas?

—Del equipo. De la tripulación. Como quieras llamarle.

—Vas a romper el equipo —dice, chasqueando la lengua.

—Voy a romper el equipo.

Sinjir suspira.

—Francamente, estaba pensando en hacer lo mismo.

—¿Por qué?

—Ah… tú primera, Emari.

—Tengo que volver al trabajo.

—¿Te llama el deber?

—Me llaman mis deudas —responde. «Ni siquiera son mías», piensa. Son las deudas de Sugi. De repente, se pone a pensar en el trato con Rynscar. «Me cortarán la cabeza si no pago»—. He estado alejada demasiado tiempo. Voy a ver si la Nueva República tiene trabajos. Si no, alguien lo hará. Ahí fuera es como un zoo, y alguien necesita atrapar a los animales.

—Si vas a seguir trabajando para la Nueva República, ¿por qué no te quedas con Norra?

Jas se encoge de hombros.

—Ella tiene a su marido, a su hijo. Tengo la impresión de que si sigue haciendo lo que hace, entonces todo será más como esto… —hace un gesto con los brazos para englobar no solo el planeta Kashyyyk sino todo lo que han hecho aquí: liberación a un precio muy alto para ellos—, y menos trabajo pagado. Y si la Nueva República no me contrata, toda la escoria del mundo seguirá llena de rivalidades. Voy a cobrar de un modo u otro.

—Te echaré de menos.

—No seas sensiblero, no es propio de ti. Te toca. ¿Por qué te vas?

—Yo… yo me siento bien con lo que hemos hecho.

—Es una respuesta extraña.

—¡Quiero mantener esa sensación! No quiero complicarlo más. Si me quedo con este nuevo gobierno tan sofisticado, al final van a querer que haga cosas que estoy intentando no hacer. Y, sinceramente, estoy cansado de obedecer órdenes.

—Vale —responde Jas, arqueando una ceja—. Entonces, ¿qué? ¿Viajar por el espacio viviendo aventuras? ¿Sentar cabeza con tu amante y un par de aves purra como mascotas?

—¿Las dos cosas? ¿Ninguna? —suspira de nuevo—. La verdad es que no lo sé.

—Eres *takask wallask ti dan*. Un hombre sin estrella.

—¿Un viejo refrán? Oh, por favor… Venga, va, dime qué significa.

—Mi tía solía decirlo. Ella dirigía su propio equipo, y siempre que tenía que sustituir a alguien, o utilizar a alguien para cualquier misión, siempre decía que buscaba *takask wallask ti dan*. Un hombre sin estrella. Alguien sin hogar, sin objetivo.

—Es deprimente.

—¿Pero es verdad?

Sinjir carraspea y se acaricia el bigote. Jas le aparta la mano de un golpe, y él frunce el ceño.

—Podrías venir conmigo —dice Jas—. Resulta que a mí me iría bien un hombre sin estrella.

—Yo sería excelente como cazarrecompensas.

—No seas arrogante.

—Eso es como decirle a la lluvia que no llueva —Sinjir se pone las manos detrás de la nuca y se tumba en el suelo—. Me iría contigo, pero no creo que tu vocación sea la misma que la mía. Quizá mi vocación es la de vividor borracho pero encantador. Haragán chandrilano imposiblemente atractivo. Esposo encantador, inútil pero con unos pómulos impecables y un ingenio infalible.

—Pruébalo. A ver si te funciona.

—Puede ser —vuelve a incorporarse—. Entonces, ¿esto es una despedida? ¿Te vas directamente de aquí? ¿O puedo esperar que me lleves?

—Volveré a Chandrila. Estoy segura de que todo el mundo estará… —hace una mueca— feliz y con resaca del Día de la Liberación. Si quieres ir una última vez en la *Halo*, te llevo. Podemos decírselo juntos a Norra.

—Gracias, oh magnánima cazarrecompensas. ¿Y qué pasa con tu amante? —pregunta Sinjir, haciendo un gesto poco sutil con la cabeza en dirección a Jom Barell, que está trabajando en la plataforma de al lado, ayudando a empaquetar detonadores termales en una gran honda—. Creo que volvió a Irudiru por ti y solo por ti. Incluso renunció a su rango.

—Tenemos que dejarlo. Nos lo hemos pasado bien. Tiene que ser el fin. Necesito romper este hueso con una rotura limpia. Así se curará más rápido. —«¿Lo haces por ti o por él?», se pregunta a sí misma, haciendo una mueca—. No quiero que me siga alguien descarriado. No le debo nada. Ha tomado sus decisiones y ahora yo tomo la mía.

—Te echaré de menos de verdad.

—Vale. Yo… también te echaré de menos.

Sinjir apoya la cabeza en el hombro de Jas.

Jom sabe a qué ha venido Jas, así que lo dice inmediatamente. Ni siquiera se espera a cerrar la caja de detonadores.

—Lo sé, has venido a dejarme suavemente —le dice por encima del hombro.

—Yo no hago nada suavemente —responde Jas. Jom no está seguro de si lo dice en broma o en serio.

Jom se da la vuelta y coge un trapo de fibra. Se limpia las manos y se mete una punta del trapo en el bolsillo.

—Primero quiero decirte que tenías razón —le dice Jom.

—Lo sé.

—¿Es que ya sabes sobre qué?

Jas se encoge de hombros.

—Siempre tengo razón.

—Sigue diciéndote eso a ti misma, Emari —responde Jom, y se echa a reír—. No, tenías razón en lo de que vine a Irudiru persiguiéndote. Entonces vinimos aquí a luchar. Y me capturaron y me dejaron sin ojo…

—Eso no es culpa mía. No me lo eches en cara.

Jom niega con la cabeza.

—No lo hago. Ese es el tema. Me quedé porque era lo correcto. Sufrí lo del ojo porque era lo correcto —Jom se le acerca. Jas se da cuenta de que ha envejecido en este viaje. Tiene sombras oscuras en la cara. Parece avejentado, como un trozo de cuero azotado por el viento. Pero sigue sonriendo—. Y tú también te quedaste porque era lo correcto. Eres mejor persona de lo que crees, Jas Emari.

—No me obligues a matarte, Jom.

—Solo quiero decir que lo entiendo. Se ha acabado. Está bien. Me voy a quedar aquí con los wookiees, a ver si puedo ayudarles.

—Buena suerte, Jom.

—También para ti. Nos vemos, cazarrecompensas.

Leia sabe que debería estar preocupada. Al fin y al cabo, está en un planeta que no es el suyo, un planeta que todavía tiene un pie en la trampa imperial, y está embarazada.

Le duele la espalda. Tiene hambre constantemente. ¿Qué pasa si algo va mal? Sabe que debería estar preocupada, pero no lo está. De hecho, lo único que le preocupa es lo poco preocupada que está.

Se siente bien, incluso feliz. Tiene a Evaan a su lado. Tiene a Han. Su hijo crece en su interior. Los wookiees han recuperado su mundo, o casi. Y está aquí porque escuchó a Luke. Él le dijo que se dejara ir, que dejara que la Fuerza fluyera a través de ella. Lo hizo. Y aquí está.

Todo va bien.

Chewie se acerca a Han por la espalda, gruñendo de alegría mientras le da un abrazo aplastante. Solo hace una mueca y se aparta, riendo.

—Lo sé, tonto, lo sé. Lo hemos conseguido.

Leia nunca había visto a Chewie tan feliz. Tiene familia aquí, y van a ayudarle a encontrarla. Y entonces Leia se pregunta si Chewie se va a quedar. Ahora que el wookiee tiene su hogar, ¿se quedará en Kashyyyk? Parece que Han cree que sí. Se lo dijo la noche anterior, mientras dormían bajo las estrellas: «Él tiene su familia, y nosotros la nuestra». El wookiee aúlla y va hacia donde están Kirratha y los demás, que están cargando cajas en varias naves LAIT robadas. Van a ir de ciudad en ciudad, de asentamiento en asentamiento, analizando la presencia imperial. Leia le dijo a Han que quizá podrían pedir ayuda a la Nueva República, pero él respondió con arrogancia de pavo real: «No les necesitamos». Leia cree que quizá tenga razón.

Wedge se acerca a Leia, seguido de Evaan.

—Princesa —le dice Evaan—. Tiene que ver esto.

Wedge la lleva hasta un holotransmisor y conecta la emisión de HoloRed.

Entonces Leia ve cómo se desarrollan los acontecimientos del Día de la Liberación en Ciudad Hanna. Los rebeldes liberados se vuelven contra sus liberadores. Disparan a la canciller. A otros también: Madine, Agate, Hostis Ij. Algunos siguen vivos, otros han muerto. Los datos que llegan son confusos, incluso contradictorios, y es difícil hacerse una idea.

El caos se ha apoderado de la ciudad, eso es seguro. A Leia se le rompe el corazón al verlo. Además, no puede evitar pensar que si se hubiera quedado… quizá ahora estaría entre los muertos. O quizá habría podido ayudar a detenerlos. Pero ahora ya es demasiado tarde, y nunca podrá saber lo que hubiera pasado.

En cualquier caso, el Imperio es el causante de todo esto, está segura de ello.

Alguien le pone la mano en el hombro. Su marido está detrás de ella, boquiabierto.

—Pero si… si rescatamos a esa gente. No… no lo entiendo —traga saliva. Raramente se le ve afectado. Ahora es uno de esos momentos.

—Tengo que volver —dice Leia.

Han Solo tarda un momento en concentrarse. Pero entonces se vuelve hacia ella con la mirada despejada.

—Lo sé —responde, asintiendo.

—No me quiero ir. Quiero quedarme aquí, contigo y con Chewie.

—Eso también lo sé. Pero yo también tengo que volver. Tengo que volver a casa.

—Podrías quedarte aquí. Lo comprendería. Ayudar a Chewie…

—Chewie se encarga de esto. Él y los demás tienen mucho trabajo por delante. Pero yo ya he hecho mi parte, Leia. Quiero estar a tu lado en esto. Sea lo que sea *esto*. Y quienquiera que sea el causante va a pagar por ello.

—Voy a preparar el *Halcón Milenario* —dice Leia.

—Yo no tardaré. Pero primero tengo que despedirme.

Leia le coge la cara con las dos manos y lo besa. En los ojos de Leia hay un brillo de tristeza. No está triste por ella misma, sino por él. Porque esto será duro para él. Lo sabe. Han no lo va a reconocer, pero la despedida lo va a matar.

Leia deja una mano en su mejilla durante unos segundos, y entonces se va hacia las naves, seguida por Wedge.

Chewie está ahí con Kirratha, cogiendo cajas. Harían falta tres hombres como Han para levantar una de esas cajas. El wookiee es tan fuerte como estos árboles, y a veces le da la impresión que es igual de alto.

Su copiloto no tarda mucho en verle. Chewie y él siempre han estado sincronizados. Claro que a veces Chewie va por un lado y Han por el otro, pero siempre se encuentran. Y hacen todo lo que hay que hacer. Son socios, lo son desde siempre. Al menos así lo recuerda Han… o lo quiere recordar.

Chewie gruñe y aúlla.

—Ah, todo va a ir bien, grandullón.

Otro gruñido. Esta vez, una pregunta.

—Yo, ahhh… —esto es más duro de lo que esperaba. Han da un golpe de talón y levanta la mano como si estuviera saliendo de una mesa de sabacc—. Pensaba que este día llegaría más tarde, Chewie, pero ha ocurrido una cosa y…

El wookiee se le acerca, asiente con la cabeza y responde con un suave gruñido. Chewie lo comprende. De hecho, lo comprende mucho antes de que Han lo diga. Otra vez en sincronía, y no les sorprende. Chewie sabe que Han tiene que irse. ¿Y qué es lo primero que hace esta enorme bestia peluda? El wookiee se ofrece a acompañarle ahora mismo. Han agita las dos manos y niega con la cabeza tan vigorosamente como puede. Incluso agita el dedo delante de la cara desgreñada de su amigo.

—No. *¡No!* Tienes que quedarte aquí. Hemos luchado muy duro por esto y ahora… esto es tuyo. ¿Vale? Todo tuyo. Este es tu hogar. Tienes a tu gente aquí y quiero que la encuentres. ¿Me oyes? Esa es mi última petición. No me discutas —Chewie protesta pero Han insiste, con más firmeza esta vez—. He dicho que no me discutas. Quédate con tu familia. Yo voy a empezar la mía.

Hay un momento de silencio entre los dos. Han quiere aferrarse a un deseo que vive en su interior, entre el corazón y las entrañas. Quiere decirle a Chewie: *Era broma. Vámonos, compañero. Sube a bordo y vamos a meternos en líos en algún lugar*. Entonces se irán juntos a Malastare o a la Estación de Warrin o a la cantina polvorienta de Mos Eisley para recoger a algún granjero obstinado… Y entonces cuando vuelva a casa y nazca su hijo, Chewie estará ahí haciendo lo que tenga que hacer, porque ese es Chewie.

Pero no dice nada de esto.

Chewie le da un abrazo y ronronea.

—Volveré. No hemos acabado, tú y yo. Nos volveremos a ver. Voy a ser padre, y de ningún modo permitiré que mi hijo no te tenga en su vida.

Chewie lanza una especie de ladrido suave y le acaricia la cabeza a Han.

—Sí, compañero. Lo sé —suspira—. Yo también te quiero.



CAPÍTULO CUARENTA

Esto no es ningún lugar.

Al menos, no es ningún lugar que Sloane pueda identificar. Ahí fuera, el vacío del espacio. No hay planetas, no hay estaciones espaciales, no hay otras naves. No hay nada. No es ningún lugar.

La pequeña nave de carga es la única cosa que hay ahí fuera. Sloane detiene los motores. Va a la deriva. Piensa que esta nave podría ser su tumba.

Cada vez que respira, tiene la sensación de estar inhalando cristales rotos. Al menos ha dejado de sangrar. Al removerse en su asiento, sus pantalones se separan con un crujido de sangre seca.

«Sobrevivir. Luchar. Encontrar a Rax».

Se plantea la posibilidad de abrir un canal de comunicaciones. Mentalmente redacta un mensaje para Rax. Una amenaza amarga donde le dice que va a por él, aunque en realidad esté muriendo en medio del vacío. Rax siempre tendrá que mirar por encima del hombro por si ella aparece de la nada con un cuchillo afilado. Sería maravillosa poderle cargar una maldición así. Un pequeño castigo enviado desde más allá de la muerte.

Tiene el dedo justo encima del botón.

Sloane tiene la mente confusa. En lugar de ello, piensa ir a buscar asistencia médica. Se merece sobrevivir. Pero… ¿adonde va a ir? Tiene miedo de que el Imperio haya caído completamente en manos del traidor. Y si va a cualquier otro lugar, acabará con un billete de vuelta a Chandrila, porque ahora mismo intuye que ha corrido la voz y todo el mundo

va detrás de ella. Puede imaginar su rostro en un montón de holocarteles, como una criminal común.

Qué vergüenza.

No. Tiene que esperar. Ya ha enviado su mensaje, ya ha hecho su jugada. No puede llegar sola a la luna-desguace, pero hay alguien que sí…

Un momento. Lentamente, la invade la sensación de que no está sola en esta nave. Es una locura, un pensamiento imposible. Seguramente es culpa de su cuerpo moribundo. Las toxinas la están invadiendo. Está teniendo alucinaciones.

Pero realmente siente una mirada en la nuca. Se da media vuelta, paranoica.

Hay un hombre, pálido y con el pelo alborotado. Lleva un bláster. Un pequeño bláster de grafeno.

—Fuera de mi nave —dice ella en un murmullo caótico.

—Usted me ha hecho esto —responde el hombre.

—¿Hacerle aparecer en una nave de carga en medio de la nada? —pregunta Sloane, con una risa triste—. No lo creo. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Vi su uniforme. La seguí. Para obtener respuestas.

—¿Y por qué no ha salido hasta ahora?

—Porque quería saber lo que iba a hacer.

Sloane baja la cabeza.

—No va a obtener ninguna respuesta de mí.

—¡Me ha convertido en un monstruo!

Sloane parpadea. Ese rostro le resulta familiar.

—Usted es uno de ellos —no necesita explicar que se refiere a uno de los cautivos convertidos en asesinos. Un hombre convertido en traidor por el Imperio. Aunque no *su* Imperio.

—Sí —el hombre tiembla—. Y va a pagar por ello.

—Preferiría no hacerlo. Porque no he sido yo quien le ha hecho esto. La culpa le pertenece totalmente a otra persona —farfulla Sloane—. Ni siquiera sé lo que ha ocurrido allí. Para mí ha sido tan inesperado como para usted.

—¡No ha sido lo mismo! —grita el hombre, y a continuación dispara el bláster.

Sloane ni siquiera se encoge. Tiene la mente lenta, le duele todo el cuerpo y apenas se da cuenta del disparo, que deja un agujero en el acero por encima de su cabeza. Sloane parpadea.

—Ha fallado.

—Si no ha sido usted, ¿entonces quién ha sido?

—Un hombre llamado Gallius Rax. Al menos, se hace llamar así. Si busca a quien le ha hecho esto, vaya a buscarle —le aletean los párpados y baja la cabeza—. Déjeme en paz.

—Usted le conoce. Puede ayudarme.

—¿Acaso tengo aspecto de poder ayudar a alguien? No puedo… ni ayudarme a mí misma.

—Está herida.

Sloane desvía la mirada.

—¿En serio? Idiota.

El hombre parece tomárselo mal. Qué piel más fina.

—Ni siquiera ha tocado el medipac que tiene debajo del asiento.

—¿El medipac… qué? Debajo del… —Sloane tantea torpemente debajo del asiento con la mano. Evidentemente, encuentra algo—. Ah.

—¿Quién es el idiota ahora? —pregunta el hombre, sarcástico.

—*Pfff*. Con esto no me voy a salvar. Me han disparado.

El desconocido refunfuña, entonces se guarda el bláster en la cintura, se agacha y saca el medipac. Lo abre con los dos pulgares y saca algo que parece un bláster de dispersión de cañón ancho. Sin dejar de refunfuñar, coge un puñado de algo que parece masilla para calafatear y lo pone abruptamente en la boca del cañón.

—No se mueva —le dice—. Esto puede doler.

—¿Qué está…?

La agarra con fuerza y pone el dispositivo sobre su herida. El cañón se estremece… y el dolor la golpea como un cometa. Es algo caliente y terrible. La quema por dentro y no puede respirar. Suelta un aullido mudo y se dobla hacia delante, esforzándose por no llorar.

Como si la oscuridad la atrapara con los dientes, cae inconsciente.

Al cabo de un rato, la oscuridad la suelta. Cuando despierta está en el suelo de la nave, tumbada sobre un costado. Debajo de ella hay un charco de saliva.

—¿Qué…?

—Una pistola de bacta —explica el hombre, sentado en el asiento del copiloto—. Resina epóxica curativa. La Rebelión la utilizaba a veces. Nos daban una formación de campaña para sobrevivir y poder luchar más. Tiene la sustancia dentro, intentando arreglar lo que puede. Pero tarde o temprano tendrá que ir a un médico de verdad. No es un remedio perfecto.

Se siente como si alguien le hubiera dado una paliza por dentro.

Pero también está más despejada. Y entonces respira hondo… y ya no siente como agujas clavadas en los pulmones.

Bueno. Eso ya es algo.

—Gracias. Supongo.

El hombre la apunta con el bláster.

—Y ahora lléveme hasta ese… Rax.

—Ojalá fuera tan fácil. No puedo tocar uno de estos botones y hacerlo aparecer. No es un holograma —«Aunque en realidad podría serlo», piensa—. Para llegar hasta él, hace falta una artimaña muy elaborada.

—Pues vamos a empezar.

Sloane se encoge de hombros.

—No es tan fácil. Estoy esperando información.

—Lo sé. He oído cuando hacía la llamada. ¿Quién es Mercurial Swift?

—Un cazarrecompensas con el que trabajo a veces. A ver, dígame. ¿Cómo se llama?

—Mmh… —el rebelde vacila—. Brentin.

—Yo soy Sloane.

Se pasan un rato así. Hablan de vez en cuando, pero mayormente están en silencio. Llega un momento en el que ella empieza a dar cabezadas. Entonces se despierta, sobresaltada. Brentin está ahí al lado. Cara a cara.

Está a punto de atacarlo cuando Brentin dice:

—Hay una comunicación entrante.

Es él. Mercurial. Aparece sobre el tablero de mandos, como un fantasma azul salido de la nada. Con una actitud desafiante.

—Sloane.

—Dime —replica ella.

—Está siendo prepotente.

—Pago y puedo ser prepotente.

—Sabe que los créditos imperiales casi no tienen valor, ¿verdad? Casi son como plastofichas en una partida de pazaak.

—Entonces te pagaré con favores —responde Sloane apretando los dientes—. Diez favores. Cien. Un destructor estelar entero con las paredes llenas de favores —y aquí casi se descontrola, casi se pone a toser. Pero se controla y cierra la boca. El desconocido que lleva a bordo ya la ha visto en estado de debilidad. Mercurial no tendrá el mismo lujo—. A ver, ¿has llegado a Quantxi? ¿Has encontrado la nave?

El holograma vacila.

—Sí.

—¿Y?

—Amedda tenía razón. Tenía droides. Hice que un cortacódigos se lo mirara.

—¿Encontraste algo sobre Rax? Lo que sea.

Mercurial asiente con la cabeza.

—Pues sí.

—¡Dímelo!

—¿Favores infinitos, dice? —pregunta, pero no le deja tiempo para confirmarlo—. Su amigo es de un planeta de las Extensiones Occidentales. En la frontera del Espacio Desconocido. Jakku. Le envío las coordenadas.

La consola del navegador se ilumina. Aparece un mapa en la pantalla donde se ve la ruta del hiperespacio hasta Jakku. Es todo lo que necesita, así que Sloane se despide:

—Muy bien. Estoy en deuda contigo —entonces cierra la transmisión.

Y traza la ruta hacia Jakku.

El *Devastador* está atravesando el hiperespacio.

Los que están sentados en la mesa presidida por Gallius Rax saben adonde se dirige el superdestructor estelar, aunque ninguno de ellos está convencido del porqué. Se lanzan miradas furtivas entre ellos: Obdur mira a Hux, Hux mira a Borrum. Randd es el único que mira hacia delante; una señal de urbanidad, lealtad y miedo.

Rax lo aprecia.

—A estas alturas, todos saben que hemos perdido a nuestra querida Gran Almirante —dice Rax. Niega con la cabeza y chasquea la lengua—. Por supuesto, haremos todo lo posible por recuperarla de las garras de la Nueva República, si descubrimos que está viva. Afortunadamente, está bien entrenada para resistir los interrogatorios. No cabe esperar que desvele la ubicación de la flota. Va a mantenerse fiel.

El primero en responder es Hux. Está muy agitado.

—¿Ella lo sabía? ¿Ella sabía lo que iba a ocurrir? ¿Está diciendo que la Gran Almirante Sloane estaba detrás de todo esto?

—Por supuesto. Yo solo la aconsejé en este plan, pero este plan fue suyo desde el principio. Tiene una mente incisiva. Y la pérdida de esa mente nos deja tambaleantes, ¿no les parece? —todos asienten con la cabeza—. Por lo tanto, es esencial que preservemos su visión del Imperio. Y tenemos que preservar su liderazgo y su visión.

Rax hace una pausa, dejando las palabras flotando en el aire.

—¿Está reclamando para usted el rol de Emperador? —pregunta Borrum.

—Mmh. No lo creo —responde Rax—. No soy digno de ello.

—Gran Almirante, entonces.

—No. Soy demasiado humilde para títulos tan grandes. Como soy el consejero de este grupo y del Imperio en general, voy a adoptar el título de Consejero del Imperio. Serviré como líder provisional solo hasta que regrese la Gran Almirante Sloane.

—Esto es algo jamás visto —protesta Borrum. Por supuesto el anciano tenía que ser el primero en quejarse. La edad conlleva testarudez y disminuye la visión—. El título de Consejero no consta en nuestros registros y nos deja sin líder…

—Nuestros registros tienen que evolucionar, al igual que el propio Imperio —replica bruscamente Rax. Demasiado bruscamente, cree. Es importante mantener la ilusión. Debe conducir a estos hombres a la conclusión que él desea, no a la conclusión que ellos quieren o esperan—. Repito que espero que sea un título temporal.

Una vez más, Borrum le replica.

—¿Tan temporal como el título de Emperador cuando Palpatine dejó de ser Canciller de la República?

Rax sonríe con suficiencia.

—Quizá.

—¿Y por qué Jakku? —pregunta el general. Está tentando la suerte—. Jakku es un páramo. No tiene ningún valor estratégico para nosotros. No hay recursos, no hay población que se pueda esclavizar, no tiene…

—Será nuestro campo de pruebas —responde Rax—. Nos pondremos a prueba en Jakku. Y lo haremos lejos de los ojos de la galaxia, lejos de los ojos de Mon Mothma y

sus aduladores. Y cuando llegue el momento, cuando estemos afilados como un cuchillo letal, entonces volveremos a atacar. El Senado está en mal estado. La República está herida. Saldremos a matar. Pero ahora mismo es demasiado temprano, estamos demasiado débiles.

En sus ojos percibe la llama de la incertidumbre y el miedo. Eso está bien. Los necesitará solo durante un tiempo. Excepto a Hux. Hux será necesario.



CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Las secuelas del Día de la Liberación son como una onda expansiva a cámara lenta, que se propaga por la Nueva República durante las semanas que siguen a los asesinatos.

Unos días después, esto es lo que saben: la Gran Almirante Sloane ha desaparecido. Cayó de un pasadizo elevado, pero cayó sobre otro. Lo único que encontraron fue un mancha de sangre y, más tarde, su chaqueta en la orilla del mar, atrapada en la red de un droide pescador.

La teoría sobre Sloane es que escapó en una pequeña nave de carga, un Bulkstar HHG-42 chandrilano que estaba cerca de donde cayó. Despegó poco después de que Norra y la imperial acabaran su lucha. La pista final es que la nave no ha ido a ninguna de las colonias chandrilanas. Escapó a través del bloqueo del planeta, aprovechando el caos y los códigos de autorización coloniales de la nave.

Brentin también ha desaparecido, aunque nadie sabe adonde ha ido. No lo han encontrado, ni vivo ni muerto. Es un fantasma, una vez más desterrado al vacío.

Mucha gente ha muerto.

Los presos liberados de la Jaula de Ashmead tenían armas, pequeños blásteres de grafeno que no fueron detectados.

Esas pistolas tenían pocos disparos, pero cada uno de ellos fue letal. Parece ser que la distribución de las pistolas es obra de un solo guardia: un hombre de pelo rubio y una pequeña cicatriz en la barbilla, un chandrilano llamado Windom Traducier.

Con esas armas, los cautivos abrieron fuego sobre la multitud. Muchos ciudadanos resultaron heridos o murieron.

Mataron a algunos miembros del gobierno de la Nueva República. Se rumorea que Madine ha muerto, al igual que Hostis Ij y varios senadores, diplomáticos y altos cargos del ejército. Agate está viva, pero necesitará cirugía reconstructiva en la cara. La canciller también está viva. Su herida es grave, pero está despierta y consciente. Los médicos esperan que se recupere completamente, aunque cada día que pasa herida es otro día de debilidad e incertidumbre para la Nueva República.

Le han dicho a Norra que le concederán otra medalla por salvar la vida de Mon Mothma. Dicen que su acción contra su propio marido ayudó a desviar el disparo que iba destinado a la canciller. Norra logró que el disparo golpeara a la líder de la Nueva República en el hombro y no en el pecho o en la cabeza.

Norra no quiere la medalla.

Ella quiere otra cosa.

Temmin se estrella con el Ala-X. Vuela bajo por encima del Mar de Plata para evitar los sensores, pero va demasiado bajo y no le presta atención a las alarmas de proximidad. La punta de una de las alas se sumerge en el agua, levantando una cortina de agua. El agua enfría los motores justo cuando va demasiado rápido. El morro del caza se sumerge en el agua, y antes de que Temmin se dé cuenta, empiezan a saltar piezas, el caza sale catapultado, el techo de la carlinga se parte sobre su cabeza y la nave acaba cayendo al agua y hundiéndose.

Todo se queda a oscuras.

Wedge lo saca del simulador.

—Otra nave caída —dice Wedge. La decepción de su voz es tan evidente como la de su cara.

—Pero no es una nave de verdad, porque solo me dejas probar en el simulador —responde Temmin, chasqueándose los nudillos nerviosamente. Sale hecho una furia y se sienta en un banco de la pared. En la otra hilera de simuladores no hay nadie.

—Te lo he dicho, Chas, ahora mismo no te podemos poner a los mandos de un caza.

—Es por quién soy.

—No solo eso. Las cosas están difíciles ahora mismo, chico. La burocracia se ha vuelto más estricta, eso es todo. Si obtienes una buena puntuación en el simulador y no te estrellas cada vez, podemos ponerte en un caza antes de la siguiente alineación de luna.

—Genial. Mi padre intenta matar a la canciller y de repente nadie confía en mí —Temmin hace una pausa—. De hecho, ahora que lo digo en voz alta parece que tiene sentido, ¿no? —dice, y suspira—. Bueno, da igual.

—¿Todo bien con tu madre?

Por la forma en la que Wedge se lo pregunta, y por el hecho que se lo pregunta cada día, Temmin piensa que hay algo que no entiende.

Esta posibilidad no se le había ocurrido hasta ahora: ¿Wedge Antilles siente algo por su madre? ¡Rayos! No puede ser, ¿no? Hace una mueca como si acabara de lamer una batería con fugas. Qué asco. Mucho asco.

Y sin embargo…

Al menos Wedge no es un asesino imperial. Ya es algo.

«Papá…»

Una rabia conocida se enciende en el interior de Temmin como un motor poniéndose en marcha. No se detiene. No lo deja en paz. Cierra los ojos por la noche y sigue ahí. La rabia hacia su padre es como un pozo sin fondo. Brentin Wexley: un supuesto héroe rebelde convertido… ¿en qué? ¿En un simpatizante imperial? ¿En un dron-soldado del malvado Imperio? Han estado interrogando a los prisioneros, los que se convirtieron en asesinos, y es como si estuvieran perdidos, confundidos o bloqueados. Es como si no se dieran cuenta de lo que hicieron. Temmin intenta aferrarse a eso, a la idea de que Brentin no sabía lo que estaba haciendo…

Temmin tiene costras en los nudillos por haber golpeado una taquilla la semana pasada. Quiere volver a hacerlo. Está a punto de coger impulso y pegarle un puñetazo a la pared. Pero Wedge está aquí y tiene que controlarse. Y lo hace. En lugar de ello, piensa en otra cosa, en algo más positivo.

—Eh, no te había dicho nada, pero… Bien hecho. Lo de Kashyyyk.

—No fui yo. Fue Leia.

—No sé. He oído que cuando llegaste allí con el Escuadrón Espectro fue impresionante de c@'#$s. Ojalá lo hubiera visto.

«En lugar de estar aquí viendo cómo mi padre apuntaba a Mon Mothma con un bláster», piensa.

La idea de Wedge de crear el Escuadrón Espectro, con un hatajo de fracasados y tipos raros, le parece genial. Por eso Temmin quiere unirse a ellos.

—Hice lo que Leia necesitaba que hiciera. Ella daba las órdenes —y por lo que ha oído Temmin, esto le hará perder capital político. Sea lo que sea eso del *capital político*. Wedge añade—. Y otra cosa, cuidado con la lengua, ¿vale? No quiero que tu madre crea que has aprendido ese lenguaje de mí.

—Claro, papá, lo que tú digas —responde Temmin, suspirando—. En el próximo vuelo lo haré bien. Ponme otra vez en el simulador. Ahora mismo. Vamos a hacerlo. —Está impaciente por hacer algo. Por apartar la mente de todo.

—¿Estás seguro?

Temmin está a punto de responder: «¡Sí, c@'#$s!», pero a su lado, en el banco, se enciende la holopantalla de Wedge. Temmin puede ver lo que dice: es un mensaje de Norra.

Norra quiere que Temmin vuelva a casa en cuanto pueda. Temmin levanta una ceja:

—¿Tengo que ir?

—Lo siento, Chas. Será mejor que sí. Como he dicho, no quiero que tu madre se enfade conmigo. Puedes volver a utilizar el simulador mañana. Oye, quizá se produzca un milagro y no te estrellas con el caza la próxima vez.

—Sí, sí. Nos vemos, Wedge.

«Será mejor que vuelva a casa, a ver qué quiere mamá».

La puerta de la sala de interrogatorios se abre.

—Guardia Windom Traducier.

El hombre levanta la mirada cuando oye su nombre. Su mata de pelo rubio está aplastada. El guardia ríe en la semioscuridad.

—Tú.

Sinjir asiente, y entonces se sienta.

—Yo.

—El exoficial de lealtad imperial ha venido a interrogarme —dice el guardia traicionero con una sonrisa fría en sus labios. Intenta echarse hacia atrás, pero las esposas atadas a un aro en el centro de la mesa le impiden moverse mucho—. Buena suerte.

Los orificios nasales de Sinjir aletean con un suspiro prolongado.

Una frialdad se ha apoderado de sus huesos, su piel y su mente. Cuando Sinjir y Jas vieron en las noticias lo que había ocurrido aquí en su ausencia, Jas reaccionó como tanta otra gente: con rabia. Rabia encendida como un charco de hiper-combustible en el suelo sometido a una llama. Sin embargo, la rabia de Sinjir no fue ardiente. Fue fría. Como un témpano de hielo clavado en su corazón. Quizá lo que sintió ni siquiera podría definirse como rabia. De hecho, lo que sintió fue más bien desilusión. Desilusión al ver que la galaxia revelaba su lado más perturbador. Confirmación de sus sospechas más profundas de que todo está roto y es imposible arreglarlo.

Pero también le sirvió para aclarar ciertas cosas.

Cosas sobre la galaxia. Sobre la Nueva República. Y sobre cuál es su verdadero lugar y quién es él realmente.

—No he venido aquí a interrogarte —dice Sinjir.

—¿Ah, no? ¿No te ha enviado la Nueva República?

—No. No trabajo para ellos. He sobornado al guardia para que me dejara entrar. Interrogarte no le serviría de nada a nadie, llegados a este punto. Ya has dado toda la información que tienes. Tengo entendido que la Agencia de Seguridad de la Nueva República ha descubierto tu segundo apartamento, el que guardabas en secreto, y eso cuenta toda una historia. Saben que tú distribúiste las armas para el asesinato. Saben que instalaste un transponedor por encima de la ópera de Ciudad Hanna, y que el transponedor emitió una señal imperial codificada a unos pequeños biochips inorgánicos, que llevaban implantados en el bulbo raquídeo todos los prisioneros de la Jaula de

Ashmead. Saben que fuiste tú quien mató a Jylia Shale y a Arsin Crassus, y que ayudaste a escapar a Yupe Tashu.

Sinjir se inclina hacia delante y baja la voz.

—Te preguntaría por qué, pero no me importa. No me importa nada de esto.

—Entonces, ¿por qué has venido? ¿Por qué me has hecho traer a esta sala? ¿No quieres escuchar mis motivos? ¿No quieres oír que creo que la Nueva República es una institución inválida y renqueante que está en las últimas? ¿Que la República va a sembrar el caos en ausencia del control? Que…

—Chst —lo silencia Sinjir, llevándose un dedo a los labios—. Hombrecillo estúpido. Deja que te cuente mis motivos para estar aquí. Ya no me importa nada el estado de la galaxia. Me importan tres excrementos de bantha el Imperio o la Nueva República o lo que venga cuando esos dos se derrumben. Lo que me importa es la gente que tengo en mi vida. Me importan mis amigos —Sinjir se encoge de hombros y se pone en pie. Va hasta una esquina de la sala, donde hay una cámara fija en la pared. Mientras habla, cubre la cámara con un pequeño pañuelo de seda—. Nunca había tenido amigos, no tenía ni idea de lo que era eso. Es bastante… abrumador. Sentirte así por la gente. Preocuparte por ellos. Es casi desagradable, la verdad. Es como si no pudiera controlarlo. Pero no quiero controlarlo. Ya no. Me dejo llevar.

—Me estoy aburriendo. ¿Quieres ir al grano?

Sinjir vuelve a sentarse.

—Quizá eres tan tosco que no puedes entender adonde voy. Así que permíteme que te lo explique, traidor —las siguientes palabras las pronuncia con un tono cómico, como si le estuviera hablando a un niño estúpido que tuviera el cerebro lleno de parásitos—. Por tu culpa, mis amigos están tristes. Y eso me pone furioso.

Sinjir se saca un vibrocuchillo. Al encenderlo, se oye un zumbido. La hoja es pequeña, pero es suficientemente larga.

El guardia empieza a protestar. Sinjir interrumpe la protesta clavándole el vibrocuchillo en el esternón. Cualquier palabra que el guardia pensara decir se pierde bajo un siseo atragantado. Cuando Sinjir saca el vibrocuchillo, el guarda se desploma sobre la mesa, muerto.

Acto seguido, abandona la sala.

Jas examina el panel de la Agencia de Seguridad de la Nueva República. Todo es un desorden. Lleva así varias semanas. La investigación por los asesinatos es prioritaria. Todo el edificio es como una colmena de avispas chaqueta roja después de darle una patada. No ayuda el hecho que la ASNR sea una entidad primeriza. No llevaban ni un mes en funcionamiento cuando se produjo la atrocidad del Día de la Liberación. No estaban preparados. Y siguen sin estarlo.

El panel está vacío. No hay trabajos.

El oficial que hay detrás del cristal a prueba de bláster le dice:

—Hemos cambiado de enfoque. Ahora mismo no buscamos cazarrecompensas. Lo siento, cariño.

Jas lo entiende. Sabía que este día iba a llegar. A los cazarrecompensas se los considera escoria. Ahora mismo, la República tiene en sus manos un conflicto monumental de relaciones públicas. Varios sistemas que estaban a punto de enviar un representante para tener un asiento en el Senado se han retirado después de lo ocurrido en el Día de la Liberación. Se habla de trasladar el Senado de Chandrila a otro sistema mejor protegido. Y también se habla de formar una Alianza de Sistemas Independientes al margen. Ni dentro del Imperio ni de la República. Contratar cazarrecompensas hará que la Nueva República parezca débil, pero Jas sabe muy bien que contratar cazarrecompensas es una buena forma de asegurarse de que las cosas se hagan.

No la necesitan. Vale. Encontrará a alguien que sí.

Ha llegado la hora de irse de aquí. Pero, ¿adonde? ¿A la Guarida de los Bucaneros? ¿Al castillo de Kanata? Quizá su mejor opción sea Ord Mantell. Tiene contactos allí, contactos que no la traicionarán por las deudas que tiene. También ha oído hablar de pequeños estados pirata en el Borde Exterior, que se benefician de la ausencia del Imperio para afianzar su posición. «Mmh».

Al salir de la oficina, está sopesando todas las alternativas cuando la llaman por el comunicador. Oye una voz familiar: es Norra. Y quiere verla.

Bueno, no pierde nada por ir.

—Norra Wexley ha estado intentando contactar contigo —dice Conder cuando Sinjir entra en el apartamento.

—Mmh.

—¿Estás bien?

Es una pregunta retórica. Conder sabe que Sinjir no está nada bien. Toda la felicidad que los dos podían sentir antes del Día de la Liberación se ha disuelto como un castillo de arena asediado por el mar. El estrés se ha apoderado de ellos. A Conder lo ha contratado la ASNR para hacer trabajos de investigación y pirateo. No le falta trabajo gracias a la recomendación de la propia Leia. Es el cortacódigos encargado de intentar acceder a los pequeños chips controladores que han encontrado en el bulbo raquídeo de todos los asesinos de la Jaula de Ashmead. Todo ello en un esfuerzo por comprender quién los ha fabricado y cómo funcionan. Por lo tanto, Conder apenas ha estado por aquí. Y Sinjir no se ha movido de aquí. Encerrado aquí, sin nada más que hacer que caminar de un lado para otro. Y reflexionar. Y planear.

De modo que cuando Conder le hace esa pregunta, Sinjir se plantea si es recomendable responder de verdad. Pero está cansado de fingir.

—Estoy a la vez mejor y peor que antes —responde. Lo que no dice es: «he matado a un hombre porque molestó a mis amigos». Lo cual solo confirma lo que hace tiempo que sospecha pero siempre ha negado irresponsablemente: Sinjir no es bueno. Es una mala persona con talento para el mal.

Conder se le acerca y le coge las manos. Conder tiene las manos calientes, Sinjir frías.

—Todo va a ir bien —le promete Conder, aunque es una promesa que no puede saber. Es dulce y optimista. Es decir, que es más ingenuo que un niño abandonado.

Sinjir lo decide en ese momento. Se inclina hacia delante y besa apasionadamente a Conder. Entonces le dice:

—No soy el hombre que necesitas, Conder Kyl. Soy una veleta moral girando en medio de este huracán. Necesitas un hombre mucho mejor que yo —y entonces piensa: «Te quiero, pero no importa». Pero estas palabras nunca llegan a sus labios. Lo único que hace es irse de ahí.

Parece algo normal, encontrarse así dentro de la *Polilla*. Están Sinjir y Jas, Temmin y el Señor Huesos. Comparten abrazos y pequeños saludos. Aunque tan solo han pasado unas semanas desde que se vieron, parece que haya pasado una vida entera. Han ocurrido tantas cosas. Han cambiado tantas cosas.

Norra va directamente al grano:

—Siento tener que arrastraros a vosotros también, y no estáis obligados a decir que sí…

—Sí —la interrumpe abruptamente Sinjir.

Norra arquea una ceja.

—Ni siquiera sabes lo que os voy a pedir.

—Y no me importa. La respuesta sigue siendo *sí*.

Temmin le da una palmada a Sinjir en el hombro, sonriendo.

Jas vacila.

—Yo ya te lo dije, Norra. No puedo seguir haciendo esto. Tengo deudas. Ha llegado la hora de encargarme de ellas antes de que ellas se encarguen de mí.

—Lo sé. Y puedes decir que no. Pero tienes que entender una cosa: solo os estoy pidiendo una última misión.

—¿De qué se trata la misión? —pregunta Jas—. ¿Quién es nuestro objetivo? Intuyo que se trata de eso, ¿no? ¿Otra misión de búsqueda y captura?

Norra pone un pequeño disco sobre la mesa. Pulsa un lateral y se proyecta una holoimagen: una imagen congelada de la Almirante Rae Sloane, procedente de las cámaras de seguridad en el Día de la Liberación. El holograma va rotando lentamente. Todos lo observan, boquiabiertos.

—Se nos ha escapado dos veces. Esto nos hace responsables de lo que ocurrió —Norra cierra los ojos y respira hondo—. No. Me hace responsable a mí. Pero no creo que pueda hacer esto yo sola. Lo haré si no tengo otra opción…

—No es el caso, así que basta —la interrumpe Sinjir.

Temmin añade:

—Si alguien sabe dónde está papá, es ella. Yo me apunto.

—YO DISFRUTO CON EL DESTRIPAMIENTO —dice Huesos, tan solícito como siempre—. YO TAMBIÉN ME APUNTO A ESTA AVENTURA IMPRUDENTE.

Jas pone los ojos en blanco.

—Y supongo que no hay dinero de por medio, ¿no? Un pequeño equipo misceláneo de maleantes y desviados persiguiendo a la mayor figura imperial de la galaxia. Seguro que la Nueva República no lo puede aprobar, ¿verdad?

—No —confirma Norra—. Pero…

—Contad con mi apoyo —interviene Leia, subiendo a la nave—. Siento llegar tarde, Norra —sube a la nave, sosteniendo cuidadosamente con la mano esa barriga cada vez más grande—. La Nueva República no puede acercarse a esta misión ni con una caña de pescar. Pero yo sí. Tengo recursos y los utilizaré para ayudaros. Por otra parte no os puedo prometer una gran paga. Mis acciones en Kashyyyk me han convertido en una especie de paria política. La Nueva República ya no ofrece recompensas, y no tengo el capital político para que os la den. Pero es un trabajo muy necesario y haré todo lo que pueda para ayudaros a llevarlo a cabo.

—Ahí vamos —dice Norra—. Apuntamos a la estrella más grande del cielo. La capturamos si es posible.

—¿Y si no es posible? —pregunta Temmin.

Norra no dice nada. No tiene que decirlo.

—Vale —concluye Jas—. Contad conmigo. Muy bien, equipo. Una última misión. Vamos a cazar a una almirante.



CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

No es de extrañar que Sloane no tuviera ni idea de lo que era Jakku. El planeta se encuentra en los límites de las Extensiones Occidentales. Es tan remoto que Sloane no está segura de si están en la galaxia. El sistema está cerca del Espacio Desconocido, el extremo inexplorado de la galaxia. Más allá hay terribles tormentas de nebulosas y pozos gravitatorios. Todo aquel que ha intentado cruzar el espacio que hay más allá de la galaxia no ha regresado jamás. A veces han llegado algunas comunicaciones distorsionadas y cortadas: mensajes que advierten de anomalías geomagnéticas y vientos de plasma fulminantes.

Van con su nave de carga hacia la superficie. El planeta que les espera es un lugar desolado, inhóspito. Solo hay arena, piedra y cielos descoloridos. Aterrizan cerca de un pequeño asentamiento oxidado que hay junto a un extenso salar.

Sloane y Brentin salen de la nave.

Sloane hace una mueca y se toca la herida. La mano queda manchada de rojo. Le da unos toquecitos a la herida. «Me pondré bien», piensa. Eso espera.

El sol es abrasador. El aire es más seco que el polvo de hueso.

Entran en el asentamiento y Sloane se dirige hacia una cantina. Bueno, es demasiado primitivo para merecerse ese nombre. Es una barra hecha de trozos de chatarra soldados debajo de un techo torcido lleno de agujeros. Al otro lado de la barra hay un hombre sin afeitar con una mancha de grasa en la frente que está sirviendo en un vaso un líquido con

tropezones para un alienígena con cabeza de cráneo de una especie que Sloane desconoce. El hombre se vuelve hacia ella.

—No te conozco.

—Ni yo a ti —responde ella.

—*Na-tee wa-sha toh ja-lee ja-wah* —dice el cara-cráneo.

El hombre de la barra niega con la cabeza.

—Sí, ya lo sé. Yo tampoco soy de por aquí. Pero un trabajo es un trabajo, Gazwin —entonces se dirige a Sloane y Brentin—. Tengo Néctar Tetumba, si queréis. Son diez créditos el vaso o un cuarto de porción del Núcleo de Orkoon.

—No quiero una bebida.

—Entonces no tenemos nada de lo que hablar —responde el camarero.

—¿Cómo te llamas?

—No creo que eso sea de tu incumbencia, pero me llamo Ballast. Corwin Ballast. ¿Y tú?

Sloane vacila. Invoca un nombre como si fuera un espectro del pasado:

—Adea. Adea Rite.

—Encantado de conocerte —dice el hombre, aunque está claro que no lo dice de verdad—. Repito: aquí sirvo bebidas. Si no es eso lo que quieres…

—Esto es un bar. Los bares suelen ser un lugar excelente para conseguir información.

—Ah. ¿Quieres información? Pues aquí la tienes: estás en un planeta llamado Jakku. Aquí no hay nada. Aquí todo el mundo es un fantasma. Si estás aquí, probablemente también seas un fantasma. Si quieres más detalles, tendrás que esperar a que empiece el turno Ergel. Yo soy más o menos nuevo. Lo siento.

—Estamos buscando a alguien.

—Probablemente no esté aquí.

—Gallius Rax. O Galli, o Rax o…

—Muy bien, pero es que yo no…

Sus palabras se difuminan cuando vuelve la mirada hacia el cielo por encima de su cabeza. Muy arriba. De repente, una larga sombra se extiende sobre ellos, como una nube con forma de espada que tapa el sol.

—No —dice el camarero.

Brentin se queda boquiabierto. Sloane mira hacia arriba y también se queda sin palabras.

En lo alto, un superdestructor estelar ha salido del hiperespacio y surca el cielo como una espada inclemente. «El *Devastador*, piensa Rae. A su alrededor, empiezan a aparecer otras naves, una a una. Principalmente destructores estelares, que salen de la nada. Docenas de ellos. Más de los que ella tenía a sus órdenes. Solo puede significar una cosa: estas son las flotas ocultas, las flotas escondidas en las nebulosas.

Ha venido a Jakku en busca de Gallius Rax. Y parece que Rax ha vuelto a casa y se ha traído con él a todo el Imperio. El Imperio de Sloane. La nave de Sloane.

El camarero se ha quedado blanco, y afirma con cierta solemnidad:

—La guerra ha llegado a Jakku.

EPÍLOGO

HACE TRES DÉCADAS

Galli tiene frío y hambre. Lleva mucho tiempo escondido en esta nave. Demasiado tiempo. Es como si drenara todo el calor de su cuerpo. Y su estómago gruñe tan fuerte que está seguro que se oye en toda la galaxia. Intenta llenarse la boca de saliva para tragársela y que el estómago deje de hacer ruido. No funciona. Entonces se pellizca la piel de esa barriga delgada y amarillenta y la empuja para dentro, hasta que finalmente se detiene el ruido.

Pasa el tiempo. La nave se mueve y luego se detiene. Sube, da vueltas y luego vuelve a bajar. Galli es duro. No va a llorar. Aunque está solo y tiene miedo. Está agazapado entre cajas, haciéndose pequeño. Pequeño como un ratón de las arenas.

Al final oye un ruido. Pasos. Una tela que se arrastra por el suelo. «Es él», piensa: el hombre de la toga púrpura y el sombrero extraño.

Oye una voz cerca de él.

—Niño, sal de ahí.

No es la voz del hombre del sombrero extraño.

La voz tiene un acento nítido, pero es gutural y dilatada. Tiene una vibración sombría que hace que a Galli se le congele la sangre.

Galli traga saliva, entonces se pone en pie y sale de entre las cajas. La voz lo llama:

—Ven.

Es una orden. En esa palabra hay algo más que una mera petición. Tiene cierta gravedad, como si lo arrastrara hacia el hombre.

Galli intenta resistirse. Planta los pies en el suelo de acero de la nave y tensa las rodillas. Galli aprieta la mandíbula.

El hombre emite un sonido: un gruñido que podría ser de diversión.

—No lo volveré a pedir.

En la afirmación hay una amenaza clara, como una espada colgando sobre su cabeza. Pero esta vez, no hay coacción. Es una petición. Amenazadora, pero una petición al fin y al cabo. Galli camina entre las cajas. Se encuentra con un hombre vestido con una toga, sí, pero no es la toga púrpura del otro que vio. Esta toga es negra como la noche. Más oscura que esta nave. Galli arrastra los pies a lado y lado, pero sin dejar de mirar a la figura de la toga.

El hombre se vuelve hacia él. Debajo de la capucha, Galli ve el rostro de un hombre mayor, pálido como una luna e igual de escarpado. En la piel se le dibujan unas líneas, como un trozo de barro grabado con un cuchillo torcido. Está sonriendo.

—¿Cómo te llamas, niño?

—Me llaman Galli —responde, lamiéndose el labio con la lengua seca. Hace un ruido áspero—. ¿Y usted? ¿Es un ermitaño?

—Algo así.

—¿Es el Eremita que ha regresado?

Pero el hombre no responde esta pregunta. En lugar de ello, dice:

—Vienes de ese planeta, Jakku.

—Sí.

—Esta es mi nave, la *Imperialis*. Y tú eres un polizón.

—Yo… sí.

—Un niño valiente. Además de travieso y ruin. Los niños buenos no se cuelan en naves desconocidas. Pero a mí me interesa poco la bondad —el hombre se le acerca—. Galli. Tengo una propuesta para ti. Es muy fortuito que me hayas encontrado aquí. ¿Te gustaría oír mi oferta, niño?

De repente, Galli no está seguro de si quiere escucharla. «Tienes que ser fuerte, no le muestres tu miedo», piensa. Así que asiente con la cabeza apresuradamente.

—Sí, señor.

—Ahora tu vida está en mis manos —como si quisiera ilustrarlo, le enseña una mano apergaminada. La posición de los dedos hace que la mano parezca una araña puesta del revés. Cerca de él, la arena que estaba esparcida donde Galli había estado sentado se alza del suelo, como una serpiente hecha de partículas. La arena flota en espiral hasta el centro de su mano y se queda ahí suspendida unos momentos, hasta que cae en el centro de la palma de su mano. Galli resopla cuando el hombre cierra la mano—. En esta cuestión, tu decisión es de una gran importancia. Podría acabar con tu vida. Si eliges esta opción, no te lo tendría en cuenta. Eres un niño que vive en ese páramo brutal que es Jakku. En ese planeta muchos desearían el lujo de la muerte; he sentido su deseo colectivo, como también he sentido la cobardía que les impide cumplir ese deseo. O… ¿quieres escuchar la segunda opción?

Galli vuelve a asentir con la cabeza.

—La segunda opción es que te doy una nueva vida. Una vida mejor. Te doy una tarea. Si consigues llevarla a cabo, te llevará a grandes cosas. No es algo tan mundano como un trabajo, sino más bien un papel. Un objetivo. Detecto potencial en ti. Un destino. La mayoría de la gente no tiene destino —esta última frase la dice con desprecio, como si la gente sin un papel en este juego no fueran más que obstáculos en medio del camino. Montañas de basura que hay que esquivar—. Son inservibles. No son actores en el escenario, solo son arrezo. Elementos decorativos que hay que apartar, repintar, derribar. ¿Conoces la ópera? No, por supuesto que no. Pero lo podemos arreglar si aceptas esta nueva vida. ¿La aceptas, niño? ¿Tomarás la vía fácil, el camino que lleva a una muerte tranquila e inmediata? ¿O cambiarás tu destino aquí y ahora? ¿Aceptas una nueva vida?

En realidad no hay decisión. Galli conoce bien la muerte; Jakku es sinónimo de muerte. A pesar de su corta edad, Galli ya ha visto muchos cadáveres sobre la arena y el polvo, con la piel tensa y brillante como el cuero y el pelo crispado como la crin de un thisser, esas bestias de piernas pesadas que montan los ermitaños. Para muchos habitantes de Jakku, la muerte es un favor.

Pero Galli nunca la ha buscado, ni siquiera en sus momentos más oscuros. Al menos, no la ha buscado para sí mismo.

—Quiero una nueva vida —dice Galli—. Ya no quiero ser el que era.

—Mmh. Muy bien. Entonces tengo la primera tarea para ti, joven Galli. Vas a volver a Jakku. El lugar en medio del desierto en el que estaban trabajando mis droides tiene mucho valor. No solo para mí, sino para toda la galaxia —hace un gesto con su mano decrépita, como refiriéndose a todo el universo—. Es importante. Era importante hace mil años y volverá a ser importante. Volverás ahí y vigilarás a los droides que tengo excavando. Entonces enviaré más droides, que construirán algo bajo tierra. Quiero que vigiles ese espacio. ¿Puedes hacerlo?

—¿Vigilarlo? Pero si solo soy un niño.

—Sí. Pero apuesto a que eres un niño ingenioso.

—Soy ingenioso —no sabe si es verdad, pero… ¿de qué sirve decir lo contrario?—. Lo vigilaré.

—Muy bien. Mantén a raya a los demás. No permitas que lo echen todo a perder. Aléjalos. Mátalos si hace falta. ¿Puedes hacerlo? Por supuesto que puedes. La pregunta es: ¿lo harás?

—Yo… sí, lo haré.

—Entonces quizá tengamos un futuro juntos. Por ahora, vuelve. Vuelve a casa. Volveremos a encontrarnos un día.

—Gracias… eh… No sé cómo se llama, señor.

Una pequeña sonrisa.

—Nos podemos llamar por el nombre de pila, tú y *yo*. Galli, me llamo Sheev. Seremos amigos. Al fin y al cabo, un Emperador necesita amigos.